

ARAS

LEYENDAS DE LA CIUDAD BLANCA

I- Las ruinas de Aras

Jaime Castejón

Lectulandia

El Gran Reino de Hárkad lleva en paz más de 200 años. De repente, una temible profecía olvidada, que habla del fin del linaje real, deja el trono sin rey. A partir de ese momento algunos nobles intentarán asaltar el poder. Con las luchas intestinas como telón de fondo, un grupo de amigos intentará rescatar al hijo de uno de los aspirantes al trono. La persecución les llevará hasta las ruinas de Aras, donde conocerán reveladores secretos...

Lectulandia

Jaume Castejón Martí

Las ruinas de Aras

Leyendas de la ciudad blanca - 1

ePub r1.0

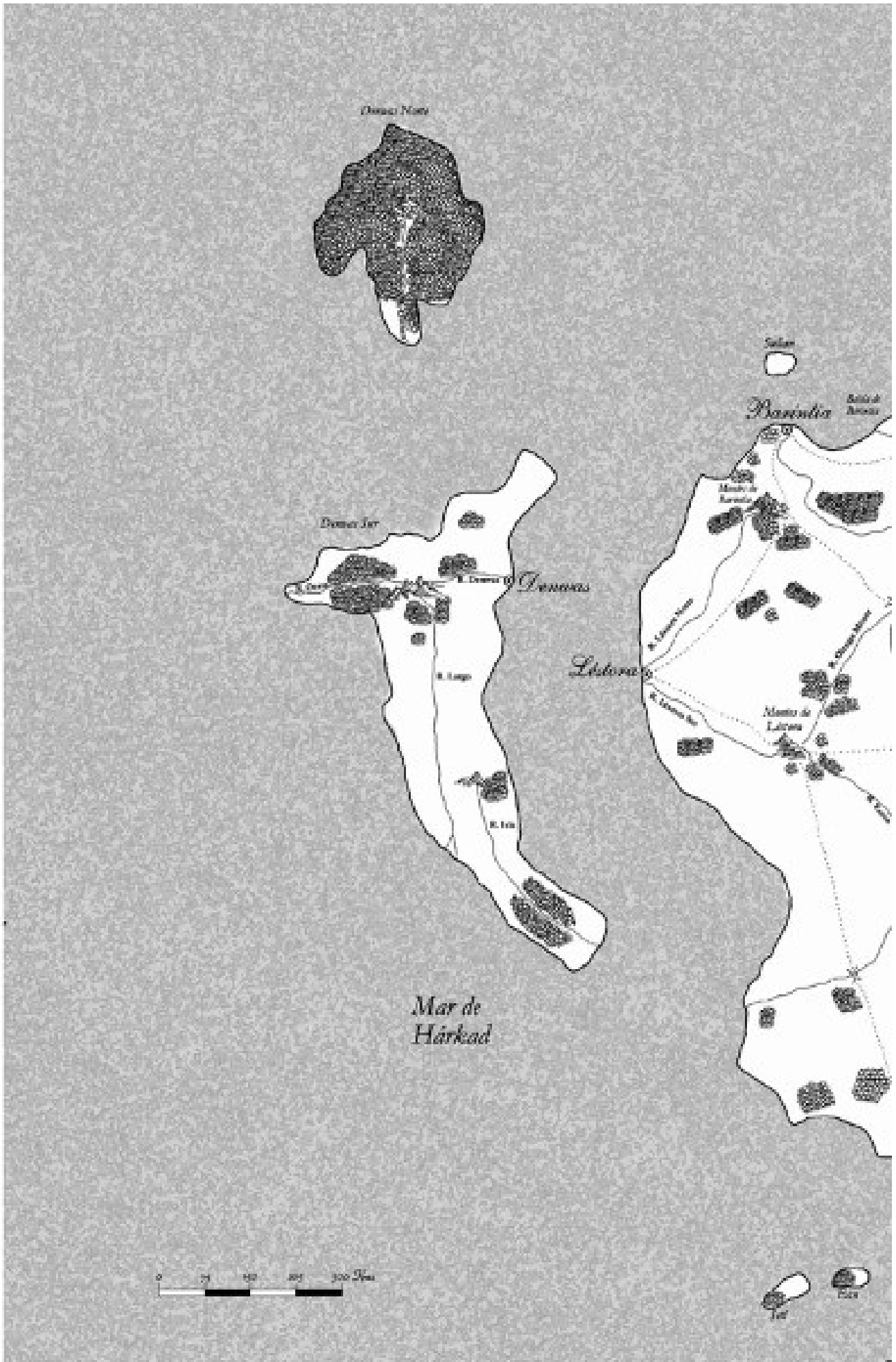
EtrioI 18.10.14

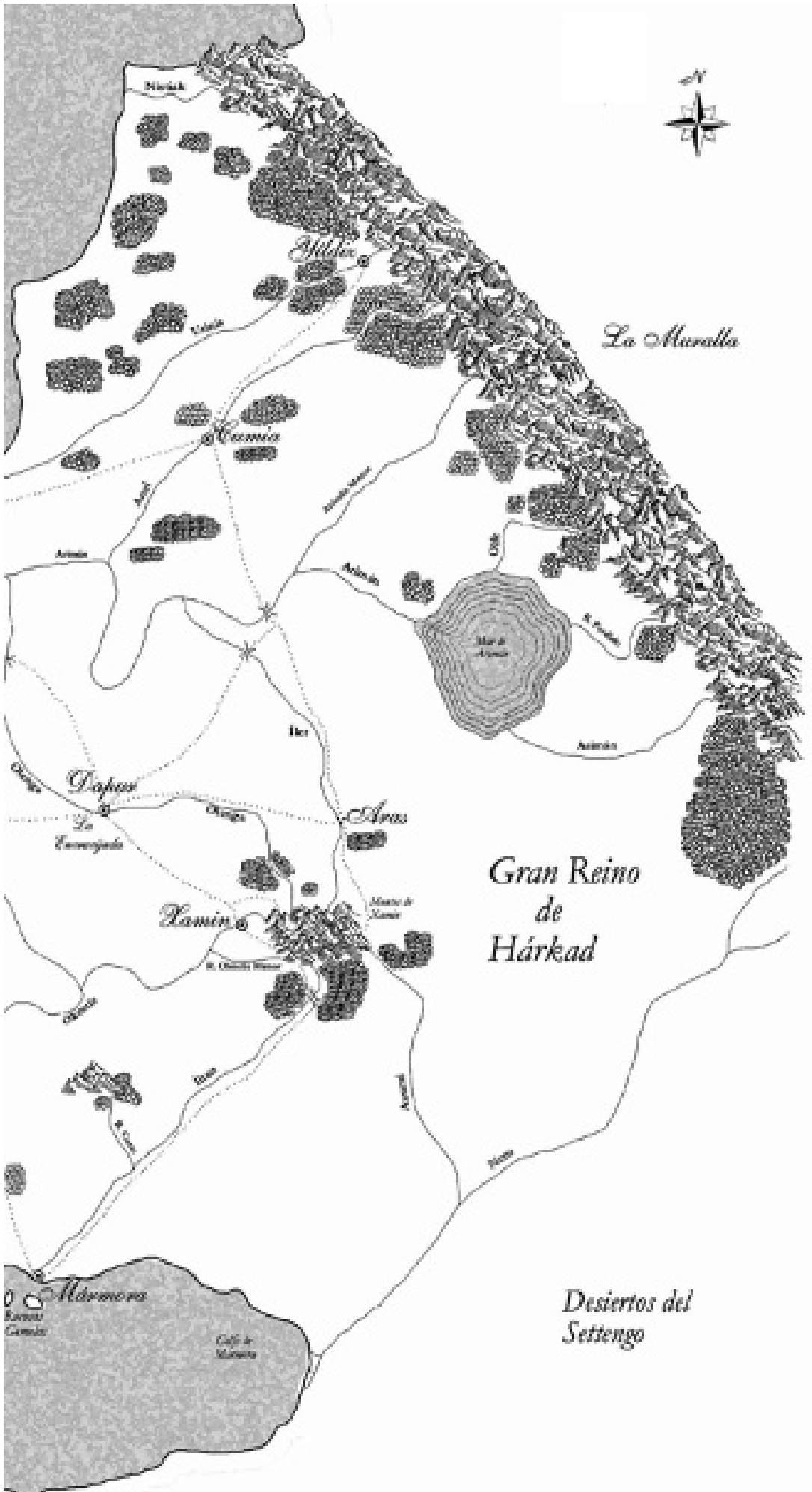
Título original: *Las ruinas de Aras*
Jaume Castejón Martí, 2008
Diseño de mapas: Carmen Martín-Prieto
Diseño de portada: Miguel Gonsálvez

Editor digital: Etriol
ePub base r1.1

más libros en lectulandia.com

Para Karmihna, porque el sueño se hizo real.
Para Ango, Elena, Javi y Toni, imprescindibles.





Prólogo

La profecía

Delva tenía un solo reino, o al menos así lo creía la inmensa mayoría de sus habitantes. Sin embargo, el Gran Reino de Hárkad, que era el nombre con el que se conocía, había sido anteriormente una tierra llena de reinos más pequeños, entre los cuales siempre hubo luchas, alianzas, pactos, traiciones e incluso grandes guerras. Sus límites eran todo el mundo conocido hasta entonces: hacia el este la Gran Muralla, una cordillera de picos altos que llegaban hasta los seis mil metros de altura, con sus cumbres eternamente nevadas, una auténtica pared rocosa que se había intentado franquear en multitud de ocasiones sin ningún éxito. La impresionante cadena montañosa se extendía más de mil doscientos kilómetros en sentido noroeste-sureste, con más de cien kilómetros de anchura que la hacían absolutamente inexpugnable. Los límites del sur los marcaba el río Neru, un ancho río de más de setecientos kilómetros de longitud que desembocaba en el golfo de Mármora, al otro lado del cual se extendían los desiertos del Settengo, una tierra yerma y quemada sin ninguna posibilidad de vida. Y al oeste y al norte, el Mar de Hárkad. Frente a las costas occidentales del reino, a unos ciento cincuenta kilómetros mar adentro la gran isla de Denwas y más allá el océano abierto sin ningún tipo de tierra a la vista; en el lejano y frío norte, entre la Gran Muralla y el mar, cerrando el único paso por tierra, el salvaje, bravo e infranqueable río Nístiak. Un reino verde y prácticamente llano con ríos, lagos, ciudades, montañas y sobre todo historia.

Las ciudades que formaban el Gran Reino de Hárkad eran: Mármora, la gran capital del sur, según sus cronistas la segunda ciudad más antigua del reino, la capital cultural, conocida también como la Morada del Príncipe; Léstora, la ciudad marinera, asentada sobre las ruinas de Gali, la ciudad de los pantanos; Xamin, la ciudad rebelde; Dapur, la ciudad de la abundancia, hogar de comerciantes construida sobre la Encrucijada que degeneró en la guarida de ladrones y asesinos más grande del reino; Cumia, la ciudad libre, fundada por comerciantes honrados de Dapur; Yíldiz, la colonia minera de Barintia; Denwas; la isla de Léstora y, finalmente, la capital del reino que era la ciudad de Barintia, situada al norte de la Gran Llanura, en la desembocadura del Arimán. Sin embargo la urbe de Barintia había poseído sus propias tierras, mucho más pequeñas, antes que Íler Ármitac, el gran rey, uniese todas las ciudades de la Llanura bajo una sola corona; tampoco había sido la ciudad más populosa y próspera de Hárkad, sin embargo los intrincados caminos del destino y la

mano hábil de sus gobernantes habían hecho que se impusiese sobre las demás ciudades y reinos.

Nevaba con intensidad. Hacía un frío corrosivo y todos aquellos que no llevaban la cara protegida probaban la dureza de aquel viento invernal. Habían salido de la ciudad aquella misma mañana, siguiendo siempre el camino hacia las altas montañas del este, por en medio del bosque, y hasta entonces, prácticamente oscuro, no había cesado aquel helado viento del norte. Parecía como si quisiese recordar, a todos los que formaban aquel cortejo funerario, quién mandaba en aquellas tierras, ahora que el rey había muerto.

Eran tradición y costumbre, rígidamente observadas, que cuando el rey moría tenía que ser enterrado en las Colinas de los Reyes, allí donde, desde el inicio del linaje de los Ármítac, siempre se habían enterrado los reyes de aquella tierra.

La tumba no era más que un túmulo, señalado por un círculo de piedras dispuestas en vertical. Un pasadizo excavado en el interior acababa en una pequeña cámara funeraria, ricamente decorada con pinturas, en el centro de la cual descansaba un féretro de piedra, donde amortajado, el rey habría de encontrar el descanso eterno, rodeado de los utensilios más guerreros que había usado en vida: su espada y el caballo que había sido sacrificado dos días antes, cuando se empezaron los preparativos del entierro.

El rey, ahora muerto, había vivido años atrás en una residencia lo bastante apartada del lugar donde había de ser enterrado; tal vez por no tener que recordar el emplazamiento donde acabarían sus restos, en un vano intento de eludir el destino, o quizás porque quería alejar de su mente la profecía de la que fue víctima tres días después de su nacimiento. Una vieja curandera, conocida por aquellas tierras y reconocida por su eficacia en la corte del antiguo rey, forjó con duras palabras de fuego el corazón de todos aquellos que estaban presentes en el castillo real el día de la presentación al pueblo del, entonces, príncipe infante.

La noche antes de la presentación, la tranquilidad que había en la pequeña y humilde cabaña de la curandera de la corte, se vio rota a causa de la irrupción de varios mercenarios que penetraron violentamente en el interior. La nieta de la vieja mujer, una niña muy pequeña, tuvo tiempo de esconderse en un pequeño armario de la cocina y, desde allí, ser testigo de lo que acontecía.

—No nos hagáis daño, por favor —imploraba la vieja entre sollozos.

—¿Dónde está tu familia? ¡Vieja bruja, contesta!

—No lo sé, estoy sola.

—¡Ja!, mientes —interrumpió con desprecio el cabecilla de los mercenarios.

—No, ya os lo he dicho —sollozaba de nuevo—, no nos hagáis daño, os lo suplico...

—¿Hagáis...? Tranquila anciana. No hemos venido a matar a nadie... —y la miró directamente a los ojos—, de momento. ¿Sabes leer?

—Sí.

—Entonces apréndete esto —mostrándole un viejo papel—, y mañana, en medio de la fiesta que se celebrará en el castillo, en honor del joven príncipe, dices ante el rey lo que aquí hallarás escrito. Si te niegas —se sacó la espada y le puso la punta de ésta en el cuello de la aterrada curandera— o haces mal tu papel, no pasarán más de dos días que, tú y tu nieta, no tendréis lugar seguro en ninguna ciudad de Hárkad. ¿Entendido?

—Pero...

—No preguntes, ¡obedece! Tal vez dentro de unos años comprendas.

—¿Qué? —preguntó ella con atrevida curiosidad.

El mercenario lanzó un último vistazo a la cabaña y, sin contestarle, dio media vuelta pero a una señal, sus hombres abrieron el armario donde se escondía la pequeña y la agarraron con suma facilidad.

—De momento nos quedaremos con la niña, tal vez te la devolvamos si haces bien el trabajo que te hemos encomendado.

Al instante todos salieron y se perdieron en la oscura noche dejando la duda de si realmente todo aquello había sucedido. Sin embargo, sobre la mesa había la prueba de que nada había sido un espejismo: un trozo de papel con unas líneas mal escritas.

La vieja curandera se apresuró a estudiar ese corto texto después de cerrar la puerta de la cabaña.

A la mañana siguiente, la curandera de la corte real, invitada como estaba a la ceremonia del castillo, no tuvo ningún problema para acceder al salón del trono. Todo estaba engalanado para ser una gran fiesta, las banderas y los pendones de todas las ciudades del reino colgaban de lo más alto de los torreones del castillo y todos los habitantes que habían sido invitados, así como los nobles más importantes, vestían sus mejores galas. Tan solo la vieja Niali^[1], la curandera, destacaba por lo viejo y raído de su vestimenta, pero como podía mostrar un salvoconducto sellado por el propio rey a quien servía, nadie osó despacharla y con temor, se puso en la cola para ofrecer sus presentes al príncipe que hacía tres días que acababa de nacer.

Después de un tiempo llegó ante el rey, e inclinándose hizo la pertinente reverencia. En su mente bullían las palabras aprendidas la noche antes en su cabaña, tenía los ojos enrojecidos por la noche pasada en vela, intentando no olvidar ninguna de las frases aprendidas para salvar la vida de su nieta. El rey le sonrió e hizo ademán para que se incorporase.

—Que nos traéis, noble Niali; con vuestra sabiduría, seguro que el joven príncipe disfrutará de una larga vida.

—Yo... —empezó temerosa la anciana— quisiera decir unas humildes palabras.

Y ante el rey y todos los que estaban atentos a sus palabras, forjó el destino del príncipe, y el suyo propio y el de muchos otros, pronunciando, de forma solemne y pausada, la siguiente profecía mientras se erguía sobre sí misma y levantaba la voz para que todos estuviesen bien seguros de haberla entendido:

—Ésta es la profecía más terrorífica que caerá jamás sobre los Ármitac. El joven príncipe no ha de conocer en este mundo el abrigo de las piedras sagradas; ni su linaje tendrá descendencia porque un joven sin el trono y con los tres objetos del poder...

No pudo terminar aquello que había empezado a decir, pues mientras se borraba la sonrisa de los reyes y de los que, poco a poco, hacían consciente aquello que estaban escuchando, un joven capitán, tal vez el más inexperto y el más celoso del cuidado de la vida del príncipe Íged Ármitac^[2], que respondía con su propia vida de lo que pudiese acontecerle al infante, desenvainó su espada y le dio un golpe en el cuello a la anciana, que se desplomó como las palabras que acababa de pronunciar.

Las palabras proféticas cayeron como una enorme losa en el salón donde se celebraba la fiesta y dejó a todos los presentes sin habla durante unos largos e interminables instantes.

Sin embargo, después de la impresión inicial, y ante la vista de lo que había acontecido con la pobre anciana, enseguida empezaron las corredizas y el nerviosismo. El rey, Jalen Ármitac^[3], se alzó entre la multitud histérica y dio una orden contundente:

—¡Cerrad las puertas del castillo! ¡Que nadie salga hasta que aclaremos todo esto!

Mas la posibilidad de interpretar el auténtico sentido de aquellas palabras muy pronto se escurrió, pues la vieja curandera yacía en el suelo sin hálito de vida.

—¡Maldito seas! —gritó el rey encolerizado al joven capitán—, has acabado con la vida de la única que podía explicar por qué ha lanzado semejante y funesta maldición a mi hijo. ¡Serás encarcelado, Íllow Kur^[4]!

Durante su infancia, el entonces príncipe, cumplió con todas las obligaciones que el protocolo mandaba, estudió leyes, historia y lucha. Aprendió a montar y a usar las armas, mientras su madre atareada sin descanso, preocupada por la profecía, buscaba incansablemente, entre todos los hombres sabios, la solución al trozo de la predicción que hablaba de «los tres objetos de poder». De todos los hombres consultados solamente se extraía la misma información: después de una batalla muy importante, un joven poseedor de los tres objetos de poder haría todo lo posible para no dejar enterrar al rey en la Colina de los Reyes, y eso, según la tradición, y como rezaba la profecía, quería decir que se acabaría con el actual linaje de los Ármitac.

—Pero ¿quién sería este joven? ¿Y cuáles eran los tres objetos? —preguntaba la madre obsesiva e insistentemente.

Estas preguntas nunca obtenían respuesta. Pero el tiempo no cesó en su curso y una nueva desgracia cayó sobre los Ármitac. La hermana del rey, Nawla Ármitac^[5], habiendo sido enviada a Dapur para completar su formación, desapareció misteriosamente. La madre del ya joven príncipe enloqueció y en su locura, causada por la búsqueda de su hija, murió en la más mísera de las enfermedades humanas: el olvido de quien había sido. Con su muerte, el rey Jalen envejeció apresuradamente y también abandonó ese mundo algunas semanas más tarde sin conseguir saber qué había sido de su hija. En cuanto el joven príncipe vio morir a sus progenitores y cumplió con la tradición, que nunca se había roto, de enterrarlos en el correspondiente túmulo preparado para la ocasión, él tuvo que marcharse a Barintia, la capital del reino y dejar atrás la ciudad del sur, la que había sido hasta entonces su casa. Su nuevo emplazamiento estaba situado en un peñasco, junto al mar, con unos acantilados impresionantes, dominando toda la ciudad y las cercanas casas de los nobles más ricos de Barintia; donde el océano se estrellaba con fuerza y donde siempre soplaba el viento del norte, un viento terriblemente frío, un viejo amigo del rey que habría de acompañarle hasta el fin de sus días. Deseoso siempre de volver a su ciudad de infancia y juventud, añorando las noches de clima cálido y suave, cuando subió al trono, Íged Ármitac, tercer rey del cuarto linaje de la ciudad de Barintia, señor de Mármora, Léstora y Yíldiz, dueño de la Gran Llanura de Hárkad, contaba con veintitrés años. Corría entonces la primavera del año 1446 de la fundación de Barintia y el hecho fue motivo de grandes festejos en todo el reino que se prolongaron durante una semana entera.

Nadie se acordaba de las palabras pronunciadas por la curandera, la vieja Niali, veintitrés años atrás, cuando el joven rey contaba con tres días de edad, pero era él el que según la profecía sería el último de su linaje, aunque ya contaba con un hijo, heredero al trono, de la edad de cinco años. El príncipe, Émel Ármitac^[6], que vivía en Mármora, la gran ciudad del sur, como así había sido desde hacía más de doscientos años, era cuidado por su madre, la reina consorte, llamada Jania Desolt^[7] y educado, como sus anteriores predecesores en las formas y costumbres de la corte para suceder a su padre algún día.

El reinado de Íged se presentaba de lo más rutinario y aburrido para un joven de su corta edad, todo el reino discurría en la más absoluta tranquilidad, hacía mucho tiempo que las disputas entre ciudades y entre nobles se habían terminado y el gobierno de Hárkad ofrecía pocas perspectivas de conflicto. El joven rey añoraba volver al sur donde el clima era mucho más suave y permanecer allí junto a su mujer y su hijo, sin embargo sus consejeros y generales le insinuaban que debía cumplir con las obligaciones de la corona y quedarse en Barintia, la capital, llevando desde allí las riendas del gobierno. Íged se había prometido a sí mismo pasar el invierno ya cercano en la capital, pero en cuanto llegase el buen tiempo, se marcharía junto a los suyos

para convertir Mármora en la nueva capital del gran reino, pesase a quien pesase. A fin de cuentas él era el rey y podía cambiar las cosas a su propia voluntad.

Los traslados y los preparativos para tal acontecimiento ya habían comenzado, pero todavía había de pasar el invierno. Sentado estaba en su despacho, arreglando y firmando papeles y edictos para ultimar todos los detalles, cuando una tarde sombría de finales de otoño, se presentó un guardián del castillo ante Íged Ámitac, el rey, con el siguiente mensaje:

—Señor...

—Dime —contestó aburrido mientras le observaba entre montones de papeles—. ¿Qué ocurre?

—Ha llegado un correo que quiere audiencia inmediata y reclama vuestra presencia.

Íged estaba tan deseoso de alguna novedad que rompiese la rutina de su aburrida vida de gobernante, que se saltó todos los protocolos y tal vez allí fue donde cometió el primero de sus tres grandes errores.

—Decidle que voy a recibirle de inmediato, llevadlo al salón de visitas.

—Pero..., señor, no sabemos si...

—¡Bah! Que queréis que ocurra, si hace más de ciento cincuenta años que no ha habido problemas en ningún lugar del reino —dijo plenamente confiado el rey—, que pase al salón.

—Como mandéis, mi señor.

Instantes más tarde él mismo estaba de pie delante de su silla, esperando ansioso a que se abriese la puerta y entrase el mensajero. ¿Quién sería? Se preguntaba, pero la respuesta no le agobiaba demasiado, le podía más la curiosidad de ver como se quebraba la rutina de aquellos largos y fríos días de finales de otoño.

Y así fue como entró, rápido, impetuoso y erguido, un joven y apuesto muchacho vestido con ropas corrientes, gastadas y sucias por los polvos de los caminos. No parecía tener un porte muy noble y en cuanto se paró ante el rey, ni movió sus ojos con curiosidad para observar el salón donde se hallaba. Se diría que había sido entrenado para una misión muy concreta, la de darle el mensaje a Íged. En cuanto pronunció su primera palabra, el rey descubrió dos cosas: una, que por su acento era un habitante de Xamin, la llamada ciudad rebelde, y que no se había postrado ante él tal como exigía el protocolo. Ambas cosas no eran buenos presagios, pero enseguida desechó tales pensamientos y se concentró en lo que para él era una novedad casi excitante.

El mensajero no se dio ninguna prisa en leer el mensaje que llevaba escrito en el papel que se sacó de su bolsillo, quería que el rey se enterase perfectamente de todo lo que tenía por leer.

—En nombre de mi señor, Céled Lekin^[8], tenéis dos días para abandonar la

ciudad y entregar el trono a quién realmente corresponde. Si yo no llego sano al campamento de mi señor antes del anochecer, la ciudad será asaltada, y si vos no marcháis de Barintia antes de lo establecido, entonces seréis asesinado.

—¡Prendedle! —gritó Íged después de unos segundos de sorpresa—. Que no se vaya de aquí sin pagar su atrevimiento. Os dejaremos marchar, pero os llevaréis la marca de vuestro rey en el rostro —mientras lo agarraban fuertemente dos guardias.

Y el propio Íged sacó su daga y le cortó una mejilla.

—La marca de los Ármitac me ensucia el rostro —dijo el correo, apretando los dientes a causa del dolor—, pero me alegra saber que pagaréis con vuestra vida por esto. Mi señor os espera al sur de las colinas de Barintia. Lástima que no pueda ser yo quién acabe con vuestra vida...

Ante Íged, se presentaba un dilema, qué debía hacer con semejante individuo, realmente debía de dejarlo marchar o tenía que encerrarlo en la mazmorra y torturarlo hasta que confesase quién era su señor y qué pretendía con semejante mensaje y osadía. Sopesaba las posibilidades de hacer una cosa u otra y confundido como estaba por la poca experiencia en esos asuntos cometió su segundo error, confiado en su poderío.

—¡Soltadle! —ordenó el rey—, que vuelva con su amo como un perro fiel al que representa. Decidle a vuestro bufón-jefe que mañana mismo estarán mis tropas allí donde espera y que si su vida tenía valor, ahora no vale más que un muerto. ¡Por mi vida! —juró Íged, y el correo sonrió antes de abandonar el castillo para ir junto a los suyos con la tranquilidad de su misión cumplida.

—No deberíais haberle dejado marchar, mi señor —dijo de inmediato uno de los consejeros del rey.

—No creáis que le resultará tan fácil salir con vida de ésta —contestó el rey sonriente mientras en su cabeza iba tomando forma una idea—, traedme todos mis utensilios para la guerra y preparaos todos de inmediato que abandonamos el castillo.

—Pero señor, —protestaron varios al unísono— cometéis un error, debemos planear mejor este asunto, sopesar, estudiar...

—¡Basta ya! ¡Cumplid mis órdenes! Tan sólo necesito los mejores veinte hombres armados y las mejores caballerías para ellos. Arregladlo todo de inmediato, partimos en cuanto esté listo.

Seguramente la impaciencia del rey fue el principal de sus errores aquella noche, tenía que haber contado con las fuerzas de su ejército y avisar mediante mensaje aéreo a los soldados de Mármora, que aunque estuviesen demasiado lejos y llegasen mucho más tarde, los refuerzos siempre se agradecen; sin embargo menospreció el valor de su enemigo y algo más tarde había montado una expedición militar, escasísima, con destino a las mal llamadas por el propio rey, Montañas de Barintia. La verdad es que cuando las fuerzas reales llegaron no encontraron enemigos y eso

hizo que el rey cometiese el último error: creer que tenía la batalla ganada.

Dio la orden de ataque a galope tendido sobre el campamento, que parecía tranquilo, seguramente porque estarían todos durmiendo, ajenos a la idea que había tenido Íged de lanzarse contra ellos tan pronto como fue posible. Pero en pleno fragor de la avalancha contra las tropas del rebelde a la corona, nadie se percató del arquero que apostado tras unas piedras, esperaba pacientemente, y aún a pesar de poner su vida en serio peligro, a que se acercase el rey para ser abatido con la flecha que concentradamente estaba a punto de salir del arco tensado. Y así fue como Íged, en cuanto estuvo lo suficientemente cerca de su enemigo, y sin poder evitarlo, fue herido por una flecha envenenada, preparada especialmente para él. El arquero se arriesgó al permanecer inmóvil delante de los caballos que se acercaban al galope, con la intención de asegurarse del éxito de su misión; aunque fuese apresado.

Pronto se dieron cuenta los soldados del rey que habían caído en una trampa y que el campamento enemigo estaba completamente vacío a excepción del arquero que había disparado la flecha. El rey fue trasladado a una de las tiendas vacías para ser atendido de urgencia, pero el carácter grave de la herida hizo aconsejable que el rey fuese inmovilizado mientras dos soldados fueron al castillo a buscar un sanador, mientras en otra de las tiendas el prisionero era golpeado e interrogado.

Un buen rato más tarde, ya despuntando el alba, y después de haber sido examinado por dos de los sanadores más reconocidos de la corte y sin hallar antídoto al veneno de la flecha, el rey ordenó que le llevasen al prisionero para poder hablar con él. Como hombre preparado y entrenado que era, el arquero enemigo no habló, incluso después de sufrir las palizas más despiadadas, y fue llevado ante la presencia del monarca, maniatado y brutalmente golpeado. En aquel momento en que los dos hombres se miraron cara a cara, uno reconoció en el otro al traidor Céled Lekin y el otro vio en Íged la sorpresa y la sombra de la muerte.

Cuentan que si el rey hubiese guardado reposo, se habría neutralizado el veneno; pero que al ver en el arquero, al noble señor que un día fue uno de sus más sumisos colaboradores convertido en el rebelde que pretendía la corona, quiso ser él mismo el que acabase con aquella molesta sonrisa que tenía su enemigo, librando la vida del traidor a la muerte.

Y cogió su mandoble, a pesar de las protestas inútiles de los sanadores, y con sus dos manos, de un golpe seco lo decapitó. Céled Lekin murió al instante sin perder la sonrisa de sus labios, con una expresión serena como la de aquél que sabe que todo sigue su camino; y en el preciso momento de haber dado muerte a su enemigo, el veneno llegó al corazón del rey y, exprimiéndole el órgano vital, le robó el último aliento de fuerza y vida. El rey cayó muerto a tierra, en medio de fuertes estertores, con una mirada aterradora de dolor. El gran reino de Hárkad quedaba sin rey, pero no sin linaje puesto que todavía quedaba el joven príncipe.

Afortunadamente, el rey había dejado descendencia, un niño de cinco años, pero debería ser Jania, su esposa quien hiciese de regente hasta que el muchacho alcanzase la mayoría de edad, tal como mandaban las leyes establecidas. Pero no todo había de ser tan fácil. En el momento en que el rey había muerto, había dejado un vacío de poder, que no hacía nada recomendable anunciar el final del monarca a la población. Todos los soldados sabían que el monarca había caído muerto, pero debían mantener en secreto por el máximo tiempo posible mientras se organizaban los detalles de la regencia. Los consejeros y hombres del rey se dispusieron a trasladar el cuerpo de su señor de nuevo al castillo, mientras enviaban un mensajero a la lejana Mármora en busca del príncipe y la esposa del rey.

Jania Desolt, sin el joven príncipe, llegó cuatro días más tarde, tan rápido como pudo reunir unos cuantos hombres preparados y una escolta y ponerse en camino; pero al enterarse de la muerte de su marido, afectada como estaba, delegó todo el poder en el general del ejército de Barintia mientras ella se dedicaba en cuerpo y alma a organizar los preparativos del funeral.

Al final del quinto día desde el asesinato del rey se dio a conocer por todo el reino la noticia del fin de Íged Ármítac, por extrañas fiebres que le habían hecho enfermar hasta morir, rápidamente se notificó también que su esposa, Jania se haría cargo de la regencia hasta que el heredero Émel Ármítac alcanzase la mayoría de edad. También se notificó que los funerales por el rey muerto se iniciarían dos días más tarde y que en todo el reino se establecían tres días de luto y dolor por el señor desaparecido de acuerdo con las tradiciones establecidas.

—Señora, si me permitís —dijo Jal Jármush^[9], capitán general del ejército de Barintia a Jania, la esposa del rey— deberíamos buscar al hombre de la cara cortada, quien sabe si no están preparando otra de las suyas estos malditos rebeldes.

—Lo sé —contestó abatida y agotada la regente— pero esperad a que mi marido sea enterrado y luego buscad por toda la llanura a ese maldito traidor y ajustadle las cuentas por lo que ha provocado.

—Así será hecho, mi señora. Como mandéis.

Así fue como dos días más tarde ya se habían elegido a aquellos privilegiados que habrían de acompañar, de escoltar y de proteger al monarca, formando un cortejo fúnebre suntuoso, regio, magnífico e inigualable. Sería acompañado por quince soldados, de entre los más valientes y por una docena de doncellas que cantarían canciones fúnebres.

Desde su residencia habitual, el castillo de Barintia hasta la Colina de los Reyes había cinco días de camino sin descanso, a paso regular y firme durante el día y la noche; un desfile espectacular con antorchas que acompañarían al rey difunto con tristes cánticos hasta el lugar de la sepultura. Era ya invierno y el viento crudo y salvaje del norte había querido rendir por última vez, tributo y homenaje a su viejo

amigo, acompañándolo hasta su última residencia, mientras que cada vez nevaba con más intensidad.

Solamente unos insensatos se atreverían a atacar aquel cortejo, ya que los quince mejores soldados del rey lo formaban, y eso hizo que aún a pesar de extremar las precauciones, fuesen más relajados que de costumbre, dadas las circunstancias.

Poco antes de llegar a las Colinas de los Reyes, pasando por el interior de un bosque, todos se detuvieron. Estaban muy cerca del túmulo funerario y el cortejo se paró en la entrada de un pequeño claro. Los portadores del rey dejaban en el suelo el palanquín, mientras los guardias se fregaban las manos y daban golpes de pie sobre el suelo para no congelarse.

Todos estaban ateridos por el frío reinante, el lugar imponía respeto y el silencio era total.

Los soldados más aguerridos se dispusieron en torno al cadáver para izarlo de nuevo, tras un breve descanso y llegar hasta el túmulo. La esposa del monarca se había sentado junto a unas piedras que daban un poco de protección contra ese viento helado y cortante, a su lado el capitán general, le ofrecía un poco de comida y bebida caliente para recuperar las fuerzas por el largo viaje hasta donde se encontraban.

—Deberíais tomar algo, señora. El frío acabará con vuestra resistencia. En cuanto se hayan cumplido los requisitos vendrán otros soldados con caballos para transportaros a Barintia de nuevo. En cuanto yo llegue —le dijo casi en un susurro— iniciaremos la búsqueda del traidor por todo el reino, no temáis, la muerte de vuestro esposo será vengada.

—Lo sé —dijo con evidente agotamiento Jania— pero ahora no es el momento de hablar de ello, ya tendremos ocasión mejor para hacerlo.

—Como deseéis mi señora —finalizó Jal, con una voz extremadamente melosa, la conversación que mantenían.

Fue en ese momento, casi sin darse cuenta, que una dama vestida con ropas escasas y deslucidas, se plantó justo en medio del claro. Todos se sorprendieron. El viejo capitán general, se levantó raudo y poniéndose al frente del cortejo dio un paso hacia delante y se encaró a la mujer con estas palabras:

—¡Dejad paso al rey y al cortejo que lo vela hasta la última morada! ¡Apartad del camino! ¡Apartad o habremos de retiraros por la fuerza de las armas!

—No es mi finalidad —respondió la misteriosa dama con una voz dulce, después de unos segundos inacabables de silencio— perturbar el último viaje de mi rey, sino la de postrarme delante de él, en su última audiencia; demostrándole así a él mismo, a su descendencia, y a todos los que le acompañan, que quiero redimir la falta de mi padre, Céled Lekin. Dejadme abrir el paso —continuaba la mujer con lágrimas contenidas mientras su capucha se cubría lentamente con la nieve que caía del cielo gris y oscuro—, de forma solemne, lanzando estas hojas rojas de *glaufedia* sobre la

nieve, como una alfombra real. Os lo suplico humildemente, joven señora...

La comitiva seguía en silencio y las últimas palabras de la muchacha resonaban aún en el aire, mientras el viento, un instante después, se llevaba las súplicas de la joven hacia el interior del bosque. En un primer momento, todos habían quedado perplejos, pues la *glaufedia* no era una planta común y además sus hojas útiles para remedios casi imposibles, se pagaban a precio de mucho oro en el mercado, incluso se habían aportado propiedades, títulos y alguna que otra vida a cambio de una de esas hojas. Pero unos segundos más tarde la joven Jania, en su rabia y en su dolor, proclamaba:

—¡Apresadla!

Aquel fue el primero y el último error que cometió la regente, puesto que si hubiese sido buena observadora, habría caído en la cuenta de que en las tierras de Hárkad no había tantas hojas de *glaufedia* como para alfombrar todo el camino, y además que un pequeño grupo de individuos se movía sigilosamente en el interior del bosque desde hacía algún rato.

Fue en aquel momento, que la joven hija del traidor, de improviso y aprovechando la sorpresa que todos tenían, empezó a correr hacia la regente mientras gritaba, como en una señal convenida, bien fuerte:

—¡Qué sea vengada la muerte de mi padre!

Del interior del bosque salieron, con las armas desenvainadas, decenas de hombres: mercenarios y proscritos que cumplían con precisión calculada aquello por lo que se les había pagado en dirección a los guerreros y soldados del rey. En la confusión de la lucha que se originó, algunas doncellas salieron corriendo en todas direcciones. El asalto por sorpresa fue un éxito y en pocos minutos no quedaban soldados con vida, el rey difunto estaba decapitado, las doncellas asesinadas y solamente permanecía en pie, y completamente desarmada y asustada, la regente Jania Desolt. Entonces, la hija de Céled Lekin se puso delante de su joven enemiga y le dijo con rabia:

—Decidle a vuestro esposo, cuando lo encontréis en las puertas del infierno, que mi padre era todavía más justo, que luchó y esperó toda su vida para ver cumplido este momento en que se haría realidad la profecía. Ya sabes, ahora, que tu esposo — señalando al rey decapitado— no «tendrá el abrigo de las piedras sagradas». Aquella vieja curandera que profetizó su destino el día de su presentación al pueblo era mi abuela, a mi verdadero padre jamás le conocí...

—¿Tu abuela? —preguntó asombrada la reina consorte.

—Ja, ja, ja. Exacto. ¿No os habéis dado cuenta todavía del engaño? Ella sólo profetizó lo que había leído de un papel. Tal vez sea verdad que —mientras bajaba lentamente la cabeza y subía el tono de voz—, aunque inventada, la profecía se hará... ¡realidad!

—Entonces tú debes ser...

—Yo soy Alda Lekin^[10] —le dijo con desprecio—. Ya sabes demasiado.

Y de un solo golpe, ella misma, acabó con la vida de la pobre infeliz, clavándole una daga en el pecho a la noble dama.

—Señora, si me permitís —dijo uno de los mercenarios situándose a su altura—, todavía queda uno.

—¿Uno?

—Sí, el actual príncipe, el hijo de Íged: Émel Ármitac. Según tengo entendido todavía está en Mármora.

—Entonces... la profecía todavía no está cumplida. ¡Hacia Mármora!

Y todos se dispusieron a partir hacia la ciudad del sur. El viaje no iba a ser fácil y muy pronto se sabría lo que allí había ocurrido. Los mercenarios recogieron todas las armas que pudieron, quemaron los cuerpos de los soldados, de las doncellas y de la pareja real.

También tiraron al fuego los sacos de *glaufedia*, simples hojas teñidas de rojo, el color natural de la planta. Tanta hoja hubiese valido el reino entero. La nieve no dejaba de caer con intensidad y en aquel incipiente invierno crudo, como no había habido otro igual, el viento que fuerte soplaba, el viento del norte, se llevaba aquellas últimas palabras. Nadie se percató, ocupados en borrar los mayores rastros posibles que tres mujeres habían podido escapar, después de permanecer ocultas en la confusión que originó el ataque, protegidas por la nieve que el viento levantaba, para hacerlas llegar hasta algún lugar lejano y contar aquello que habían presenciado y aquello que habían oído; pero su incierto futuro sólo dependería de las manos y los brazos que las acogiesen, puesto que ahora Hárkad era una nación sin rey y todas las ciudades serían pronto muy inseguras.

Capítulo 1

Stan

De entre todas las ciudades de la Gran Llanura de Hárkad, Dapur llegó a ser la más populosa en tiempos de Íler Ármitac^[11], el gran rey, antes que los altos funcionarios de la corte y buena parte del ejército, así como la capitalidad del reino, se trasladasen de nuevo a Barintia. Por aquellos tiempos y ya desde su inicio, y con mucha posterioridad, Dapur fue una cueva de estafadores, tramposos y ladrones que vivían a sus anchas cometiendo todo tipo de fechorías. Sin embargo, era la ciudad más comercial del reino. Surgida como lugar de descanso en una encrucijada de caminos fue siempre fiel al espíritu de intercambio con que fue fundada.

Antes de abandonar la ciudad, Íler Ármitac concedió un derecho a Dapur que ninguna otra ciudad del reino poseyó jamás: la libertad de cobrarse impuestos por la entrada, circulación y salida de las mercancías. Kiliyas Nor^[12], el cartógrafo del rey en su obra «*La Gran Llanura de los Ármitac*» la describió con las siguientes palabras: «...Dapur, ciudad populosa como lo fue antaño Aras, la maldita, se diferencia de esta última por su inseguridad, por su malicia y por el peligro que corren la vida y las riquezas de cuantos a ella llegan, y sin embargo, con sus torres-antorcha encendidas ofrece un especial magnetismo a todos los que por sus proximidades viajan, atrayéndoles como una gigantesca telaraña a una trampa segura. En Dapur, conocida como la abundante, el menor tiempo de estancia es garantía de vida segura...».

Stan^[13] era un muchacho de apenas dieciocho años, moreno, de ojos oscuros. Toda su corta vida había vivido en la ciudad de Dapur, la fastuosa ciudad de Dapur como la conocían muchos, y jamás había salido de ella. De muy pequeño fue abandonado por sus padres de los que nunca supo nada más, y su protector y dueño, Wylan Kedir^[14], tampoco quiso darle más detalles sobre el asunto. Stan, como otros muchos chicos antes y después que él, había sido recogido de la miseria de las calles de Dapur y había sido alimentado y vestido por la generosa mano de su amo a cambio de también generosos trabajos de tipo «manual». Muchos eran los comerciantes que llegaban a diario a la ciudad y muy repletas eran las bolsas de cuero que llevaban atadas a sus respectivos cinturones. Él, y por orden de su amo, daba buena cuenta de esas pertenencias, ganándose con ello un porcentaje, suficiente para sus pequeños vicios, y la bendición de su señor.

Wylan Kedir, dueño y señor de uno de los distritos en que se dividía la ciudad de

Dapur, la zona de los joyeros, tenía a su servicio otros muchachos como Stan que le aportaban ganancias extra a su ya considerable fortuna. Pero esos pequeños trabajos no constituían ni mucho menos el fuerte beneficio en sus negocios, sino que allí donde eran útiles esos trabajos, eran más bien en el honor mancillado de sus clientes que acudían a él en busca de una salvaguarda para circular por la ciudad libremente y sin problemas, y sin sobresaltos por la zona de los joyeros, la misma que él controlaba. Wylan tenía una edad imprecisa entre los cincuenta y los sesenta años y llevaba más de quince al frente de ese distrito, del que también recibía suculentos impuestos por parte de todos los comerciantes y joyeros de la zona a cambio de su protección en los negocios.

Dapur estaba dividida en cinco zonas o distritos y cada uno de los jefes de cada zona formaba parte del gobierno-consejo de la ciudad, así pues Wylan formaba parte del consejo y en su distrito gozaba de impunidad total en cuestiones de leyes, pero sabía que igual que con él, ocurría con los otros consejeros, y que mantener una buena relación con los demás miembros del consejo era fundamental para la supervivencia de Dapur. Sin embargo había un grupo, llamado el Círculo Negro que estaba poniendo en jaque a casi todos los consejeros. El Círculo Negro actuaba con nocturnidad, sin dejar pistas y su objetivo era asesinar a sangre fría a personajes relevantes de Hárkad, reino al que pertenecía la ciudad de Dapur. Dejaban en el cuerpo de sus víctimas una señal bien visible, una mancha negra, para que todos supiesen de sus actos. Habían tomados el mismo nombre que otro grupo que operaba en la ciudad, conocido como el Círculo Rojo, comandado por Aoseles Ríbox^[15], aunque no de forma oficial; otro consejero y jefe del distrito de los ladrones. La zona de los ladrones era como un paraíso para los asaltantes, rapiñadores y gentes sin escrúpulos que se dedicaba, en Dapur, a vivir del pan ajeno. Sin embargo, no eran muy bien vistos por los otros ciudadanos, aunque los toleraban siempre que cometiesen sus fechorías en su propia zona, la de los ladrones, o en otra ciudad.

Dapur ocupaba la zona central de la Gran Llanura de Hárkad o lo que equivalía a decir el Reino de Hárkad y el número de habitantes era aproximadamente de unos doscientos mil. Situada en un vasto llano, sus torres-antorcha se veían desde kilómetros y atraían a aquellos viajeros que en su necesidad o inocencia acudían a Dapur en busca de cobijo. Once torres antorcha eran encendidas cada noche para guiar como faros en tierra firme a todos aquellos que anduviesen perdidos en la Gran Llanura.

Stan miraba con sus ojos negros, curiosos todavía por su corta edad, los fuegos encendidos mientras se dirigía a casa para acostarse. Era todavía temprano de una noche fría de invierno y mucha gente ya empezaba a retirarse. Las calles de Dapur empezaban a darse un respiro después de la frenética actividad comercial que habían registrado durante el día. Stan cruzaba con paso tranquilo una de las calles del distrito

de los ladrones donde vivía, cuando oyó un ruido seco proveniente de una esquina. Rápido y silencioso, como había aprendido a comportarse en su trabajo, observó como una sombra se refugiaba en la oscuridad. No le dio tiempo a tomar precauciones ni ponerse a cubierto, pero afortunadamente, quien se le echó encima fue su amigo Dívilo^[16].

—Hola, fría noche —dijo Dívilo con un semblante y una voz nerviosos.

—Hola, Dívilo —dijo Stan mientras le echaba una palmada amistosa al hombro de su amigo—. ¡Qué susto me has dado!

—Deberíamos ir a tomar algo, ¿no crees?

—Como quieras, ¿vamos a la posada del viejo Ócam?

—No, prefiero la del Norte —contestó tajante Dívilo.

—Bueno —aceptó resignado Stan.

Dívilo tenía más o menos la misma edad que Stan, pero era rubio con ojos grandes y azules, sin ningún rastro de vello en la cara y unos rasgos muy dulces. Como Stan, tampoco se le conocían progenitores y trabajaba para Kurno Prénian^[17], un comerciante de telas de Dapur, cosa que le había permitido visitar otras ciudades y ausentarse, por lo tanto, de Dapur. Hacía más de tres semanas que no le había visto, pero por muy lejos que hubiese estado y cualquiera que hubiese sido el trabajo realizado en estas últimas semanas, nunca había visto a su amigo tan nervioso. Además, la posada del Norte no era la posada habitual de las correrías de los dos muchachos. Estaba situada en la plaza central de Dapur.

—¿Por qué quieres ir allí? —preguntó Stan.

—¿Por qué no? —respondió con otra pregunta, mientras Stan apreciaba un leve temblor en la voz de su amigo y unas rápidas miradas hacía ambos lados, como si hubiesen estado siguiéndolos.

—¿Esperas a alguien? —insistió Stan.

—No... Te lo explico en cuanto lleguemos.

Estaban cruzando la plaza central de la ciudad, a unos cuarenta metros de la puerta de la posada. Del interior salían griteríos, canciones y voces, igual que una densa humareda que se disolvía en el aire nocturno de Dapur. Daba la sensación que Dívilo había buscado la zona más amplia de la ciudad, como temiendo un ataque desde alguna calle estrecha, aprovechando la oscuridad que envolvía el trazado urbano de la gran urbe, sólo roto por las luces que asomaban por las ventanas de las casas y las mansiones de los distintos distritos. Sin embargo en la plaza central se levantaba la más majestuosa y enorme de las torres-antorcha, lo cual tranquilizaba a los recelosos de la oscuridad como ahora lo era Dívilo. Con la posada a tan pocos metros por delante, Dívilo dio muestras de una tranquilidad mayor.

—Hoy te invito yo. De este último viaje he sacado algunas ganancias extra. Stan iba a agradecerse cuando, más por instinto que por haberlo oído realmente, se

agachó y se tiró al suelo. Escuchó un fuerte silbido y un impacto acompañado de una queja ahogada. Unos instantes después caía, como sin vida, el cuerpo de su amigo junto al suyo, provocando un ruido sordo en medio de la noche. Sin levantarse del suelo miró en todas direcciones, nada ni nadie se movía en cien metros a la redonda, excepto en la posada, donde todos seguían sus quehaceres, ignorantes de lo que acababa de suceder.

—Stan... —dijo Dívilo sin apenas fuerzas—, toma...

Stan pudo ver una bolsita de cuero en la mano izquierda de su amigo. Calculó la distancia hasta la puerta de la posada, comprobó que su amigo ya no respiraba y de un salto ágil agarró la bolsita y se lanzó al interior del local, no sin antes observar como en la espalda de su compañero había una flecha larga clavada en medio de una gran mancha negruzca. En dos zancadas alcanzó el pomo de la puerta y entró veloz en el interior de la taberna, asustado, nervioso y, a pesar del frío, con gotas de sudor bajándole por el rostro. Dentro, nadie giró su cabeza para ver quien entraba, tan solo Mae^[18], la propietaria puso su atención en el nuevo cliente que acababa de entrar.

La posada parecía tranquila, algunos clientes repartidos por las pocas mesas de madera envejecida charlaban animosamente, reían, cantaban y bebían cerveza o vino de sus jarras, mientras un par de chiquillas andaban de aquí para allá, sirviendo a toda prisa para que los clientes no tuviesen que esperar demasiado. En un rincón del local ardía una chimenea proporcionando una agradable temperatura además de un color y una luz especial. Del techo colgaban algunos faroles que casi no alumbraban más que las gruesas vigas de madera. Stan no se atrevía ni a moverse, apoyado en la gruesa puerta de madera que acababa de cerrar. Se mantenía inmóvil por el miedo, no comprendía nada; apenas sabía dónde se hallaba cuando una voz, más bien áspera, le sacó del aturdimiento en el que se encontraba.

—¿Quieres tomar alguna cosa, muchacho?

Stan más bien se dejó llevar por la propietaria hasta una de las mesas, más que ir sobre su propio pie y si lo hubiesen estado llevando a la trampa más evidente, tampoco hubiese ofrecido ningún tipo de resistencia.

—Te veo un poco paliducho. ¿Te ocurre algo? —le preguntó la posadera.

Pero ante la mudez evidente del muchacho, Mae le hizo sentarse y le dijo:

—Te voy a traer un licor que te reanimará, demasiado frío ahí afuera.

La mujer se alejó en dirección a la bodega. Poco a poco, instante a instante, Stan fue recobrando la conciencia de dónde estaba y de lo que había ocurrido y lentamente fue vislumbrando las consecuencias que podía acarrear el que tuviese en su poder esa bolsita. A esas alturas, seguramente y de forma rápida, ya debían haber registrado a su amigo y como en él no hallarían la mercancía, sabrían con seguridad que era él quien la tenía; tan sólo tendrían que esperar a que saliese de la posada del Norte. Le seguirían con sigilo, como habían hecho con Dívilo y en una sombría esquina

acabarían con su vida en un abrir y cerrar de ojos. De nada valdría dejar la bolsita de cuero en el local; para ellos, fuesen quienes fuesen, y resultaba evidente que eran los del Círculo Negro, Stan era el propietario de una mercancía que no le pertenecía. No preguntarían. El Círculo Negro, el mismísimo Círculo Negro...

—Toma, bébete esto —interrumpió sus pensamientos la posadera—, ya verás como te reanima. Son tres monedas de cobre.

Pero cómo escaparía de allí. Dívilo le había metido en un buen embrollo. Quedarse a dormir en la posada no era buena solución, esperarían a que saliese o incluso peor, entrarían en la posada una vez estuviesen todos dormidos y, una a una, entrarían en todas las habitaciones asesinando a todos los clientes hasta hallar la mercancía. El Círculo Negro no se detenía ante nada.

—¿No vas a probarlo? Tendrás que pagar igual —le advirtió Mae.

La mujer no se había movido de su lado, esperando una respuesta. Stan fue a coger su bolsita para pagar el precio que le pedían, entonces cayó en la cuenta de que todavía tenía la bolsa de su amigo fuertemente agarrada. La piel de su mano se había adherido al cuero y tenía toda la mano enrojecida. Se guardó la mercancía en el bolsillo y sacó las tres monedas con que pagar la bebida. Las depositó sobre la mesa con cuidado, mientras brillaban de una forma especial bajo la luz del fuego de la chimenea. La posadera las cogió con rapidez, hacía tiempo que no veía unas monedas tan nuevas y brillantes, las ojeó con cuidado para que no la engañasen, aprobó con la cabeza la validez de las monedas y con un movimiento demasiado habitual las colocó debajo del delantal que llevaba puesto, dejando que el muchacho se tomase el licor tranquilamente. Las monedas tenían en el reverso el símbolo de la ciudad de Dapur, una fuente repleta de manjares, frutas y viandas; y en el anverso, el símbolo de los Ármitac, el linaje real.

La única esperanza de Stan era que alguien entrase o saliese de la posada, descubriesen el cadáver de su amigo en la puerta, diesen la voz de alarma y aprovechar la confusión para salir huyendo hacia cualquier lugar, pero pasaba el rato y nadie entraba ni nadie tenía la intención de abandonar el local; al contrario, todos seguían pidiendo bebida. Stan no había probado el licor, quería estar bien sereno a la primera oportunidad que tuviese para escapar de esa situación, además no acostumbrado como estaba a los licores, tenía miedo de quedarse dormido y de no volver a despertar. Si entraban los del Círculo Negro, a la propietaria le resultaría bien sencillo responder que el último cliente en entrar era él, y dormido como estaría no tendría escapatoria ninguna.

Hacía ya un buen rato que había entrado en la posada, su amigo debía estar tendido en el suelo. De repente se abrió la puerta del local de forma violenta. Stan se sobresaltó y raudo fue a poner su mano sobre la empuñadura de su daga. Cualquier cosa podía suceder, tenía los músculos tensos, preparado para saltar y rodar por el

suelo cubriéndose de un ataque, pero en lugar de ver aparecer hombres oscuros, entraron en tropel dos grupos de soldados de la guardia de Dapur, con su uniforme característico, y con rapidez se distribuyeron por todo el local, quedando en medio de todos ellos el capitán, erguido, que esperó a que todos los de la posada estuviesen en silencio y atentos.

—¿Quién es el dueño de esta posada? —preguntó con voz grave mientras observaba a la dueña acercarse hasta él.

Los soldados habían sacado sus arcos cortos y sus espadas, cubriendo toda posible sorpresa o huida por parte de alguno de los clientes de la posada.

—Soy yo —respondió tranquila la propietaria—. ¿Qué deseáis?

—Nos han avisado que había habido un asesinato en la puerta de este local —empezó el capitán mientras todos los clientes empezaban a murmurar en voz baja.

—Pero... —intentó desviar toda responsabilidad la posadera.

—¡Silencio! —atajó el capitán—. Hemos llegado y así es, efectivamente. Fuera hay un cadáver.

—Si me permitís, capitán. De aquí dentro os puedo asegurar que no ha salido nadie moribundo y tampoco ha habido ninguna pelea esta noche en la posada.

—Lo sabemos, el disparo de flecha venía de fuera y acabó con la vida de ese desgraciado justo cuando se disponía a entrar en la posada. Por eso queríamos saber si alguno de los que aquí están ha entrado de forma..., digamos que alterada.

Stan temblaba, ahora sí que estaba todo perdido. Mae le señalaría con un dedo diciendo: «este muchacho fue el último en entrar», le apresarían y le descubrirían aquello que había tomado de la mano de Dívilo, cosa que le comprometería. Pensarían que él había sido el asesino de su amigo. No sabía qué era peor si acabar en manos de la guardia de Dapur o del Círculo Negro.

—El último que entró —dijo Mae con una serenidad extrema— dejó la posada hace un buen rato. Y si entró «alterado», yo, no lo noté.

—Gracias señora —dijo el capitán mientras Stan respiraba tranquilo—, pero tal vez tendríais que fijaros mejor en quién entra en vuestra posada.

—Señores —dijo Mae mirando directamente a Stan—, creo que lo mejor es que se vayan a sus casas, ya hemos tenido suficiente por una noche. No se preocupen, la última ronda corre a cuenta de su servidora.

Mientras los soldados se replegaban y guardaban su armamento, todos los clientes se apresuraban a abandonar el local en medio de murmullos y comentarios. Stan no fue menos y recogiendo todo lo suyo se disponía a salir, abrigado por la protección que le brindaba toda la clientela y la guardia nocturna de Dapur, pero al pasar por delante de Mae, ésta lo detuvo un instante.

—Vete tranquilo —le dijo en un susurro—, un asesino no se asusta como tú lo estabas hace un rato.

Stan iba a agradecerle a Mae su complicidad por salvarle de esa situación, pero la mujer le empujó hacia la salida para que no quedase el último. Una vez fuera observó durante un instante a su amigo sin vida. Lo habían cubierto con una manta, aunque la sangre asomaba por debajo, y estaba rodeado de soldados. Respiró hondo y se apresuró a desaparecer entre los demás camino de su casa. Por el trayecto, y siempre siguiendo un recorrido seguro, intentando caminar por donde hubiese más gente, se cercioró de que no lo siguiesen.

Cuando llegó a su casa cerró la puerta tras de sí, se sentó en la cama, con la luz apagada y empezó a llorar amargamente por la muerte de su amigo y por el peligro que había corrido. Al cabo de un rato, cuando ya se sentía más tranquilo, se sentó en la mesa, encendió el quinqué y sacó de su bolsillo la bolsita de cuero que su amigo le había entregado antes de morir. Del interior del cuero salieron dos cosas: un rubí del tamaño de medio huevo de gallina y una nota garabateada en tinta roja que rezaba el siguiente enigmático mensaje: «...por el Círculo Rojo, llévalo a Smeg^[19]».

Demasiadas emociones para una sola noche, ahora también el Círculo Rojo. Ignoraba a qué había estado dedicándose su amigo Dívilo, pero lo que sí sabía era que no era ninguna cosa buena. Ese rubí valdría al menos cincuenta monedas de oro, más de lo que había visto junto jamás, y qué haría con él. Su amo Wylan, jefe de los joyeros podría aconsejarle, pero eso supondría hacerle demasiadas preguntas, sospecharía y sería peor. No, debía permanecer tranquilo, no mostrar esa joya a nadie y, como decía aquel papel, llevárselo a Smeg. Pero quién era Smeg. No sabía por dónde empezar, se hallaba perdido y confuso y además las dos organizaciones irían tras el rubí. Y a lo peor, tanto una como la otra ya sabían quién lo llevaba encima, aunque era poco probable, sino ya hubiesen entrado en su casa. ¿Entrado? Se levantó rápidamente y atrancó la puerta para mayor seguridad y evitar sobresaltos mayores. Se estiró en la cama para pensar en qué debía hacer, qué pasos seguir, pero poco a poco el sueño le fue venciendo hasta que se quedó profundamente dormido.

Despertó sobresaltado a la mañana siguiente, aunque comprobó azorado que, por la luz del sol, estaba muy avanzado el día. Ignoraba cuánto tiempo podía haber dormido, pero de lo que sí estaba seguro era que llevaba más tiempo de lo debido y que además no había descansado lo suficiente. Todo lo acontecido la noche anterior le sobrevino a la cabeza en un instante y, de forma automática, comprobó que la puerta de su casa estaba atrancada por dentro, tal como la había dejado al llegar por la noche y eso le tranquilizó. Inmediatamente después miró encima de la mesita que tenía al lado de su camastro y allí estaban, el rubí junto a la nota escrita y al lado de la bolsa de cuero. Tomó el papel y releyó la nota una y otra vez hasta aprenderla de memoria. Smeg, ese nombre se le repetía en su mente intentando averiguar quién podría ser ese personaje. No conocía a nadie en Dapur con este nombre, aunque podía ser un nombre en clave. Lo escribió, lo leyó del derecho y del revés, hizo

combinaciones con sus letras pero no sacó nada en claro. Cansado de tanto probar decidió preguntárselo a su jefe, seguro que él sabría más de Dapur, ya que era uno de los miembros del consejo de la ciudad. Intentaría no despertar sospechas.

Salió de su casa con presteza, en un extremo del barrio de los ladrones, un pequeño habitáculo sin ningún tipo de pretensiones, amueblado austeramente y propiedad de Wylan Kedir. Cerró la puerta no sin antes cerciorarse que llevaba encima tan preciada mercancía. Dejó una pequeña fibra de ropa pegada con saliva entre la puerta y el marco de madera. La fibra sería prácticamente invisible a los ojos de cualquier merodeador no deseado y le serviría a Stan para saber si en su ausencia alguien había entrado a registrar su pequeña casa. En cuanto se puso de camino fue fijándose en si verdaderamente alguien le seguía.

Era cerca del mediodía y el sol lucía con fuerza para ser pleno invierno, proporcionaba un calor agradable y una sombra lo suficientemente útil para saber, sin necesidad de levantar la mirada, si alguien andaba por encima de los tejados siguiéndole. Pronto dejó atrás la zona de los ladrones y entró en el distrito de los joyeros, mucho más amplio y con calles más aireadas. Las casas de este distrito eran más lujosas, casi todas eran de piedra en su planta baja y muchas tenían un primer piso de madera, a diferencia de su casa que era de una sola planta y de madera como era habitual en todas las casas del barrio en donde vivía.

Después del agradable paseo, pues no se lo tomó con ninguna prisa para no levantar sospechas, llegó a la amplia avenida de los joyeros. La avenida estaba arbolada a ambos lados y a lo largo de la citada calle se levantaban lujosas mansiones y caserones, algunas de más de dos plantas de altura, hechas con la mejor piedra llevada desde Yíldiz, la colonia minera del lejano nordeste. En la planta baja de estas lujosas mansiones, algunas llamadas palacetes, se hallaban los comercios donde se vendían las más famosas joyas, las más bellas de Hárkad, extraídas en las montañas de Xamin, pulidas y talladas por los artesanos de Dapur y puestas a la venta por los joyeros de la ciudad. Algunas de estas mansiones parecían fortificaciones tanto por el grosor de sus paredes como por la vigilancia que poseían.

Al fondo de la avenida, cortándola y cerrando el paso de los transeúntes se levantaba, majestuosa, la más lujosa casa, el hogar de los Kedir, tal vez la familia más rica de Dapur y una de las más influyentes en el comercio, la política y las leyes de la ciudad. Hacia allí se encaminó Stan, seguro de que nadie le seguía, pero nervioso ante la empresa en la que se había metido, la de preguntar a su amo, sin levantar ningún tipo de sospechas ni de recelo, pues Wylan era muy astuto.

En cuanto llegó a la puerta un guardia personal de los Kedir le cortó el paso.

—¿Dónde vas muchacho?

—Voy a ver a mi amo: Wylan Kedir —contestó Stan con aplomo.

—Espera aquí.

El guardia subió los cuatro peldaños de piedra que le separaban de la puerta y antes de que llegase a ella se abrió y un sirviente habló con el guarda unos instantes, luego se giró hacia el muchacho y levantando la voz para que pudiese oírle, le gritó.

—¿Cómo dices que te llamas?

—Stan. Señor.

El sirviente asintió con la cabeza y desapareció hacia el interior después de cerrar nuevamente el portón. El vigilante descendió la pequeña escalinata y se situó a la altura de Stan, un poco separado de él, sin dirigirle la palabra, aunque si le miraba de reojo de vez en cuando. Después de una tensa espera en la que Stan observó detenidamente la calle y la actividad comercial y cotidiana que en ella se desarrollaba, se abrió de nuevo la puerta y el mismo sirviente, con un chasquido de dedos acompañado de un leve movimiento de la cabeza, indicó a Stan que tenía el paso franco. El muchacho se apresuró a subir la escalinata y entrar en la mansión.

—Sígueme —le ordenó el sirviente, un hombre de mediana edad.

El muchacho ya había visto en múltiples ocasiones el interior de la casa y sin prestarle mucha atención al pasadizo por el que caminaban, siguió a su guía hacia el patio interior de la casa. Por el camino se oían voces de otros sirvientes y ruidos de utensilios, pues se acercaba el momento de la comida y la casa tenía una actividad más intensa. Pronto llegaron a un patio ajardinado rodeado por un claustro de columnas simples con una fuente en el centro. Alrededor de ese jardín y bajo el porche que conformaba el claustro, había puertas, todas ellas cerradas, excepto una, a la que se dirigieron los pasos del sirviente. Cuando llegaron a la puerta de esa habitación el criado se detuvo y Stan hizo lo mismo.

—Pasa muchacho —se oyó desde el interior.

Stan se adelantó mientras el sirviente dejaba el lugar y volvía sobre sus pasos, alejándose. Al entrar pudo observar como su jefe, Wylan, se encontraba sentado tras una enorme mesa llena de papeles en los que garabateaba anotaciones. Después de unos instantes de silencio, dejó la pluma sobre el escritorio y levantó la cabeza mientras cruzaba los dedos de las manos.

—Tú dirás —le invitó a hablar Wylan.

—Mmm... ¡Smeg!—soltó de improviso el muchacho.

—¿Smeg? —preguntó extrañado el hombre.

—Sí, Smeg. ¿No os dice nada este nombre?

—¿Debería decírmelo muchacho? —volvió a preguntar el hombre, todavía más perplejo.

—Veréis señor... —empezó indeciso Stan—, me han informado que un noble viajero llamado Smeg vendrá a Dapur en breves días y quería saber si tendré que darle una especial bienvenida, ya sabéis...

—Dices Smeg... —dijo pensativo.

—Ahá —asintió Stan cada vez más nervioso.

—Smeg... La verdad es que me suena el nombre, pero ahora...

—Ya —contestó desanimado Stan.

—Un momento, y ¿quién te ha dicho que es un noble viajero?

—Un amigo, señor —respondió Stan con una ligera esperanza.

—Ja, ja, ja... —rió ostensiblemente el consejero—. Deben referirse a Smeg, el enano, ja, ja, ja...

—¿El enano? —preguntó extrañado.

—Sí, es el propietario de una posada de Barintia.

Barintia, la capital del reino de Hárkad. Claro que no le sonaba el nombre, si él no había salido jamás de Dapur. Pero se refería la nota de Dívilo al mismo Smeg. No lo sabía, pero era la única pista a seguir, al menos era el mismo nombre.

—Pero dudo que Smeg venga a Dapur —interrumpió sus pensamientos, un Wylan incrédulo.

—Habrán querido engañarme —sentenció Stan—. Lamento haber hecho perder vuestro tiempo, señor. Me encargaré de que no vuelvan a engañarme.

—Tranquilo muchacho, está bien que preguntes. Así nos aseguramos que no causamos perjuicio a nadie y no cometemos errores. ¿Verdad?

—Cierto —contestó Stan con celeridad—. Y ahora si me permitís...

—Oh, sí. Pero ven dentro de dos días. Tengo un trabajo para ti.

—Aquí estaré señor —finalizó la conversación mientras Wylan hacía sonar una pequeña campana y al instante aparecía otro sirviente.

Este nuevo sirviente acompañó a Stan a la puerta de salida. Una vez fuera de la mansión, Stan empezó a preguntarse cómo llegar a la capital. No tenía mucho dinero y no podía comprarse un caballo, por pésimo que éste fuera. A pie se tardaba más de doce jornadas en ir de una ciudad a otra y eso significaba comida, equipo y sobre todo ropa de abrigo, pues todavía era invierno. Todo eso sin contar con los salteadores que podía encontrar o, y de pronto se estremeció, los perseguidores de la joya que llevaba encima.

De repente se acordó que poseía una cadena de oro que Wylan le regaló cuando entró a formar parte de su «empresa particular». Tal vez empeñándola o malvendiéndola podría conseguir algo de dinero y llegar a Barintia, una vez allí ya intentaría averiguar quién era realmente ese Smeg y por qué debía entregarle el rubí. Incluso sería posible que le comprase la joya con lo que saldría ganando mucho dinero, pero ¿y si le engañaba?; no sabía el precio exacto del rubí y eso sólo podía saberlo un tasador de joyas. Y tasadores era lo que sobraba en la avenida en la que se hallaba, en el distrito de los joyeros. Así que sin pensarlo demasiado se encaminó a uno de los comercios de la avenida de los joyeros, el primero que le vino bien.

—Hola —saludó Stan al encargado.

—Hola —respondió un hombre ya mayor de pelo blanco y perilla del mismo color—. ¿Qué deseas?

—Mi padre me dejó en herencia una joya. Y ahora, que paso por ciertas dificultades, quisiera venderla. Pero antes desearía saber el dinero que podéis darme por ella.

—Traedla y os la tasaré.

—Aquí está —respondió Stan mostrándole el rubí.

El viejo joyero no pudo disimular un gesto de admiración al ver la gran piedra. Se sorprendió por lo que acababa de decir el muchacho, pues alguien que hubiese dejado ese rubí en herencia también hubiese dejado muchas más riquezas para que sus herederos no pasasen dificultad ninguna en toda su vida. Como buen joyero que era, se ocupó exclusivamente de su trabajo y no quiso preguntar de dónde había salido el rubí, para ahorrarse problemas.

—Si me permitís —dijo alargando las manos.

Stan le cedió la joya, no sin cierto pesar e intranquilidad, pero sabía, porque lo había visto hacer en múltiples ocasiones, que la única manera de valorarlo era que lo examinase el hombre. Así lo hizo mientras se desprendía de la cadena de oro que colgaba de su cuello y la dejaba encima del mostrador.

—También quisiera que me tasaseis esto —dijo señalando la cadena.

Después de un largo rato en que el comerciante examinó la piedra detenidamente, la expuso a la luz y le aplicó distintos materiales a su superficie sin dañarlo, se atrevió a diagnosticar.

—Por la cadena tres monedas de oro, no puedo darte más. No es muy buena. Por el rubí, doscientas cincuenta, aunque es negociable su precio.

Stan tuvo que agarrarse al mostrador para no caerse al suelo. Doscientas cincuenta monedas de oro era una cantidad que jamás había imaginado. Con ese dinero se podía vivir en la más lujosa de las posadas de la capital, Barintia, más de nueve meses. Ahora que sabía su precio aproximado, podría negociar con Smeg y conseguir, tal vez, un poco más de dinero.

—¿Te decides por algo? —preguntó el joyero.

—Os doy la cadena, la joya es para pensárselo. Pero no dudéis que si me decido volveré a vos.

—Os esperaré muchacho —dijo el anciano cogiendo la cadena y depositando en las manos del chico las tres monedas de oro con el símbolo de la ciudad en el reverso y el de la corona Ámitac en el anverso—. Volved cuando queráis.

Stan se guardó la joya en el saquito de cuero y abandonó con prisa el local sin apreciar que el anciano comerciante salía casi al mismo tiempo por una puerta lateral, no sin antes dejar la tienda a cargo de un sirviente para hacerse cargo de los clientes durante su ausencia. Aún no había llegado Stan al final de la avenida, cuando un

hombre joven se interponía en el camino del joyero que se encaminaba a la mansión de los Kedir.

Stan decidió en un instante que debía dirigirse a la zona de los comerciantes, ya que lo que necesitaba comprar lo adquiriría con mayor facilidad y a mejor precio en esa zona. Como conocía suficientemente la ciudad, fue directamente a los comercios que más le convenían. Enseguida tenía en su poder una buena capa de viaje, gruesa para el duro frío del invierno de Barintia, que estaba más al norte que Dapur, una mochila amplia para colocar muchas cosas, un pequeño odre de agua, cuerda, frutos secos para poder comer durante algunos días y ropa y calzado nuevos para resistir un viaje por caminos polvorientos. La idea de ir a caballo hasta la capital del reino inmediatamente fue desestimada, pues el precio de uno de esos animales era inalcanzable para la economía de Stan. Tan solo le restaba comprar una buena arma, una espada corta, pues solamente tenía una daga y los caminos podían resultar peligrosos. Le quedaban dos monedas de oro y se encaminó hacia la herrería.

La herrería era un comercio abierto, de hecho era un simple porche adosado a una casa de planta baja de madera, sin embargo, el fuego de la fragua mantenía un calor agradable para los compradores que allí se hallasen. El martilleo constante de Flámbor^[20], el herrero, sobre una pieza metálica hacía casi imposible entenderse. Junto al herrero, un hombre recio de mediana edad, había otro individuo de una edad similar, pero mucho mejor vestido, con ropas de comerciante. El hombre estaba de pie observando en silencio el trabajo del herrero. Stan se plantó entre los dos, junto a un barreño con agua y esperó a que Flámbor levantase la cabeza y le mirase. Después de un par de martillazos cogió, con unas largas pinzas de hierro, el metal que estaba moldeando y lo introdujo en el barreño mientras silbaba y dejaba escapar vapor por efecto del agua. Se limpió las manos con un trapo y miró a Stan.

—Saludos. ¿Qué deseas?

—Una buena espada —contestó resuelto el chico.

—Muy bien, pero antes tendrás que decirme si la quieres larga o corta.

—Corta, por supuesto.

—Cortas, tengo un par, a ver qué te parecen —continuó el herrero mientras se acercaba a una mesa que tenía allí al lado y desenvolvía una manta.

—¿Qué precio tienen? —preguntó Stan sin examinarlas.

—Deberías examinarlas primero, tal vez pagues mucho por algo que no lo merece —intervino el comerciante que estaba observando la escena.

—No entiendo de espadas —dijo Stan.

—Entonces, ¿para qué quieres una? —le preguntó extrañado el comerciante.

—Debo ir a Barintia cuanto antes y no me fío de los caminos.

—Poco vas a protegerte. Si no entiendes de espadas, es que no sabes usarlas.

—Pero impresionan —repuso Stan.

—Ésta vale cinco monedas y ésta, tres —señaló el herrero mostrándole las dos espadas.

—¿De plata o de oro? —preguntó Stan.

—Oro, evidentemente —respondió molesto el herrero.

—Vaya, no tengo ese dinero. Lo siento.

—Espera muchacho, tal vez podamos llegar a un acuerdo —intervino el comerciante.

Stan le miró con ojos ilusionados, tal vez le solucionaría el problema.

—No tengo más dinero que éste —dijo Stan mostrando sus dos piezas de oro.

—Llevo una carga de barriles de vino para Barintia y voy solo —empezó explicando el comerciante—, una ayuda no me vendría mal. Si una espada impresiona, más lo hacen dos juntas. Tú me acompañas y me ayudas, yo te llevo a Barintia y el dinero que debería pagarte, te lo doy por adelantado con la compra de la espada. ¿Qué te parece?

—¡Extraordinario! —exclamó Stan— ¿Cuándo nos vamos?

—En cuanto tenga arreglada la rueda del carro en la que Flámbor está trabajando. Por cierto, me llamo Licur^[21] —dijo a modo de presentación.

—Yo, Stan. Toma mis dos monedas. Voy a casa a buscar mis cosas y vuelvo enseguida. Espérame.

—De acuerdo, pero date prisa. En cuanto Stan se hubo marchado a todo correr, Licur le dijo a Flámbor:

—Este muchacho es demasiado confiado, tendré que contarle un par de cosas. La capital no es una ciudad tranquila, precisamente.

Flámbor ni siquiera contestó. Estaba concentrado en volver a martillar la rueda del carro para darle la forma necesaria y acabar lo antes posible, pues todavía le quedaban cosas por hacer.

Poco rato después volvió Stan con la mochila llena y preparado para el viaje, iba a abandonar Dapur por primera vez y eso le tenía ilusionado. Antes de entrar en casa se había cerciorado de que nadie había estado durante su ausencia. Ahora estaba mucho más tranquilo y confiado, aunque no se abstuvo de mirar si alguien le seguía, pero como no tuvo ninguna sospecha de ello, en cuanto vio a Licur, su rostro se alegró y se olvidó de posibles problemas. Había tenido una suerte excepcional. Al poco de llegar de nuevo a la herrería, Flámbor había acabado de reparar la rueda y se la entregó a Licur mientras iba a buscar la espada de Stan.

—Toma la rueda muchacho y acompáñame al establo de la posada donde he estado estos días. Nos vamos esta misma tarde.

—Como queráis —contestó Stan mientras cogía la rueda y la espada, impaciente.

Licur pagó lo convenido al herrero y se alejaron en dirección a la posada. Inmediatamente después un joven se acercó a la herrería con sigilo pero con paso

decidido. Flámbor siguió con su trabajo sin apenas inmutarse pero sin quitarle el ojo de encima a ese joven y con evidente rostro de molestia. El joven sólo hizo una pregunta al herrero, que éste contestó de mala gana, aunque ninguno de los dos se percató que otra figura, apostada entre las sombras, ya largas de la tarde, después de escuchar la respuesta de Flámbor se escurría sigilosamente sin dejar constancia de su presencia.

En cuanto Stan y Licur llegaron a la posada, se dirigieron de inmediato hacia los establos. Allí les esperaba un sirviente de la misma posada que después de recibir una moneda de oro de Licur, por haber vigilado la mercancía, se dispuso a ayudarles a colocar la rueda. Ya era oscuro cuando habían finalizado la tarea. Licur mandó al sirviente a buscar algo de comida para una cena rápida mientras ultimaba los preparativos, enganchando los dos caballos al carro y le daba unas instrucciones rápidas a Stan.

—Hoy haremos camino toda la noche. Después ya descansaremos, ya llevo algo de retraso y quisiera recuperar algo del tiempo perdido.

—Lo que digáis —asintió Stan.

Comieron con celeridad lo que el sirviente les había traído, subieron al pescante del carro no sin antes abrigarse bien con mantas que Licur llevaba y, mientras el sirviente les abría las puertas del establo, Licur cogía las riendas y se ponían en marcha. El carro iba cubierto por una lona atada con cuerdas que no dejaba ver la carga, pero se adivinaban ocho barriles grandes, que según había dicho Licur, eran de excelente vino de Mármora y que tenían como destino las dos mejores tabernas de la capital. Pero la mercancía debía ser entregada en Barintia cuatro días después y por culpa de esa rueda se había retrasado un poco, pues todavía le restaban seis jornadas para llegar a Barintia; por eso esa misma noche no harían ningún alto en el camino. Antes de abandonar Dapur, los guardias detuvieron el carro y después de examinar los papeles que le exigieron a Licur, papeles que le habían dado a la entrada de la ciudad, éste desembolsó la obligada cantidad de una moneda de plata por la circulación de mercancías, tal como quedó establecido por los derechos otorgados por el gran Íler Ármitac, hacía más de doscientos años.

Stan contemplaba las torres-antorcha encendidas iluminando y señalizando la urbe mientras se alejaban hacia el norte. Una contradictoria sensación le inundaba, una mezcla de emoción y de temor por abandonar la ciudad, pero en cuanto dejó de verse la luz de los fuegos, se acurrucó más en la manta y se fue calmando hasta que sus ojos fueron cerrándose lentamente.

—Échate atrás —le indicó Licur—, yo ya dormí. Si ocurriese algo te despertaré.

Stan agradeció el consejo y se echó en la parte de atrás del carro, poco después con el traqueteo del carromato, perdió la noción del tiempo y bajo un estrellado cielo, con una temperatura realmente baja, se quedó profundamente dormido.

No sabía cuánto tiempo había dormido, pero el sol estaba alto cuando abrió los ojos. El carro estaba parado. Los caballos pacían allí cerca en unos matojos casi desprovistos de hojas. Hacía un viento fuerte que venía del noroeste, era un viento seco y muy frío. En cuanto se incorporó vio que se habían separado del camino, habían medio acampado en un lugar que Licur había descubierto, en unas piedras donde resguardarse y que había una pequeña hoguera encendida donde se calentaba un cazo con agua y hierbas. Licur estaba envuelto en mantas, calentándose al fuego, aunque parecía dormir. Stan saltó del carro y después de desperezarse fue hacia la hoguera para tomar algo caliente que le reconfortara.

—Tómame un cazo de huresán, te sentará bien —le dijo de repente Licur.

—¿Hemos andado toda la noche? —preguntó Stan.

—Sí, hemos parado hace bien poco y en cuanto te tomes algo emprendemos la marcha de nuevo. Aún queda por recuperar.

—¿Qué es esto del huresán? —preguntó intrigado Stan.

—Vaya —respondió Licur—, veo que tampoco entiendes de hierbas. ¿A qué te dedicas muchacho?

—Bueno... yo... —empezó Stan sin saber bien que responder— esto...

—Ja, ja, ja. Vaya mozalbete estás hecho tú, seguro que te dedicas a trabajos... «delicados».

—No es eso, pero... —intentó justificarse el muchacho.

—Da igual, a mí no me importa, tus razones y tus motivos tendrás para hacer lo que hagas. Aquí no puedes hacerme daño, por lo que ves, dependes de mí y además ¿adónde irías?

—Pero también vos dependéis de mí. Los asaltantes, ya sabéis.

—Ja, ja, ja... ¿asaltantes? Pero quién te cuenta estas historias. En este camino hace más de cien años que no ha ocurrido nada. Yo diría que es el camino más seguro de todo el reino de Hárkad, ja, ja, ja... —reía divertido Licur.

—Vaya, entonces por qué me comprasteis la espada —preguntó contrariado Stan.

—No lo sé exactamente, tal vez porque te vi en la mirada el apremio por abandonar Dapur y tu impaciencia me conmovió. Pero... —prosiguió el comerciante — ¿no habrás hecho nada malo, verdad? A ver si te estarán siguiendo y me has puesto en peligro de forma inconsciente.

—No, no —se apresuró a tranquilizarle Stan—, puedo aseguraros que nadie me busca.

—Esto me tranquiliza. Bébete eso que nos vamos. Por el camino —dijo complaciente— te contaré cosas de las hierbas. Nunca se sabe si te resultará útil en un futuro próximo. Además es una buena manera de conseguir unas monedas para pasar unos días en una ciudad desconocida, porque ¿te has quedado sin dinero, no?

—Sí —contestó Stan bajando la cabeza con cierta vergüenza.

—Eso se puede arreglar, ja, ja, ja... —volvió a reír, divertido, Licur.

Stan se tomó la infusión que el comerciante le había dejado preparada y aunque sólo fuese por lo caliente que estaba, sintió un alivio y le reconfortó. También comió algo de queso seco que llevaba en su mochila. Mientras Licur recogía todos los utensilios y los colocaba ordenadamente en el carro, recogía las bridas y los enganches de los caballos y con exacta rutina colocaba los dos animales en el carro.

—Quédate con el cazo, Stan, si vas a aprender de hierbas, lo necesitarás.

—De acuerdo —agradeció el muchacho, y después de limpiarlo con tierra se lo metió en la mochila.

Poco después de mediodía iniciaban su marcha hacia la capital. Los dos iban sentados en el pescante del carro y Licur hablaba de muchas cosas que Stan desconocía. El muchacho le seguía con creciente interés y aprendía rápido, aunque sabía que la práctica era fundamental para adquirir sus nuevos conocimientos. Licur le contó a Stan que había muchos tipos de hierbas diferentes, de algunas se usaban los tallos, de otras las hojas, frutos, raíces y que además se preparaban de manera diversa. Algunas se tomaban en infusión, otras se aplicaban y algunas se mezclaban con agua para hacer pastas y emplastes. Conocer las hierbas significaba conocer sus propiedades, el lugar donde encontrarlas y la época del año mejor para recogerlas. Todas las hierbas tenían un precio que sería reembolsado en cualquiera de los comercios dedicados a la herboristería en cualquier ciudad. Sin embargo el precio que pudiesen pagar por ellas era variable según la ciudad, la zona o el barrio donde se hallara el herbolario e incluso su capacidad de negociar. También le contó que existían hierbas para sanar enfermedades, para acelerar el proceso de recuperación natural de roturas y esguinces, para cortar hemorragias e incluso para matar. Éstas últimas eran los venenos y su uso era muy complejo, además de peligroso. Llegar con venenos a un herbolario significaba no ser bien visto y, seguramente antes de abandonar la herboristería, muchos ya sabrían que habría que tomar precauciones con ese individuo. De igual forma sucedía si se adquirían los venenos o se mostraba la intención de hacerlo. Licur le contó todo lo que pudo sobre las siete hierbas que él conocía, incluso cuando paraban a descansar, aprovechando que buscaban leña para encender el fuego, le obligaba a buscar y a identificar esas hierbas.

Stan, en los seis días escasos que tardaron en llegar a su destino, aprendió a limpiar y cepillar caballos, a engancharlos y desengancharlos del carro, a preparar comida caliente, a conducir con garantías un carro y a manejar de una forma básica la espada. Incluso encontró algunas hierbas que podría cambiar por dinero al llegar a la ciudad. Por el camino se cruzaron varias veces con otros carros que, o bien iban en dirección contraria a la suya, o bien estaban parados al borde del camino tomando un descanso.

Casi al final de la última jornada de viaje, Stan dijo:

—No sé cómo agradecereros lo que me habéis enseñado.

—No tienes porque agradecerérmelo. Si consigues vivir más años, significará que lo que has aprendido es útil y eso, para mí, es suficiente agradecimiento.

—He aprendido mucho, sabía tan poco... —se lamentó Stan.

—No te preocupes, todos sabemos poco cuando somos jóvenes. Pero lo importante es que podamos aprender cosas nuevas cada día. ¿No lo ves así? —intentó consolarle.

—¿Dónde me aconsejáis que venda mis hierbas?

—No son muy valiosas, lo sabes, pero es mejor ir a sitio seguro la primera vez. Luego con más experiencia podrás buscar aquellos herbolarios que más dinero te den por las mercancías que les ofrezcas. Vete a la plaza central de Barintia. La herboristería no tiene pérdida.

—Gracias de nuevo por la información. Iré allí —contestó Stan.

—¿Ya tienes sitio dónde alojarte?

—No.

—Vaya, veo que no habías planificado este viaje.

—No mucho, la verdad.

—Pues para la próxima vez deberías preverlo todo mejor. Así te ahorrarás sorpresas. Te recomiendo la posada del Templo. Está regentada por Nora^[22], una buena mujer. Te tratará bien —le aconsejó Licur.

—¿Os habéis alojado allí? —preguntó con curiosidad.

—No, yo tengo casa en Barintia, pero en alguna ocasión me han hablado de la posada otros comerciantes que han venido a la ciudad.

—De acuerdo —resolvió Stan—, iré allí, pero ¿tendré suficiente dinero?

—¿Cuántos días piensas quedarte?

—Espero resolver mis asuntos en un par o tres de días a lo sumo.

—Así que vienes a resolver asuntos. Bien —murmuró Licur.

Stan iba a responderle cuando Licur levantó la mano en señal de silencio y paró el carro.

—Mira —le dijo señalando al frente.

Se encontraban a poca distancia de la ciudad, ya se distinguían las primeras casas de Barintia. A la izquierda se veía claramente el promontorio rocoso que dominaba la urbe y sobre él, el castillo del rey. A media altura las grandes mansiones, semejantes a los palacios de los ricos comerciantes de Dapur, que se apiñaban a los pies del castillo. Hacia la derecha se extendían las casas de la ciudad y en el extremo oriental se levantaba la silueta de otro castillo. La ciudad parecía más populosa que Dapur y las casas parecían distintas, así como el trazado de sus calles, más anárquico.

—¡Barintia! La capital del reino de Hárkad. Ahí la tienes —proclamó Licur visiblemente emocionado—. Aquello que ves arriba es la casa del rey y las grandes

mansiones que hay a sus pies, son las casas de las familias nobles de la ciudad.

Licur seguía mostrándole la ciudad a contraluz, pues ya empezaba a oscurecer. Pero no se detuvo en sus explicaciones y prosiguió con una mezcla de añoranza y ternura en su voz.

—Detrás de las casas, la desembocadura del Arimán y el mar de Hárkad, frío y oscuro como una noche sin luna de invierno. El camino que seguimos nos llevará directamente a la plaza. El castillo que ves al otro lado —dijo señalando hacia el este— es el llamado castillo del príncipe, aunque jamás ha sido habitado por ninguno de ellos. Se utiliza para invitados de mucha nobleza. ¿Qué te parece?

—Asombroso —contestó Stan boquiabierto—. Nunca me la había imaginado así.

—Sabía que quedarías sorprendido. Por algo es la ciudad más importante del reino. Y en primavera, con la luz, es preciosa —sonreía Licur.

—Sí debe serlo —contestó Stan imaginándola.

—Aún nos queda un trecho para llegar. Te dejaré en la plaza —resolvió Licur mientras ponía en marcha el carro de nuevo.

Así fue como Stan vio por primera vez Barintia, como una ciudad nueva, asombrosa y acogedora. El recuerdo de su Dapur se fue diluyendo a medida que se acercaban más a la capital. Una ciudad nueva con nuevas oportunidades se hallaba ante él. Aquí nadie le conocía, no tendría que entregar parte de sus ganancias a ningún señor y con la venta del rubí sacaría suficiente dinero para comprarse una casa y vivir tranquilamente de sus negocios. Stan estaba soñando con su nueva situación, los peligros le parecían insignificantes, si había podido subsistir en Dapur qué podía pasarle en esta otra ciudad. Sólo necesitaba un par de días para arreglar sus asuntos y luego establecerse de forma cómoda y definitiva en Barintia.

Casi sin darse cuenta, absorto como estaba imaginando, habían entrado en la ciudad y ya iban por sus calles repletas de gente que se dirigía a su casa a descansar. Los edificios eran casi todos de piedra y muchos tenían una planta superior. Pocas eran las casa de madera. Había más gente en la calle que en Dapur, pero lo que más sorprendió a Stan fue que la vía por la que iban, se transformó enseguida en un camino empedrado que les condujo directamente a la plaza principal. Las sorpresas no habían finalizado, pues no bien llegaron a la plaza, pudo observar como dos grandes bloques de piedra, casi planos, se erguían en el centro. Los edificios, de tres plantas de altura, cerraban la plaza por los cuatro costados y la vía empedrada seguía por el lado opuesto de la plaza, flanqueado por antorchas encendidas y ascendiendo en zigzag por entre las casas nobles, hasta el castillo de la cima. En la zona donde se iniciaban las antorchas había un grupo de unos quince soldados que impedía el acceso a la parte noble, a la que desde allí se accedía.

—¿Qué son esas piedras?

—Son la Piedras de los Reyes —contestó Licur con una sonrisa en los labios—.

En ellas se encuentran grabados, a cincel, los nombres de los señores y reyes de Barintia.

El carro se detuvo en un lateral de la plaza.

—Aquí termina nuestro viaje, muchacho —le indicó Licur mientras descendía del pescante.

—Bueno, agradecido por todo y...

—Toma. Esto te ayudará por esta noche —le dijo el comerciante mientras le daba una moneda de plata.

—Lo tendré en cuenta. Algún día os devolveré todos estos favores.

—Ya veremos. Vete ahora a descansar que lo mereces. Suerte —le deseó Licur.

Stan giró en redondo y se encaminó hacia una de las pequeñas bocacalles que había alrededor de la plaza. Al primer transeúnte le preguntó por la posada del Templo y después de unas breves indicaciones, se dirigió al lugar señalado. Por el camino confirmó que en Barintia vivía más gente que en Dapur, pero se sentía más seguro que en su ciudad. Al girar una esquina, bajo la luz de un candil colgado de una pared, podía leerse un letrero de madera con letras en amarillo que decía: «Smeg, el enano». Stan permaneció quieto un buen rato, del interior surgían voces, risas y ruidos de platos. Se adivinaba una posada repleta. Ahora ya sabía dónde se encontraba su contacto e instintivamente se llevó la mano a la mochila para asegurarse de que llevaba la mercancía. El olor a comida le recordó que estaba hambriento y que otra posada le esperaba.

Un par de calles más allá, enfrente de dos columnas medio derruidas que se erguían en el centro de una plazuela, rodeadas de un jardín helado, se encontraba la posada que Licur le había recomendado. No parecía tan llena y al entrar se encontró con un comedor casi vacío y un muchacho más joven que él se le plantó diligente justo delante.

—¿Deseáis cena?

—Y habitación para una noche —respondió decidido.

—Muy bien. ¿Venís con caballo? —insistió el joven con una voz servicial.

—No —fue la única respuesta de Stan.

El joven hizo una señal con la mano y una mujer de mediana edad se acercó con rapidez.

—Si me acompañáis os mostraré vuestra habitación. Mientras os ponéis cómodo, os prepararán la cena aquí abajo. No queremos ruidos ni peleas. Si ocurriese algo, llamaríamos a la guardia, son tres monedas de cobre por adelantado —le explicó la señora de un tirón, extendiéndole la mano al final del discurso.

—Está bien —dijo Stan mientras le entregaba la moneda de plata.

—Si no estáis de acuerdo —le respondió mientras le devolvía siete monedas de cobre—, podéis ir a otra posada.

—Está bien —repitió el muchacho mientras seguía a la señora escaleras arriba.

Ya en el interior de su cuarto, se lavó las manos y la cara con agua tibia de una jofaina. Dejó su mochila en el pequeño armario, pero sacó la bolsita de cuero con el rubí y la escondió bajo el colchón. La habitación no tenía ventana y después apagó el candil y bajó a cenar con la intención de subir inmediatamente después y echarse a dormir, pero antes debía planificar la estrategia para el día siguiente.

Capítulo 2

El encuentro

Xamin, conocida como la ciudad rebelde, se caracterizaba por muchas particularidades, pero la más famosa, y la que le había dado ese nombre, era que los soldados de la ciudad no debían obediencia al rey, aunque sí lo hacía el señor de la ciudad, el duque de Xamin. A efectos protocolarios, si el rey visitaba la ciudad, los soldados le reverenciaban, puesto que el duque era un súbdito real; pero a efectos de organización, los guardianes eran reclutados y pagados por el duque como mercenarios de los Málcolm, la familia que ostentaba el título nobiliario. Eso suponía un alto precio para esa familia, pero como Íler Ármitac, el gran rey, les había concedido la propiedad del treinta por ciento de todos los beneficios que se originasen de la explotación y comercio de las piedras preciosas y las maderas nobles de los yacimientos y bosques de los Montes de Xamin, no resultaba ningún sacrificio monetario para los gobernantes de esa ciudad.

Xamin era una ciudad amurallada, en el interior de la cual, discurrían las intrincadas callejuelas, que como un laberinto, ocupaban las tres cuartas partes de su superficie. La cuarta parte restante contenía otro recinto amurallado, donde se encontraban tres grandes edificios rodeados de amplios jardines: la residencia del duque, la casa de los soldados y un palacete para las visitas de los nobles ciudadanos de Hárkad. Cada atardecer y cada amanecer, respetando una tradición de siglos, desde la parte más noble de la ciudad, sonaban unas trompetas que anunciaban el cierre o la apertura, según el momento, de las puertas de la muralla. Todo aquel que se hallase fuera de la ciudad, debería permanecer a los pies de la muralla, si quería volver a entrar, y esperar a la mañana siguiente cuando se abriesen de nuevo las puertas. Pero aquellos que quedaban dentro, tenían el tiempo justo para buscar refugio en alguna de las posadas o esconderse en sus callejuelas estrechas para no ser vistos por las patrullas. Si alguien era apresado en plena noche, pasaba un año en el calabozo y después, despojado de sus propiedades, era abandonado, a sus suerte, fuera de las murallas de la ciudad.

El clan de los Némolin estaba comandado por Fándar^[23], el anciano, pero la mayor parte de sus negocios habían sido delegados a su hijo Céndar^[24], un apuesto hombre de unos cuarenta y cinco años que llevaba con mano dura y rigidez todos los asuntos de la familia. Su padre, el anciano, solamente se ocupaba de las visitas de cortesía, recepciones y tratos con los antiguos clientes que deseaban seguir haciendo

negocios con la institución viviente de los Némolin. Muchos eran los que trabajaban para la familia y muchos los puestos desempeñados por ellos, pero todos tenían en común una cosa: la daga con el escudo de la familia que, como un pequeño tesoro, aseguraba el respaldo y el apoyo del clan y de los amigos y aliados en cualquier ciudad del reino. Poseer una daga Némolin era todo un honor y ser desposeído de ella era símbolo de desgracia.

Aquella mañana Tórmax^[25] se había levantado como de costumbre, antes de que sonasen las trompetas de apertura de las puertas de la ciudad. Era una mañana fría y gris de invierno, pero a Tórmax no le importaba, tenía que acompañar a su jefe para ver los nuevos trabajos de explotación de una nueva mina de esmeraldas. No era la primera vez que hacía eso y sabía por experiencia que una vez llegados a las minas, siempre habría quien intentaría hacer llegar las quejas a su jefe, Céndar Némolin. Tórmax se ocupaba de mantener a raya a cualquiera que intentase llegar hasta su jefe sin previo permiso y sabía que si alguien consiguiese dañar a su jefe, él iría a parar a la cárcel como un vulgar delincuente.

Tórmax era un joven de treinta años, atlético, fuerte, robusto, educado en la lucha cuerpo a cuerpo y en el manejo de espada larga, arco medio y daga. Su tez morena y su pelo rubio le hacían atractivo entre los de su edad, pero de momento permanecía fiel a su trabajo y no parecía tener intereses amorosos.

Mientras se lavaba y se vestía, tenía la daga Némolin junto a él, encima de la silla donde estaba su ropa. Procuraba no separarse de ella, pues conocía los beneficios que podía aportarle tanto dentro como fuera de Xamin. Jamás la había perdido y jamás la había usado para matar a nadie, para estos últimos menesteres tenía otra daga más tosca, más pobre, pero eficiente. Todavía no había acabado de ajustarse las botas cuando se abrió la puerta y apareció el propio Céndar, que entró con el semblante preocupado.

—¿Vamos tarde? —preguntó Tórmax contrariado.

—No, hemos anulado la visita a las minas.

—¿Y eso?

—Hay una cosa que quiero que veas —respondió, pensativo, Céndar.

—Lo que mandes.

Se apresuraron a salir de la casa medio escondidos, pues no querían ser vistos por ojos curiosos, lo que preocupó a Tórmax. Acurrucados en sus capas, con la cabeza bien cubierta se dirigieron a la zona noble de la ciudad. Antes de cruzar la puerta que daba acceso a esa zona, unos guardias les cerraron el paso. Céndar mostró un salvoconducto e inmediatamente después les abrieron el paso casi con reverencia. Una vez hubieron llegado a la casa de los soldados, volvieron a mostrar el papel y una vez en el interior esperaron a que viniesen a buscarlos.

—Vamos a ver a una prisionera —informó Céndar.

—¿Una prisionera? —preguntó extrañado Tórmax.

—Sí, pero no es una prisionera cualquiera. Hace una semana fue hallada en estado de desnutrición en un camino no muy lejano.

—¿Y qué ha hecho para ser prisionera? —insistió Tórmax.

—No sabemos el alcance de su posible delito. Todavía. Pero intuimos que es mejor que nadie sepa que está aquí. La hemos alimentado, la hemos cuidado y finalmente...

—Un momento —interrumpió Tórmax—. ¿Hemos?

—Xamin, la ciudad de Xamin, muchacho.

—Pero... —prosiguió Tórmax, confuso.

—Dame tiempo para que te explique —prosiguió Céndar mientras Tórmax asentía.

—Finalmente habló, hace dos días. Su nombre es Cintya^[26], pero posiblemente no te diga nada esa información, ya que lo que resulta más interesante es lo que nos dijo después.

—¿Y qué dijo? —preguntó impaciente Tórmax.

—Que hace tres semanas, exactamente —y dibujó una sonrisa cómplice en su rostro— vio como era asesinada Jania Desolt, la reina consorte, toda la guardia del cortejo fúnebre y como era decapitado el difunto rey, Íged Ármitac.

—Eso es imposible —afirmó contundentemente el joven Tórmax.

—Precisamente eso es lo que quiero que averigües. Quiero nombres, datos concretos, cualquier cosa que nos sirva. Xamin —miró fijamente a los ojos del muchacho— se juega mucho en esto y Góureith Málcolm^[27] sabrá recompensar nuestros esfuerzos.

Enseguida apareció el guardián asignado para acompañarles a la mazmorra donde se hallaba la muchacha prisionera. Antes de empezar a descender, el guarda les entregó dos candiles apagados. Intercambiaron una mirada de complicidad y guardaron el más absoluto silencio hasta que no llegaron a la puerta de la celda. Descendieron tres pisos bajo tierra, acompañados siempre del guarda que les guiaba, iluminando el camino con una antorcha.

En el último piso la humedad era terrible, las paredes de los pasadizos que iban siguiendo desprendían agua continuamente y en algunos tramos, incluso, pisaban oscuros charcos.

Las paredes, en este último piso, eran de roca viva y el techo más bajo, cosa que les obligaba a andar semiagachados. De vez en cuando se oía algún lamento apagado al otro lado de alguno de los portones que iban dejando atrás. Por fin, y después de seguir un verdadero laberinto de túneles, el guarda se paró ante una puerta, sacó algunas llaves e introdujo una en la cerradura, que se abrió sin problemas a pesar de la humedad reinante.

—Aquí es, señor —indicó el guarda a Cénder.

—Queremos estar solos con la prisionera.

—Si me necesitasen haced sonar esto —dijo entregándole un pequeño silbato—, o si quieren abandonar el recinto. Vendré enseguida.

—Así lo haremos —respondió Cénder mientras esperaba que el guarda se alejase por el pasillo, después de entregarles otra antorcha encendida.

Tórna, que había tomado los dos candiles en la sala de entrada, también los encendió con la antorcha del guarda antes de que desapareciera. Empujó la puerta hacia adentro y, de momento, sólo vieron oscuridad. Antes de dar el primer paso un fuerte olor a humedad, paja medio podrida y orines, les echó hacia atrás. Una vez se acostumbraron al hedor, entraron en la celda. Todo el suelo estaba cubierto de paja y por encima correteaban algunos escarabajos. El recinto era muy pequeño, apenas dos metros cuadrados. La celda no tenía luz y en un rincón había un agujero en el suelo donde practicar las necesidades. En el otro extremo estaba, sentada, la muchacha. Apoyaba toda la espalda en la pared, parecía rota.

—¿Es necesario que esté en estas condiciones? —se lamentó Tórna.

—Es mucho más seguro que nadie sepa que está aquí.

—Pero ¿no puede mantenerse el secreto sin necesidad de...?

—No —cortó Cénder—. La mejor forma de que pase inadvertida es tratarla como...

—Señor, señor... —dijo la voz lastimera de la muchacha que había oído voces—, ayúdeme...

—Vamos a ayudarte —la tranquilizó Tórna, realmente afectado por la visión.

—Ahora te sacaremos —mintió Cénder—, pero antes debes contestar unas preguntas.

—Sí..., sí —decía la chica en un hilo de voz.

—Yo debo marcharme, Tórna. En cuanto sepas algo, dímelo. Dejo esto en tus manos.

Cénder le entregó el silbato y dio media vuelta para salir de allí, llevándose la antorcha.

—Pero tendrás que avisar al guarda.

—No te preocupes, Tórna. He pasado muchos años en estas mazmorras. Encontraré el camino.

Una vez solos, Tórna no sabía por dónde empezar, había asistido e incluso participado de algunos interrogatorios, pero siempre se trataba de asesinos, ladrones y otros delincuentes, jamás de una mujer inocente. Pensó que lo mejor sería ganarse la confianza de esa muchacha, pero sacarla de ahí dentro no podía, así que hizo sonar el silbato y esperó que apareciese el guarda. Al poco rato se vio la luz de la antorcha como se acercaba por el pasillo, un instante después apareció el mismo hombre que

les había conducido hasta allí.

—Cuando queráis, señor.

—No, soldado. No nos vamos todavía —dijo Tórmax acercándose al guardia.

—¿No? —preguntó extrañado el soldado.

—Trae agua caliente para lavar, jabón, ropa limpia, comida caliente y más luz —ordenó al soldado.

—Pero señor... —protestó.

—¡Silencio! Haz lo que te digo, yo me responsabilizo de todo eso.

—Tardaré un tiempo en conseguir todo eso —se excusó el carcelero.

—Lo sé. Tenemos toda la mañana, no hay prisa.

El guarda se alejó y Tórmax miró al suelo. En el lugar donde creyó que la paja estaba en mejor estado, se sentó y cruzó las piernas. Se quedó observando a la muchacha, no tendría más de veinte años y si había sido hermosa, ahora no lo parecía. Se adivinaba su piel blanca y suave debajo de la suciedad y las heridas, pues era evidente que la habían torturado y quién sabe si no la habían violado. Tórmax no se atrevía a tocarla y permaneció, durante todo el rato que estuvo esperando, allí quieto, pensando en qué cosas podían darle más confianza para que ella no temiese nada.

Al cabo de un buen rato apareció de nuevo el carcelero con todo aquello que Tórmax había pedido. Ignoraba de dónde lo habría sacado, pero la verdad es que lo había traído todo. Se lo entregó al muchacho y esperó órdenes.

—Si quieres dejarnos solos...

El guarda volvió a alejarse dejándolos allí solos. El muchacho encendió los tres candiles que le habían traído y examinó con más detenimiento a la prisionera, ahora con más claridad, y no le tranquilizó en absoluto lo que vio. Si la celda tenía un aspecto lamentable, la pobre Cintya todavía presentaba un aspecto peor. Tórmax se acercó lentamente a ella y le dijo con una voz dulce:

—Lavaos y vestíos, muchacha. Comed esto que está caliente. Yo volveré luego y os prometo que os sacaré de aquí en cuanto pueda.

La muchacha pareció no inmutarse, pero antes de que Tórmax abandonase la celda con un candil en la mano, por el rabillo del ojo vio un ligero movimiento que le devolvió la esperanza.

El muchacho se alejó unos metros, después de entrecerrar la puerta de la celda y esperó a que la chica estuviese más a gusto con lo que le había dejado. Transcurrido un buen rato largo, en el que Tórmax le dio vueltas a la cabeza, se atrevió a volver a la celda. Cuando abrió la puerta vio a la muchacha sentada en el suelo, había comido y se había lavado a duras penas pero no se había cambiado de ropa. Parecía dormir.

—Cintya —la llamó en voz baja.

—Mmm... —se removió la muchacha.

—¿De dónde eres?

No hubo respuesta por parte de la chica, pero no se rindió tan fácilmente.

—¿Qué pasó en el entierro? Cuéntame, no tengas miedo.

Tórnax sabía lo que había ocurrido, o al menos de lo que la versión oficial se había propagado. Él, por pertenecer a la servidumbre de los Némolin, tal vez sabía algún detalle más que la mayoría de la gente, pero tampoco se sabía mucho de lo ocurrido. Según sus informaciones, contadas por el mismo Céndar, el cortejo fúnebre fue atacado por unos desconocidos, se ignoraban los motivos y consiguieron acabar con la vida de la reina consorte, los guardias y todos aquellos que formaban dicho cortejo, excepto una muchacha que pudo escapar y llegar a Barintia. Contó lo sucedido, pero no pudo resistir el frío y el cansancio sufridos mientras vagó hasta que la encontraron. Según esa misma versión, se estaban haciendo todos los preparativos para que Émel Ámitac, el príncipe, fuese regentado por alguien de confianza. Sin embargo, Tórnax sabía que, de momento, ya eran dos las muchachas que habían salvado la vida, si es que no había más; que era muy extraño que la otra hubiese muerto de frío y agotamiento, pues Xamin se encontraba más alejada del lugar de los hechos que Barintia y además era evidente que Cintya había sido golpeada y maltratada, y aún así, permanecía con vida. Respecto al príncipe, habían pasado más de tres semanas y lo que se sabía es que en cada ciudad, la autoridad respectiva había tomado el mando con apoyo de los soldados, excepto en la capital, que seguía comandada por el capitán general, en ausencia del representante de la corona. Las posibilidades que ofrecía la información de esta muchacha eran muchas, dependiendo de lo que revelase, pero de momento no decía nada.

—Descansa, mañana volveré —dijo Tórnax tranquilizándola.

—Tres —susurró la muchacha—, tres...

—¿Tres qué? —preguntó de repente, acercando el oído a sus labios.

—Pudimos escapar... ¿dónde están?

—¿Tres? —preguntó con asombro el muchacho.

Mas la muchacha había perdido el sentido o se había dormido y ya no obtuvo más respuestas. Tórnax hizo sonar el silbato y salió de la celda antes de que llegase el carcelero.

En cuanto se topó con él en el pasadizo, con manifiesta excitación, le dijo:

—Quiero que trasladéis a la prisionera a un lugar más seco, luminoso y aireado. A un sitio mejor. ¿Entiendes?

—Eso es imposible —respondió el guarda.

—¿Cómo que imposible? Te lo ordeno —se enfureció Tórnax.

—Lo siento señor, en eso no puedo hacer nada.

—Muy bien. ¡Tu nombre, soldado! Informaré a Céndar Némolin de este asunto —le amenazó el chico.

—Haced lo que queráis —respondió inmutable el guardia—. La prisionera está en esta celda por órdenes directas y expresas de Góureith Málcolm, el duque.

Tórnax quedó atónito y boquiabierto ante tal respuesta y sin disimular su enfurecimiento, se encaminó hacia la salida. Visiblemente alterado por la rabia.

—Por aquí, señor. No os vayáis a perder en este laberinto —le indicó el guardia.

—Te sigo —refunfuñó. Era evidente que no sabría salir de allí sin la ayuda del carcelero.

—Pero antes —le advirtió el soldado—, debo cerrar la puerta de la celda. Esperad aquí.

En cuanto Tórnax llegó a la casa de los Némolin, muy enfadado, se dirigió directamente a los aposentos de Céndar, sin embargo su señor no se hallaba en el lugar donde lo buscaba. Eso le enfureció más y decidió ir a ver al patriarca de la familia en busca de la influencia para conseguir sus objetivos. Así pues, se encaminó hacia el otro extremo de la casa con paso decidido. Los pasillos y habitaciones que fue cruzando estaban ricamente decorados con tapices, mesas y muebles regios de maderas nobles y con candelabros de oro y plata.

Finalmente llegó a la puerta, de madera rojiza con incrustaciones de marfil, que daba acceso a los aposentos privados del viejo Fándar. Llamó a la puerta y esperó a que respondiesen.

Un buen rato después se abrió la puerta y un viejo sirviente, de edad avanzadísima se le quedó mirando como quien espera una orden concreta.

—Quiero ver a Fándar Némolin —dijo con toda la solemnidad que pudo.

—Deja que pase —sonó la voz de Céndar desde el interior.

El viejo sirviente abrió más la puerta y dejó pasar a Tórnax, que después de haber reconocido la voz de su señor, entró contrariado y confuso al interior de la habitación. Una vez dentro, el sirviente cerró la pesada puerta y se quedó de pie esperando órdenes concretas. La habitación era una pequeña estancia donde había una mesa pequeña, muy sencilla y dos armarios con cajones a ambos lados de la mesa. Sentado en una gran silla estaba el viejo Némolin, su hijo se hallaba de pie con unos papeles en la mano. Un gran ventanal, con las cortinas abiertas daba una luz suficiente para trabajar en el despacho.

Padre e hijo debían estar tratando negocios cuando fueron interrumpidos por la llamada de Tórnax. El muchacho tuvo la sensación de no haber hecho lo correcto.

—Tú dirás —dijo el viejo mirando a los ojos de Tórnax.

—Veréis —empezó el chico—, he estado hablando con la prisionera...

—¿Prisionera? —interrumpió Fándar.

—Sí, la muchacha que encontraron —prosiguió— y que...

—¡Oh! Perdonad padre —cortó intencionadamente Céndar—, tenéis tantas cosas en que pensar, que no os lo comenté. Si nos disculpas —dijo dirigiéndose a Tórnax

mientras le lanzaba una mirada represiva—, tenemos mucho trabajo. Luego te lo cuento todo, padre.

TórnaX abandonó de inmediato la habitación, pues no podía contradecir a su señor. Lo mejor sería calmarse, reflexionar sobre lo ocurrido y pensar en una nueva estrategia para conseguir sonsacarle información a la muchacha, pues estaba claro que por esa noche seguiría durmiendo en la celda húmeda en donde se hallaba.

Antes de que se acostara TórnaX, después de una cena ligera, entró en la habitación su señor CéndaR, con el semblante grave y preocupado. El muchacho enseguida tuvo la sensación de que a su señor no le había gustado su forma de proceder y se dispuso a disculparse a la primera ocasión que tuviese. Se levantó de inmediato en señal de respeto, pero CéndaR con un solo gesto de su mano hizo que se volviese a sentar.

—Ya sé que quieres pedirme disculpas, pero esta vez no te las voy a aceptar —dijo enfadadísimo.

—Pero...

—Ni peros, ni nada. Tenías un trabajo que hacer, haberte limitado a eso. No te pedía nada más.

—Pero la muchacha... —continuó TórnaX.

—Deja la muchacha en paz. Además ha muerto hoy, antes de oscurecer.

TórnaX sintió como la cabeza le daba vueltas y todo a su alrededor giraba vertiginosamente. Se agarró al colchón de paja al que estaba sentado. Tragó saliva y empezó a sudar unas gotas frías. No podía creérselo.

—Parece que te ha afectado mucho esa muchacha —incidió CéndaR.

—No es eso.

—¿No? Pues tú me dirás —le espetó su señor—, el guardia ya me ha informado de los favores que le concediste.

—¡Maldita sea! —se levantó TórnaX—. Era una muchacha inocente, sólo eso. Quería hacerle más llevadera su existencia. Además quería ganarme su confianza para conseguir mayor información.

—Cálmate —dijo con voz pausada—, ¿y qué información le sacaste?

—Que fueron tres —reveló TórnaX.

—Que fueron tres... ¿qué?

—Las que consiguieron huir de la emboscada —dijo con fastidio.

—Pues dos ya no existen —dijo pensativo CéndaR—. Y ésta última, nadie, repito, nadie sabe que ha estado aquí. ¿Entendido?

—Sí, señor —respondió sumiso.

—Bien —aprobó CéndaR—. Ahora escucha con atención. Debería retirarte la confianza de los Némolin. Has molestado a mi padre y además te has extralimitado en tus funciones...

—Señor... —intentó defenderse.

—¡Déjame terminar! —gritó Céndar—, pero quiero que restituyas tu falta y voy a darte una oportunidad. ¿De acuerdo?

—Lo que mandéis —dijo cabizbajo.

—Está bien. Escucha. Irás a Yíldiz, allí te entrevistarás con Sheldon Tálec^[28], es un hombre de confianza. Le mostrarás la daga y te pondrá al corriente de lo que debes hacer. Creo que te presentará a una muchacha. Deberéis ir a Barintia y allí conseguiréis información.

—¿Puedo preguntar sobre qué? —dijo tímidamente.

—Antes de morir, Cintya nos dio un nombre. Habló de una tal Alda Lekin. Ya ves, sin miramientos y obtuvimos más y mejor información que tú —le recriminó Céndar.

—Lo siento, me equivoqué —reconoció.

—Da igual. El hecho está en que los Lekin son una familia noble de Barintia, incluso fueron señores de esa ciudad antes que los Ámitac llegasen a gobernarla. Lo curioso es que de su cabeza importante, Céled Lekin, hace más de veinte años que no se sabe nada. La casa de los Lekin en Barintia ha estado cerrada desde entonces y que nosotros sepamos, no figura nadie en esa familia que responda al nombre de Alda, ni nada semejante.

—Tal vez mintió la muchacha o entendió mal el nombre.

—Pero si dijo la verdad, en Barintia también deben saberlo, aunque oficialmente no nos hayan dicho nada. Y puede, incluso, que sepan más. Por eso quiero que vayas allí y averigües lo que puedas. La información que consigas ya te dirán cómo hacerla llegar sin peligro.

—¿Cuándo parto? —se interesó Tórnax.

—Mañana, en cuanto abran las puertas de la ciudad. Deberás ir con cuidado. Me temo que debe haber más gente que sabe mucho y no podemos fiarnos de nadie. Suerte.

Céndar abandonó la habitación. Tórnax sabía que era como un castigo al que le habían sometido. Pero a partir de ahora intentaría ser más cauto, más duro y complacer en todo a su señor para volver a servirle como siempre, a su lado. Esa noche no durmió, preparando su mochila con todo el equipaje necesario y pensando en cómo debía actuar sin levantar sospechas. Tal como le había dicho Céndar, el peligro podía surgir en el lugar más insospechado. También le había dicho que le acompañaría una muchacha, quién sería y por qué debía acompañarle. Esas preguntas no obtendrían respuesta hasta que no llegase a Yíldiz, la ciudad minera, pero para eso todavía faltaban doce días de viaje.

Antes del amanecer, Tórnax estaba preparado en su habitación, y aunque no había dormido, se sentía fresco para iniciar el viaje. Se abrió la puerta y un sirviente le dio

todo aquello que necesitaría y que no llevaba encima, como comida, y le indicó donde hallaría el caballo que los Némolin le prestaban junto con un tosco mapa de la ruta que debía seguir hasta Yíldiz.

Poco después de cerciorarse de que el caballo estaba en condiciones y de comprobar que no estaba marcado y no se le podía relacionar con Xamin, Tórmax montó el animal y abandonó la ciudad por la puerta norte.

Llegar a Yíldiz hubiese sido empresa más fácil y corta si hubiese seguido el camino establecido, pero en el mapa, que Céndar le había hecho llegar, estaba claramente especificada una alternativa para que nadie pudiese seguirle. Una vez hubo abandonado la ciudad, pronto se dirigió hacia el este, hacia La Muralla, y una vez en sus proximidades, siguió la ruta hacia el norte, sin abandonar la cercanía de las montañas hasta llegar a su destino. El viaje no estaba exento de peligro, pues no pasaría por ningún núcleo habitado y además, tan próximo a las montañas como iba y siendo invierno, el tiempo no acompañaría.

Tórmax llevaba un buen equipo con ropa de abrigo, comida y enseres para sus necesidades más urgentes. Tendría que cazar para poder comer caliente y buscar refugio para pasar las noches frías en los parajes solitarios. El animal era un buen caballo y soportaría el frío, pero debía ir con cuidado porque un pequeño accidente, por la zona por la que debía moverse, podía resultar fatal para Tórmax.

De los doce días que duró el viaje, nevó nueve y si no hubiese sido por la experiencia de Tórmax, seguramente se hubiese perdido. La noche antes de llegar a Yíldiz, con un pequeño fuego encendido donde asaba un conejo abatido por su arco medio, aquella misma tarde, quemó el mapa para no dejar pistas sobre su lugar de origen. Al día siguiente descansó en su campamento improvisado y esperó pacientemente a que empezase a oscurecer para acercarse a la ciudad. Cuantos menos ojos pudiesen verlo, más posibilidades de pasar inadvertido.

Se había ocultado ya el sol cuando Tórmax, a lomo de su caballo, entró en Yíldiz. La ciudad no era más que una calle central con casas a ambos lados y una plaza al final de esa misma vía. La plaza era un espacio abierto rodeado de grandes caserones y almacenes. Los caserones eran las oficinas administrativas de los diferentes pozos mineros que estaban en explotación y donde se controlaban y cuantificaban las extracciones de piedras y metales que de allí se sacaban. Había un caserón, construido en piedra, de tres plantas que era la casa del gobernador, una persona desplazada por el rey para controlar cualquier problema que hubiese en la colonia. En el mismo caserón habitaban los doscientos guardias que eran relevados cada seis meses desde la capital y que ayudaban a controlar los posibles contratiempos con que podía toparse el gobernador.

Casi todos los que habitaban en Yíldiz eran mineros y los que no lo eran tenían trabajos relacionados con la minería, como carpinteros que construían los soportes

para las galerías o las casas mismas de los mineros. También había dos posadas para hacer las comidas y proporcionar bebida cuando los mineros no trabajaban. Algunos mineros tenían esposa e hijos, conformando la escasa población femenina que vivía en Yíldiz. La colonia minera era un lugar muy duro donde vivir, sobre todo en invierno, pues estaban a una altura considerable y muy al norte, y ello significaba temperaturas extremas.

Aquellos que no tenían una actividad directa o indirecta con la minería eran el gobernador y los soldados. Además de éstos, y con visitas esporádicas a la ciudad, estaban los propietarios de las explotaciones mineras, cinco individuos que vivían cómodamente en la capital y que, sobre todo en el buen tiempo, visitaban su negocio para controlar las ganancias. Sin embargo, entre los propietarios había uno que había fijado su residencia en Yíldiz. Decía que a la larga le reportaría mayores beneficios y día a día iba personalizando su relación con sus trabajadores, lo que hacía que en esa única explotación que poseía se trabajase a más alto rendimiento. Este hombre se llamaba Sheldon Tálec. Sheldon tenía unos cuarenta y cinco años y había arriesgado su fortuna en la compra de una explotación de mineral de hierro, que muchos aseguraban que estaba prácticamente agotada. Era un hombre apasionado, vivía con la ilusión de hacer cosas que pudiesen ayudar y no se encogía ante las adversidades, incluso él mismo había trabajado junto a sus hombres en el interior de la montaña. Sheldon llevaba los números de su empresa y vivía en una modesta cabaña de madera como uno más de los mineros. Era un idealista.

Tórmax detuvo el caballo ante la puerta de la casa de Sheldon y bajó del animal con agilidad, pese a los días que llevaba cabalgando. Con las riendas cogidas llamó a la puerta, dos golpes secos. No nevaba, pero el frío era muy intenso. Se abrió la puerta y del interior salió el calor de un fuego encendido.

—¿Tórmax? —preguntó Sheldon.

—Sí —confirmó el muchacho.

—Te esperaba. Pasa, hace frío.

—¿Y el caballo?

—Coge todo lo que lleves, el animal déjalo ahí. Luego me ocupo de él. Nadie va a llevárselo.

Tórmax descargó el animal y Sheldon le ayudó con el equipaje. Ató las riendas a un clavo de la pared y los dos hombres entraron dentro. La cabaña era pequeña, un comedor, con una mesa en el centro, que hacía a la vez de cocina. En un rincón había una chimenea de piedra con fuego encendido y tres puertas cerradas. Encima de la mesa había dos platos con comida y enfrente de uno de ellos, una muchacha castaña de mirada triste y ojos marrones que se quedaron mirando los ojos verdes del muchacho que acababa de entrar.

—Esta es tu habitación —le dijo Sheldon mientras abría una de las tres puertas.

—Puedes dejarlo todo aquí.

—Buenas noches —dijo Tórmax a modo de saludo mirando a la chica.

—Buenas noches —respondió ella con voz dulce.

Tórmax desapareció tras la puerta y después de haber dejado todo el equipaje encima del camastro, volvió a salir. Sheldon, mientras, había dispuesto un plato nuevo con comida para el nuevo invitado y le señaló la silla para que se sentara y cenase con ellos.

—¿Qué tal el viaje?

—Largo y frío —respondió Tórmax que había empezado a cenar.

—Me alegro de que hayas llegado, te esperábamos ayer.

—He venido todo lo rápido que he podido.

—Sí, sí, claro. Y bien, ¿cómo está Céndar?

—Atareado, como siempre.

—Ya me ha puesto al tanto de todo —indicó el hombre—, pero antes... ¿no crees que deberías enseñarme algo? —preguntó Sheldon cambiando de tono.

—¿Algo? —preguntó extrañado Tórmax.

—Ni un solo movimiento o perderás tu vida —dijo por primera vez la muchacha mientras Tórmax notaba la punta de una espada o de una daga en su estómago, por debajo de la mesa.

—No sabemos si eres verdaderamente Tórmax —se justificó Sheldon.

—Vaya —comentó el chico—, he vuelto a cometer un error.

—Un descuido, más bien —intervino Sheldon—. ¿Tu daga?

—La llevo en la bota —respondió Tórmax.

—Yo la cogeré, ni te muevas —anunció Sheldon.

El hombre se agachó mientras la muchacha, concentrada, seguía apuntando a Tórmax. Cogió la daga y después de observarla comentó:

—Una magnífica daga Némolin. Seguro que eres merecedor de ella.

—Eso creo —dijo Tórmax respirando más tranquilo después de dejar de notar la punta del arma de la muchacha.

—Me llamo Krahova^[29], encantada —dijo con la mejor de sus sonrisas.

—Lo siento —se disculpó Sheldon.

—No pasa nada, es nuestra obligación —respondió Tórmax.

—Ahora que ya os conocéis, ella te acompañará a Barintia —prosiguió Sheldon—. Creo que te irá bien.

—De acuerdo —asintió el muchacho.

—Supongo que Céndar te habrá informado de todo.

—Bueno... me dijo que tú me darías más información sobre dónde ir y con quién tratar.

—Te pondré al corriente —empezó Sheldon—. Toma buena nota. Las cosas no

están muy bien, ya sabes y Xamin quiere apuntarse un mérito por si el nuevo rey quisiese cambiar ciertas leyes. Que encontrásemos a Cintya ha sido providencial, pero más providencial ha sido que nos facilitase un nombre.

—Lástima que... —interrumpió Tórmax.

—Que no sabemos si el nombre es verdadero o corresponde a una persona real. Efectivamente. Pero para esto estáis los dos, para averiguarlo.

—¿Los dos? —preguntó Tórmax.

—Uno solo puede correr más peligros. No tenemos ojos en la espalda.

—Cierto —corroboró el muchacho.

—Hay alguien en Barintia que conoce los intrincados movimientos de las familias nobles, deberías hablar con él primero. Se llama Landin Kedir^[30] y es el principal sirviente de la casa de los Krebb.

—¿Y por qué no habláis vosotros directamente con él? —preguntó Tórmax.

—Porque no le conocemos personalmente y además a ti te pagan por este trabajo —respondió Sheldon algo contrariado.

—¿Me pagan? —sonrió irónicamente Tórmax.

—Toma esta bolsa —le entregó una bolsa de cuero—, hay cuarenta y cinco monedas de oro dentro. Úsalas con moderación y con inteligencia.

Tórmax quedó perplejo, jamás había visto una cantidad tan elevada de monedas de oro. Esa cantidad le podía permitir la vida en Xamin casi tres meses como un rey. Desde luego los Némolin tenían mucho dinero y también mucho interés en que este asunto les saliese bien.

—La vida en la capital es muy cara —prosiguió Sheldon— y si tenéis que alojaros en una posada es mejor que llevéis dinero de sobra. Sabemos que Landin va una vez por semana a la posada del Templo, regentada por Nora y que le da dinero, aunque no sabemos por qué.

Sería una ocasión única para hablar con él.

—Y si la misión se alarga, ¿de dónde sacamos más dinero? —preguntó Tórmax.

—La información que obtengáis, la entregáis a Féllow Kur^[31], un capitán de la guardia de Barintia que suele tomarse unas copas en la posada de Smeg y si necesitáis dinero, él os lo proporcionará. Es un hombre de total confianza.

—¿Sabe él quienes somos? —se interesó el muchacho.

—No todavía, pero lo sabrá.

—¿Y Krahova qué papel tiene en este asunto?

—Eso debería contártelo ella. Yo voy a ocuparme de tu caballo y luego me retiraré.

Mañana a la salida del sol deberíais partir. Ahora la información corre prisa. Llevamos sin rey unos dos meses y nadie ha reclamado el trono. Empieza a ser preocupante.

—Buenas noches, Sheldon —le deseó Tórmax.

—Que descanses —dijo Krahova.

Sheldon se levantó de la mesa y salió por la puerta de la calle. Se llevó el caballo a un establo cercano, allí lo desensilló y le dio de comer. Al instante volvió a su cabaña. Entró en su habitación por una puerta trasera. Los dos muchachos habían quedado en silencio, sentados en sus sillas, observándose el uno al otro hasta que Krahova se levantó y guardó su espada corta en la vaina que colgaba de la silla donde había estado sentada. Sólo entonces, el muchacho se había dado cuenta que ella había estado con la espada desenvainada desde el principio. Pensó que era muy previsora y muy hábil. Ahora que estaba de pie pudo observarla mucho mejor. Tenía un cuerpo proporcionado, atlético y fuerte, muy fibrado. Vestía ropas de abrigo, pero con libertad y comodidad de movimientos, parecía ser ágil y hábil al mismo tiempo, sería una buena ayuda, desde luego.

—Mi padre está encarcelado —rompió el silencio Krahova—. No por haber cometido ningún delito de sangre, sino por defender una idea, según el gobernador, arriesgada.

—Vaya —exclamó Tórmax—, y ¿qué idea es esa?

—Mantiene que al otro lado de las montañas hay vetas riquísimas de mineral y que se debería cruzar para explotarlas.

—Ja, ja, ja —rió el muchacho—. Sabes que el gobernador tiene toda la razón. No se pueden cruzar las montañas. Nadie lo ha conseguido.

—Sheldon no lo cree así; además cuando los primeros exploradores de Barintia llegaron aquí, hace ahora unos quince años, entre los que estaba el propio Sheldon, ¿sabes qué encontraron?

—Nada, supongo —respondió sin demasiado interés.

—Pues te equivocas, encontraron casas ya construidas y minas abiertas. Pero todo estaba abandonado.

—¿Y qué quieres decirme con esto? ¿Acaso es imposible que otros, antes que Barintia, hubiesen podido llegar aquí e intentar lo mismo que ahora? La vida en Yíldiz, sobre todo en invierno, es muy dura y tú lo sabes.

—¿Por qué cierras los ojos a la evidencia? —dijo un poco molesta.

—¿Qué evidencian esas construcciones abandonadas? —le replicó.

—Déjalo, ya veo que no lo entiendes.

—No es eso, pero sabes que La Muralla es imposible de cruzar. Lo sabe todo el mundo.

Lo lamento por tu padre —intentó disculparse—, pero es así.

Ella había bajado la cabeza, parecía que estaba a punto de echarse a llorar. Tal vez porque el único sueño que compartía con su padre, acababa de hacerse pedazos en un instante.

Tórnax se lamentaba de haber sido tan realista con ella y buscaba una palabra de apoyo sin encontrarla. No parecía ser un buen principio para ellos, pero no podía permitir que una idea tan extravagante prevaleciese por encima de lo que todos sabían como cierto y verdadero.

Seguía preguntándose qué hacía ella en ese asunto, por qué Sheldon quería que fuesen los dos y por qué Céndar había aceptado lo que Sheldon decía, acaso los Némolin estaban sujetos a otras autoridades y no eran tan poderosos como creía.

—Voy a acostarme —anunció finalmente Tórnax.

Ella ni tan siquiera levantó la cabeza para mirarle, ni tampoco dijo una palabra. Tórnax se levantó y cogió la bolsa de monedas que le había dado Sheldon. Estaba claro con este gesto que quería que él llevase la iniciativa. Quién sabe, Krahova era un brazo más y estaba armado, tal vez sería de utilidad al fin y al cabo. Se metió en su habitación y enseguida se quedó dormido, pues una cama confortable era mucho más de lo que podía haber esperado en esa colonia minera.

Apenas había transcurrido la mitad de la noche, cuando la puerta de la habitación de Sheldon se abrió y salió al salón donde todavía estaba sentada la muchacha, a la luz del candil y de la chimenea encendida.

—Vas a coger frío —le dijo poniéndole una manta encima.

—¿Por qué han mandado a este? —preguntó en voz baja.

—Céndar tendrá sus motivos. Pero creo que tendremos que vigilarle. No le veo muy capaz.

—Descuida Sheldon, eso corre de ni cuenta —dijo dibujando una sonrisa leve.

—Ten cuidado pequeña, nos jugamos mucho. Pero si tienes algún problema, no dudes en pedir ayuda a Féllow Kur, es un hombre estupendo y fiel. Ahora vete a dormir, mañana va a nevar y todavía os quedan ocho días de viaje hasta la capital. Descansa.

Los dos se fueron a sus respectivas habitaciones. A Sheldon le costó dormirse, nervioso y preocupado por la inexperiencia manifiesta de Tórnax y por lo arriesgado de enviar a Krahova, pero no parecía haber otra solución. Sin embargo, ella se durmió enseguida después de que las palabras de Sheldon le hubiesen dado más confianza.

Poco antes del amanecer, cuando Tórnax salió de su habitación, preparado y totalmente equipado, descubrió que había sido el último de los tres en levantarse y que un pequeño desayuno, con leche caliente y pan recién horneado, le esperaba encima de la mesa.

Krahova no estaba en la casa, pero se la veía fuera ensillando su caballo. Sheldon estaba desayunando, casi había terminado.

—Buenos días, ¿qué tal has dormido?

—Bien —respondió el muchacho mientras empezaba a desayunar con prisa.

—Está nevando otra vez. Krahova está ensillando el caballo. Cuanto antes

marchéis, antes llegaréis a Barintia. Tened cuidado.

—No temas. Cuidaré de la muchacha —dijo Tórnox con acento tranquilizador—. ¿Es verdad que crees que se puede cruzar La Muralla?

—De eso ya hablaremos en otra ocasión —respondió Sheldon sorprendido por la improvisada pregunta del muchacho—, ahora centraos en hablar con Landin, pero sed cautos y no levantéis sospechas.

En cuanto Tórnox hubo desayunado y hubo cargado de nuevo el caballo, se despidió de Sheldon y montó mientras esperaba que la muchacha también se despidiese del hombre.

Después de un sincero abrazo, ella también montó su animal y se encaminó hacia la salida de Yíldiz mientras los primeros mineros salían de sus casas en dirección al trabajo, en el interior de las montañas.

El viaje hasta Barintia transcurrió sin muchas novedades. Casi todo el trayecto estuvo nevando, aunque no siempre con una intensidad preocupante. Por las noches descansaban en lugares resguardados, tanto en el interior de algún bosquecillo, que eran muy frecuentes en la zona, como al abrigo del frío, el viento y la nieve, detrás de una loma o entre algunas rocas grandes. Apenas se dirigieron palabra, pero aún a pesar de los largos silencios que había durante el día, ambos se examinaban mutuamente y ambos se llevaban la agradable sorpresa de ver que en campo abierto y con relación a la supervivencia, ninguno de los dos era un ignorante. Sabían otear pistas que les guiasen por el mejor sendero sin peligro en medio de la nieve, sabían cuidar de sus respectivas monturas y les daban el descanso y los cuidados merecidos, sabían cazar algún animalillo que les proporcionase alimento durante el viaje, sabían encontrar hierbas útiles para sus necesidades y Tórnox pudo observar que la muchacha se defendía mejor con el arco medio que con la espada; sin embargo, con la daga era superior incluso a él mismo. Krahova empezó a cambiar su actitud respecto a Tórnox a medida que iban avanzando por el camino, sobre todo viendo como se desenvolvía a la hora de cazar, conseguir leña o buscar el trayecto más directo. Sin embargo esa actitud confiada y autosuficiente hacía que Krahova sospechase que en cuanto llegaran a la ciudad, de nuevo, volviera a cometer una imprudencia y la pusiese en peligro. Confiaba mucho en Tórnox, pero siempre que estuviesen en campo abierto.

Tórnox también fue convenciéndose de que Krahova era una compañera muy útil en el exterior, pero sospechaba que no sabía guardar la compostura una vez llegasen a la capital.

Pero cómo decírselo sin que se ofendiera, aunque si lo hacía y decidía volver a Yíldiz, él se sentiría más cómodo; pues algo había en ella que le decía que no abandonaría tan fácilmente. Así pues, la noche antes de llegar a Barintia, sentados al lado de una pequeña hoguera, decidió decírselo, de todos modos, directamente.

—Krahova...

—Dime —respondió ella, levantando la mirada con interés.

—Sheldon me pidió que cuidase de ti, en Barintia los peligros...

—Sabré cuidarme sola —le interrumpió ella—, gracias de todos modos.

—Verás... —insistió él—, si siguiesses con la idea que me comentaste...

—¿Qué idea? ¿Te refieres a la de poder cruzar las montañas?

—Sí, esa. No quiero problemas.

—Te dije que lo olvidarás —le dijo mirándole con enfado—. Ahora dime tú una cosa.

—Adelante —la invitó solícito.

—¿Puedes decirme que le vas a decir a Landin cuando lo tengas delante, sin levantar ningún tipo de sospechas? ¿Será una pregunta del tipo... Landin —imitando la voz del muchacho—, podrías darme información sobre los Lekin?

—Ya pensaré en algo —dijo Tórnax sorprendido y molesto al mismo tiempo.

—Pues bien, si quieres, yo puedo darte una idea —le echó en cara ella.

—Veamos tus ideas —repuso incrédulo.

—¿Qué te parece una carta del gobernador de Yíldiz, firmada y sellada de puño y letra, invitando a los Krebb a participar en un proyecto ambicioso que podría enriquecer a Barintia y a los mismísimos Krebb por encima de muchos nobles y señores?

—¿Y de dónde vas a sacar tú esa carta? —preguntó divertido.

—Cuando no encuentres una idea mejor, me avisas —concluyó ella.

Tórnax se quedó estupefacto, no alcanzaba a comprender lo que la muchacha quería decirle, además se suponía que ella debía ayudarle y no entorpecerle con ideas extrañas. Esa pequeña discusión fue motivo suficiente para que, lo que faltaba de la noche y buena parte de la mañana siguiente, ninguno de los dos hablase con el otro. Si las cosas seguían por ese camino, mandaría sus quejas a Cénder o sencillamente renunciaría a esa misión; aunque si lo hacía podría perder muchos privilegios, como la daga. Tórnax se lamentaba de haber sido tan blando con la prisionera, por eso ahora creía que tenía que ser más duro, tener una actitud más pertinaz y más autoritaria con Krahova, que seguro haría que se pusiese en su lugar; o acaso no era consciente de quién controlaba el asunto.

A media jornada escasa de Barintia, Tórnax detuvo el caballo en medio del camino. Hacía un día bastante espléndido. El sol calentaba con fuerza, aunque en la sombra se notaba el frío del invierno que todavía no había concluido. Estaban bastante al norte y el clima era muy agreste. Krahova, que cabalgaba al paso algunos metros por detrás de él, en cuanto llegó a su altura también detuvo al animal y esperó en silencio a que le comunicara por qué había parado la marcha. Tórnax sonrió para sus adentros al ver que ella paraba su caballo y se ponía a su altura esperando

órdenes.

—Pararemos a comer aquí, es un buen sitio.

—Lo que tú digas —respondió resignada.

—Quiero llegar de noche a Barintia, serán menos los ojos que observan quién llega.

—Me parece correcto.

—Iremos directamente a la posada de Smeg y allí nos alojaremos.

—Quieres decir que irás, porque yo no pienso ir.

—¿Cómo que no? —le preguntó mientras la miraba con extrañeza.

—Haz lo que quieras. No pienso discutir contigo; pero si en esa posada está nuestro contacto, cuantas menos veces nos vean por allí y menos nos vean hablando con él, menos posibilidades de caer en una trampa. ¿No crees?

—¿Y dónde nos alojamos? —preguntó irritado.

—En la del Templo, además allí podremos seguirle la pista a Landin, que es quien nos interesa.

A Tórmax le molestaba muchísimo que Krahova tuviese la razón una vez más, pero era evidente que era la mejor de las opciones y, aunque se disgustó todavía más, ya que la situación se le escapaba de las manos otra vez, no le quedó más remedio que asentir con la cabeza y estar de acuerdo con la muchacha. Se bajó del caballo y se puso a comer en silencio, aunque no fue mucho lo que ingirió, pues el enfado no le dejaba sitio para el hambre.

Krahova estuvo un rato montada en el caballo, vigilando los alrededores, para cerciorarse de que nadie les había seguido. Aunque parecía poco probable. Pero toda precaución era poca y alguien debía de tomarla ya que el muchacho parecía que no tenía intención de hacerlo. No era mal muchacho, pensaba ella, pero era inexperto. Si Sheldon aceptaba las órdenes de Céndar respecto a la presencia de Tórmax en la misión, ella también lo aceptaba sin miramientos, aunque sería una cuestión difícil el hacerle ver que todavía le quedaba mucho por aprender y que ella podría enseñarle mucho si él se dejara de inútiles arrogancias y prejuicios.

Cuando estuvo segura de que no había nadie por los alrededores, desmontó y se dispuso a comer algo de frutos secos que tenía en su mochila y aprovechó para revisar y ordenar todo su equipo para mantenerlo a mano y en condiciones. En cuanto ella acabó con su tarea, y viendo que Tórmax estaba de pie, un poco impaciente y nervioso, no se demoró más y después de montar de nuevo al caballo dijo:

—Vamos.

Al anoecer llegaron a las primeras casas de la ciudad. A la derecha del camino se levantaba imponente el castillo del príncipe y por detrás de éste discurría el río Arimán que desembocaba en el mar oscuro. Sólo algunas lucecillas salpicaban los muelles donde estaban amarradas las barcas de pesca de la capital. Se veía

movimiento en las calles, muchos eran los que se retiraban a sus casas y otros los que tomaban su última copa en alguna de las posadas. Algunos almacenes tenían actividad todavía, guardando mercancías para usarlas a la mañana siguiente o para resguardarlas del frío de la noche y aprovechar para hacer un alto en el camino hacia otros destinos. Enfrente se alzaba la colina rocosa donde se apreciaban las casas de las familias nobles, y entre ellas, la casa de los Lekin, cerrada desde hacía varios años. En la cima, el castillo del rey, sin inquilino, que debía estar en Mármora. Ejerciendo el gobierno de la ciudad estaba Leyron Jármush^[32], capitán general de Barintia y hermano del que había sido con Íged Ármitac, jefe de todas las tropas de Hárkad.

No bien llegaron a Barintia, Tórnax preguntó al primero que se cruzó en su camino por la posada del Templo y una vez le indicaron su ubicación, hacia allí se encaminaron. No les costó encontrarla, enfrente de una plazuela ajardinada donde se levantaban unas columnas. Detuvieron a los animales y desmontaron.

—Quédate aquí un momento —dijo Tórnax—, ahora vuelvo.

Krahova cogió las riendas de los dos caballos y esperó pacientemente a que Tórnax volviese. Él se metió dentro de la posada que estaba repleta de gente. Había un griterío aturridor, gente pidiendo, cenando, riendo, hablando... El muchacho, apartando gente con la máxima educación, se fue acercando a la barra donde había dos muchachas jóvenes. Por la posada andaban atareados y sirviendo con bandejas, dos muchachitos más y una mujer de mediana edad. Antes de que llegase a la barra, la mujer que acababa de servir unas jarras de cerveza en una de las mesas, llevándose las monedas a un bolsillo del delantal, se interpuso delante de Tórnax y le obligó a detenerse.

—Buenas noches forastero. ¿Qué te trae a la posada de Nora?

—Cena, alojamiento y establo. Para dos —gritó Tórnax para hacerse entender.

—Dos clientes nuevos —exclamó la mujer—. ¿Cuántos días?

—De momento un par, luego ya veremos.

—Ahora te envió un muchacho para lo del establo. Son dos monedas de plata y cuatro de cobre por todo. No queremos ruidos ni peleas. Si ocurriese algo llamaríamos a la guardia. El dinero es por adelantado —le dijo mientras extendía su mano.

—Está bien —y le entregó tres monedas de plata.

—Xamin —murmuró fijándose en las monedas que acababa de recibir—. Muy lejos.

¡Muchacho! —gritó a uno de sus empleados—, acompaña al señor al establo.

Al instante salió Tórnax acompañado de uno de los dos muchachos y les condujo al establo que había en la parte trasera del edificio de tres plantas. Krahova les siguió llevando los dos caballos. Una vez que el muchacho abrió la puerta, esperó

pacientemente a que desensillasen los animales y cogiesen el equipaje.

—No les faltará comida y un buen cepillado —dijo el muchacho.

—Eso espero —respondió Tórmax.

—Gracias muchacho —dijo ella dándole una moneda de plata.

—¡Gracias señora! Los cuidaré bien.

—Un chico de estos ve muchas cosas, es mejor tenerlo como amigo —comentó Krahova sin mirar a Tórmax.

—Sí..., claro. Bien pensado —repuso confundido.

Con todo el equipo volvieron a entrar en la posada y el muchacho que les había acompañado cogió la llave que le dio la posadera y les mostró la habitación que estaba en el piso superior.

Una vez abierta la puerta, les entregó la llave y seis monedas de cobre.

—Quédatelas —dijo Tórmax.

—¡Gracias señor! —exclamó mientras bajaba al salón.

Krahova sonrió por lo bajo, dejó sus cosas encima de una de las dos camas y se dispuso a bajar a cenar. Esperó a Tórmax que fue más cuidadoso que ella con el equipaje y después de cerrar la puerta se encaminaron al comedor. Estaba bastante lleno, pero enseguida vieron una mesa ocupada por un solo cliente que cenaba y hacia allí dirigieron sus pasos.

—Buenas noches —saludó Tórmax mientras se sentaba.

—¿Podemos? —preguntó Krahova.

—Oh, sí, no hay problema. Yo ya estoy acabando y me retiraré pronto —dijo el cliente.

—De acuerdo —se sentó ella—. Me llamo Krahova y vengo de Yíldiz.

—La ciudad minera —comentó el hombre—, debe hacer un frío terrible allí. Bueno, aquí también, ja, ja, ja...

—Veo que no sois de aquí —intentó ser agradable Krahova.

—No. Me llamo Stan y vengo de Dapur. He llegado hoy.

—Vaya, la ciudad de la abundancia —comentó la chica.

—¡Cena! —gritó Tórmax agarrando del brazo a una de las muchachas.

—Enseguida señor —respondió ella zafándose de la mano de Tórmax.

—¿Y vos? —preguntó Stan mirando a Tórmax.

—¿Yo?... De aquí —mintió sin convicción.

Capítulo 3

La joya

Una patada por debajo de la mesa fue suficiente para que Tórnox abandonase su actitud frente a Stan. Estaba claro que había mentido y Krahova, por la cara que puso Stan, supo que éste se había dado cuenta de que no decía la verdad. Tórnox en cuanto notó el aviso de ella, le sonrió con gesto irónico e inmediatamente después le dijo a Stan que venía de Xamin, cosa que era evidente a todas luces por el acento que tenía al hablar. De todas formas, aunque Tórnox se introdujo con más simpatía en la conversación que mantenían y a contestar algunas preguntas con sinceridad, Stan pensaba que la muchacha era más sociable y mucho más inteligente y se preguntaba qué hacía esa chica con un individuo como él. Absorto estaba en ese tipo de cavilaciones cuando la última pregunta de Tórnox, directa y sin rodeos, le sorprendió.

—¿No te apetecería trabajar para nosotros?

De hecho, Stan no era el único sorprendido, incluso Krahova creía que el mismo Tórnox se había sorprendido de la pregunta que acababa de hacer, que el vino de la cena empezaba a hacerle efecto; aunque pensándolo bien, tal vez la ayuda de un tercero les podría dar más libertad de movimientos sin tener que depender tanto de Tórnox, e incluso podrían dividirse en dos grupos y estar en las dos posadas. Krahova estaba a punto de felicitar a Tórnox por su brillante idea cuando Stan tiró por los suelos todas las ilusiones de la muchacha.

—No. Los negocios por los que he venido he de resolverlos solo y una vez resueltos, tendré otras prioridades. Gracias por el ofrecimiento, pero no. Me voy a dormir.

Stan se levantó de la mesa; para él era muy tarde. Algunas mesas estaban siendo limpiadas por los sirvientes de la posada. Casi todos los clientes se habían ido a dormir y Stan tenía cosas en qué pensar. Se disculpó una vez más y se fue a la habitación dejando a Tórnox y a Krahova perplejos, por la respuesta que acababan de oír.

Se quedaron ambos en silencio, sin mirarse, un buen rato hasta que ella reaccionó y se levantó de la mesa con decisión para ir a la habitación a descansar. Tórnox ni siquiera se movió. A Krahova le preocupaba dejarlo solo en el comedor, se podía esperar cualquier cosa de él, pero no podía estar vigilándolo todo el tiempo, así que si se metía en un aprieto ya mirarían de salir de él.

—Me voy a dormir —dijo con toda la intención—. Hasta mañana.

—Que descanses, dentro de un rato subo yo.

El muchacho se quedó pensativo en la mesa mientras la mujer que regentaba la posada empezaba a recoger los platos sucios y las jarras de encima de la mesa. Era la última mesa que recogía esa noche y Tórmax el último cliente. De los sirvientes de la posada sólo quedaba uno que barría el suelo, los otros estaban en la cocina limpiando y poniendo todo en orden. Justo cuando Nora se llevaba el último plato, Tórmax la cogió del brazo, firme.

—Landin Kedir —dijo en voz baja.

—¿Cómo decís? —preguntó Nora aparentemente tranquila.

—Landin Kedir —repitió Tórmax con el mismo tono de voz.

—Creo que os equivocáis. Nadie se aloja aquí con este nombre.

—No. No me equivoco. Sé que viene a esta posada.

—¿Pretendéis que me aprenda de memoria el nombre de todos los que vienen a esta posada? —preguntó Nora.

—Decidle que le busco —dijo soltándola—, para hablar de..., los nobles.

—Si supiese quién es, se lo diría —dijo mientras se alejaba con rapidez hacia la cocina.

Tórmax se levantó de la silla y se encaminó hacia la habitación con rapidez, pero con sigilo.

Una vez en el piso superior, con el más absoluto de los cuidados, abrió la puerta de la habitación y mirando de no despertar a Krahova entró en la habitación. Cerró la puerta tras de sí y a tientas buscó la silla que había al lado del pequeño armario. Puso la silla junto a la ventana y entreabrió uno de las contraventanas para tener una visión de la calle. Casi sin girar la cabeza podía ver también la puerta de la habitación. Krahova dormía plácidamente ajena a toda la maniobra de Tórmax. Se sentó en la silla y se dispuso a vigilar. Poco a poco se fueron apagando los ruidos en la parte baja del local. Vio como los sirvientes iban abandonando la posada hasta que quedó sólo la posadera que después de cerrar la puerta por dentro, fue subiendo la escalera mientras iba apagando todas las lámparas de aceite hasta dejar la posada completamente a oscuras.

En algún momento de la noche, Tórmax despertó sobresaltado, había oído un ruido extraño.

Fijó más la atención y su oído, pero todo parecía tranquilo. Seguramente sería fruto de su imaginación. Le escocían los ojos por el sueño y Krahova seguía duciendo plácidamente en la cama, no había motivo para sobresaltarse. Echó un último vistazo al exterior antes de decidirse ir a dormir, pero algo le resultó muy extraño, allí abajo en la calle había un carro parado junto a las tres columnas de la plazuela y el carro tenía dos caballos enganchados.

Daba la impresión que esperaba a ser cargado, pero no se veía a nadie junto a los

animales.

De repente sonó como un crujido en la planta inferior de la posada. Ahora no había duda.

—Mierda —exclamó en voz baja, cogiendo su espada y dirigiéndose con máximo cuidado hacia Krahova.

El suelo era de madera, sin embargo Tórmax parecía estar entrenado para andar sin hacer ningún ruido. Una vez llegó a la altura de la cama donde dormía ella, le tocó en el hombro con suavidad. Krahova seguía durmiendo. Tórmax lo dejó por imposible y se dispuso a salir de la habitación y bajar al comedor para ver qué sucedía. Ahora que tenía fijada su máxima atención a los posibles sucesos, le pareció incluso oír murmullos sordos y pasos apresurados. Entornó la puerta con mucho cuidado, fuera estaba bastante oscuro, aunque por el hueco de la escalera se podía adivinar una penumbra, como si abajo se hubiese encendido un pequeño quinqué o unas velas. Tórmax, sin pensárselo dos veces y dejando la puerta abierta de su habitación, con la espada desenvainada se encaminó hacia el piso inferior, sin embargo en el momento en que puso el pie en el primer escalón, éste crujió.

—¡Sssch! —se oyó abajo.

Durante unos interminables instantes todo quedó en silencio absoluto. Tórmax estaba inmóvil sin atreverse a respirar. Pero ahora no había ninguna duda de que abajo había gente. Se preparó y de un salto bajó, de repente, el primer tramo de escaleras, de forma que en cuanto hubo saltado tenía una vista del comedor desde lo alto. El ruido que provocó su salto fue perfectamente audible y lo que Tórmax vio, en un primer instante, fue dos hombres cargando barriles y cajas y amontonándolos cerca de la puerta de la posada, que estaba abierta de par en par. La escena, la iluminaba una vela que estaba situada en la mesa central del comedor y fuera, en la puerta, había un tercer hombre. Todos se quedaron paralizados, como si se hubiese detenido el tiempo, durante unos instantes.

—¡Daos por presos! —gritó de repente Tórmax mientras saltaba el último tramo de escaleras, levantando el arma que tenía en la mano.

Desde luego si la intención de Tórmax era que todos se enterasen de la presencia de esos tres individuos, seguramente lo habría conseguido, pues ellos mismos se dieron perfecta cuenta de que habían sido descubiertos. Todos sacaron sus espadas, pero el que estaba en la calle se subió inmediatamente al pescante del carro que estaba medio cargado. Uno de los hombres, el más fuerte, se mantenía de pie, esperando el ataque de Tórmax, mientras el otro se iba retirando de espaldas hacia la calle.

—¡Krahova! ¡Por la ventana! —gritó de nuevo Tórmax con la esperanza de ser oído por la muchacha.

—No te servirá de nada gritar —le dijo el hombre que le estaba esperando.

El muchacho calculó las distancias y con un movimiento rápido atestó el primer golpe, sin embargo el hombre supo parar la embestida y reaccionó con un contraataque que también fue repelido por el chico. Se enfrascaron en una lucha cuerpo a cuerpo con las dos espadas entrechocando entre sí; pronto empezaron a oírse ruidos en la parte de arriba del comedor, donde estaban las habitaciones. Fuera, el carro parecía estar esperando al hombre que mantenía la lucha con Tórnax, con los dos individuos encima del pescante, preparados para salir corriendo en cuanto su tercer compañero se montase en el carromato.

El hombre iba manteniendo a raya a Tórnax y poco a poco iba dirigiéndose hacia la puerta con la intención de huir. Estaba de espaldas a la salida e iba tanteando el suelo con dificultad para no tropezarse con alguna silla o con los barriles que él mismo había estado apilando.

Tórnax podía ver que detrás de su enemigo, sus dos compañeros estaban ya en el carro, pero de pronto vio como uno de ellos caía al suelo emitiendo un gemido de dolor. El que tenía enfrente, luchando, no se había dado cuenta de nada.

—¿Qué ocurre aquí? —sonó una voz familiar para Tórnax en lo alto de la escalera.

—Ven a ayudarme, Stan —suplicó Tórnax.

Ante tal acontecimiento, el hombre descuidó todas sus precauciones y, lanzando la espada contra Tórnax, giró en redondo y se dispuso a salir de la posada. En ese momento, el que gobernaba el carro azuzaba a los caballos para salir lo más rápidamente posible de allí.

Tórnax esquivó la espada que le habían lanzado, pero eso le dio más ventaja al hombre que acababa de huir, que saltó por encima de su compañero, tendido en la calle con una flecha clavada en medio de la espalda.

Mientras, Stan también llegaba a la altura de Tórnax con la espada desenvainada y por detrás aparecía la dueña de la posada sollozando, desesperada. El que había huido de la posada ante la presencia de Stan estaba a punto de alcanzar el carro y dar un salto para subirse a él, cuando un silbido corto sonó en el aire de la noche y una flecha de arco compuesto se clavaba en su espalda, haciendo que cayese de bruces en el suelo de la calle mientras el carro se alejaba a toda prisa y se perdía en la oscuridad. Stan y Tórnax llegaron donde había caído el individuo casi al mismo tiempo.

—Vaya —resopló Stan.

—Buen disparo —comentó Tórnax mientras se giraba para buscar al arquero.

Desde la ventana abierta de otra habitación que no era la de Tórnax, con más ángulo, se podía ver a Krahova con el arco en la mano, sonriendo al ver que todos sus compañeros estaban con vida.

—Alcanzar al tercero era casi imposible —se justificó ella.

—La posadera —recordó Tórnax de repente mientras corría de nuevo hacia el interior del local y Stan le seguía—. Creo que eran ladrones.

—Ladrones... ¡oh! —sollozaba la mujer—. Mi niño...

—¿Niño? —preguntó Stan.

—Es muy pequeño, no debe ver esto...

—La cerradura de la puerta está rota, tardarán en arreglarla —comentó Stan, conocedor de esos asuntos.

—Hay que avisar a la guardia —comentó Tórnax.

—Yo iré —respondió Krahova bajando las escaleras, abriéndose paso entre los cuatro clientes que murmuraban en la parte alta de la escalera.

—No hará falta —dijo una voz desde la puerta de la calle.

Todos se giraron. Allí, con el traje de los soldados de Barintia y con el distintivo de capitán, se erguía un hombre joven de treinta y cinco, acompañado por otros cinco hombres, que formaban el cuerpo de guardia de esa zona.

—¡Recoged los cuerpos! —ordenó a sus hombres—. Vosotros dos, quedaos conmigo, tengo que hablar con esta gente.

Rápidamente dos de los hombres quedaron en la puerta con dos arcos cortos en la mano y una flecha para ser disparada si alguien hacía algún gesto sospechoso. Los arcos los mantenían bajos. Los otros tres recogieron los cadáveres de los que yacían en la calle y desaparecieron de la vista de los que, expectantes, estaban en la posada.

—¿Quién puede explicarme qué ha ocurrido aquí? —lanzó la pregunta el capitán.

—Yo mismo —se adelantó Tórnax.

Les explicó cómo se había quedado despierto y en un momento de la noche oyó ruidos sospechosos en la parte de abajo de la posada. Bajó con sumo cuidado y en cuanto los tres individuos se vieron sorprendidos, dos iniciaron la huida y uno se quedó para enfrentarse con él, espada en mano, hasta que viendo que no podía nada contra él, el ladrón inició su retirada e intentó subir al carro, aunque sin conseguirlo.

—Pero este relato no me aclara la muerte de estos individuos —dijo el capitán.

Krahova intervino entonces señalando que Tórnax, antes de bajar la había avisado del posible peligro que podía correr y ella, suponiendo que si eran sorprendidos intentarían huir, se había apostado en una de las ventanas del piso superior y desde allí abatió a dos, mientras el tercero huía con el carro y parte del cargamento que habían robado.

Nora, la propietaria, viendo que lo que se habían llevado esos hombres era más bien poco y que la cerradura de la puerta estaba destrozada, corroboró ante el capitán que venía sufriendo este tipo de robos desde hacía un par de semanas, pero que no había avisado a la guardia porque lo que se llevaban esos delincuentes era muy poco, mercancía sin importancia.

—Debo agradecer a estos señores —dijo señalando a Tórnax y a Krahova— que

me hayan ayudado evitando que el daño fuese mayor.

—Estábamos en nuestra obligación —repuso Krahova.

—¿Y los demás? —preguntó el capitán.

Nadie contestó y todos se encogieron de hombros.

—Lamento comunicarle que la posada debe cerrarse durante un par o tres de días —anunció el capitán a la posadera—, hasta que se solucionen los trámites administrativos correspondientes.

—Pero ¿y adónde vamos nosotros? —protestó uno de los clientes que estaba en la escalera.

—Está ya amaneciendo —indicó el capitán—, recojan todo y búsquense otra posada. En cuanto a ustedes —dijo mientras señalaba a Tórnox y su amiga—, tendrán que acompañarme para hacer una declaración en el cuerpo de guardia.

—¿Tenéis dónde ir? —preguntó Krahova a la posadera.

—Sí, tengo amigos en la ciudad.

Todos se fueron a sus aposentos a recoger sus pertenencias y fueron abandonando la posada mientras fuera iba aclarando el día, gris y frío. Cuando Stan bajó, se despidió de los dos muchachos argumentando que tenía asuntos que tratar y que tal vez coincidirían por la capital. Una vez todos hubieron abandonado la posada, salieron Tórnox y Krahova, acompañando al oficial de la guardia, que esperaron en la calle a que saliese la propietaria y su hijo de cinco años. Intentaron cerrar la puerta, pero ante la imposibilidad de poder hacerlo, uno de los soldados se quedó haciendo guardia mientras el capitán ordenaba al otro que fuese en busca de unos maderos para clavarlos en la puerta.

Nora les dio de nuevo las gracias y con su hijo se encaminó hacia el este de la ciudad. El capitán, junto al soldado y los dos compañeros, se encaminó en dirección a la plaza central de Barintia, donde se hallaba el cuerpo principal de la guardia, no sin antes recoger los caballos del establo.

Stan se encaminó con todo su equipaje hacia la plaza central de la ciudad. Por el camino pudo ver como, de muy buena mañana, la gente ya estaba en la calle, en plena actividad comercial. Le sorprendió ver a tanta gente, pues creía que Dapur tenía más habitantes que la capital, aunque tampoco era tanta la diferencia. Pudo observar que había muchos comerciantes, mercaderes, artesanos, visitantes, transportistas. Aquí y allá se veían soldados con el uniforme de la ciudad, en patrullas de seis hombres, con arcos cortos y carcajs con flechas. Aún no había llegado a la plaza y el gentío era considerable y pronto empezó a sufrir empujones, pisotones, golpes mientras el murmullo se hacía ensordecedor.

—¿Qué ocurre? —le preguntó a una mujer mientras eran arrastrados por un río humano.

—Es día de mercado —le respondieron varias personas a la vez.

Una vez en la plaza, el espectáculo era apabullador. Había más gente de la que jamás había visto. La plaza estaba repleta de tenderetes, mesas sobre caballetes con productos de todas las ciudades. Todos vendían, todos compraban, el sonido de las monedas en los pagos era ensordecedor, pero enseguida se dio cuenta de por qué todos se sentían más seguros que en Dapur, y tenían una buena razón: estaba lleno de soldados. No podía jugársela y debería esperar ocasiones mejores o intentarlo en las posadas. Entre empujón y empujón, enseguida vio lo que buscaba. Una de las casas que daba a la plaza, tenía un letrero de madera en el que podía leerse: «*Folvius. Hierbas*» y hasta allí se encaminó.

Ya dentro de la tienda, el ruido del trajín del mercado y de las voces era más apagado. Había un par de individuos curioseando unos estantes repletos de frascos y botes. En el centro del local había un pequeño mostrador de madera con papeles y un carboncillo y en la pared del fondo había una cortina que separaba el comercio del resto del edificio. Olía a cosas indescifrables para Stan. Pronto se abrió la cortina y apareció un hombre de unos cincuenta años, muy delgado y con perilla y un rostro muy marcado por lo que un día fueron granos. Era de estatura media, moreno y con canas incipientes, de ojos oscuros y vestía una amplia túnica de color marrón.

—¿Deseabas alguna cosa, muchacho? —dijo con una voz ridícula.

—Buscaba a Folvius^[33].

—Lo tienes delante de ti. Tú dirás.

—Traigo hierbas para cambiar por dinero —dijo mientras sacaba la bolsita de cuero donde las guardaba.

—Veamos lo que traes —dijo con interés el herbolario.

Stan vació el contenido de la bolsita sobre el mostrador. Cuatro raíces, una hoja y un pequeño tarro de barro con resina, guardado tal como le había enseñado Licur. Sabía para que servía todo, cómo se llamaba y aproximadamente el precio que debería pagar por ellas si las comprase, pero otra cosa era lo que este hombre quisiese darle.

—Una hoja de *túrgeri*, no es fácil hallarla. Puedo darte cinco monedas de oro por las raíces y una de plata por la resina.

—¿Y por la hoja? —preguntó un poco desanimado.

—No está muy bien conservada, veamos —dijo el hombre, examinándola de nuevo—, otras cinco monedas.

—Diez de oro y una de plata. ¿No es eso? —resumió Stan.

—Sí.

—No —respondió el muchacho—, es poco y lo sabéis.

—Vete a otro herbolario a ver qué sacas —le instó el hombre.

—Eso haré —determinó Stan mientras recogía sus cosas.

—Espera —dijo con fastidio el herbolario—. ¿Qué tal veinte monedas de oro?

—Mmm... —calculó Stan—. Veinticinco y no se hable más.

—Veintidós y es mi última oferta.

—Trato hecho —respondió satisfecho Stan.

No estaba nada mal, veintidós monedas de oro con el símbolo de la capital era más de lo que jamás había visto junto, a excepción del rubí que llevaba bien guardado y escondido. Sabía que las hierbas valían más, pero seguro que era un buen trato y más después de haberse quedado, sin que Folvius se enterara, con una de las raíces de díjor, un buen reconstituyente. Stan salió de la tienda y se introdujo de nuevo en la marea humana, pero ahora con dinero en el bolsillo, dispuesto a mirar todas las mercancías que se ofrecían y a disfrutar de una fría mañana de mercado. Pronto empezó a nevar unos finos copos de nieve.

Stan disfrutó, a pesar del frío, de la muchedumbre y del día de mercado. Vio cosas que no había visto jamás, productos que para él no existían y algunos que sí había visto, pero que no sabían cómo se llamaban. Estuvo tentado de comprarse un arco, pero decidió dejarlo para más adelante, tal vez la muchacha de la posada, la simpática Krahova le enseñaría a manejarlo antes de que abandonasen la ciudad, porque era evidente para él que los dos amigos habían llegado a Barintia persiguiendo algún enigmático objetivo. Él ya no podía volver a su a su casa, ya que Wylan Kedir, su jefe, le estuvo esperando al día siguiente de su marcha precipitada. Suerte que nadie sabía dónde estaba y que ahora, además, tenía dinero para sobrevivir en la capital hasta que se hartara o hasta que decidiese visitar otras ciudades de la Gran Llanura.

Poco a poco la nieve fue cuajando y cada vez caía con más intensidad. Cerca del mediodía muchos eran los que recogían los tenderetes para volver a sus hogares, la clientela había bajado mucho y la plaza estaba medio vacía. Por doquier se olía a comida caliente. Algunos cargaban sus cosas en los carros, dispuestos a marcharse hacia otros destinos y otros mercados antes de que cayese la tarde. Stan, al oler los efluvios culinarios, le entró el hambre y decidió irse a comer a la otra posada de Barintia de la que conocía el nombre.

Cuando entró por la puerta se quedó sorprendido de la cantidad de gente que había, la posada de Smeg estaba a reborar, muchos esperaban su turno para ocupar un asiento en las mesas y poder comer. Era evidente que los días de mercado eran muy productivos para las posadas y sobre todo para las que estaban relativamente cerca de la plaza. Además había podido oír durante la mañana, que era una buena posada y bastante económica. El gentío no le dejaba ver la distribución del salón, pero enseguida pudo distinguir una escalera de madera, en el fondo, que seguramente llevaba a las habitaciones. El griterío era ensordecedor, cuando de pronto sintió un empujón a la altura del estómago.

—No te quedes ahí parado, deja pasar —dijo un hombre de unos cuarenta años

con una bandeja en la mano repleta de viandas y bebidas.

—¡Oh! Perdón —exclamó Stan apartándose.

El hombre era muy corpulento, de brazos fuertes, algo calvo y con una estatura aproximada no superior al metro y medio. Parecía moverse con soltura por la posada, a pesar de estar repleta de gente que insistentemente pedía comida y bebida. Stan intentó acercarse a la barra con la intención de ser atendido, pero le costaba mucho trabajo llegar hasta donde quería, recibía empujones, pisotones e incluso algún grito de los que estaban posicionados.

De repente oyó una voz por detrás que empezaba a resultarle familiar.

—¿Otra vez? Aparta, hombre. ¿No ves que hay trabajo?

—Quisiera instalarme en la posada —aprovechó a decirle Stan con rapidez.

—Ahora estoy por ti, un momento —respondió el hombre.

Llegar hasta la barra fue toda una proeza, además Stan descubrió, después de tropezar, que el comedor tenía dos niveles, separados por un escalón. La mayor parte de ese desnivel estaba protegido por una barandilla de madera, de forma que algunas mesas estaban pegadas a esa barandilla. Ya en la barra, la puerta de la cocina sólo hacía que abrirse y cerrarse. Dentro se veían al menos tres personas trabajando y en la barra, dos sirviendo, además del hombre bajo y dos muchachos sirviendo por las mesas. Aprovechando un hueco se apoyó en la barra y en cuanto vio la ocasión pidió una cerveza y se la fue tomando poco a poco mientras la gente iba desapareciendo. Cuando la posada quedó casi vacía y los trabajadores de la cocina pudieron tomarse un respiro, Stan pudo ver a Nora, la propietaria de la posada del Templo, trabajando tras la puerta. Se sorprendió, pero enseguida pensó que todos los posaderos de Barintia debían conocerse.

Stan se giró hacia el comedor y, desde las grandes ventanas que había en las paredes de la posada, pudo ver que el tiempo había empeorado y la nevada era ahora copiosa. Stan se dirigió a una mesa que había quedado vacía y se sentó, esperando ser atendido.

—Bueno, no creas que me he olvidado de ti, muchacho —dijo el hombre bajito—. Me dijiste que querías habitación.

—Sí. ¿Siempre es así?

—Los días de mercado son terribles en Barintia, pero a nosotros nos va muy bien.

—Ya veo.

—¿Vas a comer algo? —preguntó el hombre.

—Busco a Smeg —dijo Stan.

—Justo enfrente de ti —respondió dándose un pequeño golpe en el pecho—. Yo soy el propietario de esta posada.

—Te he traído la joya —se aventuró a decirle Stan, bajando la voz.

—¿La qué? —preguntó extrañado Smeg.

Stan se quedó unos instantes en silencio sin saber qué decir. Miraba extrañado a Smeg, allí había algo que no cuadraba, algún detalle se le había escapado, pero no sabía cuál. Introdujo la mano en la mochila y sacó el papel que le había dado Dívilo y se lo mostró a Smeg.

—Creo..., creo que es para ti.

—Mmm... —murmuró Smeg mientras observaba el papel con verdadera atención —. Vaya, ¿círculo rojo? No sé de qué va esto. Sólo sé que Smeg es mi nombre. Creo que hay alguna confusión.

—Pero... —intervino Stan.

—Ve a ver al joyero, amigo. Aquí solamente servimos comidas y damos alojamiento —zanjó Smeg.

—Pues comida y alojamiento —dijo con resignación Stan.

—¿Cuántos días?

—Un par, creo.

—Tres monedas de plata y seis de cobre.

—Toma —dijo entregándole una moneda de oro.

Smeg se marchó hacia la cocina, metiéndose la moneda en el bolsillo. Stan quedó perplejo, pero tendría que insistir en el tema; hablaría con Smeg más tarde. Mientras esperaba que le trajesen la comida, observó la clientela que quedaba en la posada. Había dieciocho personas, repartidas por las mesas, casi todas acabando sus comidas; sin embargo le llamó la atención un jovencuelo en un rincón, con una jarra encima de la mesa. El joven no aparentaba tener más de dieciséis años, era muy delgado y no muy alto. Vestía de negro completamente y junto a él estaba la mochila y un arco largo con un carcaj repleto de flechas con el penacho negro. Stan sabía que no era habitual ver un arco de esas características y que muy pocos sabían usarlo en Hárkad. Un chico tan joven, además, hacía del hecho algo más curioso, precisamente. No podía apartar la mirada de él, había algo en su rostro, medio escondido en la penumbra del rincón donde se hallaba que le llamaba poderosamente la atención. Le sorprendió una voz conocida, era Nora que le traía la comida y el cambio, en monedas, que le correspondía.

—Tu comida. Vaya, nos volvemos a ver.

—Sí. Ya te he visto antes en la cocina —dijo Stan sin sacarle los ojos de encima a ese joven.

—Ya os dije que tenía amigos en Barintia. Además aquí nos van a tratar muy bien. Smeg es un buen hombre.

—No lo dudo —respondió el muchacho de forma mecánica.

—Mira quien entra —dijo la mujer de repente.

—La pareja —exclamó Stan después de haberse girado hacia la puerta y ver entrar a Tórnax y a Krahova con evidentes signos de frío en su rostro.

Nora les hizo señas para que acudiesen a la mesa y Krahova, que enseguida la vio, se encaminó hacia allí con una sonrisa en el rostro. A Tórnax no le quedó más remedio que acudir, siguiendo a la muchacha que se sentía alegre de ver caras conocidas.

—¡Qué frío hace! —exclamó Krahova.

—Es el invierno en Barintia —explicó Nora—. ¿Vais a comer?

—Nos sentaremos en esta otra mesa —dijo Tórnax.

—¿Nos acompañas Stan? —pregunto Krahova ante la sorpresa de Tórnax.

—Ya llevaré yo los platos —se adelantó Nora para que no lo hiciese Stan.

—Gracias —dijo Stan a Nora.

Se sentaron en una mesa que estaba situada en un rincón, entre la puerta que daba al almacén y la barra. Justo al otro extremo de donde se hallaba la escalera que daba acceso al piso superior, de espaldas a la única pared que no tenía ninguna ventana y muy cerca de la otra mesa donde estaba sentado el muchacho joven que tanto había llamado la atención de Stan. Mientras esperaban que les trajesen la comida, Stan fue acabando lo que aún le quedaba en el plato. Krahova explicaba animada como habían entrado en la casa de la guardia que había en la plaza. El capitán, muy amable, les había conducido hasta su despacho y allí les había pedido que narrasen otra vez todo lo sucedido la noche anterior, mientras un soldado y el mismo capitán iban tomando nota de todo lo que contaban. Cuando salieron de la caserna se habían dedicado a dar una vuelta por la ciudad. Pudieron comprobar que era día de mercado y que Barintia estaba llena de visitantes, mercaderes y comerciantes. Habían hecho algunas compras y después habían ido a la posada.

—¿Cómo habéis decidido venir aquí? —preguntó Stan.

—Porque alguien nos la recomendó —aclaró con rapidez Tórnax.

Pronto llegó la comida que habían pedido y que Nora les sirvió con mucho gusto mientras Krahova seguía conversando con Stan.

—Landin tendrá que venir mañana a la posada —comentó Nora a Tórnax mientras le servía el vino.

—Pero la posada está cerrada —dijo Tórnax.

—Sí. Pero sabe que cuando no estoy ahí, estoy en la casa de Smeg.

—Gracias Nora, ya nos dirás quién es.

—No, gracias a vosotros por librarme de los ladrones.

En ese momento entró un capitán de la guardia de Barintia, acompañado de su grupo de cinco soldados. Vestía el mismo uniforme y los mismos distintivos que la pasada madrugada habían visto en la posada de Nora. Miró todo el comedor y se dirigió hacia Smeg que estaba trasteando detrás de la barra. Los soldados se quedaron en la puerta. Era un capitán apuesto de apenas treinta años, una edad bastante joven para un capitán, pero se movía seguro de sí mismo y su corto pelo negro, muy bien

cuidado, le daba un aspecto atractivo. Mantenía una conversación en voz baja con el propietario de la posada, hasta que el posadero empezó a alzar la voz.

—Pero es imposible, y tú lo sabes. No podremos resistir.

—Son órdenes, Smeg —intentó calmarle el capitán.

—¿Qué ocurre? —intervino la que parecía ser la mujer de Smeg.

—¡Qué nos suben los impuestos! —protestó el posadero.

—Pero si no aguantaremos —se lamentó la mujer—. Pero ¿el motivo?

—¡En nombre del rey! —gritó un cliente desde una mesa.

—¡Apresad a ese hombre! —ordenó el capitán a sus hombres—. Por mofa pública de la autoridad.

—Pero si no tenemos rey —se desesperó Smeg.

—No tientes a la suerte Smeg —le advirtió el capitán—. No tientes a la suerte. Somos amigos, pero ahora estoy representando al rey.

—Perdona Féllow, pero esto es absurdo.

—Lo sé Smeg, pero es así.

El capitán se giró y dando una orden a sus hombres, que tenían cogido al cliente, se dirigieron hacia la salida de la posada. Krahova se levantó con rapidez y se interpuso en el camino del capitán. Éste se detuvo frente a la muchacha y la miró con interés.

—Perdonad, señora —dijo, intentando esquivarla.

—No, perdonadme a mí —dijo tímidamente Krahova—. ¿Sois Féllow Kur?

—Ese es mi nombre —contestó orgulloso y a la vez extrañado.

—Venimos de Yíldiz —empezó a decir hacia Tórnax—. Sheldon Tálec nos envía y este muchacho tiene algo que enseñaros.

—¿Yo? —preguntó distraído Tórnax—. ¡Ay, sí!

—Esperadme fuera —dijo Féllow a sus hombres—. No entiendo nada.

—Mirad —dijo Tórnax mostrándole la daga Némolin.

—Guardadla —repuso el capitán—. Esta noche vendré a tomar una copa y hablaremos.

Nadie me ha comunicado vuestra visita a Barintia. ¿Venís los tres?

—No, sólo dos —se apresuró a contestar Tórnax—. Nos veremos esta noche.

Stan había permanecido ajeno a la conversación, pues no podía desviar la mirada del muchacho joven que había dos mesas más allá. No sabía por qué, era como una intuición, pero algo no le gustaba. El muchacho llevaba un buen rato sin moverse, parecía dormir, sentado en la penumbra. Fuera seguía nevando y a medida que iba avanzando la tarde, aparecían nuevos clientes a la posada. La detención de aquel hombre había causado cierto estupor entre la clientela y los que lo habían presenciado no se atrevían a comentar nada.

Tórnax llamó al posadero.

—Nos quedaremos esta noche.

—Veinticinco monedas de cobre —dijo Smeg después de hacer un cálculo mental—. Ya me ha dicho Nora que le ayudasteis. Aquí, en esta posada no suceden tales cosas.

—Nunca se sabe, Smeg —respondió Tórnax pagándole lo establecido.

—Luego os muestro las habitaciones.

—¿Y tú qué vas a hacer? —le preguntó Krahova a Stan.

—Bueno, he empezado a moverme por la ciudad. Yo creo que en un par de días sabré si me quedo o no.

—Sabes que si quieres venirte con nosotros... —dijo la muchacha.

—Gracias por el ofrecimiento —sonrió Stan mientras Tórnax les miraba en silencio.

De nuevo se volvió a abrir la puerta de la posada. Ahora una fría ráfaga de viento entró en la sala. Stan estaba recogiendo sus cosas para dejarlas en la habitación. Tórnax saboreaba la copa de licor que le habían servido después de comer y Krahova se sorprendió al ver entrar a Féllow de nuevo en la posada, pero esta vez acompañado de un hombre alto y obeso, ricamente vestido y que parecía sentirse incómodo y molesto por haber tenido que entrar en la posada. Se quedaron todos en la puerta sin acabar de entrar. El hombre obeso se quedó mirando detenidamente mientras Smeg empezaba a impacientarse, pues el frío que entraba hacía inútil la chimenea ardiendo. El misterioso joven se removió en su asiento por primera vez desde hacía mucho rato y Stan lo percibió de inmediato. El hombre obeso señaló con su dedo hacia Stan. A una señal de Féllow, los cinco soldados tomaron posiciones. Tres dentro de la posada y dos, fuera, en la puerta.

—¿Estáis seguro, señor Lob^[34]? —preguntó el capitán mientras se dirigía a Stan.

¿Lob? Ese apellido le sonaba a Stan, pero de qué. No podía pensar con rapidez, algo iba mal y lo sabía, empezaba a ponerse nervioso. Krahova miraba a uno y a otro sin explicarse qué sucedía. Sin embargo, Tórnax estaba muy tranquilo. No así la clientela que se habían percatado de que los soldados habían tomado posiciones y tampoco Smeg que se dirigía hacia el oficial a pedirle explicaciones. El misterioso joven hizo un amago de movimiento, como si estuviese preparado para saltar.

—No te muevas muchacho —dijo Féllow a Stan—. Vamos a ahorrarnos problemas.

—¿Pero qué sucede aquí? —preguntó Smeg con tono exigente.

—Apártate Krahova —susurró Tórnax mientras cogía su daga.

—No te metas en asuntos de la justicia —intentó calmar el capitán al posadero—. Vacía el contenido de la mochila sobre la mesa —dijo a Stan.

—Haz lo que te dicen —aconsejó Tórnax a un Stan cada vez más confuso y nervioso que se había quedado paralizado.

—¡Tórmax! —exclamó sorprendida Krahova.

Stan no se movía, ante lo cual Tórmax le arrebató la mochila y volcó todo el contenido sobre la mesa. Féllow llegó a la altura de la mesa y observó todo lo que allí había. Cogió una bolsita de cuero.

—Son hierbas —aclaró Stan mientras los soldados tensaban sus arcos cortos.

—¿Y esto? —preguntó el capitán señalando otra bolsita donde había el rubí.

—No es mío —fue la lacónica respuesta del muchacho.

El capitán cogió la bolsita y la abrió con sumo cuidado, aflojando las cintas de cuero y vació el contenido sobre la palma de su mano. Allí apareció el rubí, precioso, en todo su esplendor. Algunos clientes, absortos, murmuraron al verlo, incluso Tórmax, Krahova y Smeg abrieron todavía más los ojos.

—Tendrás que acompañarnos, muchacho —aseveró Féllow.

—¿Qué significa esto, Stan? —pregonó Krahova apenada.

—¿Es este el rubí, consejero? —preguntó el capitán, manteniéndolo en la palma de su mano mientras giraba su cabeza hacia el noble Lob.

Lo que ocurrió entonces nadie lo esperaba, atentos como estaban al rubí, a la magnífica joya que el capitán tenía en su mano. El joven misterioso, de un salto habilidísimo, se apoderó de la joya en un instante y con ella en la mano se lanzó escaleras arriba hacia el piso superior. Todo ocurrió con tanta rapidez y precisión que quedaron estupefactos, observando la escena. Un guardia acertó a soltar la flecha que se clavó en la escalera de madera, instantes después de que el muchacho hubiese desaparecido de la vista de todos.

—Tú, a la calle, avisa a los otros —empezó a ordenar Féllow al primero de sus hombres—. Vosotros coged a este muchacho —refiriéndose a Stan— y llevadlo a la caserna. Que el consejero Lob os acompañe. Traed refuerzos.

—¿Le conoces? —preguntó Krahova a Stan.

—No lo había visto en mi vida —respondió mientras lo maniataban.

—¿Hay alguna salida por arriba? —preguntó el capitán a Smeg.

—Sólo las ventanas.

—Que nadie salga —ordenó Féllow—. Te hago responsable Smeg.

—No os preocupéis —respondió Tórmax—. Os aseguro que nadie va a salir sin vuestro consentimiento.

—¡Maldita sea! —exclamó Féllow mientras empezaba a subir las escaleras.

Enseguida se llevaron a Stan. Tórmax se puso delante de la puerta con la mano en la empuñadura de su espada. Todos quedaron en silencio, oyendo los pasos del capitán en el piso superior. Krahova fue la primera en pronunciar palabra.

—Seguro que es inocente. Será un malentendido.

—¡Mi niño! —gritó Nora—. Está arriba.

—Ya subo yo —respondió Smeg—, ahora el capitán está concentrado.

Smeg se dispuso a subir las escaleras. Quedó bien manifiesto que, aunque bajo y fuerte, se movía con agilidad. Todos estaban atentos a las pisadas en el piso superior. Nora tenía las manos en la cara y sollozaba, arropada por la mujer de Smeg. Algún que otro crujido se oía en el piso superior. Aquel muchacho no podría escapar, pero existía el peligro de que cogiese al pequeño como rehén. Al cabo de unos instantes se oyó la voz de Smeg apagada, daba la sensación que mantenía una conversación con alguien, debía ser el capitán. De nuevo pasos y puertas abriéndose y cerrándose y luego alguien que empezaba a bajar las escaleras. Tórmax apretó aún más la empuñadura de su arma. Pronto se tranquilizaron al ver que era Smeg, con el niño, quien bajaba. Nora se deshizo de su compañera y fue corriendo hacia su hijo, abrazándole y besándole fuertemente.

—Me preocupa esto —comentó Smeg—. Si no aparece este chico, cerrarán la posada.

—Es imposible que escape —dijo Tórmax.

—Lo sé, pero las cosas más inverosímiles se convierten en realidad en Barintia.

—¿Qué quieres decir? —volvió a preguntar Tórmax.

—Cosas mías, cosas mías...

Bastante rato después, descendió Féllow con el rostro contrariado.

—Nada. Como si se hubiese esfumado —comentó a los presentes.

—¿Vas a clausurar la posada, no? —preguntó Smeg con cierto temor.

—Sabes que debo hacerlo, Smeg. Hasta que aparezca ese muchacho o tengamos pruebas de lo que ha ocurrido.

—¿Qué le ocurrirá a Stan? —preguntó Krahova.

—¿Vais juntos?

—No. Le conocí ayer —se apresuró a responder la muchacha.

—Entonces harías bien en olvidarte de él. Es mala gente.

—Pero...

—Es un ladrón de Dapur —informó Féllow.

—Ya imaginaba algo así —dijo Tórmax—. Deberías andar con más cuidado.

—¿Y el muchacho? —preguntó Nora—, si sigue ahí arriba...

—No os preocupéis —respondió Féllow—. Por lo pronto, todo el mundo debe abandonar la posada.

Hubo murmullos y protestas por parte de todos los clientes. Smeg bajó la cabeza resignado, sabía que podía sucederle, pero jamás había imaginado que hubiera pasado.

—Ahora dejaré un par de hombres aquí —continuó Féllow—, por si ese muchacho apareciese de nuevo. Salir, no ha salido de la posada. De eso estoy seguro, o sea que... tendremos que buscarlo con más atención.

—Yo me presto voluntario —se ofreció Tórmax.

—Muy bien —respondió el capitán—, pues ya puedes empezar mientras yo soluciono lo de aquí abajo.

Tórnax, espada en mano, se encaminó hacia el piso superior, algo temeroso pero confiado.

Krahova le dijo que tuviese cuidado y también desenvainó la espada por si debía acudir rápidamente en ayuda de su compañero. El capitán salió afuera, donde ya estaba oscuro y la nieve no dejaba de caer; habló con sus hombres y se marchó dejándoles apostados en la puerta de la posada. Smeg ayudó a los clientes a bajar el poco equipaje de las habitaciones y a despacharlos con una sonrisa amarga en la boca y un «vuelvan cuando quieran» esperanzador. Nora, junto a su hijo de cinco años, se lamentaba de la situación de inseguridad que desde hacía algunas semanas era evidente en Barintia.

Muy despacio, con mucha cautela, avanzaba Tórnax por en medio del pasillo, casi sin dejar notar sus pasos sobre el piso de madera, escuchando con suma atención a través de todas las puertas de las habitaciones, para oír la más mínima pista del paradero del muchacho.

Sabía que no había podido escapar. Al final del pasillo había una ventana que daba al exterior y estaba cerrada y más arriba, según le había dejado entender Smeg, sólo había una habitación que era donde estaba el niño que había ido a buscar el posadero. Ninguno de los dos le habían visto, por tanto sólo podía estar en la primera planta. Mantenía al máximo su atención, aguardando, haciendo creer que ya no había nadie en el piso esperándole, cuando de pronto sonó un crujido detrás de una de las puertas. Tórnax sonrió y con máxima cautela fue hacia esa puerta. Con lentitud casi pasmosa fue girando el pomo de esa puerta, ahora el silencio era casi total, pues los sonidos del piso inferior estaban muy amortiguados. Poco a poco la cerradura cedió sin ruido ninguno, pero Tórnax no abrió la puerta, se plantó ante ella, cogió la espada con las dos manos, respiró hondo y de una patada abrió la puerta de par en par.

Allí estaba el muchacho, de pie, observando por la ventana, con intenciones de no ser visto desde la calle, de espaldas a la puerta. No debía de medir más de metro sesenta, muy delgado, vestido de negro y con el pelo muy oscuro, muy corto. La mochila y el arco largo con el carcaj lleno de flechas estaban en el suelo. Se dio la vuelta rápidamente, con mucho sigilo, aunque se notaba que había sido sorprendido. Sin embargo Tórnax ya le había puesto el filo de su espada en el cuello sin darle ninguna opción. Al mirarle a la cara, Tórnax descubrió aquello que tanto había llamado la atención a Stan. El muchacho tenía unos preciosos ojos grises, un color nada habitual en el reino de Hárkad y él sólo recordaba haber visto ojos semejantes en el duque de Xamin.

—Ni se te ocurra moverte —susurró Tórnax maravillado por esos ojos asustados—. Dame la joya.

—Toma —dijo con voz dulce, dejando el rubí a escasos centímetros de la cara de Tórmax con un movimiento rápido y preciso—. No me mates, por favor.

—No me provoques —respondió Tórmax, consciente de que los movimientos del muchacho eran demasiado rápidos para él—. ¿Stan es tu amigo?

—No. Me llamo Jin^[35] y Stan es mi presa —respondió con inocencia.

—Vaya, una chica muy joven —comentó relajándose—. ¿Qué quiere decir presa?

—No me matarás, ¿verdad?

Tórmax no sabía si fiarse de ella, parecía tan inocente, pero a la vez tan salvaje. Toda la conversación había sido entre susurros. Abajo seguro que nadie les había oído. Tórmax sopesó la situación, sabía que si la muchacha quería, con un movimiento inesperado, estaría fuera de control, pero iba a darle una oportunidad. La curiosidad podía más que Tórmax y quería saberlo todo.

—No. No es esa mi intención —dijo cogiendo el rubí y bajando el arma—, pero tal vez sí, entregarte a la justicia.

—Un amigo de Stan robó la joya de la casa de Scio Lob, un rico comerciante de Dapur, pero se la pasó a Stan y éste no supo devolverla a su verdadero dueño.

—Pero tú no trabajas para Lob, si no hubieses entrado con él.

—El amigo de Stan se adelantó a quien iba a recogerla, que tampoco era Lob.

—No entiendo de qué me estás hablando —dijo Tórmax confuso—. Así, ¿Stan no la robó?

—Stan dejó demasiadas pistas en Dapur y a mí me enviaron para recuperar la joya y devolvérsela a su legítimo dueño.

—Vaya, así Stan está apresado injustamente —dijo pensativo.

—Le soltarán pronto, no tienen la prueba del delito.

—Pero la llevaba en la mochila, todos lo hemos visto.

—Si es inteligente dirá que se la pusieron allí y mientras no la encuentren, nadie podrá relacionarnos, ya que tampoco lo estamos.

—Oye, ¿tú no eres muy joven?

—No sé la edad que tengo, creo que dieciséis —sonrió—, pero ahora la joya la tienes tú, ji, ji, ji...

—¡Mierda! —soltó la joya sobre la cama.

Con un movimiento superrápido Jin volvió a coger la joya, abrió la ventana y a lanzó hacia la calle.

—¿Pero qué haces? —intentó pararla Tórmax.

—Hay gente ahí afuera, esperándola, no te preocupes. No he venido sola. ¿Sabes que eres muy guapo?

—Déjate de decir tonterías —se sonrojó Tórmax—. ¿Y qué hacemos contigo?

—Yo voy con vosotros —dijo alegremente—. Ya no hay joya, ya no hay peligro.

—Pero... tú no estás bien. ¿Qué le decimos a Féllow?

—Algo se te ocurrirá, digo yo.

—De momento vas a quedarte aquí. ¿Entendido?

—Lo que tú mandes. ¿Cómo te llamas?

—Tórmax.

—Tórmax —repitió Jin con inocencia.

Tórmax cerró la puerta de la habitación, dejándola dentro. Fue al final del pasillo y abrió la ventana. Miró hacia abajo, calculó la distancia y saltó a la calle. La nieve amortiguó su caída. Se revolcó en la nieve y corrió unos metros en una dirección y se paró allí donde aparecían otras pisadas. Desde allí gritó.

—¡Soldados! ¡Guardia! ¡Aquí!

Pronto acudieron los hombres del capitán.

—¿Qué ocurre? —dijo uno de ellos.

—Saltó por la ventana y le he seguido —mintió Tórmax—, se fue hacia allí, deprisa.

Los soldados se miraron e inmediatamente se fueron corriendo en la dirección que les había indicado Tórmax. El muchacho se quedó allí de pie, quieto, con una sonrisa perdida, preguntándose por qué ayudaba a la muchacha, tal vez porque casi era una niña e imaginaba los ambientes en que debía haber estado. Además, parecía tan ilusionada con todo. No acababa de comprender por qué lo había hecho, pero sin darle más vueltas se encaminó hacia el interior de la posada, pues en la calle hacía mucho frío.

Cuando entró por la puerta, todos se giraron sorprendidos, pues nadie esperaba verle entrar por ahí, pero Tórmax se apresuró a tranquilizarles y a darles una explicación.

—Saltó por la ventana y quise seguirle. Los soldados han ido tras él. Problema solucionado, Smeg. Mañana podrás volver a abrir la posada.

Todos se alegraron de que el problema hubiese sido resuelto y Smeg les invitó a quedarse con ellos sin tener que pagar comida ni alojamiento. Krahova y Tórmax aceptaron, momento que aprovechó el de Xamin para sincerarse con Smeg.

—¿Sabes algo de Landin Kedir? —preguntó muy directo Tórmax.

—Es el capataz, por así decirlo, de los Krebb.

—¿Y cómo puedo hablar con él?

—Vendrá mañana, ya que siempre va a ver a Nora; y como tiene la posada cerrada, vendrá aquí. ¿Por qué quieres hablar con él?

—Tengo que preguntarle un par de cosas. ¿Y Féllow? —cambió de tema.

—Vendrá esta noche seguro, y más sabiendo que has solucionado el problema.

—Bien, le esperaré. Me agradecerá hablar con él.

—Y a él, contigo.

—Nos iremos a descansar ahora, ¿verdad Krahova? —dijo con toda la intención

—. No te preocupes Smeg, nos instalaremos nosotros. Total, todas las habitaciones están disponibles...

—Bien, bien. Voy a enviar a uno de los sirvientes al cuerpo de guardia. Con un poco de suerte nos dejarán abrir esta noche.

—Ya te diremos que habitación ocupamos —dijo Tórmax con prisa—. Nos veremos para la cena.

Tórmax apremió a la muchacha a coger todo el equipo y a seguirle hasta las habitaciones.

Ella le siguió intrigada, pues se dio cuenta enseguida que había alguna cosa que Tórmax le ocultaba y que le diría una vez estuviesen arriba. No preguntó, le siguió a toda prisa pero manteniendo la calma para no levantar ningún tipo de sospecha. Una vez arriba, Tórmax se volvió hacia ella y le hizo la señal de guardar silencio. Antes de entrar en la habitación cerró la ventana que había al final del pasillo, por donde había saltado hacía unos instantes, no sin antes percatarse de que había alguien semioculto entre las sombras de la noche; seguramente sería uno de los que acompañaba a Jin. Luego se dirigió a la habitación donde estaba la chiquilla y llamó a la puerta con suavidad.

—Soy yo —dijo en un susurro.

Tórmax miró a Krahova y con un gesto le indicó que no tenía de qué preocuparse y que debía guardar la espada que ya estaba desenvainando. La puerta se abrió con sigilo y detrás apareció la cara risueña, siempre inocente de Jin, que en cuanto vio a Tórmax se mostró alegre, pero al ver a su acompañante se puso seria.

—Es una buena amiga —aclaró Tórmax.

Entraron en la habitación y cerraron la puerta tras ellos. Tórmax cerró las puertas de la contraventana y volvió a percatarse de la presencia de alguien allí abajo, aguantando la fuerte nevada que no había cesado y el frío de la noche. Jin se sentó sobre la cama con las piernas cruzadas y con la cabeza baja. Krahova esperaba de pie a que alguno de los dos le explicase quién era la muchacha y por qué Tórmax había mentido. En vista de que ninguno de los dos decía nada, la muchacha no quiso ser descortés.

—Hola, me llamo Krahova. ¿Y tú?

—Jin —contestó con desgana.

—Bonito nombre —intentó ser amable—. ¿De dónde eres?

—De aquí y de allí. De ningún sitio y de todos.

—Viene de Dapur, siguiendo a Stan —aclaró Tórmax—. Parece ser que la joya no la robó él, pero se la entregaron y tuvo la brillante idea de venir a la capital a vete a saber qué.

—¿Es tuya, entonces, la joya? —preguntó Krahova.

—No, es del Círculo Negro.

—¿Del Círculo qué? —preguntaron a la vez, Tórmax y Krahova.

—No sabéis nada de Dapur —se enfureció ella.

—Yo he oído hablar del Círculo Rojo —respondió Tórmax—, pero creía que eran rumores sin fundamento.

—Pues al Círculo Rojo debería pertenecer Stan, porque fueron los que robaron esta joya.

—Vaya, así es cierto —murmuró pensativo—, Féllow no mintió al decir que era un ladrón.

—¿Y cuál es tu papel en todo esto? —preguntó Krahova.

—Yo pertenezco al Círculo Negro.

—¿Y a qué se dedican? —quiso saber Tórmax.

—Somos asesinos —respondió Jin con orgullo, levantando la cabeza por primera vez.

—Como el que te espera abajo —le informó, incrédulo.

—Se marchará pronto. Dirá que he perdido la vida en el intento de recuperar la joya, pero no podré volver a Dapur.

—¿Y qué harás? —preguntó Krahova.

—Ir con vosotros —dijo como si fuese lo más lógico.

Krahova y Tórmax se miraron, sorprendidos por lo que acababan de oír.

—Pero tú no puedes... —empezó diciendo Tórmax.

—Siempre puedo decirle al capitán —dijo traviesa Jin— que me has ayudado a sacar la joya de Barintia.

—No te creerá —dijo Tórmax molesto.

—¿No? Sé cosas que pueden comprometerte.

—¿Qué cosas sabes?

—Prueba —le desafió Jin.

—¡Mierda! —exclamó Tórmax—. No podemos arriesgarnos. Tendremos que pensar la manera de sacarte de aquí. Te quedarás con ella, Krahova, mientras yo bajo a hablar con Féllow.

—Ni hablar, yo también quiero estar presente en la conversación.

—Tendréis que confiar en mí —intervino Jin—, sobre todo a partir de ahora, je, je, je...

Capítulo 4

El secuestro

Era completamente oscuro fuera y la temperatura era muy baja. No había parado de nevar desde la mañana. Krahova, Tórnax y Jin habían estado largo rato haciéndose preguntas para conocerse mejor ya que ahora iban a ser compañeros; sin embargo lo que más preocupado tenía a Tórnax era que no sabía cuánto tiempo iba a estar en Barintia, y durante todo ese tiempo Jin debía permanecer oculta en aquella habitación. Esa situación exigía una precaución constante que a las dos muchachas no parecía importarles lo más mínimo.

Cualquier error o simplemente que Jin fuese descubierta, podría poner en peligro la misión encomendada o incluso sus propias vidas. Féllow parecía un hombre entregado a su trabajo, es decir, al servicio de la justicia y por mucha confianza que pudiese tener con Sheldon Tálec o con la familia Némolin, entorpecer la marcha de la justicia podía ser un delito grave en Barintia. Algo tenía que pensar.

Llegado el momento de cenar, y con el apetito abierto, Tórnax y Krahova se dispusieron a bajar al salón, prometiéndole a Jin que volverían con comida lo antes posible. Tenían que confiar en ella, no había otro remedio. Jin cerró la puerta por dentro una vez hubieron salido y se preparó para esperar mientras cogía alguna de las poca provisiones de su mochila para ingerir algo que le entretuviese el hambre.

Enseguida se dieron cuenta de que Smeg había sido rápido en ir en busca de la justicia para poder reabrir la posada. Había algunos clientes cenando y otros tomando cerveza caliente para combatir el frío antes de volver a sus casas. En cuanto Smeg les vio aparecer por lo alto de la escalera, enseguida dio órdenes para que les preparasen la mesa.

—Me han dado la autorización para abrir de nuevo la posada.

—Enhorabuena —dijo Krahova.

—Pronto vendrá Féllow y tiene ganas de hablar contigo —le dijo a Tórnax mientras les indicaba una mesa donde cenar.

—Me alegro —dijo Tórnax—. Yo también tengo ganas de hablar con él.

Se sentaron en la mesa que les habían preparado y se dispusieron a cenar. Les sirvieron una cena abundante a base de carne asada y cerveza, con pan recién hecho. Acompañando la cena había fruta del tiempo. La posada volvía a estar bastante llena y enseguida estuvo animada. Krahova no comió mucho, parecía no tener el suficiente apetito, pero Tórnax dio buena cuenta de la cena, como si quisiera olvidarse de todos

los problemas que tenía, intentando no acordarse de que tenía que sacar a Jin de la posada sin ser vista. El propio Smeg fue sirviendo la cena hasta que dieron por terminado el ágape. Tórnax, como ya era habitual en él, pidió una copa de licor para saborearla mientras hacía la sobremesa. Durante el transcurrir de la cena, ninguno de los dos abrió la boca más que para pedirle al otro el pan o la cerveza. Estaban concentrados en su tarea, Tórnax en la de comer y Krahova en la de observar a la clientela. Poco a poco se fue vaciando de nuevo la posada hasta que quedaron unos pocos tomando bebida y charlando.

Se abrió la puerta del local y un frío glacial se coló dentro del salón. La chimenea estaba encendida y los troncos que alimentaban el fuego, crepitaban con furia. El capitán de la guardia, vestido ahora como cualquier ciudadano, entró arropado en su capa. Se dirigió a la chimenea y se calentó las manos y el cuerpo frente al fuego. Al pasar frente a Smeg, se saludaron familiarmente y el posadero le hizo una seña al capitán, indicándole la mesa donde estaban Tórnax y Krahova. Después de unos instantes frente a la chimenea, Féllow se sacó la capa, la dejó en el perchero junto al fuego y se encaminó hacia la mesa.

—Buenas noches —saludó el capitán.

—Sentaos —respondió Tórnax mientras se levantaba y le ofrecía una silla a Féllow.

—Buenas noches —contestó Krahova.

Féllow tomó asiento frente a Tórnax, de espaldas a la puerta de la posada e hizo una seña para que le trajesen algo de beber.

—¿Y bien? —preguntó Féllow.

—¿Bien? —se extrañó Tórnax.

—¿No queríais hablar conmigo?

—Saludos de Sheldon —intervino Krahova.

—¡Ah! Sheldon —exclamó el capitán—. ¿Qué hace?

—Sigue con sus cosas —dijo Krahova—. Que deben ser las tuyas.

—Claro —sonrió Féllow—. ¿A qué habéis venido, puedo ayudaros en algo?

—Hemos venido porque... —empezó diciendo Tórnax.

—Necesito hablar con Landin Kadir —cortó Krahova mirando a Tórnax con firmeza.

—¿Con Landin? —se interesó Féllow.

—Sí, verás. Sheldon tiene la extraña e increíble idea de que se pueden cruzar las montañas —dijo la muchacha con decisión—, y conseguir hallar mejores vetas de mineral para explotarlo. Pero necesita mucho dinero para semejante empresa y...

—Vaya —intervino Féllow—, interesante. Sigue.

—... y a alguien a quien no le dé miedo el riesgo. Sheldon cree que los Krebb estarían interesados en este asunto.

—Pero hace más de medio año que los Krebb no están en Barintia —aclaró Féllow.

—¿Y dónde están? —preguntó Tórnax mientras Smeg le servía una copa al capitán.

—Nadie lo sabe —respondió Smeg metiéndose en la conversación.

—Efectivamente, nadie... o casi nadie. Sólo hay una persona que podría saberlo —indicó el capitán.

—¿Quién? —volvió a preguntar Tórnax.

—Landin —respondió Krahova visiblemente molesta con Tórnax.

—Vaya. Sabes mucho —dijo el capitán.

—Sheldon me lo contó —dijo la muchacha—. Landin es el capataz de la casa de los Krebb y está encargado del mantenimiento de esa hacienda. Parece ser que Sheldon habló en una ocasión con él y sabía que visitaba la posada del Templo una vez por semana. Nos alojamos allí, pero...

—Sí, lo sé —dijo Féllow—. Me he enterado de lo del robo y de cómo ayudasteis. Parece que sois providenciales; ayer el robo y hoy lo de la joya. Smeg también me ha contado lo tuyo con el muchacho, Tórnax.

—Sólo cumplía con mi deber de ciudadano del reino —se justificó Tórnax.

—Hemos encontrado a ese muchacho —reveló el oficial.

—¿Cómo? —se sorprendió Tórnax.

—Sí, intentaba huir de Barintia, de nuevo hacia Dapur, pero pudimos apresarlos. Tenía la joya en sus manos.

—¿Y Stan? —se interesó Krahova.

—Estamos haciendo averiguaciones para poder relacionarlos.

—Y... ¿si no están relacionados? —insistió ella.

—Tendremos que soltarle y creer en su palabra. Dice que le colocaron la joya en la mochila.

—Bien pudiera ser —sonrió Tórnax confirmando lo que Jin le dijo que sucedería. Ese muchacho que habían apesado debía ser compañero de Jin, pensó.

—Volviendo al tema que nos ocupa —prosiguió Féllow—. Landin vendrá mañana por la tarde y vendrá aquí, porque si va a la posada del Templo es por Nora y Nora está ahora aquí.

—¿Por Nora? —preguntó de nuevo Tórnax.

—Bueno..., por Nora y su hijo Fende^[36].

—No entiendo —dijo Tórnax mirando a Krahova con extrañeza.

—Sí —aclaró el capitán—, pero esperad. ¡Smeg! ¿Puedes venir?

—Dime Féllow —dijo Smeg que había ido rápidamente a la mesa.

—Cuéntales lo de Landin.

—Sí. Nora y Tárneas^[37]..., bueno esto...

—¿Quién es Tárneas? —preguntó Krahova intentando ayudar a Smeg.

—Tárneas es el joven heredero de la casa Krebb —aclaró Féllow.

—Pues eso, que Fende es hijo de Nora y de... Por eso Landin viene, para darle a Nora la asignación que Tárneas considera para la manutención del pequeño.

—Gracias Smeg —dijo el oficial—. Creí que debías contarlo tú.

—Vaya, vaya —exclamó Tórnax.

—Pues hablaremos con él —dijo Krahova—, para que se lo comunique a Tárneas.

—Si tuvieseis algún problema —comentó Féllow—, decidle que habéis hablado conmigo.

—Así lo haremos, gracias Féllow —agradeció Krahova.

—Ahora debo irme —dijo el capitán—. Es posible que del asunto de la joya y Stan, pueda decirte algo mañana, muchacha.

—De acuerdo —respondió Krahova.

—Buenas noches —saludó Tórnax—, has sido de ayuda.

—Nada. Obligación mía. Hasta otra —se despidió Féllow.

El capitán fue a buscar su capa que había dejado colgada del perchero, pero antes de que hubiese salido de la posada, Tórnax se levantó con rapidez y alcanzando a Féllow le dijo en voz baja, casi inaudible para el capitán.

—Y si queremos enviarle un mensaje a Sheldon, ¿cómo lo hacemos?

—Dadle el mensaje a Smeg —dijo con naturalidad—, él se encarga.

Tórnax quedó perplejo ante la naturalidad que Féllow empleó para darle una respuesta, cuando para él tenían un estricto secretismo. Aunque, pensándolo bien, él tampoco había disimulado mucho a la hora de mostrarle la daga Némolin al capitán. Tal vez en Barintia las cosas más susceptibles de ser ocultadas, debían tratarse con la mayor naturalidad posible para que pasasen desapercibidas. Mientras le daba la vuelta a todo eso, Krahova parecía como ausente, tal vez pensando en la estrategia a seguir para poder hablar con Landin y exponerle todo el plan comercial de Sheldon, para poder sacar a su padre de la cárcel.

Iba a ser una noche verdaderamente fría y larga, Krahova se sentía agotada y decidió irse a dormir, pero antes le pidió a Smeg que le preparase algo con la excusa de que siempre se despertaba a medianoche con algo de hambre. Smeg mismo le preparó un hatillo con queso seco, frutos secos y un par de hogazas de pan blanco y tierno. Krahova le dio las gracias y se subió hacia el piso superior. Tórnax se quedó en la mesa, esperando que Smeg terminase su trabajo para charlar un rato con él.

Una vez hubo entrado en la habitación, Krahova le dio la comida a Jin que esperaba ansiosa y hambrienta que le trajesen la cena. Jin se apresuró a ingerir aquello que le había subido la muchacha y enseguida, una vez hubo terminado, se echó a dormir en una de las camas sin mediar palabra. Krahova tampoco quiso

preocuparla con lo que había dicho Féllow sobre la captura del ladrón de la joya y la dejó dormir tranquila. Ella misma se echó en la otra cama y casi al instante se quedó profundamente dormida.

Cerca de la medianoche fue Smeg quien se sentó al lado de Tórnox con el salón recogido y después de que todos los que trabajaban en la posada se hubiesen retirado a descansar. Smeg trajo consigo la botella de licor y un par de vasos para que pudiesen hablar mientras saboreaban la ambrosía. Sirvió los dos vasos con cuidado casi ritual.

—Es mi mejor licor. Lo guardo para noches especiales.

—Te lo agradezco, Smeg. Pero no merezco tanto.

—Si no fuese por ti, aún no habría abierto la posada.

—Si no le hubiese visto saltar yo, lo hubiesen hecho los soldados y ahora estaríamos igual.

—No. Fuiste tú quien le presionó para que saltase.

—Bueno, fuese quien fuese, lo cierto es que se solucionó el problema. Por cierto...

—Dime Tórnox.

—Féllow es muy joven para ser capitán.

—Sí, es uno de los más jóvenes de Barintia y si no hubiese sido por su pasado, habría ascendido aún más.

—¿Su pasado? ¿Un hombre tan joven ya tiene pasado?

—Bueno, él no. Su padre.

—¿Qué hizo su padre para impedir que ahora el hijo pueda ascender merecidamente?

—Mató a una agorera.

—¿Una agorera?

—Sí. Y acababa de maldecir al hijo del rey.

—¿Cómo? —abrió desmesuradamente los ojos Tórnox.

—Sí, el entonces príncipe Íged Ármítac, ya sabes que fue maldecido por una profecía. Justo después de que la agorera hubiese pronunciado tan funestas palabras delante de todos los invitados, el padre de Féllow la mató.

—¿Pero no había maldecido a la familia real? Entonces, ¿qué hizo mal?

—La profecía estaba incompleta y la acción de Íllow Kur dejó a los Ármítac sin posibilidad de prevención.

—Ya, pero ¿por qué Féllow se alistó en la guardia de la ciudad?

—Siempre quiso vengar la muerte de su padre, para él injusta. Y... —bajó mucho la voz— creo que cuando murió Íged, se alegró. Quiso ir en el cortejo funerario para asegurarse de que la profecía, bueno, el fragmento de la profecía era cierto. Afortunadamente no fue escogido, pero sí pudo comprobar que de alguna manera casi

se cumple la profecía.

—¿Qué se sabe de lo que ocurrió con el cadáver de Íged y su esposa?

—Bueno ya sabes. Que sólo se salvó una muchacha.

—¿Y Féllow? Ahora que murió el rey...

—Féllow se alegra doblemente. Ha conservado su vida y ha sido vengada la muerte de su padre.

—Pero un Ármítac volverá a reinar, por tanto lo de la profecía...

—De momento no lo hace —y Smeg bajó todavía más la voz—, por eso Féllow trabaja para que sea otro el que reine y otros muchos estamos con él, ¿no?

—Sí —dijo sin saber bien qué contestar a esa pregunta—. ¿Y quién es el candidato?

—Hay muchos, pero si se diese el caso, tú sabes, como yo, a quién apoyamos.

—Sí, claro... —mintió Tórmax sin saber de quién estaba hablando realmente Smeg.

Bueno, me voy a dormir. Es tarde.

—Yo también, que descanses, Tórmax.

El muchacho se levantó apresuradamente, incómodo y nervioso porque intuía que Céndar le había metido en un asunto más complejo de lo que cabría imaginar y él se había dado cuenta de que no sabía nada de nada, lo cual le molestaba. Daba la sensación de que los Némolin habían querido deshacerse de él y al mismo tiempo aprovecharse de lo que pudiese averiguar. Se sentía utilizado y eso le sentaba mal, había creído tener mejor ascendencia de la que ahora comprobaba; incluso pasó por su cabeza la idea de abandonar la misión, si es que alguna misión tenía encomendada, y buscarse un modo de vida como mercenario, o incluso ingresar en la guardia de la ciudad, pues parecía que Féllow no vivía tan mal.

Devolvería el arma, la daga de los Némolin, a su legítimo dueño a través de Smeg o incluso a Sheldon Tálec y se olvidaría de todo. Empezaría desde el principio, pero siendo dueño de sí mismo. Pero mientras subía las escaleras se acordó de Krahova a quien había prometido ayudar en su empresa, aunque la considerase una locura y también le había prometido a Sheldon cuidar de ella. Y ahora, Jin, la jovencita de bellos ojos grises que le había metido en un buen lío. Por ellas dos continuaría, sólo por ellas, hasta que arreglasen sus situaciones, luego devolvería la daga y se ocuparía de sí mismo. Mientras, cumpliría tan bien como pudiese su cometido, hablaría con ese Landin Kedir y si podía sonsacarle algo, ese algo se lo entregaría a los Némolin. Les demostraría a todos que era muy capaz.

Llegó delante de la puerta de la habitación, la abrió con sumo cuidado para no despertarlas, pues sabía que estaban durmiendo. Enseguida comprobó que reposaban plácidamente cada una en una cama. No quería molestarlas, así que cogió una manta del armario y la echó en el suelo, entre las dos camas. Se estiró encima y se quedó

pensativo hasta que el sueño le venció.

A la mañana siguiente, Krahova fue la primera en despertar, tal vez porque dormía junto a la ventana y notó frío. Abrió los ojos y lo primero que le llamó la atención fue ver a Tórmax durmiendo sobre una manta en el suelo, entre las dos camas. Se levantó y abrió un poco la contraventana interior. Fuera el panorama era de increíble belleza. Seguramente había estado nevando toda la noche y el cielo tenía ese color gris que amenaza nuevas y fuertes nevadas, no obstante estaban muy al norte y era invierno. La ciudad se hallaba cubierta de nieve completamente, se podía apreciar un considerable grosor; era temprano y muy pocos se podían ver en la calle y casi todos estaban abriendo caminos en la nieve con palas para poder desplazarse con más comodidad. Krahova se vistió y bajó al salón a desayunar.

En cuanto llegó abajo no le sorprendió ver la posada en pleno trabajo, preparando comida para los desayunos y para los almuerzos, a Smeg se le veía atareado acabando de limpiar la entrada de la posada, para hacerla más accesible desde el exterior. Nora limpiaba las mesas y barría mientras Fende, el niño de Nora, correteaba por entre las mesas, jugando. No había ningún cliente desayunando.

—Buenos días —dijo sonriente a Nora.

—Buenos, lo que se dice buenos... Creo que va a nevar con mayor intensidad que ayer.

—En estas latitudes ya se sabe, ¿no?

—¿Quieres desayunar?

—No me iría mal.

—Ahora mismo te preparo un desayuno caliente.

Krahova miraba por la ventana, ahora desde aquí abajo, se podía apreciar una mayor actividad en la calle. Smeg saludaba sin descanso a los que se acercaban por allí y poco a poco iba haciendo un caminito estrecho entre montones de nieve hasta la posada. Un instante después, cuando Krahova iba a dejar de mirar para tomar asiento, vio llegar a un jinete que se apeó del caballo, justo enfrente de la posada. Smeg, dejó la pala en el suelo y fue veloz y servicial a saludarlo. Mientras mantenían una conversación, daba la impresión que bastante amigable, Nora avisó a Krahova de que tenía el desayuno dispuesto.

—¿Quién es ese hombre, Nora? —dijo señalando al exterior.

—Algún viajero que habrá pasado una noche en la posada —contestó sin mirar—. Son muchos los que conocen a Smeg.

Krahova se sentó a desayunar bollos con miel, queso fresco y leche caliente. Nora se metió en la cocina mientras Fende seguía jugando en el salón. De pronto se abrió la puerta de la posada y entró el jinete que hacía unos instantes estaba hablando con Smeg. Una vez dentro se quitó los guantes y la capa y los dejó encima de la primera mesa. El visitante tenía un aspecto mejorado, era alto, más de metro ochenta, moreno,

ojos oscuros. De compleción fuerte, llevaba ricas vestiduras y botas. También llevaba una espada larga colgando del cinto. Tenía un rostro bastante hermoso.

—Buenos días, señora —dijo con voz dulce y educada.

—Buenos días —respondió Krahova con la mayor de sus sonrisas.

El niño corrió a la cocina, gritando.

—¡Mamá, mamá! ¡Es Landin, ha venido!

Landin apuntaba unos cuarenta y cinco años y su porte, muy distinguido no hacía creer que fuese ni mucho menos un criado, aunque fuese el capataz de una de las casas más ricas de Barintia. Los Krebb habían sido una de las familias más influyentes de la capital y posteriormente en todo el reino de Hárkad. Incluso en las Piedras de los Reyes que se levantaban en el centro de la plaza de la ciudad, figuraban grabados los nombres de los Krebb que llegaron a ser señores y reyes de Barintia, antes de que los Ármitac se hiciesen con el poder y el control de toda la llanura. Desde muy antiguo la familia había estado presente en el gobierno de la ciudad y su fortuna era considerada, tal vez, mayor en toda la llanura, muy por encima de la de los Ármitac o de los que un día fueron señores y reyes de otras ciudades. Era evidente, pues, que el capataz de aquella mansión debía ser un hombre refinado, culto, educado como Landin Kedir.

Landin se quedó de pie en el salón, esperando la llegada de alguien. No quiso tomar asiento y se paseaba de un lado a otro, sin prisa, con aire distraído. No se incomodó lo más mínimo al observar de reojo como Krahova le seguía con la mirada, absorta ante la distinción del hombre. Al poco salió Nora sin el pequeño, a recibirle.

—Hola Landin —dijo mientras le abrazaba con fuerza—. ¿Cómo está Tárneas?

—Ocupado. Muy ocupado —le comunicó—. Ya sabes, siempre lo está, pero ahora con los problemas de la corona...

—¿Dónde está?

—Eso no puedo contestarlo ni yo. Acabo de llegar y aún no he ido a casa. No sé ni quién está ahí.

—Claro —respondió resignada Nora—. ¿Cuándo te vas?

—Mañana; a lo sumo, pasado. Me esperan en Dapur. Toma —dijo dándole una bolsa de cuero.

—Gracias. Dáselas también a Tárneas. Hay alguien que quiero presentarte.

—Se las daré. ¿Quién?

—Krahova —dijo dirigiéndose a la muchacha—. Es Landin Kedir.

—Encantada —se sonrojó la muchacha.

—Lo mismo digo —respondió cortés.

—Ella quiere hablar contigo. Os dejo. Pasa antes de marcharte, te daré unas cosas para Tárneas.

—De acuerdo. Tú dirás —encarándose hacia Krahova.

—Veréis... yo soy de Yíldiz —empezó.

—¡Ah! La ciudad minera.

—Sí. Mi padre está encarcelado por creer que al otro lado de La Muralla hay mejores minas esperando ser explotadas...

—Un momento muchacha —le interrumpió—. ¿Me estás diciendo que tu padre tiene la certeza de que se pueden cruzar las montañas? —preguntó incrédulo.

—Sí. Hay un mapa que...

—No tengo tiempo para semejante necesidad. Lo siento —inició la retirada.

—Sheldon Tálec ha invertido dinero en la empresa —dijo Krahova casi suplicando—. Y dice que Tárneas Krebb sería el hombre ideal para...

—¿Sheldon... Tálec? —preguntó mientras volvía a tomar interés por la conversación.

—Sí. Si pudieseis hablar con Tárneas..., tal vez... —titubeó.

—¿Y ese mapa dónde está? —preguntó con desmesurado interés.

—Yo no lo tengo, pero sé que existe —respondió abatida.

—¿No será una leyenda? Si alguien lo tuviese, ¿no lo habría intentado ya? Es una lástima. Si tuvieses el mapa...

—Si hablaseis con Tárneas —insistió—. Yo podría...

—Tárneas no está aquí. Ven cuando tengas el mapa. ¿De acuerdo?

Landin dejó a Krahova con la palabra en la boca. Cogió su capa y sus guantes y con un gesto coordinado se dirigió a la puerta de la posada, no sin antes girarse hacia Krahova, deseándole unos agradables días de estancia en Barintia.

Krahova cayó sobre su silla y se quedó con la mirada perdida en un punto inconcreto de la habitación. No parecía que Landin tuviese mucha fe en sus proyectos y hablar con Tárneas resultaba mucho más difícil de lo que había imaginado. Tal vez Sheldon se equivocaba y su nombre no tenía la importancia que ella había creído. Si hubiese estado Tórnox, tal vez le hubiese podido echar una mano, aunque tampoco creía él nada de lo que le había expuesto.

Le enviaría a Sheldon un mensaje y esperaría respuesta y consejo, mientras podrían conocer mejor la ciudad o intentar averiguar por otras vías, más cosas sobre el asunto que les incumbía. Al poco entró Smeg visiblemente agarrotado por el frío.

—Volverá a nevar. Seguro. ¿No lo crees así Krahova?

—Sí, supongo —respondió distraída.

—Buenos días Smeg —sonó la voz de Tórnox desde lo alto de la escalera—. Buenos días, Krahova.

—Buenas —respondió Smeg, desapareciendo por la puerta de la cocina.

—Hola Tórnox. Acaba de irse Landin Kadir.

—¿Cómo? —exclamó sorprendido—. ¿No tenía que venir por la tarde?

—Sí, pero ha venido hace un instante.

—¿Pero volverá? —preguntó Tórmax visiblemente preocupado mientras se acercaba a la mesa.

—No lo sé. Dijo que a lo sumo se iba pasado mañana, que estaba muy atareado.

—¿Dijo? ¿Has hablado con él?

—Sí, pero no atiende a nada. Era de esperar —dijo desanimada totalmente.

—¿Le has nombrado a Sheldon? —dijo intentando animarla.

—Sí, pero no ha servido de nada.

—Vaya. Esto está más complicado de lo que me imaginaba. A ver si vuelve y puedo hablar un instante con él.

—No te escuchará Tórmax —dijo casi sollozando—. Son gente muy ocupada y nosotros no somos nadie.

—Hablaremos con Nora —resolvió Tórmax—. A ella le escuchará y si no, podemos darle una nota para que se la haga llegar a Tárneas. ¿Qué te parece?

—No había caído en eso —dijo iluminándosele la cara—. ¡Tórmax eres...! ¡Nora, Nora! —y se fue corriendo hacia la cocina.

Casi tiró a Smeg al suelo que en ese momento salía de la cocina. Tórmax aprovechó para pedirle el desayuno y excusarse por el ímpetu desmesurado de su compañera. Smeg sonrió y se volvió hacia adentro para buscar el alimento que le habían pedido. Tórmax aprovechó para empezar con el desayuno que Krahova había dejado encima de la mesa.

Jin seguía durmiendo plácidamente cuando Tórmax había salido de la habitación. Parecía increíble que aquella chiquilla pudiese dormir tanto. No se lo podía sacar de su cabeza, aquellos ojos grises eran preciosos y tan raros, como lo era también el hecho que llevase un arco largo. Tórmax, por su condición en la casa de los Némolin, había visto muchos guerreros y mercenarios y podía contar con los dedos de una mano a aquellos que había visto usar ese tipo de arma y no todos lo hacían con habilidad, pues era un tipo de arma que requería mucha técnica. Tampoco había visto a Jin usarla, por tanto no podía juzgarla con exactitud; si alguna vez pudiese verla porque la situación lo requiriera, esperaba que tuviese la habilidad suficiente. Había otras cosas que le extrañaban de ella: su ropaje, completamente negro; su edad, prácticamente una niña y sobre todo que perteneciese a ese grupo llamado Círculo Negro, una panda de asesinos. La verdad es que Tórmax no creía la mitad, ni tan siquiera la mitad, de lo que le había contado. Pero esa joya, ese Stan, de dónde habían salido. Desde luego de Dapur y por lo poco que sabía no era un encanto de ciudad y un visitante desprevenido podía tener desagradables sorpresas. Aquí en Barintia se sentía cómodo y seguro, más que en Xamin, incluso. Aquí en la capital, daba la sensación de que no había sucedido nunca nada.

—Toma, tu desayuno —le interrumpió Smeg—. Hasta luego. Me voy de compras.

—Gracias, Smeg.

Si pudiese hablar con Stan, o incluso con Féllow, podría averiguar más cosas del rubí y entender quién podía ser esa chiquilla. Aunque tal vez lo mejor sería que una vez fuera de Barintia, dejarla a su propia voluntad. Como no sabía ni cuántos días estarían en la ciudad, Tórnax tomó la determinación de sacarla de la posada esa misma noche, ya que tenerla indefinidamente oculta en la habitación, a la larga les traería problemas.

—Si me esperas, iré contigo —le dijo a Smeg que estaba a punto de salir de la posada—. Tengo que comprar, yo, algunas cosas también.

—De acuerdo, te espero fuera. No tardes.

Tórnax subió rápido a la habitación a buscar sus cosas y a pedirle a Jin, que la encontró ya despierta, que él se iba a comprar algunos artículos que necesitaba, que Krahova se ocuparía de ella y que esa misma noche abandonarían la ciudad, que estuviese preparada porque él ya había pensado el plan para huir. Sin darle tiempo a responder, Jin vio como Tórnax cerraba la puerta de la habitación y oía sus acelerados pasos bajando por la escalera para irse a la calle.

Antes de abandonar la posada, Tórnax avisó a Krahova, que charlaba amigablemente con Nora, para decirle que se iba con Smeg de compras y que posiblemente no llegarían hasta bien entrada la tarde. Krahova entendió enseguida la señal hecha por él, referente a que Jin seguía arriba y convenía no perder la atención. Así pues, una vez avisada Krahova, Tórnax se reunió con el posadero y alegremente se dispusieron a pasar una mañana por Barintia, con lo que podrían aprovechar para charlar y así podría averiguar de qué lado tenía que estar si se planteaba una sucesión al trono en caso de que no accediese un Ármitac.

Era ya media tarde y tal como había anunciado Smeg, aquella mañana, poco después de irse con Tórnax, había empezado a nevar de nuevo sobre la ciudad, pero esta vez con doblada intensidad. La precipitación de nieve era abundante y la visibilidad se reducía una barbaridad. El frío era mordaz. Aquel invierno parecía ser extremadamente duro para esas tierras. La posada se hallaba medio vacía, pues los clientes ya habían terminado de comer desde hacía algún rato y tan solo quedaban tres individuos, los mismos comerciantes que estaban alojados en esos momentos en la posada. Uno de ellos, incluso se había quedado dormido en la silla, apoyado contra la pared. Krahova había ayudado a servir las comidas, ya que Smeg y Tórnax no habían vuelto todavía y ahora ayudaba a Nora y Crima^[38], la esposa del propietario, a ordenar y preparar el salón para la cena de esa noche. Los dos sirvientes contratados en la posada estaban en el establo limpiando los caballos de los que estaban instalados. Se abrió la puerta de la posada y un frío terrible inundó la sala.

Las tres mujeres volvieron la cabeza para ver quién entraba, era Landin con el semblante grave y serio y tras él, cinco hombres bien pertrechados.

—Landin —dijo Nora—, creí que no volverías. Iba a mandarte...

—¡Silencio! —ordenó Landin—. ¿Dónde está el niño?

Inmediatamente los cinco hombres tomaron posiciones dentro de la posada. Uno de ellos se apoyó con la espalda en la puerta de la posada, impidiendo el acceso desde el exterior y sacándose la espada larga; otro se iba hacia las escaleras, desenvainando también el arma, para impedir que nadie bajase desde el piso superior. Un tercero cerraba todas las contravenas que daban al exterior para que nadie pudiese observar desde fuera lo que ocurría dentro. El cuarto hombre agrupaba a empujones a los tres clientes en un rincón y el último invitaba a las tres mujeres a unirse al grupo formado por los clientes.

—Nadie sufrirá ningún daño si todos cumplís mis órdenes —dijo Landin sacándose una daga de la bota—. ¿Dónde está el niño? —preguntó, espaciando una palabra de otra.

—Se fue con Smeg —fue la respuesta de Nora, visiblemente nerviosa.

—Tú —dijo a uno de los hombres—, mira en la cocina. Veamos si es verdad.

—¿Por qué haces esto? —sollozó Nora—. Si se entera Tárneas...

—Se enterará, no te preocupes. Se enterará. Esa es mi intención.

—Aquí no está —respondió el hombre saliendo de la cocina.

—Busca arriba, en la segunda planta y ten cuidado.

Krahova estaba tanteando las posibilidades de un ataque e inmovilizar a Landin, pero resultaba bastante difícil y complicado, sólo ella llevaba armas y allí abajo eran cuatro los enemigos, sin contar a Landin. Los cuatro hombres parecían ser eficientes y estar preparados. Eran gente del sur, de Mármora, no había duda, tanto por el acento como por su aspecto. Llevaban una cota de malla ligera bajo la ropa, espadas largas y arcos medios en la espalda. Vestían ropas muy buenas para resistir el frío, pero bastante usadas, como si ya supiesen lo que era el frío del norte. Eran hombres rudos, seguramente mercenarios pagados para esa misión. Si Jin se diese cuenta de lo que ocurría, tal vez podría hacer algo. Y Smeg y Tórnox sin llegar todavía. La verdad es que no estaban teniendo suerte. Krahova se dio cuenta en un instante de que la nota que había preparado para Tárneas nunca llegaría a su destino, aunque en cuanto Tárneas se enterase de lo ocurrido iría a Barintia, pero no estaría para otros asuntos que no fueran los de recuperar a su hijo.

—Sabes que si te encuentra, acabará contigo —le amenazó Nora.

—Eso si no acabo yo antes con él, pero esta no es mi intención. Si no ya lo hubiese hecho.

—¿Y cuál es tu intención? —preguntó Krahova.

—Mejor que te calles, preciosa —dijo Landin con desprecio—. A ti, nada me impide matarte.

Al instante se oyó ruido en el piso superior.

—¡Atentos! —dijo Landin.

—¡Aquí está! ¡Ya lo tengo! —gritó el mercenario desde arriba.

—Bien —murmuró Landin mientras sonreía.

—Te acordarás de esto —se lanzó hacia él Nora, llorando.

—¡Aparta! —le golpeó Landin en el rostro, lanzándola al suelo.

Krahova ayudó a Nora a incorporarse.

—Claro que voy a acordarme. Atad a todos —ordenó a sus hombres—, nos vamos en cuanto bajen.

Krahova le miraba con cara de desprecio, tanto como admiración había sentido por él aquella misma mañana cuando le había conocido. Deseaba lanzarse a su cuello y estrangularle, pero ya no podía hacerlo. Por qué tardaban tanto Smeg y Tórnox y por qué Jin no hacía nada, el mercenario había gritado desde arriba, seguro que había podido oírlo. Unos instantes después aparecieron el mercenario y el niño. Fende iba maniatado y lo llevaba bajo el brazo, como un bulto. El niño tenía la cara llena de lágrimas y en cuanto vio a su madre empezó a gritar.

—Vamos —dijo Landin.

—Tranquilo pequeño, mamá vendrá enseguida contigo —intentó Nora calmar al pequeño mientras miraba a Landin con rabia.

—Nos vamos por el almacén al establo —dijo Landin—. Vamos no hay tiempo que perder.

Smeg y Tórnox regresaban a la posada contentos por sus compras. Habían pasado casi todo el día juntos, habían hablado de muchas cosas que a Tórnox le parecieron increíbles. Smeg le había contado un poco de su vida, de cómo conoció a Féllow a través de su padre, también de rumores sobre la historia de la ciudad, sobre sus habitantes más distinguidos, etc. Tórnox había tomado buena nota de todo y ya empezaba a sacar sus propias conclusiones. Esa información le servía de mucho, incluso a Céndar Némolin le resultaría de mucho interés, por eso había decidido seguir con la misión encomendada y esto le hacía sentirse útil y orgulloso. Se alegraba de haber estado todo el día con Smeg, era un buen hombre. Incluso antes de invitarle a comer en otra de las posadas de Barintia, fueron a ver a Féllow y pudieron charlar con Stan, al que le pidió disculpas sobre lo ocurrido y ante la inminente puesta en libertad del compañero, le ofreció la posibilidad de ayudarlo en todo lo que estuviese en su mano. Había sido un día feliz y volvían a la posada, bajo el duro frío y bajo una intensísima nevada. Tenía muchas cosas que contar a Krahova, y no olvidaba que aquella noche debían de sacar a Jin de la ciudad. Estaban ya casi al lado de la posada cuando Smeg se detuvo de repente.

—Algo no va bien —expuso preocupado el posadero.

—¿Cómo dices? —preguntó sorprendido Tórnox.

—Las ventanas —dijo señalando con la mirada—, las ventanas están cerradas.

—Es cierto —respondió mientras desenvainaba la espada.

—Espera, entraremos por el establo —repuso Smeg.

Smeg y Tórmax, con la espada desenvainada, dieron la vuelta hacia el lateral derecho del edificio, donde se encontraban las puertas del establo, con la intención de entrar en la posada y sorprender al causante de aquella situación anómala. Tórmax se separó de la puerta un par de pasos y dejó que Smeg maniobrara para abrirla.

—Mierda —dijo casi en un susurro—. Está cerrada por dentro.

—¿Estás seguro?

—¿Cómo no voy a estar seguro? Es mi posada. Esto no me gusta.

De repente se oyó el chasquido detrás de la puerta, sonido inconfundible para los dos hombres de que alguien manipulaba la puerta para abrirla.

—¿Hacia dónde se abren? —preguntó rápido Tórmax.

—Hacia nosotros, prepárate —dijo colocándose para asestar un golpe al primero que saliese.

Una de las hojas de la puerta se entreabrió y apareció un hombre que parecía llevar las riendas de un caballo. Tórmax y Smeg, casi simultáneamente, descargaron sus espadas hacia el individuo, ocasionándole un golpe por sorpresa, inevitablemente mortal. El hombre se tambaleó y, sin emitir ningún sonido, cayó de espaldas hacia el interior del establo.

—¡Preparad los arcos! —sonó una voz en el interior—. Nos han descubierto.

—¡Apártate de la puerta! —gritó Smeg a Tórmax mientras él hacía lo propio.

—La puerta —se oyó en el interior—, hay que cerrarla.

Tórmax y Smeg quedaron cubiertos con las espaldas pegadas a la pared, uno a cada lado de la puerta, casi sin atreverse a moverse. Un brazo salió del interior del establo y cerró de nuevo la puerta con rapidez. En el interior se oían movimientos de caballos y personas.

—Sólo hay otra salida —dijo Smeg.

—Ve tú hacia ella, yo me quedo aquí —propuso Tórmax.

—No sabemos cuántos son.

—Pero tienen que salir uno a uno y eso nos da ventaja. Ellos tampoco saben cuántos somos nosotros.

Smeg se dirigió con rapidez a la puerta principal de la posada y se apostó en una posición que él consideraba privilegiada para poder atacar al que saliese el primero por la puerta, sin ser dañado por el enemigo. Tórmax, sin dejar de vigilar la puerta del establo, se separó un par de metros del edificio y se puso a mirar a las ventanas del piso superior.

—¡Jin! —llamó en voz baja—. ¡Jin!

Silencio, sólo se oía el ruido de los copos cayendo sobre el suelo nevado. Maldita sea, pensaba Tórmax. No podía ir a buscar a la guardia, tendría que esperar y contar

con la suerte de que pasase la ronda, pero no sabía cuánto esperarían los malhechores en intentar salir. Las pisadas de Smeg en la nieve ya se estaban borrando. Por qué no contestaba Jin.

Jin había oído las voces de los mercenarios desde su habitación, y por la experiencia que tenía, sabía que ocurría algo extraño. Salió de la habitación con sigilo y pudo ver como uno de los hombres subía al piso superior. Tórnox no había vuelto, por tanto ni él ni el posadero estarían abajo y eso quería decir que las tres mujeres más los sirvientes estarían solos ante lo que estuviese ocurriendo. Sabía que Krahova no podía hacer nada, pero ella tampoco podía hacer mucho. Una vez hubo pasado el mercenario, Jin entró en otra de las habitaciones para tener una visión mejor de lo que pasaba en la escalera. Con la puerta entornada, casi cerrada, vio instantes después como bajaba el mercenario con un niño, que había visto en la posada, llevado como un saco bajo el brazo del hombre. En cuanto oyó la voz del que decía que se iban por el establo, Jin se atrevió a abrir la puerta y muy sigilosamente, dirigirse hacia el piso inferior, pero siempre atenta a lo que pudiese ocurrir, pues no podía estar segura de que hubiesen abandonado la posada.

Cuando dejó de oír los ruidos que le parecían sospechosos, abandonó toda precaución y de un par de saltos bajó la escalera. Allí, en el salón estaban en un rincón atados, los tres clientes y las tres mujeres.

—Jin —exclamó Krahova—, rápido desátanos. Se llevan al niño.

Jin acudió a la carrera hacia donde estaban las mujeres, sacó la daga del cinturón y empezó a cortar las cuerdas que les mantenían inmóviles.

—Mi niño —sollozaba Nora.

—Si hubiese estado aquí Smeg... —se lamentaba Crima.

—Aún no han abandonado la posada —dijo Krahova—, tenemos tiempo.

—¿Cuántos son? —preguntó Jin mientras seguía cortando las cuerdas.

—Cinco —dijo Krahova—. Date prisa, Jin.

—Toda la que puedo. Iremos por la calle, para cazarles cuando salgan del establo.

—Yo iré por el establo —dijo Krahova.

—Es una insensatez. Son demasiados —le replicó Jin, cortando finalmente la cuerda.

Jin fue la primera en lanzarse, a la carrera, hacia la puerta de la posada para salir a la calle, para intentar cazar a los jinetes con el arco, si no habían abandonado ya la zona. Krahova iba tras ella, pero algo más retrasada, pues todavía tenía cuerdas alrededor de su cuerpo.

—Cuidado con el niño —suplicó Nora.

—No te preocupes —repuso Krahova—. Jin, cuidado, podrían haber dejado a alguien en la puerta.

Jin abrió la puerta de la posada y un frío intenso le tocó la cara. Al menos no se

veían jinetes alejándose de donde ella estaba, ni tampoco nadie que estuviese esperándoles.

Smeg estaba agarrotado por el frío, pero su cuerpo tenso y concentrado estaba preparado para asestar el golpe mortal al primero que apareciese. La puerta se abrió de repente y la luz del interior de la posada iluminó el suelo nevado. Una silueta negra, una sombra se proyectaba en el suelo, parecía más la de un jovenzuelo que la de un guerrero apuesto, pero Smeg no sabía quién era el enemigo y por tanto podría pertenecer a un ladrón de poca monta. Tensó todavía más los brazos, pues tenía la espada cogida con las dos manos para proyectar más fuerza en su ataque. La sombra permanecía estática en el linde de la puerta.

—No hay nadie aquí —susurró Jin a Krahova.

—Pues adelante, que no se nos escapen —le animó Krahova.

En el último instante Smeg reconoció la voz de Krahova, pero con el arma elevada, ahora para parar el golpe, salió de su escondite y se plantó frente a Jin. Ésta dio un paso hacia atrás al ver que aparecía una figura, en un perfecto movimiento defensivo. Durante un instante se quedaron los dos perplejos mirándose.

—¡Smeg! —exclamó Krahova con alegría.

—¿Tú? —se sorprendió Smeg al ver a Jin.

—No hay tiempo para explicaciones —aclaró Krahova—. ¡Aparta Smeg!

Smeg se hizo a un lado y Jin pasó rauda y ágil por su lado y tras ella fue Krahova. Smeg entró en la posada y después de comprobar que Crima y Nora se encontraban bien, se fue en dirección a la cocina para entrar en el establo.

Tórmax estaba esperando que Jin contestase, pero de repente volvió a oír el crujido en la puerta del establo, señal inequívoca de que habían vuelto a abrirla. Se oían algunos caballos, pero no se podía precisar cuántos. Tórmax tomó posición, la más ventajosa posible y con mayor celeridad esperó a que saliese el primero. Desde luego no habían tenido mucha paciencia.

Lo primero que salió, empujando las puertas del establo que se abrieron de par en par, fue un caballo sin jinete. Tórmax, sorprendido, descargó el espadazo, pero no dio a nadie, aunque el caballo sí le dio a él, tirándole al suelo después de un fuerte impacto. Tórmax, a pesar de caer sobre la nieve que le amortiguó la caída, perdió el conocimiento.

Jin dobló la esquina, se apostó con la rodilla en el suelo y sacó su arco largo y cargó una de sus flechas negras del carcaj, aunque pudo ver como Tórmax era arrollado por un caballo sin jinete que iniciaba su huida por esa calle, en dirección sur. Jin tensó el arco mientras esperaba que saliese algún jinete, mientras Krahova se ponía a su lado para hacer lo mismo que la joven. Hasta seis caballos salieron, casi todos a la vez, antes de que saliese un jinete azuzándolos con gestos y gritos. Ninguno pisó el cuerpo de Tórmax que estaba tendido en la nieve, hacia un lado. Pero

en cuanto apareció el jinete, las dos chicas tensaron sus arcos respectivos, apuntaron y esperaron a que el jinete se acercara más para obtener un mejor ángulo entre la maraña de caballos que iban por delante.

Krahova fue la primera en disparar, pero la flecha dio en la pata de uno de los caballos que escapaban siguiendo al que había arrollado a Tórmax. Jin supo esperar más y finalmente soltó la flecha que sí dio en el blanco. El proyectil dio en el pecho del hombre y salió por la espalda. El impacto hizo que el jinete soltase las riendas del animal y cayese hacia atrás, sin vida, por efecto del proyectil y de la inercia, sobre la nieve.

Smeg entró en el establo arrasando, espada en alto, con la intención de segar la vida del primero que encontrase en su camino, pero a la vez que entraba se daba perfecta cuenta que allí dentro ya no había personas, sino sólo caballos. Las puertas del establo estaban abiertas de par en par y un individuo, atravesado por una flecha, caía al suelo frente a las puertas, junto a otro cadáver, mientras emitía un sonido gutural sordo. Un vistazo más detenido al establo le mostró a los dos sirvientes atados en un rincón y una pequeña ventana que daba a la puerta trasera, abierta. Al instante entró Jin con el arco en una mano y una flecha en la otra. Al ver a Smeg, instintivamente cargó la flecha, pero enseguida vio que era amigo y bajo el arma sin descargar el proyectil.

—¿Y los otros? —preguntó Jin a Smeg.

—¿Qué otros? —respondió con otra pregunta—. ¿Qué ha pasado?

—Se han llevado al niño —explicó Jin—. No pudimos hacer nada.

—¿Dónde están? —preguntó Smeg impotente—. ¡Maldita sea!

—Salieron por la ventana —dijo uno de los sirvientes.

—¡Desátales! —ordenó Jin—. Yo seguiré su rastro antes de que la nieve lo borre.

Smeg fue a desatar a sus dos sirvientes mientras Jin volvía a salir para rodear el establo y seguir el rastro de los secuestradores antes de que la nieve que caía lo borrara de nuevo.

Saltó por encima del cadáver que Tórmax y Smeg habían abatido y una vez fuera le dijo a Krahova:

—Que Smeg te ayude con Tórmax. Ahora vuelvo.

Desapareció tras el edificio buscando pistas.

Krahova atendía a Tórmax que estaba en el suelo inconsciente. Pero al ver que no volvía en sí, se dirigió hacia el establo en busca de ayuda. El caballo que había resultado herido estaba inmóvil con la pata delantera levantada a unos doscientos metros de donde se hallaba el cuerpo de Tórmax. Parecía bastante malherido, seguramente habría que sacrificarlo. Krahova entró en el establo y vio al posadero desatando a los sirvientes y a un segundo mercenario caído justo en la entrada, con dos profundos cortes en su cuerpo.

—Ayúdame con Tórmax. Hay que entrarle en la posada y avisar a un sanador.

—¿No la habéis oído? —ordenó Smeg a los sirvientes—. Yo voy a tranquilizar a Nora si es posible.

Los dos sirvientes recogieron a Tórmax y lo entraron en la posada por la puerta principal. No parecía que tuviese nada roto, seguramente sólo la contusión del impacto contra el caballo cuando estaba en plena carrera. Krahova dio instrucciones para que avisasen a un sanador mientras ella recogía al caballo herido y lo llevaba al establo de la posada. Al pasar junto al jinete abatido por Jin, se agachó para examinarlo mejor. Si el impacto de la flecha no había sido suficiente, además comprobó que la flecha estaba envenenada, pues la herida tenía un color bastante sospechoso. El individuo no era ninguno de los que habían entrado en la posada, eso significaba que como mínimo había seis hombres junto a Landin, número que coincidía con los caballos sin jinete que habían abandonado el establo. Metió el caballo dentro y se fue hacia la posada, ya tendría tiempo de registrar a los cadáveres y la montura del caballo. Entró en la posada por la cocina, donde halló a Crima consolando a Nora, presa de un ataque de nervios y angustia, llorando desconsoladamente. Krahova pasó de largo sin saber qué decirle, pues sabía que no había consuelo posible. Al entrar en el salón vio a Smeg aplicando una especie de cataplasma en la cabeza de Tórmax, asistido por los sirvientes. De los clientes no había ni rastro, seguramente habrían abandonado la posada con celeridad y sin pagar, aprovechando la confusión de la situación.

—¿Cómo está? —se interesó Krahova.

—Está abriendo los ojos —respondió Smeg—. ¿Cómo estás muchacho?

—Bien, bien —murmuró Tórmax.

—Descansa, no te muevas —le dijo el posadero.

—¿Qué pasó? ¿Se fueron los ladrones? —intentó averiguar Tórmax.

—No eran ladrones, eran secuestradores —respondió Krahova.

—Comandados por Landin —explicó el posadero—, y se han llevado a Fende, el hijo de Nora.

Tórmax intentaba levantarse pero su cabeza le daba vueltas y no se lo permitía. Estaba vacilante y no recuperaba el equilibrio. Smeg y los sirvientes intentaban impedirselo y le aplicaban paños de agua fría en la cabeza, que le calmaban el malestar y las náuseas.

—¿No habría que avisar a la guardia, Smeg? —preguntó Krahova.

—No tardarán en llegar —respondió el posadero—, en Barintia estas noticias se saben enseguida.

—Hemos conseguido abatir a dos —explicaba la muchacha a Tórmax— y malherido un caballo. Jin ha ido tras ellos.

—¿Jin? —preguntó Tórmax.

—¿Quién es Jin? —preguntó Smeg—. ¿Ése no era el muchacho...?

—Es amigo, Smeg —replicó Krahova, y eso es lo que importa.

—Hola —sonó una voz en la puerta—. He venido a buscar mis cosas.

Todos se giraron hacia la puerta. Allí estaba Stan, con una cara de frío terrible, entrando en la posada ajeno a todo cuanto allí había sucedido.

—¡Stan! —exclamó alegre Krahova—. Te han soltado.

—Sí. ¿Pero qué ha pasado aquí?

—Ahora te lo contamos —dijo el posadero.

—¡Se fueron al puerto! —dijo Jin entrando por la puerta de la cocina, sin casi aliento para hablar—. Han subido a una barca.

—Pero si navegar con este tiempo es una locura —dijo Smeg.

—¿Pero qué ocurre aquí? —insistió Stan con los ojos abiertos—. ¿Y tú no eres...?

—Calma —pidió Krahova—, todo a su tiempo. Smeg, ¿adónde irías con una barca en este tiempo?

—Con este tiempo... río arriba —dijo uno de los sirvientes.

—¡Claro! —exclamó Jin—. Y el de los caballos iba a encontrarse con ellos en un punto determinado...

—... para irse con el niño a cualquiera de las ciudades —prosiguió Krahova—, donde puede ser ocultado con mayor facilidad.

—Sólo hay un sitio entre Barintia y Cumia donde se pueda desembarcar en condiciones —dijo Smeg.

—¿Dónde? —preguntó Tórnox incorporándose.

—Ellos tardarán más en llegar que vosotros, si vais a caballo.

—Eso nos da ventaja —concluyó Tórnox.

—Pero ¿qué ha pasado? —preguntó de nuevo Stan muy enfadado.

Después de poner en antecedentes a Stan sobre lo ocurrido y contarle quién era Jin, se dispusieron a registrar los cadáveres y la montura del caballo. De los cadáveres obtuvieron poca cosa más de lo que ya sabían. Eran de Mármora, y así lo corroboraban las monedas que llevaban encima con el símbolo de la ciudad del sur en el reverso; en total tres monedas de oro, trece de plata y siete de cobre, que fueron a parar a los bolsillos de Stan. Vestían cotas de malla ligeras, ropas de mucho abrigo y armas corrientes que no destacaban en nada. La montura del caballo no llevaba apenas equipo, una pequeña manta, un cazo y restos de comida para un par de días a lo sumo. Sin embargo lo que sí llamó la atención de Tórnox, fue la marca del caballo.

—¿Alguien ha visto esto alguna vez?

—Yo no, Tórnox —dijo Krahova.

—Ni yo —dijo Stan.

—Vaya —dijo Jin—, el círculo de la línea quebradiza. ¿Esto no había

desaparecido?

Todos se encogieron de hombros, ignorantes a lo que Jin acababa de decir, incluso Smeg, que en su vida había visto innumerables marcas de caballo. Ignoraban qué podía representar.

—Así es —dijo Féllow entrando en el establo—. Hace muchos años que no se veían estas marcas. ¿Pero qué diantre hace este muchacho aquí?

—Te lo explicaré —dijo Smeg con voz conciliadora mientras se acercaba al capitán—. Pero antes dinos qué significa esta marca.

—Esta marca es la marca de los jinetes rojos.

—¿Jinetes qué? —preguntaron todos a la vez.

—¿Y esos cadáveres? —preguntó Féllow.

—Verás... —empezó Smeg—. Landin Kedir...

—¿Kedir? —preguntó Stan—. Ese apellido me suena.

—¿Cómo que te suena? —preguntó Smeg—. ¿De qué?

—Mi antiguo jefe se llama Wylan Kedir. Deben ser familiares.

—Entonces irán a Dapur —aventuró Krahova.

—Pero no tienen comida para llegar a Dapur —dijo Jin.

—No sabemos si llevaban en el barco —comentó Krahova.

—Y en caso de no llevar la suficiente, seguramente irán a buscarla a Cumia —presupuso Tórnax—. Es lo más lógico, sobre todo cuando vean que no llegan los caballos. Remontarán el río.

—Creo que deberíais ver la carta que llevo —dijo Féllow—, debí haber llegado antes.

—No hay tiempo —exclamó Tórnax—, hemos de ir a Cumia.

—Sin prisa, muchacho —le tranquilizó Smeg—. Tardarás tú menos en llegar a Cumia a caballo que ellos remontando el río. Les llevamos ventaja.

—Por cierto, Féllow —pidió Krahova—, ¿quiénes eran los jinetes rojos?

Capítulo 5

La persecución

Féllow les contó, mientras sus hombres se ocupaban de los cadáveres, muy por encima, la historia de los jinetes rojos. Habían sido unos mercenarios, cuyas cotas estaban pintadas de rojo, que sirvieron con honor y eficacia a los antiguos reyes de Aras, la ciudad maldita. Hasta que traicionaron a la propia ciudad en la Gran Batalla que dio paso al reinado de los Ármitac. Pero su traición fue pagada con la muerte y desapareció todo vestigio de su nombre desde que Aras fue destruida por Íler Ármitac, el gran rey.

—¿Y qué significa que renazcan estas marcas? —preguntó Krahova.

—Tal vez alguien quiere resucitar el prestigio que tuvieron —respondió Féllow.

—¿Quién? —preguntó Tórmax—. ¿Quién sería tan insensato?

—Alguien que quiere emular el poder que una vez tuvieron los reyes a quienes sirvieron estos mercenarios. Y es que, casualmente, esta tarde me llegaron dos correos. Uno es una notificación de mi superior, indicándonos que Damon Wacla^[39], capitán general de las fuerzas de Hárkad en Mármora, ha reclamado el trono y avisa que las ciudades, que no se sometan a su poder, serán atacadas sin miramientos.

—Vaya, esto no es buena noticia —comentó Smeg—. ¿Y se atreverá a atacar Barintia?

—Seguramente será la última de las ciudades que asediará, porque Barintia sólo reconoce a un heredero: Émel Ármitac. Si está vivo, claro. Primero intentará que se le alíen otras ciudades, de la forma que sea posible, para no tener demasiados frentes abiertos.

—Xamin no se unirá a ellos —replicó Tórmax.

—Ni Yíldiz —repuso Krahova.

—Ni Cumia —dijo Smeg.

—Pero Dapur... —se lamentó Stan.

—Dapur se inclinará hacia cualquiera que quiera amenazarle —dijo Jin.

—El segundo correo es éste —cortó Féllow—. Leo: «Féllow Kur. Capitán de Barintia».

Casa de la guardia A. Estimado Féllow: No sé si este mensaje te llegará a tiempo, espero que sirva de algo, aunque me temo que de poca utilidad será.

Ha llegado a mis oídos que mi hombre de confianza, uno de mis mejores amigos, al que conoces como Landin Kedir, está lejos de su recta conducta. Temo por la vida

de Nora, pero sobre todo por la integridad de mi hijo Fende. Haz lo posible para mantenerlos fuera de su alcance, escondiéndolos en tu propia casa, si esto fuese necesario.

Yo me dispongo a partir hacia Barintia al mismo tiempo que este mensaje lo hace hacia tu casa; aún puedes ayudarme. No confíes en nadie salvo en el apreciado Smeg. Landin no va solo, lleva consigo mercenarios de Mármora. He sabido que Landin es hermano de Wylan Kediri, al que dábamos por muerto hace algunos años.

Suerte y hasta pronto. Firma: «Tárneas Krebb.».

—Veis, tenía yo razón —dijo Stan.

—Pues mañana cogemos el camino hacia Cumia —sentenció Jin.

—Un momento —dijo Féllow—, alguien tendrá que contarme de dónde has salido tú, pequeña.

—Verás... —empezó Tórnox.

—No hace falta que me defiendas de nada —protestó Jin, molesta.

—No se trata de eso —dijo Tórnox en tono conciliador—. Yo le quité la joya y la lancé por la ventana a quien le esperaba abajo.

—Así que tu amigo es a quien cogimos, ¿no? —dedujo el capitán—. Esto te convierte en su cómplice y a ti, Tórnox, en su ayudante.

—Pero... —protestaron los demás al unísono.

—Haremos una cosa —anunció Féllow—. Yo sé que actuaste sin malicia, Tórnox, pero... Yo no sé ni he visto nada. Tenemos la joya y se la podemos devolver a su propietario, el consejero de Dapur, Scio Lob. Tenemos un joven que asume toda responsabilidad. No quiero más complicaciones. ¿De acuerdo?

—Sí —dijo Tórnox apenado mientras los demás asentían con la cabeza.

—En cuanto a ti, jovencuela —prosiguió el capitán—, deberías estar en la cárcel con tu compañero.

—Es peor dejarla libre —cortó Krahova—, créeme. Además la necesitamos en la empresa que nos acomete. Landin es un tipo peligroso y va acompañado. Ella lo ha visto —mintió—. Y tú, Stan, no hace falta decirte que contamos contigo.

—Para mí —concluyó Féllow— eres cómplice de robo y por tanto, ladrona. Tienes un día para abandonar Barintia y mientras yo sea capitán, no quiero volver a verte en esta ciudad.

—Sí. No te preocupes por mí —respondió Jin.

—Bien, os dejo que tenéis cosas que preparar. Lo que necesitéis, decídselo a Smeg, él me hará llegar vuestras peticiones y yo os las enviaré lo antes posible si están en mi mano.

Féllow se levantó de la silla y se fue de la posada. Fuera le esperaban varios soldados que habían recogido los cadáveres de los mercenarios y se habían llevado el caballo malherido.

La calma volvió a la posada de Smeg durante un instante. Todos se quedaron mirando la puerta por donde había desaparecido el capitán, cada uno pensando e imaginando qué cosas le esperaban a partir de ese momento. Como siempre, Krahova fue la primera en romper el silencio.

—¿Y bien Stan?

—No tengo donde ir, ni mucho dinero. ¿Me queda elección?

—Te lo agradezco Stan —le dijo Krahova con una dulce sonrisa.

—Sólo tenemos dos caballos —apuntó Tórnax—, y somos cuatro.

—Yo llegué a caballo —dijo Jin presurosa—, y mi amigo también. Están bien guardados en el establo donde los dejamos.

—¿Y el círculo ese? —preguntó Tórnax.

—Tiene sus métodos. Encontrarán a Príctet^[40], mi compañero. Esperemos que les diga que ya no estoy entre los vivos.

—¿Y por qué crees que dirá eso? —preguntó escéptico Stan.

—Porque me quiere demasiado para verme muerta —respondió con naturalidad Jin.

—En fin, confiemos en ello —resumió Tórnax—. Veamos, ¿qué necesitamos?

Hasta bien entrada la noche, los cuatro nuevos compañeros estuvieron discutiendo la estrategia a seguir y qué cosas les resultarían útiles para enfrentarse a los secuestradores.

Smeg iba y venía de la mesa trayéndoles comida, contestándoles sus preguntas y escribiendo sus peticiones para cargar con todo lo necesario. Al final el cansancio hizo mella en ellos y, aún a pesar de estar muy eufóricos, el sueño fue abatiéndolos uno a uno. Jin fue la primera en irse a dormir a la habitación que había ocupado ese día, un instante después le siguió Krahova. Casi al mismo tiempo, Stan ocupó la habitación contigua. Sólo Tórnax se quedó un rato más repasando la lista de lo que habían pedido y estudiando la posibilidad de recuperar al niño sin sufrir muchos daños. Parecía ser el más consciente en cuanto a lo peligroso de enfrentarse a Landin y a sus mercenarios y le iba a resultar difícil que la euforia no se apoderase de sus compañeros. Sabía que Krahova era bastante capaz con el arco, pero en la lucha cuerpo a cuerpo no sabía cómo saldría del enfrentamiento. De Jin, según le habían contado, era excepcional con el arco largo, pero se temía que no fuese lo suficientemente eficaz con la espada. Y de Stan no sabía nada, tan sólo que no llevaba un arco en su equipo, aunque había pedido uno. Smeg se sentó al lado de Tórnax, y aunque le dio un par de palmadas en la espalda, esto no le tranquilizó en absoluto.

—Tened mucho cuidado. Ese Landin no es buena pieza.

—Lo sé, Smeg. Pero por qué no envías a soldados —preguntó Tórnax.

—Los soldados son necesarios en Barintia. Y ahora más, después de las

inquietantes noticias que nos llegan del sur. De todas formas no te preocupes, si vuelven por el río, la guardia está avisada.

—Y si no vuelven es que se enfrentarán a nosotros.

—Lo que tenga que ser... será —sentenció el posadero—. Mañana os despertaré temprano, os tendré preparada comida para una semana para los cuatro. Vete a dormir.

—Gracias Smeg. No sé cómo podré pagarte. Enviarás estas cartas a Yíldiz —dijo mientras le entregaba unos papeles manuscritos.

—Devolviéndonos al hijo de Nora, nos pagarás de sobra. No te preocupes, los papeles llegarán a su destino.

Tórnox se levantó y se fue a dormir a la misma habitación que Stan. No descansó nada, tuvo pesadillas y malestar y cuando la llamada de Smeg sonó en la puerta le dio la sensación de haber dormido demasiado poco.

Después de un desayuno rápido, Jin fue a buscar los caballos que tenía en el establo de la otra posada, sus tres compañeros prepararon el equipaje y distribuyeron todo lo que tenían más lo que Féllow había dejado de madrugada en la posada, ya que Smeg le había facilitado la lista después de que todos se hubiesen ido a dormir. Stan ya tenía su arco. Todos estaban preparados, esperaban a Jin que volviese con los caballos. Al rato apareció la muchacha con los dos animales. Hacía un día espléndido, muy frío pero claro. La nevada del día anterior había dejado un paisaje blanco, pero el sol lucía con fuerza aunque eran necesarias las ropas de abrigo.

Nora, Smeg y su mujer Crima se despidieron de los cuatro deseándoles suerte y volverlos a ver lo antes posible con el niño. Nora parecía no estar en sí. El propietario de la posada le entregó a Tórnox una nota, en el último momento.

—Toma, esta es la lista de los nombres en quienes puedes confiar en cada ciudad. Puede seros útil.

—Gracias de nuevo, Smeg. Esperamos regresar pronto.

—Suerte —les deseó el hombre.

Poco a poco fueron alejándose en dirección este, por el mismo camino por el que Tórnox y Krahova habían llegado. Tórnox abría el paso de la pequeña comitiva y Jin era quien la cerraba. Todos iban en silencio, ni tan siquiera se giraron, aunque Smeg no entró de nuevo en la posada hasta que hubo pasado un buen rato desde que habían desaparecido de su vista. El grupo iba más bien triste. A pesar de lo ocurrido en Barintia, el haber conocido al posadero y a Féllow, les había dado seguridad. Habían pasado buenos momentos con ellos.

Stan, que no podía quejarse del trato recibido en la cárcel, veía que su vida daba un giro de nuevo y que lo que había hecho en Dapur quedaba lejísimos. No podía volver a su ciudad y si lo hacía sabía que Wylan iba a castigarle por haberle engañado, por no haberle contado toda la verdad y sobre todo porque la joya tampoco

estaba ya en su poder. Lo que más le preocupaba era saber que si no recuperaban al niño, Landin se reuniría con su hermano, justo allí donde no podía volver y donde más le necesitarían.

Pero Stan no era el único que no podía regresar. Jin no olvidaba que ella tampoco podía volver a Dapur sin arriesgarse a ser ajusticiada por el Círculo Negro, en cualquier esquina, por la espalda y con veneno. Sin embargo sabía que ese peligro no se limitaba a la ciudad de origen. Al muchacho que la había acompañado, le encontrarían y le torturarían. Sería cuestión de tiempo que hablase y entonces sabrían que ella estaba viva y la buscarían por toda la Gran Llanura, sin importarles nada y poniendo en peligro la vida de sus compañeros.

Tal vez la que mantenía mayor ilusión por el viaje que habían emprendido, aún a pesar de los riesgos que esto significaba, era Krahova. Si conseguían recuperar al hijo de Tárneas, éste iría a Barintia para agradecerse y esto significaba poder plantear su proyecto a alguien con mucho dinero y que podía creer en él, es decir, la libertad para su padre. Tenían que conseguir liberarlo a toda costa.

Según las indicaciones de Smeg, el lugar ideal para desembarcar estaba a casi una jornada de la capital, lo que significaba que no llegarían allí hasta la tarde y por tanto sería oscuro, lo que les obligaba a tomar mayores precauciones. Se suponía que los mercenarios estarían esperando a su compañero con los caballos, aunque seguramente sabrían que su compañero habría podido sufrir cualquier percance y que allí podía presentarse gente enemiga, incluso soldados de Barintia. Por tanto era seguro que estarían preparados para el combate. Tener en su poder a ese niño significaba tener bajo voluntad a uno de los personajes con más influencia de la capital e incluso de todo el Reino de Hárkad.

Tórnox había decidido que a mediodía buscarían un lugar para comer algo caliente y para descansar, tanto ellos como los caballos, y para planear los últimos detalles a tener en cuenta, pues tampoco sabían a ciencia cierta qué podían encontrar. Estaba claro que ellos partían con desventaja, o al menos así lo creía Tórnox. No sabían qué esperaban los otros para desembarcar, podían esperar una señal convenida que ellos no conocían, evidentemente; tampoco sabían como era el escenario, si habría árboles, grandes piedras o sería un prado abierto, completamente nevado que no dejase ocultarse convenientemente. El camino que ahora seguían estaba acompañado de árboles solitarios y pequeños bosques y por lo que Tórnox recordaba de su viaje con Krahova, la floresta iba en aumento a medida que se acercaban al río y al este. La nevada caída la noche anterior en Barintia no era nada comparada con la caída en el campo abierto, a veces se perdían las pistas del camino y esto les iba retrasando poco a poco. Para ellos era vital perder el menor tiempo posible, pues los secuestradores sólo tenían que seguir el río a contracorriente y podían llegar al lugar antes que ellos. Llegar más tarde sería fatal para sus aspiraciones, pues podían ser

emboscados y acabar con el grupo en un instante.

Al cabo de un buen rato, en que ninguno no había pronunciado palabra, Tórnax determinó que habían llegado a un lugar idóneo para parar a comer. El lugar era un pequeño bosquecillo formado por una docena de árboles bien agrupados y un par de afloraciones graníticas que podían resguardarles del viento ligero que soplaba y les permitiese encender una pequeña hoguerilla.

—Aquí nos paramos —dijo Tórnax parando su montura y apeándose mientras estiraba brazos y piernas—. Comeremos un poco y luego proseguiremos camino.

—Me parece un buen lugar —asintió Jin imitando a Tórnax al descender del caballo—. Ya empezaba a tener hambre.

—Iré a por leña —dijo Krahova haciendo lo mismo que sus compañeros.

—¿No piensas bajar del caballo? —preguntó Tórnax a Stan, al verle que se había quedado como paralizado mientras las dos chicas se movían de un lado hacia otro recogiendo leña—. Ata los caballos a este árbol.

Encendieron una pequeña fogata y prepararon un poco de comida, calentándola para que les reconfortase del frío que habían sufrido durante el trayecto de la mañana, aún a pesar de llevar gruesas ropas de abrigo que les protegían. Comieron en silencio, cada uno pensando en lo que se avecinaba. Cuando acabaron de comer, Stan, visiblemente nervioso se levantó para desatar los caballos e irse lo más rápidamente de allí.

—Espera Stan —le dijo Tórnax que se había recostado sobre una de las piedras para descansar la espalda—. Tenemos tiempo, ellos no llegarán hasta bien entrada la noche y nosotros al atardecer. Descansemos un poco.

—Tórnax tiene razón —aprobo Krahova—. Lo mejor es que nos tranquilicemos todos.

Esperarles nos da ventaja.

—Está bien —respondió Stan dejando de nuevo los caballos atados en los matorrales—. Voy a echar un vistazo por los alrededores.

—Te acompaño —dijo Jin levantándose con agilidad increíble—. Ahora volvemos.

—Dormiré un poco —dijo Tórnax una vez se hubieron alejado los otros dos—. Esta noche no he dormido nada y estoy cansadísimo. ¿Me despertarás?

—Claro, descansa —contestó Krahova mientras empezaba a recoger los restos del improvisado campamento.

El muchacho no tardó ni un instante en quedarse dormido, sin embargo una sombra funesta le perseguía incluso en sueños, lo que no le dejó descansar todo lo que hubiese deseado; mas aunque el sueño no fue reparador, sí fue profundo. La muchacha, cuando hubo recogido, se sentó junto al fuego para esperar un poco y darle tiempo a Tórnax a descansar, pero en la espera también fue vencida por el sueño

y se quedó dormida.

Jin y Stan se alejaron del campamento a una distancia prudencial, la mínima para seguir siendo vistos y que ellos pudiesen ver a sus compañeros. Andaban de un lado a otro para soportar mejor el frío, aunque el día era soleado. Hablaron de Dapur, del Círculo Negro y de Dívilo. A Stan le preocupaba saber quién había acabado con la vida de su amigo, pero Jin no le podía dar esa información porque ciertamente la sabía. A ella también le habían encomendado seguir a Stan a la mañana siguiente y recuperar la joya aunque ello significase acabar con la vida del infeliz muchacho. Sin embargo Jin sabía que Stan no tenía mucha relación con ese mundo y que sus trabajos se relacionaban más bien con el robo de bolsas de dinero en plena calle, en el tumulto de las concentraciones en días de mercado o en choques fortuitos con las víctimas, simulando descuidos, etcétera. Por eso, le confesó Jin, estaba esperando que llegase la noche para entrar a hurtadillas en la habitación y robarle la joya. Se hubiese ahorrado muchos problemas, pues siempre es más engorroso cargar con un cadáver; y aquella misma noche hubiesen vuelto a Dapur a devolver el rubí a quienes lo querían para sí. Stan hubiese permanecido con vida y en Barintia no se hubiese registrado ningún incidente que hubiese levantado sospecha alguna.

Sin embargo había una cosa que Stan no entendía. Por qué Scio Lob, el dueño legítimo del rubí, estaba en Barintia y le había identificado a él. Jin no podía ayudarle mucho a responder esa pregunta, pero le comentó algo que ella misma sí había podido comprobar desde el momento en que empezó a seguirle y es que había dejado muchas pistas, sobre todo con la visita al viejo joyero. Ella misma le había interrogado cuando Stan salió del comercio y el viejo se dirigía a casa de Wylan a contárselo todo.

—Vaya, así que Wylan debe saberlo absolutamente todo —comentó Stan.

—Acaso lo dudabas —le respondió Jin con una pregunta—. Y desde luego el Círculo irá tras de ti si se entera de que sigues con vida. Has hecho que les quitasen la joya en sus propias narices.

—Yo no hice nada —se excusó Stan.

—Y eso sin hablar del Círculo Rojo... Estás metido en un buen lío. No me gustaría estar en tu pellejo.

Stan cambió el color de su cara. Era evidente que a Dapur no podía volver, pero las dos organizaciones conocidas como Círculo Rojo y Negro, podían tener infiltrados en cualquier ciudad de Hárkad. Tendría que mantenerse alejado de todas las ciudades, al menos durante un tiempo.

Habían hablado durante mucho rato, ni se habían dado cuenta de cómo había pasado el tiempo. Fue Jin la primera en extrañarse, pues desde donde estaban podía verse a Tórnox y a Krahova y todo parecía aparentemente normal. Stan decidió ir hacia el campamento, pues ya empezaba a menguar la luz y todavía les quedaba un

buen trecho hasta el punto donde muy probablemente desembarcarían Landin y sus hombres. En cuanto llegaron, enseguida comprendieron que estaba pasando, que se habían quedado dormidos. Los despertaron con celeridad y Tórnox al observar la luz se lamentó profundamente de lo ocurrido.

—Vamos a los caballos, rápido —ordenó Tórnox—. Si teníamos alguna ventaja, la estamos perdiendo. Debemos darnos mucha prisa.

—Lo siento —se disculpó Krahova, fue culpa mía. También me quedé dormida.

—O nuestra —replicó Stan—. No debimos alejarnos tanto.

—No hay tiempo para esto, ahora. Vámonos —volvió a decir Tórnox.

Montaron en sus caballos y a la mayor rapidez que les permitía la nieve en el camino, se dirigieron hacia el punto donde calculaban que debían de encontrarse con los secuestradores. A medida que iban avanzando hacia el este, el cielo se iba oscureciendo, pues el sol casi se había escondido ya y sólo se proyectaban largas sombras de sus propias figuras, pero además una espesa neblina fue apoderándose del paraje.

—Lo que nos faltaba —comentó Krahova—, niebla. Encima no podremos usar los arcos.

—Esperemos que no espese más —dijo Tórnox—. Aunque la misma dificultad tendrán ellos que nosotros.

Era realmente de noche cuando Tórnox volvió a detener su caballo. Bajó del animal y, tirando de las riendas, se introdujo en un pequeño bosquecillo a la izquierda del camino. Los demás le imitaron y le siguieron. Ataron los caballos a un árbol, haciendo el menor ruido posible y todos sacaron sus armas. La niebla no había espesado mucho, pero la visibilidad no era excelente. Tórnox hizo un gesto indicando silencio a sus compañeros y se dispusieron a acercarse a río lo más sigilosamente posible y ocultándose aprovechando árboles, matorrales y todo lo que encontraron siguiendo esa dirección.

Pronto dejaron de verse los unos y los otros, pero podían oírse perfectamente; aunque los enemigos también podrían hacerlo, pero como no se oía nada más, lo más lógico era pensar que aún no habían llegado. Como un rumor de fondo se oía correr el río a unos trescientos metros de distancia por delante de ellos. Iban vigilando, atentos a los movimientos extraños y sospechosos. Jin fue la primera en llegar junto al río. No había nadie, estaban de suerte.

—Ya podéis salir de vuestros escondites —susurró Jin haciéndose visible—. No han llegado todavía. Aquí solamente estamos nosotros.

—Bien —respondió Tórnox—. Ahora debemos buscar sitios donde apostarnos para abatirlos en cuanto lleguen.

—Un momento —advirtió Krahova que se había acercado a la orilla para asegurarse de cuál era el lugar exacto donde iban a atracar—. Mirad esto.

En el suelo nevado, bien visibles había huellas de una gran embarcación y pisadas de varios individuos, incluso podían apreciarse las huellas de un niño. Ahora podían estar seguros de que ya habían estado allí. Krahova se agachó y examinó las huellas con mucho detenimiento, rozándolas con las manos y observando las que acababan de dejar.

—No hace mucho tiempo —comentó pensativa y concentrada—. Yo diría que llegaron cuando ya era de noche.

—¡Mierda! —exclamó Tórnax—. ¿Y ahora qué hacemos?

—Que poca paciencia han tenido —comentó Stan.

—Sabían que les esperábamos fuera del establo —dedujo Tórnax, pensativo—. Habrán supuesto que su compañero ha tenido problemas y habrán decidido esperar lo más mínimo.

Igual llevaban aquí más de medio día.

—Creo recordar... —empezó Jin.

—¿Qué? —preguntó Tórnax.

—Smeg comentó que había otro sitio donde podrían intentar desembarcar, aunque era un lugar del río bastante peligroso y se debía conocer muy bien. Tal vez fueron hacia allí, creyendo que por ser un lugar más peligroso, aquellos que les persiguen lo desestimarían.

Aunque pararon aquí un momento por si su compañero les esperaba.

—Podría ser —dijo esperanzada Krahova—. ¿Y recuerdas dónde era?

—Al no ver a su compañero habrán intuido que tuvo problemas y han optado por el segundo lugar. Este otro sitio está a menos de dos días de Cumia. Sabrán —reflexionó Jin— que no pueden desembarcar en Cumia, porque los de Barintia deben haber alertado a los soldados. Incluso desembarcando en el otro lugar, si no estuviese el de los caballos...

—... podría uno solo acercarse a Cumia —continuó el razonamiento Tórnax—, sin levantar sospechas y comprar lo necesario, o robarlo incluso, para poder dirigirse a Dapur.

En el segundo lugar esperarán más y además dejarán la barca.

—¿Y no pueden volver a Barintia río abajo? —preguntó Stan.

—Jamás —respondió Tórnax—. Saben que los están esperando.

Aquella noche decidieron quedarse allí mismo. Recogieron los caballos y los llevaron más cerca del río para que bebiesen. Montaron un campamento en poco tiempo, encendieron un pequeño fuego y se dispusieron a recobrar un poco de fuerzas, estableciendo un sistema rotatorio de guardias, para prevenir cualquier eventualidad. Todos fueron quedándose dormidos excepto Tórnax, a quien tocaba la primera guardia.

Ni durante la guardia siguiente, ni en el resto de la noche, Tórnax no tuvo un

sueño tranquilo. Le daba demasiadas vueltas al asunto y cada vez lo veía menos claro. Si no hubiese sido por Smeg, no se habría lanzado a la aventura, además su puesto estaba en Barintia, junto a la casa de los Lekin, para intentar averiguar lo máximo posible de aquella familia. Cada vez estaba menos convencido de haber optado por la mejor solución. Sólo deseaba que este asunto terminara cuanto antes y volver a lo que realmente importaba. Una vez en Cumia, donde pensaba descansar unos días antes de volver a Barintia, le escribiría unas notas a Cénder contándole toda aquella información que el posadero le había regalado.

A Krahoa le tocó la segunda guardia, cuando le parecía que sólo dormía desde hacía unos instantes. Después vino el turno de Jin.

A la mañana siguiente, todos estaban levantados y listos. El sueño había sido reparador para casi todos los nuevos compañeros, parecían más relajados, incluso Stan. Pero a esta buena noticia se sumaba una mala. Si la niebla del día anterior les había resultado un fastidio, la de hoy era sumamente más espesa, densa, opaca y fría.

—¿Y esa niebla? —pregunto Tórnox.

—Estamos al lado del río —intentó tranquilizarle Jin—, igual un trecho más allá ya no hay tanta o ha desaparecido.

Iniciaron de nuevo la marcha, lo más rápidamente que les permitía la poca visibilidad y la nieve acumulada en el camino. Sus sospechas se confirmaron cuando al pasar el tiempo, la niebla no aclaraba, sino más bien todo lo contrario. Estaba claro que el clima tampoco se había puesto de su parte.

En los tres días que siguieron, la rutina y la monotonía se apoderaron de los cuatro jóvenes. La niebla no se levantó en todo ese tiempo y el frío era cada vez más intenso. Encendían una hoguera cada vez que se paraban a comer o a dormir, sin importarles si podían ser vistos o no. Durante esos días no se cruzaron con nadie, parecía que la ruta Barintia-Cumia ya no era usada por nadie, pero la verdad era que con ese clima, sólo alguien con una emergencia se aventuraría por los caminos.

Las conversaciones entre ellos no eran muy extensas, se limitaban a decir lo estrictamente necesario, como si un apatía se hubiese instalado en el grupo. Los que más hablaban cuando comían o cuando cenaban eran Jin y Tórnox, sin embargo a Tórnox se le notaba cada vez más intranquilo y por las noches era evidente que no descansaba lo suficiente.

Krahoa que conocía el camino por haberlo hecho en algunas ocasiones, sabía que iban retrasándose, que no llevaban la marcha prevista, aunque no decía nada por no preocupar al resto o intranquilizar todavía más a Tórnox. Al principio lo atribuyó a la nieve y a la niebla, pero poco a poco se fue dando cuenta de que era Tórnox, con sus sueños poco reparadores, quien estaba provocando esa situación. No lo debía estar pasando nada bien.

El paisaje que les rodeaba era cada vez más agreste y los bosques iban

aumentando en número y extensión. Los árboles más comunes en esa zona eran los abetos y los pinos y cerca del río los álamos y los abedules, sin hojas. Por doquier afloraban piedras de granito del suelo, dando un aire irreal por la misma forma de las rocas. Al final del cuarto día de marcha la niebla era tan espesa que apenas se podía ver a diez metros de distancia, sin embargo los sonidos eran audibles a lo lejos de forma clara. Tórnax iba abriendo paso y parecía ir muy relajado encima de su montura.

—Tórnax —susurró Jin—. No podemos estar muy lejos del lugar.

—Sooo —ordenó Tórnax a su caballo, sobresaltado por la voz de Jin, como si acabase de despertarse—. Desmontemos.

Todos bajaron del caballo.

—A partir de aquí, máximo silencio. Si ocurriese algo imprevisto —instruyó Tórnax en voz baja—, dad el grito de alarma. El objetivo es recuperar al niño sano y salvo. Si tenéis alguna duda sobre su integridad no os precipitéis. Atentos y cuidado.

Los demás miraron a Tórnax con incredulidad y sacaron sus armas como lo habían hecho días atrás. Stan aseguró los caballos en un matorral de allí cerca. En cuanto se giró ya no vio a ninguno de sus compañeros, pero oía el ruido del río algunos metros por delante y hacia allí se encaminó tomando todas las precauciones. No veía absolutamente nada, le aparecían los árboles casi de improviso delante de él. Oía ruidos a ambos lados y supuso que eran sus compañeros avanzando. Poco a poco, el ruido del curso del agua se fue haciendo más intenso a medida que se acercaba.

—¡Sssch! —oyó a sus pies—. Agáchate.

—No te había visto —dijo, agachándose, casi de forma inaudible a Krahova que estaba tras un matorral, a su lado.

—Atento, creo que están ahí delante.

Stan forzaba la vista al máximo pero no veía nada más que niebla; sin embargo una ráfaga de viento frío abrió un jirón de niebla y pudo apreciar lo que parecía una embarcación varada en la orilla, pero no se oía nada ni había luz alguna. De pronto oyó el silbido de una flecha y un sonido sordo como si el proyectil hubiese alcanzado a un cuerpo.

—¡Aaghh! —se oyó en un lugar inconcreto.

—Alguien ha disparado —dijo en voz bajísima a Krahova.

—Silencio —le reprimió la muchacha.

Otra vez esa maldita niebla no le dejaba ver absolutamente nada, pero se había levantado de nuevo la brisa, claramente perceptible y eso significaba que de un momento a otro podrían empezar a vislumbrar todo el escenario. Tenía la espada en la mano, dispuesto a saltar en cualquier momento. De pronto vio a Tórnax, unos metros por delante, trasladarse agazapado y a toda prisa hacia el barco, pero a medio camino entre un árbol y otro, un proyectil impactó en la espalda de su compañero, dejándolo

caído de bruces sobre la nieve.

—Le han dado —exclamó Stan sin ningún tipo de precaución.

—Y a ti también te darán si no mantienes la posición —volvió a recriminarle Krahova—. ¿Has visto desde dónde han disparado?

—No.

—Entonces atento porque si vas hacia allí, tú serás el próximo —le anunció Krahova mientras clavaba la espada en la nieve y cogía el arco y una flecha—. ¿Se mueve Tórnax?

—No parece.

—Ve. Yo te cubro —ordenó a Stan.

En el momento en que Stan se levantó para dirigirse a Tórnax, vio como Jin salía a toda prisa de su escondite y se lanzaba a toda velocidad hasta donde estaba el cuerpo herido de su compañero. Stan se quedó paralizado por la sorpresa, pero pudo ver todo lo que sucedía en ese instante. Jin aún no había llegado a la altura de Tórnax cuando de la espesura salió un segundo proyectil, que le alcanzó el brazo derecho.

—¡Aaah! —gritó Jin mientras ponía la rodilla en el suelo y con la mano izquierda se sujetaba la flecha clavada.

Casi en el mismo instante pudo ver como Krahova tensaba el arco hacia la espesura y soltaba una flecha. Un instante después se levantaba y cogía la espada que tenía clavada en la nieve y salía a la carrera hacia donde había disparado.

—¡Uugh! —se oyó en la espesura y el sonido de un cuerpo contra el suelo.

Un cuerpo inmóvil había caído desde lo alto de un árbol. Jin estaba sentada en el suelo con trastornos de equilibrio. Stan corrió hacia ella.

—Rápido, Stan, ayúdanos —le dijo Jin en cuanto llegó.

—¿Qué debo hacer?

Jin cayó hacia atrás con la mirada vidriosa y los ojos desmesuradamente abiertos. Stan no sabía qué hacer, esperaba instrucciones pero nadie le decía nada. Pronto oyó unos pasos por la espalda. Era Krahova que llegaba. La niebla casi había desaparecido.

—¿Qué ocurre Stan? —preguntó apresurada Krahova que traía la espada manchada de sangre—. ¿Cómo se encuentran?

—*Sirga, sirga...* —repetía Jin con el rostro desencajado.

—¿Qué? —preguntó Stan extrañado—. ¿*Sirga*?

—¡Mierda! —exclamó Krahova—. Les han envenenado con *sirga*, un potente veneno.

—¿Qué hacemos?

—Llévalos al río. Saca esas flechas y lava las heridas. ¡Pronto! —gritó Krahova ante la aparente apatía de Stan—. Debo ir en busca del antídoto.

—¿Y me dejas aquí?

—Aquí sólo estamos nosotros, es evidente que quedaron dos para avisar al de los caballos. Ya deben de estar en Cumia, ¡diantre!

—¿Y dónde hallarás el antídoto? —preguntó Stan confuso.

—Me temo que en Cumia, si tenemos suerte.

—Pero si estamos a un par de días de...

—Pues procura mantenerlos con vida. Volveré lo antes posible. Me llevo el caballo de Jin, es el más rápido —cortó Krahova con cara de preocupación.

Stan empezó a hacer lo que Krahova le había ordenado, empezando por Jin, pues parecía que Tórnax no saldría del percance. Ni se giró para ver como la muchacha se alejaba en busca de ayuda. Se limitó a sacar las flechas y a limpiar las heridas al tiempo que aplicaba un cicatrizante para que no se desangraran los heridos.

Acabar de limpiarlos y ponerles vendas en las heridas, volverlos a vestir para que no pasasen frío, le llevó casi toda la noche. Estaba despuntando el día cuando se sentó con la espalda recostada en un árbol para descansar un poco. De repente le asaltó una idea: «y si volvían los hombres de Landin», igual no estaban muy lejos, por eso habían dejado a los dos hombres vigilando la embarcación. Tenía que actuar con rapidez, pues podían presentarse en cualquier momento. Lo primero sería esconder los caballos, pero dónde. Y si mientras los escondía, llegaban y veían los cuerpos de Tórnax y Jin. Eran más importantes sus dos compañeros que los animales, además Krahova volvería con ayuda, o eso es lo que había prometido. Seguramente con esa ayuda vendrían más personas y caballos, por tanto lo primero era ocultar a los heridos.

Se aplicó todo cuanto pudo. Primero trasladó a Tórnax intentando no hacer ningún movimiento brusco para que no se reabriese la herida. Se lo cargó en el hombro con todo el cuidado que pudo y se alejó unos metros hacia el interior de un bosque que se extendía paralelo al curso del agua. El bosque era de abetos con lo que garantizaba un poco de cobertura. Al poco de adentrarse en el bosque halló unas afloraciones graníticas que le podían servir de escondite. Depositó con sumo cuidado a su compañero, se aseguró que seguía con vida y que la venda no se había movido y se fue en busca de Jin. Tórnax ardía de fiebre, ignoraba Stan el tiempo que tardaba el veneno en hacer efecto, pero no parecía que fuese muy fulminante, aunque la dosis podía haber sido pequeña o el veneno podía no hallarse en buen estado.

Trasladar a Jin le costó mucho menos, porque la muchacha pesaba muy poco, menos de cuarenta y cinco kilos, y además la herida era en un brazo, con lo que podía tomar muchas menos precauciones al trasladarla. La levantó en brazos y la llevó hacia el lugar donde descansaba Tórnax. Una vez allí la depositó con igual cuidado y se dispuso a romper algunas ramas de árbol para colocárselas encima a modo de cubierta para pasar más desapercibidos. Jin también tenía fiebre, pero no parecía tener tanta, tal vez la herida había sido menos profunda. Todavía le quedaba ir a por

el equipo y borrar las huellas que delataban el traslado hacia el interior del bosque, ya que el blanco manto de nieve era como un libro abierto.

Rápidamente volvió al lugar del enfrentamiento, pero mientras cogía su equipo y el de sus compañeros tuvo la curiosidad de examinar la barca y a los dos mercenarios que habían sido abatidos, ahora que había luz de día.

Lo primero fue registrar a los dos cadáveres. El primero tenía una flecha clavada en el costado, pero le había penetrado por el frontal del cuerpo, a la altura del hígado. Estaba claro que la flecha había salido del arco de Jin, pues era una flecha larga. Iba vestido con ropas de abrigo y una cota de malla ligera bajo la ropa y encima de una especie de zamarra. Era un hombre del sur, de Mármora, sin lugar a dudas. Junto al cuerpo del mercenario había un arco medio y un carcaj con varias flechas, seguramente emponzoñadas con ese veneno que Jin había llamado sirga. Prefirió no tocarlas por si acaso. En el cinturón todavía llevaba la espada envainada y de la bota izquierda asomaba la empuñadura de una daga. También le registró los bolsillos y en un saquito de cuero halló seis monedas de plata, cuatro de ellas de Dapur y el resto de Mármora. Stan se apoderó de las monedas y se fue hacia el otro cadáver.

El otro individuo parecía más viejo que el anterior, Stan le calculó unos cuarenta años. Llevaba un grueso mostacho, pero como el otro, era un hombre del sur. Su rostro reflejaba el curtimiento de muchos años a campo abierto. La flecha la tenía clavada en el pecho y le había causado la muerte instantáneamente; era la que había disparado Krahova. El hombre llevaba ropas y armadura semejantes al otro. Junto al cuerpo también había un arco medio, roto por la caída desde la rama del árbol, y una espada corta de hechura bastante defectuosa. En los bolsillos no llevaba absolutamente nada, ni tampoco tenía ninguna daga en la bota. Parecía haberse roto una pierna, seguramente fruto de la caída.

Stan se dirigió ahora hacia la barca que estaba varada en la orilla. Parecía más bien una barca pequeña, él no entendía mucho de embarcaciones pero seguramente era un tipo de nave especial para navegación fluvial. No llevaba velas desplegadas, pero si tenía un palo donde colocar una vela para navegar por mar. Aunque fuese, seguramente, una embarcación para no adentrarse mucho en el mar. A un lado tenía dos remos y presumiblemente al otro lado tenía dos más, por tanto se necesitaban cuatro hombres para gobernar la nave. Stan hizo sus cálculos con rapidez. Krahova le había dicho que en la posada entraron cinco con Landin. Del establo escaparon todos menos dos y aquí, junto al río, había dos abatidos más, por tanto, mínimo quedaban Landin y un solo mercenario, eso siempre que todos los que entraron en la posada, fuesen los que iban.

Se disponía a saltar a la cubierta cuando oyó voces que se acercaban hacia el lugar donde se hallaba. Krahova no podía ser, pues no había pasado ni medio día, por tanto sólo quedaba una opción, que Landin y su compañero volvieran de nuevo.

Había que actuar con rapidez y a Stan sólo se le ocurrió una cosa, correr a toda prisa hasta las manchas de sangre que Tórnox había dejado en la nieve y lanzarse boca abajo para hacerse pasar por muerto y confiar en la suerte. Así lo hizo y unos instantes después estaba allí tirado sin moverse y casi sin respirar.

—¡Mierda! —sonó una voz para él desconocida—. Atacaron ayer por la noche.

—¡Maldita sea! —exclamó una segunda voz con acento del sur—. Y se los han cargado.

—Seguramente apresaron a Jascin y le interrogaron —expuso la primera voz—. No debimos dejar a estos dos aquí. Ya os lo dije.

—Pero alguien tenía que esperarle —argumentó una tercera voz—. Traía los caballos.

—Debimos quedarnos todos —dijo la segunda voz con acento sureño.

—Sí, y enfrentarnos a vete a saber a cuántos, ¿no? —respondió la primera—. Ahora podríamos estar todos muertos y el niño estaría en manos de su padre.

—Al menos abatieron a uno —dijo el tercero con cierto aire de regocijo.

—¡Déjame patearle la cabeza a ese maldito bastardo! —dijo la segunda voz con evidente furia y desprecio mientras Stan se esperaba lo peor.

—¡Déjalo! —ordenó la primera voz—. Ese infeliz ya ha encontrado su sitio. Tú, coge lo que hay en la barca y alejémonos de aquí cuanto antes. Seguro que volverán, además han dejado tres caballos por aquí cerca y sólo hay un cadáver. Es posible que los dos y otros estén registrando y explorando la zona.

—¿Nos llevamos los caballos? —preguntó la segunda voz.

—Claro, no vamos a dejárselo fácil —sonó la primera voz con satisfacción y malicia. Stan se mordía los labios por su torpeza y por permitir que se quedasen los caballos—. ¡Acaba rápido con el equipo! ¡Nos vamos!

—¡Vámonos! —exclamó la tercera voz, saltando de nuevo sobre la nieve desde el interior de la barca.

Stan no se movió hasta que no estuvo completamente seguro de que no quedaba nadie. Sólo entonces rodó sobre sí mismo y miró hacia donde había oído las tres voces. Allí no había nadie, todo estaba en absoluto silencio. Se maldecía por no haber escondido los caballos, sin embargo tenía la esperanza de que Krahova volvería con alguno más, aunque en el peor de los casos tendrían que ir ella y Stan a pie y eso retrasaría su llegada a Cumia.

De todas formas él iba a hacer lo posible para que cuando regresase Krahova los dos heridos estuviesen con vida.

Tres habían sido las voces que había oído y de la del niño no se sabía nada. Era muy posible que hubiese un cuarto mercenario que estuviese con el niño o incluso más. Eso significaba que los cinco que habían entrado en la posada junto con Landin, sólo eran una parte de un grupo más numeroso. Habían tenido suerte de no toparse

con todos ellos. Pero ahora que sabía casi con certeza que no volverían, Stan empezó a desnudar a los cadáveres. Cogió toda la ropa de abrigo que llevaban encima y las armas más útiles y el resto lo tiró al río, incluso los cuerpos, que pronto fueron arrastrados por la corriente. Stan en su ignorancia no cogió las cotas de malla ligera. Con la ropa de abrigo, tapó a sus compañeros heridos y les aplicó paños de agua fría y nieve en la frente pues tenían una fiebre alta.

No había mucho más que hacer que esperar a que volviese la ayuda. Estaban en un terreno bastante desolado, fuera del alcance de la vista desde el camino, cualquiera que fuese por él, desde luego, no les vería. Además habiéndose marchado los mercenarios, con sus caballos, sabía que ya no volverían y que les habían dejado en una situación muy desventajosa. Así pues, Stan se decidió a recoger ramas secas y muertas del bosque para encender una hoguera con doble objetivo: el de calentarse él y sus compañeros y que Krahova, o cualquiera que pasase por el camino, tuviese una ayuda para localizarlos más fácilmente. Aprovechó para comer algo, pues el sol estaba ya muy alto, a pesar de que el frío seguía siendo intenso y eso le obligaba a tener que mantener el fuego encendido constantemente.

Después de comer cogió el arco que se había apropiado de uno de los mercenarios y empezó a practicar contra un árbol. No le importaba que se fuesen despuntando las flechas, lo único que quería era coger habilidad, destreza en el manejo de esa arma, pues se daba cuenta de que, en lo que llevaba contado, tener un buen manejo del arco podía salvarle en más de una ocasión la vida y podía abatir enemigos con mayores probabilidades aunque tuviese sus riesgos; pues no acertar en el tiro, delataba la posición y si en el otro bando había otro arquero lo suficientemente hábil, podía ponerle en un aprieto, como había sucedido con los dos mercenarios muertos por las flechas de Jin y de Krahova. Cuando se cansó de practicar con el arco, empezó a hacerlo con la espada.

Poco a poco fue cayendo la tarde y ya un poco más relajado, Stan empezó a pensar con más lucidez. Lo primero que le vino a la mente fue un detalle que no había retenido y que ahora se le presentaba de repente. Era una marca, un tatuaje que llevaban los mercenarios en la parte interna del antebrazo, la misma marca que los caballos de Barintia, aquella marca que Féllow les había dicho que pertenecía a los mercenarios rojos. De repente se lamentó de haber lanzado a esos individuos río abajo, al menos de no haberse quedado con las cotas de malla, pues al limpiar las heridas de Jin y Tórnox se había dado cuenta de que ellos también llevaban protección. Tórnox llevaba una cota de malla más fuerte y compacta debajo de sus ropas y Jin una de cuero rígido. Stan no llevaba más protección que sus propias ropas, así que determinó que en cuanto llegasen a Cumia se iba a hacer con una para proteger su cuerpo, pues si tenían que seguir a esos individuos, el peligro podía acecharles constantemente.

Casi al atardecer de ese mismo día pudo comprobar como Jin también ardía de fiebre, desvariaba, decía cosas sin sentido, de vez en cuando abría los ojos y decía palabras incomprensibles. Stan empezó a temer que todo empezase a ir peor y Krahova no tendría ni tiempo de haber llegado a Cumia. El muchacho intentó recordar las enseñanzas de Licur sobre las hierbas que había descubierto en el viaje a Barintia y empezó a examinar las mochilas de Tórmax y de Jin en busca de algo que le sirviese. Después de examinar ambas mochilas, llegó a la conclusión de que entendía muy poco de hierbas. Jin llevaba una cantidad de hojas, frutos y raíces de los que no conocía absolutamente nada. Y Tórmax, aunque en menor cantidad, también poseía hierbas rarísimas, pero pudo comprobar que tanto uno como otro llevaban algunas hierbas iguales. Imaginó que esas hierbas que llevaban en común servirían para guarecerse de los males más típicos a los que podían enfrentarse, es decir, heridas, roturas, distensiones, hemorragias, fiebre, infecciones, etc. No podía imaginar que Tórmax y Jin llevasen venenos, ya que Licur le había comentado que el uso de venenos estaba muy restringido a unos pocos expertos y que conseguirlos tanto en herboristerías como en campo abierto era muy complicado. Era evidente que Jin sí era una experta, pues instantes después de haber sido herida, dijo el nombre del veneno y Krahova también debía serlo porque lo entendió sin mediar explicaciones. Pero ahora venía lo complicado, primero saber para qué servía cada cosa y después qué tipo de aplicación era la correcta, pues sabía que algunas hierbas simplemente se ingerían pero otras se aplicaban o había que prepararlas para tomar en infusión. Stan optó por la vía directa, peor de cómo estaban no podían estar, por tanto les daría lo mismo a los dos para que ingiriesen y luego a esperar el regreso de Krahova. Seleccionó tres hierbas distintas, las que tenía repetidas los dos heridos y se las metió en la boca a cada uno; luego con agua hizo que las ingiriesen y después de avivar el fuego, les arropó mejor y se dispuso a descansar.

La noche no fue halagüeña para ninguno de los tres. Stan iba dando cabezadas y se disputaba alternativamente el sueño, el mal dormir, con la vigilia. A lo largo de toda la noche aullaron los lobos en las inmediaciones del improvisado campamento, aunque no parecía que tuviesen intenciones de acercarse. Jin mejoró considerablemente, la fiebre le bajó, seguramente por efectos de lo que Stan le había administrado, pero Tórmax no mostraba ningún signo de mejoría. Su herida era mucho más grave y además de la cantidad del veneno, aunque fuese la misma, que se había mezclado con los tejidos, también estaba la pérdida de sangre. La herida de Jin era menos importante. En algún momento Stan pudo apreciar que el semblante de Tórmax se volvía lívido, blanco, casi transparente y daba la impresión de que dejaba de respirar.

Al amanecer la hoguera estaba casi consumida y las reservas de leña estaban agotadas ya que Stan había mantenido el fuego muy vivo por miedo a que

apareciesen los lobos. Así pues volvió a dejarles y se fue en busca de más leña para alimentar el fuego de nuevo.

Según sus cálculos Krahova tardaría como mínimo todo ese día entero y seguramente el siguiente en volver, siempre que no hubiese ningún contratiempo y que una vez en Cumia hallase lo que buscaba. De todas maneras Stan intuía que si no se hacía algo con Tórnox y pronto, éste no aguantaría hasta que llegase la muchacha; así que, al mismo tiempo que buscaba leña, aprovechó para buscar alguna hierba que pudiese parecerse a las que había visto en la mochila de sus compañeros, pues las que les había dado la noche anterior ya se habían terminado.

Con lo de la leña y lo de las hierbas, Stan no se percató del tiempo transcurrido, ni de la distancia recorrida y cuando quiso darse cuenta, se había perdido. Empezó a preocuparse cuando miró alrededor y no reconoció absolutamente nada. Miró hacia el cielo y no vio el humillo de la hoguerilla que había dejado encendida. Empezó a dar vueltas sin sentido hacia un lado y otro sin saber bien hacia dónde dirigirse. Al rato se quedó quieto e intentó oír el curso del río Urinis, pero por mucho que agudizaba el oído no había manera de orientarse.

Stan era un muchacho de ciudad y a campo abierto estaba más perdido que otra cosa. ¿Quién le había mandado dejar a sus compañeros sin protección ni cuidado?, y más ahora que estaban completamente desamparados a merced de cualquier maleante o animal salvaje, porque seguro que el fuego ya se habría consumido. Tenía que encontrar el camino de regreso. Si volviese Krahova y no lo hallara, seguro que se pondría furiosa por haberlos abandonado. De pronto recordó, por la luz del sol debía estar más allá del mediodía, eso significaba que debía dejar el sol a su espalda y se encaminaría hacia el este, pero para tener una seguridad mayor debía esperar la puesta del sol que seguro indicaría el oeste.

Pero esperar tanto tiempo y luego andar en la oscuridad del bosque sin fuego, con lobos...

En esos pensamientos andaba cuando oyó un sonido a su derecha, pero un sonido traído por una brisa ligera que se había levantado, un sonido que se asemejaba al traqueteo de un carro. Stan permaneció atento, ese sonido podría indicarle la dirección del camino que iba de Barintia a Cumia. Al instante la brisa volvió a traerle el sonido y Stan se encaminó a toda prisa en esa dirección sin pensárselo. Al rato de andar sobre la nieve a duras penas, por lugares donde se hundía hasta la rodilla, fue a parar ante una de las marcas de piedra que señalaban el camino por el que habían ido al encuentro de esos mercenarios, pero ahora no sabía si ir a derecha o izquierda, pues no sabía a qué altura del camino había aparecido.

Sobre la nieve, unas pisadas de caballo y unas roderas de carro le indicaban que no hacía mucho algún carromato había pasado por allí en dirección a Barintia, seguramente el que había oído hacía un buen rato y que le había dado la pista para

encontrar el camino. Stan se determinó en un instante, no le quedaba otra solución y se encaminó hacia Cumia, con suerte habría salido a una altura del camino más hacia el oeste de donde se habían internado en el bosque hacía un día y medio, pero si la suerte no le acompañaba, tarde o temprano llegaría a Cumia o se encontraría con Krahova de regreso; así pues, Stan se puso en marcha dejando el sol que se escondiese a su espalda mientras las sombras se iban alargando y el cielo iba adquiriendo una tonalidad azul oscuro. Las primeras estrellas ya centelleaban.

Calculaba Stan que no había transcurrido más de un par de kilómetros cuando, por el camino, apareció en dirección contraria al muchacho, un carromato cargado de múltiples enseres con una pareja de ancianos en el pescante. El carro iba tirado por un viejo caballo que llevaba una velocidad más lenta que el carromato que había montado Stan para llegar a la capital. El chico se plantó en medio del camino y movió sus brazos para hacerse visible. El anciano, al ver a alguien haciéndole señales para que parara su marcha, azuzó más al caballo.

—¡Bandidos! —exclamó el viejo a su mujer—. ¡Arre, caballo! ¡Dale con el palo!

La mujer cogió un palo largo que tenía apoyado en el pescante, justo a su lado y lo cogió por uno de los extremos con la intención de abatir a Stan, mientras que el anciano con las riendas bien cogidas, obligaba al caballo a iniciar una carrera al galope.

—¡Esperad! —gritó Stan todavía en medio del camino, viendo como se acercaba el carromato y como la anciana blandía el palo en dirección a su cabeza—. No soy ningún bandi...

Stan tuvo que lanzarse a un lado del camino para no ser arrollado por el carro y aún con eso, tuvo que agachar la cabeza para que la anciana no le diese con el palo en la testa. Todo ese movimiento le hizo perder el equilibrio y cayó sentado a la vera del camino, sobre la nieve.

—...¡do! —gritó desde el suelo mientras veía alejarse el carromato a la carrera.

Después de unos instantes sentado en el suelo Stan se levantó y siguió andando hacia el este por el mismo camino, con fastidio. Fue entonces, a la poca luz del día que todavía quedaba, que pudo ver un resplandor entre los árboles, parecía el fuego de una hoguera.

Rápidamente se encaminó hacia allí esperando encontrar un campamento de viajeros que pudieran prestarle ayuda.

Cuando llegó al lugar donde había el fuego, se llevó dos sorpresas: una agradable, ver que había encontrado a sus dos compañeros de nuevo, la otra desagradable, que Jin había encendido y avivado el fuego con unas pocas ramas, pero eso le había costado mucha energía, demasiada y yacía sin sentido junto al fuego, rodeada de ramas más pequeñas que seguro transportaba para mantener caliente su cuerpo. Stan cogió rápidamente a Jin y la envolvió en las ropas de abrigo y pieles y la colocó junto

al fuego lo más cómodamente posible. Pero su preocupación no hizo más que crecer, pues tanto Jin como Tórmax parecían dos cadáveres sin ningún aliento, casi sin señales de vida. Había que hacer algo y rápido, pero el qué.

Toda la noche en vela estuvo Stan, manteniendo una lucha encarnizada con su propio sueño y contra su propia mente, que buscaba alguna solución al problema que tenía ante sí: mantener con vida a los dos heridos. Se lo había prometido a Krahova, pero sentía que no iba a conseguirlo. Amanecía el segundo día y allí, solo, estaba junto a sus dos compañeros moribundos.

—¡Krahova! —gritó con rabia Stan, de pie en medio de bosque—. ¿Por qué no vienes?

Stan cayó de rodillas sollozando ante la impotencia de la situación, mordiéndose el labio por la rabia que sentía al ver que se les iba la vida sin remedio.

—Stan... —sonó la voz débil de Jin—, Stan...

—¿Qué ocurre? —preguntó con ansiedad.

—Nos... morimos —susurró la muchacha casi sin aliento, sin fuerzas.

—¿Cómo puedo ayudaros? —sollozó el chico completamente abatido.

—Busca... la flor —dijo Jin perdiendo el conocimiento.

—¿Flor? ¿Flor? —se preguntaba Stan muy nervioso—. ¿Qué flor, maldita sea?

De repente se acordó, en la mochila de Jin había una única flor. Cogió la mochila y la volcó sobre la nieve, empezó a buscar con desesperación. Pronto halló la bolsita de cuero donde estaban las hierbas. La abrió. Allí estaba, tal como la recordaba, una flor azul, extraña. Con las manos la partió en dos, pero antes memorizó su forma y sus características. Casi sin acierto, de forma atropellada, introdujo una mitad en la boca de Jin y con agua la obligó a tragar, luego repitió la acción con Tórmax. Luego echó leña al fuego y sin perder de vista el campamento, se metió por los alrededores, entre la espesura, a buscar una planta que tuviese una flor azul como la que acababa de dar a sus dos compañeros.

Sin importarle el tiempo transcurrido fue buscando y buscando hasta que se volvió a hacer de noche y tuvo que suspender la búsqueda por falta de luz. Volvió al campamento con más leña. Los dos heridos no parecían mejorar nada, pero tampoco empeoraban. Se disponía a pasar una noche al cuidado de ellos pero un sopor se apoderó de él y se quedó profundamente dormido.

Se despertó con el sol muy alto y no hacía tanto frío. El cielo estaba un poco cubierto, pero no amenazaba ni lluvia ni nieve. Comió algo de lo que les había preparado Smeg y comprobó el estado de los heridos. Cuanto más tiempo pasase, menores posibilidades de no tener secuelas, ese era el peligro de los venenos que no mataban. Sabía que hallar una planta sin saber en qué lugares crecía era muy difícil y era evidente que en aquel bosque donde se hallaban, no era un buen lugar para buscarla.

Dedicó lo que le quedaba del día a ejercitarse de nuevo con el arco y con la espada, para poder estar preparado en caso de agresión, pero haría falta alguien que le observase para decirle qué hacía bien y que vicios tenía. En cuanto saliesen de esta le pediría a Jin que le enseñara. Casi al final de ese día, cuando ya era noche oscura, se levantó un fuerte viento, y el cielo se fue cubriendo de nubes. Los lobos volvieron a aullar cerca. Stan puso más leña al fuego, pero volvió a ponerse nervioso al ver que sus dos compañeros se agitaban en sueños y Tórnox sacaba sangre, aunque poca, por la nariz. Estuvo en vela toda la noche, limpiando la sangre de su amigo y poniendo paños de agua fría en la frente de Jin. Poco antes del amanecer empezó a llover torrencialmente.

El muchacho empezaba a estar desesperado cuando de su izquierda, entre los árboles, apareció Krahova con un rostro visiblemente agotado.

—¿Por qué te alejaste de la barca?

—Regresaron al poco de irte tú —respondió Stan aliviado—. Y se llevaron los caballos. No tuve tiempo de esconderlos.

—Da igual, lo que importa es que estéis vivos —susurró la chica mientras se agachaba hacia los heridos—. Espero no haber llegado demasiado tarde. Prepara una infusión.

—De inmediato —respondió solícito Stan—. ¿Qué ponemos?

—Esta hoja —dijo Krahova mostrando una hoja de color rojo intenso—. Es *glaufedia*.

Capítulo 6

Cumia

Cumia era la ciudad más pequeña del reino de Hárkad. Durante la Gran Guerra se mantuvo neutral en todo momento. Pero tampoco fue refugio de nadie, pues sus puertas permanecieron cerradas a todos. Íler Ármitac creyó que con el tiempo, Cumia formaría parte de sus dominios, pero se equivocó y sus sucesores no hicieron absolutamente nada para cambiar esa situación, así pues la ciudad siguió teniendo sus propias leyes, su propio gobierno y su propio territorio, con lo que se ganó el sobrenombre de ciudad libre. Pero todo era apariencia, pues fuera de sus territorios el poder de los Ármitac se ejercía sin ninguna oposición, por tanto sólo los límites de la ciudad misma eran los límites de la libertad. Si Íler lo hubiese deseado, con un par de días de asedio, la ciudad hubiese caído, pero tal vez porque había terminado la Gran Guerra o tal vez por el valor demostrado por el desplante, Cumia siguió conservando sus privilegios, excepto el de acuñar moneda con el símbolo de la ciudad.

Cumia era una pequeñísima ciudad nacida a la sombra de Aras, la ciudad maldita, y siempre mantuvo una cierta simpatía hacia la gran urbe que fue destruida; incluso cuentan sus crónicas que muchos de sus habitantes eran descendientes de comerciantes honrados de Dapur y de gentes que pudieron huir, en un primer momento, del asedio al que se sometió a Aras por parte del resto de las ciudades.

Desde siempre la ciudad fue gobernada por un consejo de cinco miembros escogidos por votación popular y democrática, entre los cinco sectores más relevantes de la ciudad. Estos sectores estaban conformados por el ejército, bastante ridículo pero que mantenía el orden interno, los cazadores, los ganaderos, los comerciantes y la escuela de guerreros. Cumia era una ciudad predominantemente comercial y dependía del resto de las ciudades para subsistir. Era tan importante el comercio, que incluso se comerciaba con humanos, es decir, antes de que cayese Aras y después hacia Mármora, Cumia suministraba guerreros para los ejércitos y fiestas señaladas o acontecimientos destacados. Sin embargo cada vez eran menos los guerreros enviados, pues cada ciudad disponía de sus propios formadores para aumentar el número de soldados. Pero la fama de la escuela de Zennia en Cumia le precedía y todavía seguía en funcionamiento.

Los miembros del consejo tenían la misma importancia entre ellos y decidían los designios de sus habitantes y de la propia ciudad en reuniones a puerta abierta, excepto en casos graves. Estos miembros eran escogidos cada dos años, renovándose

un miembro en cada votación. A pesar que todos eran de la misma categoría, tenían a un miembro del consejo que figuraba como la autoridad en Cumia, respecto a las demás ciudades. Muchos de sus consejeros habían sido reelegidos en varias ocasiones y todos sus habitantes estaban orgullosos de pertenecer a Cumia, la única ciudad libre de la Gran Llanura, conmemorándolo el día de la Fundación alrededor de un nogal seco, símbolo de su ciudad.

Los reyes de Hárkad, para ser enterrados en las Colinas de los Héroeas, debían pasar por Cumia y en un acto simbólico, los que iban delante del cortejo fúnebre, es decir, la esposa del rey y el capitán general del ejército de Barintia, pedían permiso a los miembros del consejo, permiso que siempre había sido concedido.

Krahova no le dio descanso a su caballo hasta que no llegó a Cumia. Llegar a las primeras casas y caerse el animal al suelo fue todo uno. El caballo estaba reventado por el esfuerzo, no se recuperaría pero a la muchacha no le importaba eso, sólo pensaba en salvarle la vida a sus dos compañeros. Atravesó una puerta a medio construir y se encaminó hacia la primera construcción en busca de ayuda.

—¿Quién va? —dijo una voz medio adormecida de un soldado que se interponía en su camino.

—Necesito ayuda —suplicó Krahova.

—Vale, vale —dijo el soldado calmándola—. No corras tanto, muchacha.

—Necesito ayuda —repitió Krahova intentando esquivar al soldado.

—¡Alto! —dijo otro soldado apuntándola con un arco—. ¿Quién sois y a qué venís?

—¿Qué ocurre aquí? —dijo otro soldado de mayor graduación que salía de la caserna.

—Me llamo Krahova, soy de Yíldiz y necesito un herbolario —dijo la chica muy nerviosa.

—¿No tenéis herbolario en Yíldiz? —preguntó uno de los soldados.

—Es cuestión de vida o muerte —dijo Krahova casi suplicando a los soldados—, tengo amigos heridos en el camino, necesitan ayuda cuanto antes.

—¿Heridos? —preguntaron los tres a la vez.

—¿Quién les ha herido? —preguntó el de más categoría.

—Mercenarios de Mármora —respondió casi fuera de sí—. Decidme dónde puedo encontrar un herbolario.

—¿Pero en qué camino? —preguntó de nuevo el superior.

—En el que va de Cumia a Barintia —suspiraba Krahova poniéndose cada vez más nerviosa—, a unos dos días de aquí a caballo. ¿Acaso no veis el animal destrozado? —señalándoles el caballo moribundo unos metros más allá—. ¡Un herbolario!

—Vaya, ¿ya han llegado tan al norte? Tú —ordenó el sargento a uno de los

soldados—, llévala a casa de Íbram, yo voy a avisar al consejo. No abandones la ciudad —dijo a la muchacha— hasta que hayamos hablado contigo.

—No podré esperar tanto —dijo impaciente Krahova—, pero os prometo que volveré si me ayudáis ahora.

—Veremos qué dice el consejo. Condúcela a casa del herbolario.

Krahova fue conducida a través de las calles de la ciudad, siguiéndolo los pasos del soldado que la guiaba. Las casas de la ciudad no parecían muy resistentes, casi todas eran de madera, aunque algunas eran de piedra, pero parecían los edificios importantes. No había luz en las calles, pero el reflejo de la nieve les daba la iluminación suficiente para ver por dónde iban. A Krahova, la ciudad le dio una sensación de abandono como si sus habitantes no cuidaran sus hogares o hubiesen cerrado completamente sus casas para dejarlas sin habitar. Después de atravesar casi toda la ciudad y de cruzar el río por un puente, el soldado se detuvo ante una casa.

—Aquí es. Esperad a que llame.

La casa donde se habían detenido era una de las pocas hecha de piedra. En el piso superior había un pequeño balcón de donde colgaban flores y plantas. Junto al balcón había un letrero de madera moviéndose por la brisa que decía: «*Hierbas. Íbram Áftad*». Al lado del edificio había una construcción más baja de madera que parecía el establo. El soldado golpeó la puerta principal un par de veces y esperó a que contestasen.

—¿Quién es? —sonó una voz desde el piso superior mientras se encendía una luz que se podía ver, a través de la ventana, desde abajo.

—¡La guardia! ¡Abrid! —exclamó el soldado.

—¿La guardia?

—Os traigo una mujer que desea veros.

—¿A mí? Decidle que vuelva mañana —y apagó de nuevo la luz.

—Señor —dijo Krahova adelantándose al soldado—. Han envenenado a dos compañeros míos con sirga, necesito el antídoto, por favor.

—Ahora bajo —dijo el herbolario encendiendo de nuevo la luz.

Al cabo de un rato, que a Krahova le pareció eterno, se oyó ruido al abrir la puerta de la calle.

En el dintel de la puerta apareció un hombre de una edad aproximada de cuarenta años, con la cara muy pulida pero con unos ojos oscuros y piel muy morena. El pelo era ligeramente ondulado y negro como el azabache. No debía medir más de un metro setenta de estatura y vestía unas botas bajas y un camisón, encima del cual se había echado una manta gruesa. Estaba dormido, pues debía hacer muy poco que se había acostado y tras él se veía una casa modesta a la luz de una tintineante vela.

—¿Por qué me despertáis en medio de la noche? —preguntó con voz melosa y soñolienta.

—Señor —se cuadró el soldado—, el sargento me indicó que la condujese a vuestra presencia y así lo hago. Vuelvo a mi puesto de guardia.

—De acuerdo —contestó Íbram viendo como el soldado se alejaba con pasos rápidos—. Pero pasad, que descortés soy con una invitada.

—Sólo vengo a por un antídoto —respondió Krahova sin moverse del sitio—. No quiero importunaros y si yo misma supiese dónde hallarlo, ya no habría venido.

—Esperad, esperad. No tan rápido —intentó calmarla el herbolario—. Para empezar sí tengo lo que buscáis, está en la tienda y no en mi casa. Así pues, tendréis que esperar a que me vista y luego acompañarme. Por el camino me ponéis al tanto de lo ocurrido. Entrad, hacedme el favor, vais a helaros.

Krahova accedió a entrar en la casa de Íbram^[41]. Había una habitación con una gran mesa en el centro. La mesa estaba repleta de papeles enrollados donde la muchacha pudo adivinar el sello de la ciudad, el nogal seco. Íbram desapareció tras una de las tres puertas que tenía esa sala, con la promesa de que no iba a tardar casi nada. La muchacha se quedó sola en la habitación, pero no tuvo la curiosidad de examinar ninguno de los papeles, pues para ella había otra cosa más importante y era encontrar el antídoto para Tórna y Jin.

Al cabo de un rato volvió el herbolario por la misma puerta por la que había desaparecido, pero esta vez iba ataviado con unas ropas nobles y gruesas para combatir el frío de la calle.

Para Krahova era evidente que el herbolario era un hombre distinguido e influyente de Cumia, probablemente alguien relacionado con el consejo, ya que el soldado se había cuadrado ante él.

—¿Nos vamos? —invitó amable Íbram a la chica, mostrándole el camino hacia la calle—. Empieza por el principio, ¿cómo te llamas?

—Me llamo Krahova, señor —respondió con humildad— y veníamos persiguiendo a unos bandidos cuando nos atacaron...

—Corres mucho, Krahova —le interrumpió el herbolario—. ¿Quiénes ibais? ¿Quiénes son esos bandidos?

—Mercenarios de Mármora.

—¿De dónde? —dijo Íbram parándose en medio de la calle.

—De Mármora. Secuestraron al hijo de Tárneas Krebb, en Barintia.

El herbolario se quedó petrificado, no acertaba a creer lo que le estaban contando, no podía ser cierto. Balbuceaba, intentaba articular una pregunta, pero no daba con las palabras acertadas. Miraba a la muchacha con los ojos muy abiertos.

—Hirieron a dos de mis compañeros con *sirga* —prosiguió Krahova ante la pasmosidad de Íbram—. Necesito el antídoto.

—¿Cuánto hace de eso? —reaccionó al fin el herbolario al tratar un tema de hierbas—. ¿Dónde?

—A unos dos días de aquí, algo menos. Cerca del río.

—¿Sabes lo que pides muchacha? —preguntó Íbram con evidente preocupación—. Sólo hay dos antídotos para ese veneno y si uno es imposible de conseguir, el otro es inverosímil.

—Con uno me basta —pidió Krahova.

—Creo que tengo una hoja de *glaufedia*, pero por una de esas hojas se pagaría...

—Me servirá. ¿Cuánto os debo?

—No hay dinero en todo Hárkad para pagar esa hoja —informó Íbram—, pero las noticias que nos traes son preocupantes de veras. Quiero hablar más pausadamente con vosotros.

—Los mercenarios pueden haber llegado a Cumia —dijo la chica esperanzada por resolver el secuestro.

—Imposible. Como has podido ver, nadie entra ni sale de la ciudad sin que los soldados lo adviertan. Sobre todo desde que nos llegó la mala noticia del sur.

—¿Qué mala noticia? —se atrevió a preguntar Krahova.

—Damon Wacla se ha apoderado del trono y pretende doblegar a las demás ciudades —expuso con el semblante grave—. En su demostración de fuerza, ¿sabes qué ciudad atacará primero?

—Eso ya lo sabía —informó Krahova—, nos lo dijo Féllow Kur antes de irnos de Barintia, ¿pero cuál será la ciudad?

—Está claro que Cumia, la única ciudad libre que los Ármitac no pudieron doblegar. Aquí es —dijo parándose ante una pequeña casa de madera con un letrero igual que el de la casa donde vivía—. Eso le daría más prestigio y más poder. Estamos amurallando la ciudad, pero sabemos que no resistiremos. Yíldiz nos ha ofrecido su apoyo, pero Barintia...

—Dijo Féllow que Barintia sería la última, supongo que cuando las demás estén al lado de Damon.

—Mercenarios de Mármora secuestrando al hijo de los Krebb —repitió pensativo.

—¿Cómo dices? —preguntó Krahova.

—Nada. ¿Sabes cómo se usa la *glaufedia*?

—No.

—Debes hacer una infusión, pero no sé si llegarás a tiempo. Mal veneno es la *sirga*.

—Verás —interrumpió Krahova—, mi caballo está destrozado...

—No te preocupes, te dejo un carro porque lo vas a necesitar para trasladarlos hasta aquí, no creas que su recuperación va a ser muy rápida. Sobre todo cuatro días después de haber sido envenenados, eso si aún están vivos.

—No sé cómo agradecértelo —se sonrojó Krahova—. Yo...

—De momento me conformo con que me devolváis el carro y me traigas a los

heridos para sanarlos. Debo informar al consejo y querrán hablar con vosotros. Vete al puesto de guardia y espera allí, dentro de poco haré llegar un carro con caballo. Malas noticias, malas noticias... —se alejó murmurando después de salir con Krahova a la calle y haberle entregado la hoja. Cerró la tienda.

Krahova se trasladó al puesto de guardia, tal como le había indicado Íbram. La noche era fría. La chica se quedó de pie a una distancia prudencial de donde estaban los soldados, esperando. El cuerpo de guardia no era más que una caseta donde apenas podían instalarse un par de soldados. Allí estaban los tres hombres que habían recibido a la muchacha a la entrada en la ciudad; un poco más allá yacía el caballo muerto que Krahova había agotado en su empeño de conseguir el antídoto para sus compañeros. Mientras el sargento se acercaba a la chica, ésta se quedó observando la ciudad con más detenimiento, fijándose. Verdaderamente era una ciudad pequeña.

—Toma, tus cosas —dijo el oficial dándole el equipo que llevaba en el caballo—, el animal ha acabado con su vida.

—Gracias —fue la lacónica respuesta de ella mientras cogía sus cosas.

—Si quieres tomar algo caliente...

—No. Debo marcharme enseguida.

—¿Esperas un carro de Íbram, no es así?

—Sí.

—Pues tardará un poco, casi no quedan carros en la ciudad. Desde que llegó la mala noticia —prosiguió el sargento—, muchos han abandonado la ciudad en busca de protección, pero me temo que...

—¿Por qué me contáis todo esto? —preguntó Krahova.

—¿Vas a volver, no? —la miró fijamente a los ojos—. Cumia ya no es ciudad segura.

—Lo sea o no, tengo que volver a la fuerza.

—Tal vez Barintia, la capital...

—No. Venimos de allí y las cosas están peores.

—¿Peor? ¡Imposible!

—Actúan impunemente los mercenarios de Mármora —resolvió Krahova con intención de aparcar la conversación.

—Y... ¿los soldados?

—Los soldados siguen las órdenes de un rey —ironizó Krahova—, que según tengo entendido... no existe.

El sargento se quedó pensativo y cabizbajo, tal vez viendo como desaparecía la única esperanza que le quedaba de ponerse a salvo. Era evidente que no a todos les atraía la guerra y, que anunciada como estaba, ya que el consejo de Cumia debía de haber comunicado a sus gentes que seguirían sin doblegarse, las deserciones iban a ser muchas.

De hecho el sargento se lo había insinuado y Krahova misma había podido observarlo al ver las casas cerradas e imaginar que seguramente el camino hacia Yíldiz y hacia Barintia iría con tráfico de carros.

También se dio cuenta de que la ciudad estaba siendo amurallada a toda prisa, en un vano intento de impedir que las tropas de Damon Wacla entrasen en Cumia. La ciudad tenía los días contados como ciudad libre y eso le apenó. El que quedase de pie ya eran cuestiones que se decidirían o en el campo de batalla o en un despacho. Una vez cayese Cumia, seguramente Yíldiz sería la próxima y eso le dolió todavía más. Qué iba a ser de los suyos.

Intentar evitar todo ese daño sólo dependía de tres cosas: de la resistencia que ofreciese Xamin, de la ayuda de Barintia y de que surgiese el verdadero heredero al trono; pero esto último era hartó complicado, pues el niño, si estaba con vida, estaba en Mármora, el mismo lugar de donde había surgido un rebelde. Demasiadas coincidencias.

El sueño empezó a apoderarse de Krahova, había cabalgado más de un día y medio al galope y en todo ese tiempo no había dormido ni comido nada. Abrió su mochila y comió algo de lo que Smeg les había preparado antes de marchar. Mientras comía pensaba en dónde estarían esos malditos mercenarios. No tenían caballos y trasladarse desde el Urinis hasta Dapur, a pie, era una auténtica locura, además si habían dejado a dos vigilando la barca, era evidente que volverían y Stan estaba solo, con los dos heridos. Era urgente volver cuanto antes pues Landin no tendría dificultad en acabar con ellos tres si los encontraba. Esperaba que Stan hubiese actuado con previsión, pero empezaba a impacientarse. Enseguida oyó el sonido de un carro que se acercaba desde el interior de la ciudad. Iba conducido por un chico bastante joven. Al llegar junto a Krahova se detuvo.

—Hola. Íbram me ha dicho que te entregue este carro. ¿Necesitas que te acompañe?

—No. Eres muy joven y prefiero que ayudes a Íbram a preparar lo necesario para cuando llegue con los heridos.

Rápidamente se intercambiaron de lugar y Krahova, una vez encima del pescante cogió las riendas del caballo que tiraba del carro y salió a toda prisa en dirección al lugar donde había dejado a sus compañeros, dejando al mozo boquiabierto allí en miedo de la calle y a los soldados sorprendidos por la velocidad a la que había partido.

Casi dos días después de abandonar Cumia, Krahova creyó hallar el lugar donde habían abandonado el camino antes de que Jin y Tórnox cayesen heridos. Desde esa misma mañana estaba lloviendo y esa lluvia cada vez más torrencial mantenía despierta a Krahova.

Estaba sumamente agotada y el caballo no lo estaba menos, pero sabía que era

cuestión de vida o muerte, además tenían caballos de repuesto en el campamento. Sólo deseaba volver a verlos y volver a Cumia con ellos y descansar mucho tiempo.

La lluvia era ahora muy fuerte y la nieve casi se había deshecho. Paró el caballo porque además ya casi no podía dar un paso más. Cogió las riendas y alejó el carro del camino, introduciéndolo en la zona arbolada que había a la derecha del camino. Ató el caballo y lo desenganchó del carro para permitir que el animal descansase algo más, cogió su equipo y se internó más en el bosque. No le costó mucho hallar el lugar donde estaba la barca varada en la orilla del río, pero allí no estaban ni los cadáveres ni sus compañeros. Se acercó a la embarcación, pero dentro no halló ninguna pista. No sabían dónde se habían metido y empezó a pensar lo peor. Levantó la cabeza y vio la columnilla de humo de lo que podía ser una hoguera, a unos doscientos metros hacia el oeste siguiendo el curso del río. Con rapidez se encaminó hacia allí, sacando la espada.

En el momento en que estaba cayendo más agua del cielo, Krahova apareció en un minúsculo claro y allí estaba Stan atendiendo a sus compañeros. El encontrarlos con vida alegró su corazón. Krahova no vio como Stan les daba la infusión porque en cuanto su compañero tomó la hoja roja de sus manos, cayó al suelo fruto del agotamiento, sabiendo que ya nada más podía hacer por ellos, que todo estaba en manos de Stan y de la hierba que Íbram les había entregado.

Stan en cuanto hubo dado de beber la infusión a sus dos amigos heridos, cubrió a Krahova con ropa de abrigo e hizo todo lo posible para alimentar la hoguera y buscar alguna hierba entre sus cosas para dar a la muchacha. Ahora sólo quedaba esperar.

Llovió todo el día y toda la noche. Todos estaban empapados, pero Stan procuraba que sus compañeros no tuviesen tanto frío ya que él, al mantenerse ocupado, entraba en calor enseguida. A lo largo del transcurso del día, Jin dejó de tener fiebre y Tórmax dejó de sangrar, aunque parecía más bien un ser sin hálito de vida. Cerca de la medianoche, Krahova despertó.

—¿Cómo siguen? —preguntó sin apenas moverse.

—Creo que siguen vivos —respondió Stan—, al menos Jin, sí. Tómate algo caliente, te irá bien.

—Hay un carro cerca de donde dejamos los caballos. Trasládales allí y luego me ayudas —dijo la chica sin apenas fuerzas—, debemos llegar a Cumia cuanto antes. La *glaufedra* no es infalible, pero las manos de un buen herbolario...

Stan se levantó con presteza y se cargó a Jin al hombro. Pesaba muy poco y enseguida halló el carro del que le había hablado Krahova. Depositó con cuidado a la chiquilla que parecía profundamente dormida. Volvió a por Tórmax y repitió la operación, pero esta vez quedó más agotado, pues para Stan era muy pesado. Una vez depositado en el carro, junto a Jin, cogió aliento y se dispuso a ayudar a Krahova. Cuando llegó junto a la hoguera, la apagó sin apenas dificultades ya que la lluvia casi

la había apagado, y despertó a su compañera.

El traslado de Krahova fue más costoso de lo esperado, pues ella no ayudaba mucho y Stan ya estaba cansado. Cayeron un par de veces y se volvieron levantar, más por amor propio que por fuerza, hasta que finalmente llegaron al carro. Stan ayudó a la chica a subirse y enseguida se acurrucó a los pies de los dos heridos, quedándose de nuevo dormida. Stan volvió a por los equipos de todos ellos y en cuanto estuvo en el carro, los depositó a su lado.

Desató el caballo y comprobó que el animal mostraba signos inequívocos de agotamiento.

—¡Perra suerte! —exclamó Stan lamentándose—. Este caballo no llega a Cumia y menos con el carro cargado.

Sin más opciones, enganchó el animal, sacó el carro hasta el camino y se subió al pescante. Tal como le había enseñado Licur, guió el carro hacia el este, hacia Cumia.

Llegar a Cumia estaba siendo muy complicado. El caballo, visiblemente maltrecho, no podía con el carro. Stan tenía que detenerse demasiado a menudo para que descansase. Las paradas eran cada vez más largas y más frecuentes y aquello que tenían que haber hecho en un día, casi les ocupó dos. Los heridos no se movían para nada y seguían inconscientes y Krahova seguía durmiendo, agotada. Stan aprovechó una de las paradas para dormir un poco, sin salirse del camino.

Había dejado de llover y asomaba un tímido sol entre las nubes que se abrían. Stan había decidido darle un último apretón al animal e intentar llegar a la ciudad, cuando vio a lo lejos a un jinete acercarse con otro caballo a su lado. Stan se puso la mano en el cinto y desenvainó la espada, dejándola apoyada a su lado para tenerla más a mano. A medida que se acercaba el jinete, podía ver que era un muchacho joven que iba aparentemente sin armas. En cuanto llegó a su altura detuvo el caballo. El animal, que montaba el desconocido, era un caballo ligero, pero el otro era un caballo más de tiro.

—Hola —saludó el chico—. Busco a Krahova.

—¿Y tú quién eres? —preguntó Stan.

—Soy Berno y me envía Íbram^[42], el herbolario de Cumia.

—No sabes cuánto me alegra —exclamó Stan aliviado al ver que ya podían llegar a Cumia—. Pero el caballo no aguantará.

—Por eso traigo uno de repuesto. Íbram, al ver que no llegabais, me envió porque supuso que habíais tenido problemas con el caballo —dijo mientras desmontaba e iniciaba las operaciones para substituir un caballo por otro.

Dejaron el caballo que Krahova había conducido de vuelta, vagando por el campo, ataron el de repuesto y Stan, montado de nuevo en el pescante, enfiló el camino a Cumia con algo más de prisa, precedidos por Berno.

Al final de la tarde llegaron a la ciudad. Stan se sentía un poco emocionado ya

que iba a conocer una ciudad nueva, pero tal y como se acercaban a ella, pudo ver el pesar y la tristeza que flotaba en el ambiente, a pesar de que en el cielo del atardecer la luz del sol bañaba sus casas con una tonalidad rosácea y cálida y pronto todo se oscurecería con la llegada de la noche.

Las murallas que rodeaban Cumia eran insignificantes. Se veía a los habitantes, fuese cual fuese su condición, su oficio y casi su edad, trabajando bajo las órdenes de maestros de construcción. Por la salida norte de la ciudad se podía ver un número considerable de carromatos que iban cargados de piedras que venían de Yíldiz. En medio de lo que iba a ser una puerta, estaba de pie la figura de un hombre de mediana edad que en cuanto los divisó empezó a saludar con la mano, gesto que fue correspondido por Berno, que aceleró el paso de su caballo para llegar junto a ese individuo antes de que lo hiciese el carro de Stan.

En cuanto vieron que llegaba el carro, muchos dejaron de trabajar en la construcción de la endeble muralla, movidos por la curiosidad. Cuando Stan llegó a la futura puerta de la ciudad, había unas treinta personas allí reunidas, todas alrededor del hombre que había saludado. Stan detuvo el carro.

—Bienvenidos a Cumia, la ciudad libre. Dejad que se ocupen de los heridos y vos, seguidme —dijo el hombre que había saludado con voz dulce, invitando a Stan a bajar del carro.

—Preferiría no separarme de mis compañeros —respondió Stan.

—Vuestro gesto os honra y así se lo comunicaremos a ellos cuando se repongan —dijo el hombre con una amplia y sincera sonrisa—, pero no podéis hacer nada por ellos que ya estén haciendo las hierbas que les habéis administrado. Vos sí podéis hacer algo por nosotros.

—¿Yo? —preguntó Stan sorprendido.

—Descansaréis luego, pero ahora el consejo os espera, pues creemos que las noticias que nos traéis son de vital importancia para Cumia.

—Está bien —aceptó Stan confiando en ese hombre—. Vamos.

Íbram apoyó su mano en la espalda de Stan, y de forma amable pero decidida, le condujo a través de las calles de la pequeña ciudad hasta la casa del consejo, que se hallaba al otro lado del puente principal sobre el río Anei. Por el camino, el herbolario se presentó a Stan y le contó todo lo que habían hablado con Krahova, para ponerle al corriente. El muchacho escuchaba con atención lo que el hombre le contaba e iba asintiendo con la cabeza en un intento de corroborar las noticias que Íbram le iba preguntando al respecto de la conversación mantenida con su compañera. Enseguida llegaron a un gran edificio, posiblemente el más antiguo de la ciudad, construido totalmente en piedra y de una sola planta. Era un edificio tosco pero con presencia. Fuera, en la puerta de entrada había dos estatuas esculpidas al modo de vestir de los soldados de Cumia, una forma diferente al resto de las

ciudades. Sobre la puerta, tallado en piedra, el escudo de la ciudad con el nogal seco.

La nieve casi había desaparecido por completo, sólo las zonas más umbrías de algunas calles seguían teniendo nieve porque se había helado. La temperatura era bastante baja, pero no tanto como días atrás, además Cumia gozaba de un clima algo más benigno que la capital de Hárkad.

Una vez llegaron a las escaleras que daban acceso a la casa del consejo, Íbram le comentó que debía de dejar las armas fuera, pues era tradición el no poder entrar en ese palacio, armado. Stan se desprendió de todas las armas y las dejó a los pies de una de las estatuas con la promesa del herbolario de que nadie iba a llevárselas. Cruzaron la puerta y entraron en una pequeña sala con las paredes desnudas y tres sillas. Íbram cerró la puerta tras su entrada.

—Ahora debemos esperar aquí —le comunicó el herbolario.

—La verdad, poco tengo que añadir a lo que ya sabéis.

—Por poco que sea, será mucho —respondió Íbram sentándose en una de las sillas.

Al poco rato, en el que Stan permaneció de pie, se abrió la otra puerta de la sala y apareció un hombre de unos cincuenta años, extremadamente obeso y con un gesto de su gruesa mano les invitó a seguirle. Atravesaron varias estancias débilmente iluminadas hasta que llegaron a una estancia cuadrada, que Stan calculó que debía encontrarse en el centro del edificio. La estancia tenía un porche que la rodeaba y que habían tenido que cruzar. El porche tenía columnas lisas y en el centro había un minúsculo jardín, ahora marchito y una pequeña fuente. Alrededor de la fuente había cuatro individuos, tres hombres y una mujer de edades variadas. También había antorchas encendidas que iluminaban la estancia.

—Bienvenido al consejo —saludó la única mujer con una voz sosegada, mientras daba un paso al frente—. Soy Zennia Érenon^[43], la principal del consejo.

—Me llamo Stan —devolvió el saludo con una leve inclinación de cabeza.

—Las noticias que nos dio tu compañera Krahova no fueron muy halagüeñas. Según nos comentó, se han llevado al menor de los Krebb.

—Veréis —empezó diciendo—, yo estaba encarcelado cuando ocurrió todo y sólo sé lo que me han contado mis compañeros.

—¿Encarcelado? —dijo uno de los hombres del consejo, con un grueso bigote.

—Hubo un error —zanjó Stan sin más explicaciones—. Parece ser que un tal Landin Kedir, a quien creo no haber visto jamás, llegó a Barintia con mercenarios de Mármora, a quienes sí he visto. Y se llevó al hijo de Tárneas Krebb, que no sé quién es.

—Eso es lo que nos dijo Krahova —comentó Íbram—, pero hay más.

—¿Más? —preguntó Stan—. Bueno, los perseguimos y dos de mis compañeros cayeron heridos por flechas envenenadas. Ahora deben de estar camino de Dapur.

—¿Y por qué crees que están camino de Dapur? —preguntó Zennia.

—Porque Wylan Kedir está en Dapur y creemos que es su hermano.

—Interesante —comentó el consejero obeso—, muy interesante...

—Eso quiere decir que Mármora ya tiene un aliado —reflexionó Zennia.

—Féllow Kur, capitán de Barintia —informó Stan—, nos dijo que esos mercenarios usaban para sus caballos una marca curiosa. La misma que yo he visto tatuada en los brazos de los mercenarios que abatimos nosotros junto al río, cuando fuimos atacados.

—¿Qué marca? —se interesó Zennia.

—De unos... —se quedó pensativo unos instantes—, jinetes rojos de Aras o algo así.

Todos se quedaron en silencio, observándose los unos a los otros. Aquello que acababa de revelar Stan había caído como una losa en medio del consejo. Nadie se atrevía a hablar, todos estaban dándole vueltas al asunto, intentando relacionar todos los datos que poseían.

Finalmente Íbram habló.

—Será mejor que dejemos el consejo, Stan. Tienen muchas cosas de qué hablar.

—¿Alguien puede explicarme qué he dicho?

—Yo mismo —dijo el hombre obeso—. Perdona, me llamo Ebén Ezer^[44], y como sabrás Aras fue destruida durante la Gran Guerra, lo que permitió a Íler Ármitac unificar todas las ciudades, excepto Cumia, bajo su trono en lo que hoy se llama Gran Reino de Hárkad. Aras tenía un cuerpo de guerreros de élite que la defendían con bravura hasta que traicionaron a su rey Prásant Kero o Kero^[45]. Permitieron la entrada del enemigo en la ciudad, después de varios meses de infructuoso asedio. Íler no recompensó a estos guerreros, sino que los asesinó arguyendo que la traición podría repetirse.

—¿Y cómo los asesinó? —preguntó Stan—. ¿No eran muchos?

—Los invitó a la ceremonia de coronación en Barintia y los alojó en el llamado Castillo del Príncipe —continuó Ebén—, donde fueron asesinados mientras dormían. No quedó ninguno. Que ahora resurjan sólo significa que alguien se enfrenta abiertamente a los Ármitac, y como nos dices que eran de Mármora, eso lo relaciona con Damon Wacla y por tanto es previsible que el último Ármitac, Émel, haya sido asesinado.

—Así que Damon Wacla ¿fue quien acabó con la regente? —preguntó Stan.

—No, y eso es lo contradictorio —respondió Zennia—, porque sabemos que fue una Lekin.

—¿Una qué? —dijo extrañado Stan.

—Alguien de Barintia —le contestó Ebén—. Y ahora, si nos permites, Íbram te acompañará junto a tus compañeros que están muy cerca de aquí, en la casa de la

curación.

—¿Y lo del niño, qué importancia tiene? —preguntó de pronto Stan.

—En caso de que no haya más Ármitac en Hárkad —explicó Zennia—, se debería recurrir al último linaje que gobernó sobre Barintia. Y eso nos lleva a los Krebb, siempre contando con el permiso de los descendientes de los reyes de Aras, si es que sobrevive alguno, claro.

Si Damon Wacla tiene al hijo de Tárneas Krebb, éste renunciará a cualquier pretensión.

—¿Y los de Aras? —preguntó incansable Stan.

—No creo que quede ninguno —sentenció Zennia—. Ahora Damon tiene un enemigo menos y unos mercenarios más. Vamos a sufrir mucho.

Íbram se llevó a Stan hacia la casa de la curación. Al salir del palacio del consejo, se dirigieron hacia la derecha y enseguida llegaron donde se hallaban los heridos. La casa de la curación era un edificio de dos plantas que estaba construido íntegramente en madera. Por el camino, y a pesar de lo tarde que era, Stan pudo observar una actividad frenética en las calles de Cumia, como si quedase todavía mucho por hacer.

Íbram le comentó a Stan que sólo podía estar un instante en la casa de la curación, debido al estado de sus compañeros y a lo tarde que era y le aconsejó que se instalase en una de las posadas de la ciudad, pues seguramente estarían algunos días en Cumia y que él también debía descansar y comer caliente. Le recomendó la posada del Oeste, justo en la entrada de la ciudad por la que habían llegado, regentada por Érlík^[46]. Stan aceptó las recomendaciones de Íbram y una vez hubo comprobado que sus compañeros estaban perfectamente instalados y atendidos, se dejó llevar hasta la posada, dando un paseo y contemplando el trabajo de los ciudadanos de Cumia, en la construcción de la muralla.

En cuanto llegó a la posada preguntó por Érlík, su propietario. Pidió cena caliente, un baño igualmente caliente y cama limpia, al menos para tres días, dijo. Cenó después del baño y se fue a dormir, pensando en ir a visitar a sus compañeros al día siguiente y comprarse algo de ropa nueva en alguna de las tiendas de tejidos de Cumia. El cansancio que llevaba encima y las preocupaciones por sus amigos hicieron que su cuerpo agradeciese la cama y el baño reparador con lo que se quedó profundamente dormido, enseguida.

Durmió de un tirón y el descanso le sentó muy bien. Al día siguiente, muy temprano, sin desayunar siquiera, abandonó la posada y se fue a pasear por la ciudad, para verla a la luz del día y a comprarse ropa nueva. El día estaba revuelto, pero por la época del año era normal ese tipo de clima. Aunque el cielo era de un azul intenso, una fuerte brisa estaba acercando unos negros nubarrones desde el noroeste, nubarrones que si cubrían completamente el cielo, podrían ser bien de nieve. El aire era seco y helado, hacía bastante frío. Stan pudo observar como la actividad en la

ciudad no se había detenido y la muralla mostraba ligeras diferencias a como la había visto la noche anterior, como si hubiesen estado toda la noche trabajando en ella. Vio dos maestros constructores y se acercó a ellos para preguntarles si habían estado trabajando en la protección de Cumia, durante las horas de oscuridad. Uno de los maestros constructores le contó que hacían turnos, pues ese trabajo no podía soportarlo alguien más de dos días seguidos y que el consejo les había explicado que era muy importante finalizar el perímetro de la muralla lo antes posible, que luego ya irían reforzándola desde dentro, aunque era prácticamente seguro que no aguantase. Sin embargo la gente se sentía comprometida con la defensa de su ciudad y todos estaban trabajando duro.

Después de hablar con el maestro de construcción, se dirigió hacia una de las tiendas para comprar ropa nueva. Entró en el establecimiento y se encontró con un hombre de edad avanzada, con el pelo prácticamente cano, pero que parecía tener prisa.

—Quisiera ropa de abrigo, una buena capa —pidió Stan.

—Capas, capas... —murmuraba el hombre mientras buscaba por la tienda—. Aquí. Ved.

—¿Qué precio tienen? —preguntó Stan examinando las telas.

—Tres monedas de plata.

—Un poco caras, no tenéis algo más económico —preguntó Stan mientras observaba la tienda minuciosamente.

—Eso o nada —respondió el comerciante empezando a recoger la mercancía.

—¿Y eso? —preguntó de repente Stan, fijándose en unas armaduras de cuero que colgaban del techo—. ¿Cuánto vale?

—Cuero rígido, señor. Antes deberíais probaros una para saber si os sirven.

—Me las probaré —resolvió Stan.

—¡Oh!, vaya —se impacientó el hombre—. Nos daremos prisa, por el turno, ¿sabéis?

—¿Qué turno?

—Debo ir a la construcción de la muralla —explicó el comerciante—. ¿No podéis venir esta tarde? Si no os importa.

—Mmm... De acuerdo. Guárdamelas.

—Os espero entonces —dijo el hombre empujando amablemente a Stan fuera de la tienda—. Recordad, a la caída del sol.

Stan se determinó a ir a ver a sus compañeros, pero antes pasaría por la posada para desayunar alguna cosa, pues la mañana ya estaba un poco avanzada y aún no había ingerido nada. Así pues, se encaminó hacia la puerta oeste, en las inmediaciones de la cual se hallaba la posada. Al entrar en la taberna se llevó una agradable sorpresa, pues Krahova estaba sentada en una mesa con un aspecto

inmejorable, desayunando vorazmente. Casi sin poder hablar le hizo un gesto a Stan para que se sentase a su lado y compartiese con ella el desayuno, a lo que Stan no se negó y se acomodó a su lado rápidamente pidiendo al posadero su parte correspondiente.

—Pensé que ya no te vería hoy —dijo finalmente Krahova después de hacer esfuerzos para ingerir lo que tenía en la boca, ayudándose con la leche de un tazón de barro—. Me dijeron que estabas alojado en esta posada. Yo también lo he hecho, no sabemos los días que vamos a quedarnos.

—Espero que pocos —respondió Stan.

—Bueno, al menos hasta que Jin y Tórmax se recuperen, ¿no?

—¿Cómo siguen? Iba a veros después de desayunar.

—Íbram me ha dicho que la naturaleza sigue su curso, que los dos son fuertes.

—¿Y eso qué significa? —preguntó intrigado Stan.

—Supongo que todo va bien, ¿pero por qué quieres marcharte de aquí?

—¿No ves que aquí corremos peligro? —susurró en voz baja Stan para impedir que nadie le oyera.

—¿Peligro?

—Están construyendo una muralla para protegerse de los ataques de Mármora y...

—Eso ya lo sé —le interrumpió Krahova—, pero son suposiciones tuyas, nadie les ha amenazado formalmente. Pueden pasar meses hasta que vengan por aquí con ánimo de lucha.

—Pues al consejo no le hizo ninguna gracia lo de Landin y lo del hijo de Tárneas.

—¿Hablaste con el consejo? —se interesó de pronto Krahova—. ¿Qué te dijeron?

—Poca cosa y la mitad no la entendí bien. No sé qué del anterior linaje de Barintia, que si los Krebb y los Ármitac y que ya no existen reyes en Aras y...

—No ayudas nada Stan, haz memoria —insistió Krahova.

—... y no sé, de una Lekin de Barintia.

Krahova se quedó completamente muda. Cómo podían saber ellos lo de Alda Lekin si la versión oficial de la capital era que les habían atacado bandidos y no habían dejado ningún nombre. Sólo en Xamin, y muy poca gente en el reino debía saber lo de Alda; aunque recordando bien, Tórmax le había dicho que habían escapado tres muchachas, si descontaba la de Xamin y la de Barintia, sólo quedaba una y ésta bien podía haber llegado a Cumia. Tendría que contárselo a Tórmax.

—Pues creo —intervino Krahova—, que debemos quedarnos hasta que se recuperen los otros, aunque eso da ventaja a los secuestradores. Pero sabemos que van a Dapur y seguramente, después, a Mármora.

—Yo a Dapur, no voy —sentenció Stan.

—Pues deberás esperar fuera, aunque tu ayuda nos vendría muy bien. Piénsalo.

—No hay nada que pensar ni que hablar —finalizó la conversación sin dejar puertas abiertas al diálogo.

El resto del desayuno transcurrió en el más absoluto silencio. Ni el uno ni el otro tenían nada que decir. Cuando acabaron, decidieron que irían a la casa de la curación para ver a sus amigos. Atravesaron prácticamente la ciudad y en cuanto hubieron llegado, Stan le enseñó cuál era el palacio donde se reunía el consejo. Entraron en el edificio donde sanaban a los heridos y un soldado les llevó hasta la habitación donde reposaban Tórnox y Jin. Los dos seguían durmiendo, limpios, tranquilos, pero la muchacha tenía mejor aspecto que Tórnox.

Tenían un aspecto de placidez y un par de jóvenes muchachos les atendían comprobando si tenían fiebre, si se agitaban demasiado, administrándoles hierbas que alguien entendido en la materia determinaba que debían ser aplicadas. Los dos jovencitos no dirigieron ni una palabra a los dos visitantes, pero sí una sonrisa tranquilizadora. Al poco rato de estar ahí, Stan y Krahova, que permanecían sentados en unas sillas dispuestas al pie de ambas camas, y estaban en absoluto silencio, vieron como entraba por la puerta el herbolario Íbram.

Los dos se levantaron de repente, pero Íbram ni siquiera los miró. Se dedicó a examinar a los enfermos con detenimiento, anotando en un papel algunas cosas. Los dos jovencitos le asistían sin decir palabra hasta que, después de examinar a Tórnox, se giró hacia sus compañeros, Stan y Krahova.

—¿Qué le administrasteis?

—La mitad de la infusión de *glaufedia* —respondió Krahova—. ¿No era eso?

—No. Quise decir antes.

—Una flor azul —respondió Stan—, y otras cosas.

—Deberías venir conmigo para ver si identificas todo lo que le administraste.

—¿Es su estado alarmante? —preguntó Krahova con preocupación.

—No. En principio no tememos por su vida —explicó Íbram—, pero antes quisiera saber un par de cosas.

—Tú dirás —le espetó Krahova—. ¿Qué quieres saber?

—Esta daga, la llevaba tu compañero —dijo mostrándoles la daga Némolin de Tórnox—. ¿Qué podéis decirme de ella?

—¿Qué quieres saber? —preguntó Krahova con recelo.

—Verás, yo tengo otra igual —dijo mostrándole la suya—. No temáis, estáis entre amigos.

—Él es de Xamin y a él pertenece esa daga —respondió Krahova mientras dirigía miradas a los dos asistentes del herbolario—. Deberías preguntárselo a él cuando despierte.

—De acuerdo, y no temas por nada Krahova —dijo el herbolario refiriéndose a sus dos asistentes—, no hay nadie en Cumia en quien desconfiar. El otro asunto...

—Tú dirás, Íbram, aunque yo también tengo que comentarte algo.

—¿Algo? —preguntó el hombre sorprendido por el comentario.

—Verás, supongo que sabes que no podemos pagarte una hoja de *glaufedia*.

—Lo sé —admitió Íbram—, ¿cuál es el problema?

—Pues que te debemos mucho dinero —empezó diciendo Krahova— y...

—Todo a su tiempo, todo a su tiempo. ¿Y ella? —cambió repentinamente de tema, señalando a Jin—. ¿De dónde la habéis sacado?

—¿Qué ocurre? —se adelantó Stan—. Es de Dapur, una amiga.

—Lamento contradeciros, pero la chiquilla la hemos cuidado casi desde que era una recién nacida, aquí, en Cumia.

—¿Cómo? —preguntaron los dos a la vez.

—Desapareció ahora hará... —se quedó pensando el herbolario mientras miraba a un punto indefinido de la habitación intentando recordar—, unos cinco años. Desde entonces que no sabemos nada de ella y de repente...

—Jamás nos contó nada —dijo Krahova—. Bueno, tampoco hace mucho que la conocemos, ¿no Stan? Dijo que venía de Dapur.

—Ya tendrá ella tiempo de explicarle a Xilos^[47] dónde ha estado.

—¿Quién es Xilos? —preguntó Stan.

—El viejo Xilos tiene su casa junto al nogal seco, es una tienda pequeña llena de mercancías sin utilidad —explicó el hombre—. Se dice que es la casa más vieja de Cumia e incluso se cuenta que el viejo ya estaba aquí cuando se fundó la ciudad, pero esto es imposible. Tendría que tener más de cuatrocientos años. El viejo cuidó de la niña cuando se la dejaron delante de su puerta hace unos quince años, más o menos. La cuidó, la educó y un buen día... desapareció.

—¿Y Xilos no la buscó? —preguntó Krahova interesada por la historia.

—Eso deberíais preguntárselo a él. Bueno, yo tengo que dejaros. Esta tarde —dijo Íbram dirigiéndose a Stan— te espero en mi herboristería y me cuentas qué hierbas le administraste.

—Allí estaré —contestó diligente el muchacho.

—Así que la niña... —continuó Krahova una vez estaban de nuevo solos en la habitación.

—Tendremos que hablar con el viejo Xilos —resolvió Stan.

Todavía no era la hora de comer y los dos no tenían nada más que hacer, así pues salieron de la casa de la curación con la tranquilidad de que a sus compañeros se les estaba haciendo todo lo posible y se encaminaron hacia el nogal seco, símbolo de la ciudad libre de Cumia. En verdad era un nogal y desde luego parecía seco, era un árbol inmenso y debía de tener una edad superior a los cuatrocientos años, no así la casa más vieja que pudieron ver en la plazuela que rodeaba el árbol. Desde luego era una construcción antigua, pero no tanto como para decir que llevaba allí desde

siempre. La supuesta casa del viejo Xilos parecía herméticamente cerrada, pero no daba la sensación de abandono; nadie hubiera podido decir que allí no habitaba nadie, sino más bien todo lo contrario. Parecía que en esa casa no hacía más de dos días que estaba cerrada. Stan y Krahova se acercaron y llamaron a la puerta sin muchas esperanzas de que alguien contestase.

Después de llamar unas cuantas veces y esperar el tiempo correspondiente, nadie les abrió ninguna puerta por lo que decidieron ir hacia la posada. Por el camino Stan le contó a Krahova que quería comprarse una cota de cuero y que tal vez necesitaría de sus consejos y de su experiencia, pues él no había tenido nunca ninguna. Krahova le intentó explicar las ventajas y los inconvenientes de llevar una cota de cuero rígido, pues si bien se ganaba en protección, también se perdía en movilidad y, en consecuencia, en agilidad; sin contar con el peso adicional que para el individuo representaba. Aunque, según muchos, y Krahova entre ellos, siempre era mejor llevar una protección encima que ir a cuerpo descubierto. Krahova, de todas formas, se comprometió en acompañar a Stan y darle el consejo necesario.

No bien hubieron llegado a la posada cuando se dieron cuenta que había un gran revuelo en la que iba a ser la puerta oeste de la ciudad. Pudieron ver como diez jinetes armados estaban detenidos a escasos doscientos metros de la incipiente muralla. Uno de los jinetes, con estandarte de la ciudad de Mármora ondeando en lo más alto de una pica, se acercaba a paso ligero hasta la puerta. La gente que estaba alrededor de la futura puerta y encaramada a lo alto de la muralla, había cesado su trabajo y todos observaban con atención como el jinete solitario se acercaba a la ciudad. El sargento de la caserna de guardia había abandonado su puesto y seguramente había ido a notificar los nuevos acontecimientos a su superior.

Stan y Krahova cayeron en la cuenta, ahora que observaban la escena, en que eran muy pocos los hombres jóvenes que había en la ciudad, era como si casi todos los ciudadanos entre los dieciocho y los cuarenta y cinco hubiesen abandonado Cumia. Krahova se lo comentó a su compañero y éste lo corroboró asintiendo con la cabeza.

El jinete frenó su caballo a escasos quince pasos de la base de la muralla y apoyó la pica en el suelo, sin descender de su montura, observando los rostros de todos aquellos que le miraban. El jinete era de Mármora. El estandarte ondeaba con toda su fuerza, pues el viento soplaba con ímpetu; el sol amaneciendo, símbolo de la capital del sur, destacaba sobre el cielo gris que se iba ennegreciendo por instantes. El jinete llevaba una cota de malla bien visible y una espada larga enfundada en la silla de su caballo. El animal era un ejemplar magnífico, fuerte y veloz al mismo tiempo. Esperó en silencio a que alguien saliese a recibirle.

Al poco rato llegaron dos capitanes y un miembro del consejo de Cumia. El consejero se adelantó a los dos capitanes y se situó ante el jinete con la mirada desafiante.

—¿Qué queréis? —preguntó el consejero con voz áspera y seca.

—¿Así tratáis a los representantes de Mármora? —preguntó a su vez el jinete.

—Está claro que no venís de forma apacible. Vuestra actitud y vuestras armas así lo demuestran.

—Sólo recorreremos el reino en busca de respuestas.

—¿A qué pregunta? —le imprecó el consejero.

—¿Sois una autoridad aquí? —quiso saber el jinete.

—Me llamo Cónel Úrgom^[48] —respondió el hombre con respetable solemnidad —, consejero y general de la ciudad libre de Cumia. ¿Os sirve esto?

—Entonces responded a la invitación que os ha hecho Mármora para uniros a la gloria y al triunfo del vencedor Damon Wacla.

—Nuestra respuesta es no —dijo bien claro y bien fuerte Cónel para que no hubiese confusión ninguna—. Sólo aceptamos nuestra propia libertad para gobernarnos.

—Sea así entonces —dijo el jinete cogiendo de nuevo el estandarte y haciendo girar su caballo para volver junto a sus compañeros que le esperaban más allá—. Tendréis noticias de Mármora.

Mientras el jinete se alejaba a toda prisa hacia el grupo de nueve que le esperaba, Cónel se reunió con los dos capitanes y se metieron en la ciudad. Hablaron un momento entre ellos y se fueron por el mismo lugar por el que habían llegado, seguramente hacia el palacio del consejo. Inmediatamente el sargento puso a la gente de nuevo en movimiento para que reanudasen las tareas de construcción de la muralla, ahora que parecía más evidente que Mármora tomaría las armas contra Cumia.

Stan se quedó mirando a Krahova con evidente preocupación y ésta le correspondió con una mirada triste e igualmente preocupada. Los jinetes, al poco rato, desaparecieron en la lejanía y el ritmo de trabajo era, en esos momentos, más frenético que nunca; aunque el rumor de la noticia ya circulaba por la ciudad de boca en boca. Los dos amigos se dirigieron a la posada para comer algo.

—Espero que se recuperen pronto —comentó Stan.

—Y yo también —dijo Krahova—. Ahora sí que Cumia no es ciudad segura. Esa muralla no va a aguantar la embestida de Mármora.

—Entonces, ¿por qué la construyen?

—Mientras haya esperanza, Stan, ellos defenderán su libertad. Además mientras aguanten pueden llegar refuerzos de Yíldiz o de Barintia. No van a dejárselo tan fácil a ese Damon, ¿no crees?

—Claro —asintió Stan—. Deberíamos ayudarles mientras estamos aquí.

Entraron en la posada y pidieron comida. El posadero, alterado, les comunicó lo que ya sabían y se dieron cuenta de que en Cumia todos daban por hecho que la

guerra empezaría pronto. En cuanto esos jinetes llegaran a Mármora, Damon Wacla enviaría sus tropas para aplastar a la pequeña ciudad y así demostrar al resto de las ciudades quién ostentaba el nuevo poder. Eso, si ya no las había enviado ya, habiendo supuesto que Cumia diría que no a la rendición.

Tampoco ellos comieron demasiado, pues era evidente que si estaban todavía en la ciudad cuando llegasen las tropas enemigas, sus posibilidades de salir libremente se reducían casi al mínimo. Después de tomar poco de lo que les habían traído, cada uno se fue a su habitación a descansar. Ambos tenían bastante que hacer aquella tarde; Stan tenía que ir con Íbram a identificar hierbas y Krahova quería hablar con el consejo, pues tenía algunas dudas. Después se encontrarían para comprar la cota de cuero rígido para Stan, ya que a partir de ahora iba a necesitarla y cuanto antes se acostumbrase a llevarla, mejor para el grupo, fuese cual fuese el destino que les esperaba.

Capítulo 7

El favor

Krahova se marchó temprano de la habitación, la tarde no estaba muy avanzada, pero amenazaba tormenta. Los nubarrones grises, venidos del oeste ya ocupaban todo el cielo y para los que conocían aquellas tierras, eso significaba que amenazaba lluvias. La muchacha se trasladó a la tienda de hierbas de Íbram, pero como estaba cerrada, fue a visitarlo a su casa. En cuanto llegó a la casa del herbolario, enseguida se percató de que también estaba cerrada, así pues, dedujo que sólo podía estar en un lugar: la casa de la curación; sin embargo antes de encaminarse hacia allí, le pasó por la cabeza la idea de visitar de nuevo al viejo Xilos.

La casa del anciano estaba bastante cerca de la del herbolario y como Cumia era una ciudad pequeña, moverse le resultó fácil sin desorientarse. Enseguida encontró el nogal seco y la vieja casa enfrente. No sabía por qué, pero algo le hacía intuir que ahora sí encontraría a Xilos. Llamó a la puerta y esperó.

Ya empezaba a creer que nadie iba a abrir la puerta, que el anciano no estaba en casa, cuando se abrió la puerta apenas para ver quién estaba detrás de ella. Como no se veía a nadie, Krahova se atrevió a decir:

—¿Xilos?

—¿Quién le busca? —sonó una voz anciana y cansada al otro lado de la puerta.

—Krahova de Yíldiz.

—Bienvenida Krahova —dijo la voz mientras se abría la puerta de par en par.

La muchacha pudo ver entonces quién le hablaba. Era un anciano un poco encorvado de largos pelos blancos. Su rostro y sus manos, curtidas, arrugadas, dejaban ver la experiencia y el paso de los años. Sus cejas estaban densamente pobladas y sus ojos pequeños, de color azul oscuro, escudriñaban a la joven que tenía delante. Vestía una túnica raída y polvorienta de un color amarronado. Krahova le calculó una edad cercana a los noventa años, tal vez uno de los más ancianos que había visto jamás.

—¿Puedo pasar?

—Claro, claro —repuso el anciano—. Adelante.

Al entrar en la estancia de Xilos, lo primero que notó fue un cambio de temperatura. En el interior había un calor agradable, aunque a la vista no hubiese ninguna fuente de calor, ni ninguna chimenea. La estancia estaba en penumbra, la poca luz que entraba de la calle y una vela encendida eran las fuentes de luz. También

pudo observar que había un mostrador de madera, pequeño, en el centro y multitud de objetos por todas partes, incluso colgados del techo. Una vieja cortina en una puerta al fondo de la habitación separaba el lugar donde se encontraban de lo que Krahova imaginó que sería la casa del anciano. Curiosamente no olía a cerrado, era como si aquella mañana hubiese estado ventilado.

—¿Qué deseas? —le preguntó el anciano poniéndose detrás del mostrador.

—En realidad no he venido a comprar nada.

—Te he preguntado qué deseas, no qué ibas a comprarme —le sorprendió el anciano con su respuesta.

—Íbram me dijo que debía preguntarte por qué no buscaste a Jin cuando desapareció.

—Íbram no puede haberte dicho esto, porque él sabe que sí lo hice. Tal vez —continuó Xilos—, quien no lo sepa, seas tú.

—Verás... Jin ha vuelto, ha venido con nosotros.

—Lo sé, como sabía cuando se fue que algún día volvería, pero no creí que lo hiciera tan pronto.

—¿Pronto? Han pasado seis años, según me dijo Íbram.

—¿Sólo querías eso? —preguntó de forma tajante el viejo—. Yo creo que no.

—Si ya sabes que está aquí... no sé qué más puedo querer —dijo la muchacha encogiéndose de hombros—. Jin no es hija tuya, ni nieta, ¿verdad?

—No, ni sobrina. La dejaron frente a mi puerta una noche oscura sin luna cuando calculamos que tendría unos seis meses —explicó el anciano— y entre Íbram y yo la cuidamos y la educamos.

—¿Y quién la dejó aquí? —preguntó ella con curiosidad—. ¿No lo supisteis nunca?

—Alguien que no podría con ella. Algún viajero, quién sabe.

—Bueno, pues ya no tengo más preguntas. Ahora supongo que volverá a quedarse.

—Ella debe decidir si quiere hacerlo.

—Debo hablar con Íbram, gracias por atenderme.

—Vuelve cuando quieras. Estaré esperándote.

Krahova abandonó la casa de Xilos algo contrariada, pero sobre todo intrigada por lo enigmático de su interlocutor. Fuera, el golpe de frío le hizo darse cuenta de lo bien que se estaba dentro. El viejo debía de tener un sistema muy eficaz de calentamiento de su vivienda. Sin darle más vueltas al asunto se dirigió hacia la casa de la curación en busca del herbolario.

En cuanto llegó y preguntó por él, al soldado que había en la puerta, éste le comunicó que hacía un instante que se había marchado. Seguramente se habría ido a la herboristería.

Krahova determinó que subiría para ver cómo seguían sus compañeros. Cuando llegó a la habitación, su sorpresa fue enorme. Tórnax seguía en la cama, dormido, pero con un rostro y un color más esperanzador, pero Jin no estaba. La cama que había ocupado la jovencita estaba vacía y la ropa se la habían llevado. Krahova buscó alguno de los ayudantes que siempre había en la casa hasta que halló a uno transportando objetos, para preparar hierbas, hacia alguna de las estancias.

—¡Oye! ¿Sabes dónde está la joven que llegó ayer? —preguntó Krahova con cierto nerviosismo—. Su cama está vacía.

—Si no está en su habitación, solamente puede significar dos cosas. O le han... —respondió el muchacho.

—¿Alguien sabe lo que le ha sucedido? —empezó a alzar la voz.

—¿Qué pasa aquí? —dijo otro joven saliendo de una de las habitaciones cercana—. ¿Quién grita?

—¿Sabéis algo de Jin? —imploró Krahova.

—¿Os referís a la chiquita que trajeron ayer?

—Sí, a esa. ¿Dónde está? —dijo la muchacha con la voz temblorosa.

—Íbram certificó su curación hoy, después de las comidas. Se fue en cuanto Íbram le dijo que podía hacerlo.

—Vaya —respiró hondo Krahova, mucho más tranquila—. Y gracias.

Krahova abandonó la casa de la curación mucho más alegre y se encaminó hacia la tienda del herbolario, para saber dónde habría ido Jin, olvidándose por completo de los asuntos que quería tratar con el consejo. A medida que se iba acercando a la herboristería, empezaron a caer gotas de lluvia y el viento era frío y desagradable. Los que construían la muralla dejaron el trabajo rápidamente y todos corrieron a sus casas a refugiarse y a tomar un merecido descanso.

Antes de llegar a la tienda de Íbram, Krahova decidió pasarse por un puesto de postas, pues creyó importante comunicarse con Féllow y decirle que no habían podido rescatar al niño, pero que en cuanto pudiesen abandonar Cumia, se dirigirían a Dapur con la intención de interceptarlos antes de que saliesen hacia Mármora, tarea en la que Stan les ayudaría mucho, pues él conocía a Wylan Kadir y podría darles información interesante.

Stan se levantó de la pequeña siesta que se había echado, bajó al salón de la posada y después de comprobar que no estaba Krahova, pues el posadero le había comunicado que se había marchado temprano, se dirigió a la tienda de Íbram. En un instante llegó a su destino, pues la posada estaba casi al lado de la herboristería. Íbram estaba colocando unas hierbas sobre el mostrador cubierto de mármol y al oír que se abría la puerta levantó la cabeza para ver quién entraba.

—Buenas tardes, Stan —saludó.

—Hola.

—Mira estas hierbas y dime si reconoces alguna —le indicó.

—Veamos... esta sí —dijo señalando una raíz.

—*Díjor*. Bien, un reconstituyente, aunque no creo que le hiciese mucho.

—A Jin también le di una.

—Pues a Jin le debió ir mejor, pues ya corre por Cumia —le comunicó el hombre.

—¡Qué bien! —exclamó Stan—. Después iré a verla.

—Eso si no viene ella antes a ti.

—Esta hoja... —prosiguió la identificación señalando sobre el mostrador de mármol—, era parecida, pero como más dentada.

—¿Cómo esta hoja? —dijo mostrándole una que sacó de una caja.

—¡Sí! Como esta hoja.

—*Túrgeri* —le comunicó el herbolario—, detiene las hemorragias, es un potente cicatrizante. Bien hecho, Stan.

—También les di una flor azul —dijo Stan recordando.

—De eso no tengo —comentó Íbram—, pero sólo puede ser *gorfira*. Eso les salvó la vida, aunque corre el peligro de crear adicción. Pero eso lo veremos dentro de unos días.

—Vaya —se lamentó el muchacho—, no sabía que...

—Cuanto más potentes son, más peligros corremos. No es bueno abusar de ellas.

—También le di otra raíz —continuó Stan—, pero más blanquecina que la que te he dicho antes.

—Tampoco tengo de esto, pero no importa, con lo que me has dicho, creo que...

—se interrumpió Íbram para ver quién entraba en la tienda.

—Hola —saludó Krahova.

—Hola —respondieron los dos a la vez.

—Han dejado marchar a Jin —dijo la muchacha encarándose a Stan.

—Algo me ha dicho Íbram. Iba a verla ahora.

—Pues ya no está en la casa de la curación, vengo yo de allí.

—¿Ya no está? —preguntó el herbolario—. Estará con el viejo Xilos, tendrán cosas que contarse.

—También hablé con el anciano —explicó Krahova.

—¿Y? —quiso saber Stan.

—Enigmático individuo —resumió la chica—. Hay cosas que...

—Jamás las entenderías —atajó Íbram—. Fíjate lo anciano que es, tú lo has visto. A veces se va de la ciudad y no vuelve en semanas. Y lo más curioso, vuelve cargado de hierbas que me entrega y algunas de ellas sólo crecen en la alta montaña. ¿De dónde las saca?

—Habrà algún lugar que él conoce donde nazcan plantas que crecen en lugares no habituales —respondió Krahova intentando encontrar una explicación lógica.

—Imposible —respondió el herbolario—, en los años que llevo dedicado a las hierbas, jamás vi hojas de *glaufedra* por debajo de los cuatro mil metros de altura.

—Vaya con el viejo Xilos —comentó Stan—, ¿y por dónde sube a esa altura?, porque escalar no creo que pueda, digo yo. Seguirá algún camino, ¿no?

—¿Camino? —dijo de repente Krahova—. Si existe algún camino que ascienda a esa altura es muy probable que...

—¿Qué? —dijo el herbolario—. Continúa...

—Nada, tonterías —se apresuró a decir con la mirada pensativa—. ¿Has acabado ya, Stan?

—Sí —dijo el hombre—. Con lo que me ha dicho he tenido suficiente.

—Por cierto, Íbram, no tenemos dinero para pagarte la hoja, ya te lo dijimos... —dijo Krahova preocupada.

—No te preocupes. El consejo tiene algo que pedirnos, pero estamos esperando que se recupere Tórnox, él también tiene que decidir. Ya hablaremos.

—Vámonos —dijo Stan—. Hay que buscar a Jin e ir a comprar la cota.

Stan y Krahova abandonaron la herboristería contrariados por lo que les habían contado del viejo Xilos e intrigados por lo que el consejo les pediría. No sabían qué podía ser útil para el consejo y, además, que ellos pudiesen cumplirlo.

Krahova se paró en seco en medio de la calle, bajo una llovizna bastante intensa. Stan se la quedó mirando, tal vez esperando que ella dijese alguna cosa de lo que le pasaba por su cabeza, cuando una palmada en la espalda a ambos les sorprendió.

—Hola —exclamó Jin—. Os he estado buscando.

—Pues no has encontrado —refunfuñó Stan.

—Vamos a la posada donde os alojáis —propuso Jin.

—Tenemos que ir a comprar una cota —repuso el muchacho—. Se avecinan malos tiempos y...

—Déjate de tonterías —se mofó Jin—. Para cuando quieran llegar los soldados de Mármora, que todo me lo ha contado Xilos, nosotros ya no estaremos aquí.

—¿Qué te ha contado Xilos? —preguntó Krahova cogiéndole del brazo.

—Me haces daño Krahova —se quejó Jin—, suéltame.

—Perdona —se excusó Krahova, confusa.

—Tengo algo para vosotros —confesó Jin.

—¿Qué? —preguntó Stan.

—Vamos a la posada y os lo enseño —dijo dándose importancia.

Jin encabezó la marcha casi perseguida por los otros dos, totalmente intrigados, sin perderle el paso hasta que llegaron a la posada. Una vez dentro, Jin llamó al posadero y pidió cerveza para todos. Esperó a que la sirviesen y de nada les sirvió a Krahova y a Stan que se impacientasen e intentaran sonsacarle qué cosa tenía.

Una vez el posadero les hubo dejado solos, Jin, con toda solemnidad, rebuscó en

su mochila y poniéndose un dedo frente a su nariz, pidiendo silencio a sus compañeros, sacó un papel arrugado y amarillento y lo colocó encima de la mesa. Sus dos compañeros se miraron entre sí, sin atreverse a decir palabra, luego miraron a Jin como interrogándole. Jin miró hacia un lado y otro y cuando se cercioró que los pocos clientes que había en la posada no tenían ningún interés por lo que pasaba en su mesa, entonces empezó a desplegar el papel apergaminado, dejando ver lo que, en principio, parecía ser un viejo mapa.

Poco a poco, sus dos compañeros fueron identificando los símbolos necesarios para interpretar lo que allí había representado. El mapa tenía una firma.

—¿De dónde lo has sacado? —dijo Krahova con la boca abierta todavía por la sorpresa, al empezar a comprender de qué se trataba.

—Sssch... Lo tenía el viejo en su casa —respondió Jin—. Y creo que te será útil Krahova.

—Pero... —balbuceaba la muchacha—, pero...

—¿Alguien puede decirme qué es este mapa? —preguntó Stan muy molesto—. A qué viene tanta sorpresa.

—Para empezar, Stan —explicó Krahova—, fíjate en la firma.

—Kilias Nor —leyó el chico—, ¿y?

—¿No sabes quién era Kilias Nor? —preguntó Krahova en un hilo de voz—. El cartógrafo oficial de Íler Ármitac, el gran rey. Este mapa tiene al menos...

—Doscientos años como mínimo —sonrió Jin—, o más.

—Así debe ser, seguro que ya no es válido —repuso Stan sin llegar a comprender la importancia que podía llegar a tener el objeto.

—Pero, Stan —se sorprendió Krahova—. ¿No ves que es un mapa que dibuja un posible camino a través de La Muralla?

—Y si es cierto, ¿por qué no lo cruzó el rey? —preguntó incrédulo Stan—. Eso debe ser mentira, las montañas no pueden cruzarse.

—¿Pero no acabas de oír lo que dice Íbram sobre el viejo? —dijo Krahova—. Esto podría ser una buena explicación.

—¿Y para qué queremos esto? —preguntó Stan.

—Guárdalo Jin —dijo Krahova—, si esto llegase a manos de...

—Es tuyo —dijo Jin—, lo cogí para ti.

—¿Y el viejo?

—Seguro que no lo echará en falta. Tiene tantas cosas...

—Repito que es falso —dijo Stan molesto—, si no cómo es que Íler no cruzó las montañas él mismo.

—Un poco de historia no te vendría nada mal —repuso Jin enfadada—, Stan. Te recuerdo que Kilias Nor, después de cartografiar la Gran Llanura, se dedicó a otros menesteres como lo de hacer lo mismo con La Muralla. Kilias desapareció mientras

realizaba este trabajo y sus compañeros de expedición, que jamás pudieron hallar el cuerpo, supusieron que habría muerto en alguna de las gargantas.

—¿Y cómo le ha llegado el mapa al viejo? —preguntó Stan en un intento de demostrarles que era falso.

—Eso no lo podemos saber —respondió Krahova—, porque preguntárselo a Xilos es aceptar que lo hemos visto y darse cuenta de que ya no lo tiene.

—Claro —repuso Jin.

—Vaya, vaya. Así que las leyendas sobre este mapa eran ciertas —dijo Krahova mientras guardaba el plano en su mochila—. De esto no tiene que enterarse nadie, ¿de acuerdo?

—¿Ni Tórmax? —preguntó Stan.

—¡Nadie! —ordenó Krahova—. Y ahora vamos a por la cota, ¿nos acompañas Jin?

—No, os espero aquí.

—Hasta luego —se despidió Krahova, cogiendo a Stan por el brazo y llevándose a la calle.

Stan seguía a Krahova por las calles de Cumia con la lengua fuera. Daba la sensación de que la muchacha tenía prisa por comprar la cota de su compañero y volver cuanto antes a la posada. No estaba segura de lo que haría Jin la próxima vez, pero era evidente que si Xilos descubría que le habían robado el mapa, se iba a armar una buena, pero devolverlo era muy difícil para ella, era la prueba que había estado buscando para sacar a su padre de la cárcel.

El mapa del que le había hablado a Landin era una realidad y deseaba examinarlo con más detenimiento, e incluso se le pasó por la cabeza hacer una copia antes de devolvérselo al viejo, pero sabía que eso era difícil, no disponían de tiempo, aunque Tórmax no había despertado todavía.

Stan viendo que Krahova iba sumida en sus cavilaciones y que en una esquina cogía otro camino que no conducía a la tienda que él había visitado aquella mañana, la llamó. Cuando llegaron al comercio, éste estaba abierto, pues la lluvia que caía había permitido a los que construían la muralla, tomarse un respiro, y por tanto, volver a sus actividades cotidianas.

Entraron en la tienda y Stan le señaló a Krahova las tres cotas colgadas del techo.

—Son esas. Buenas tardes.

—Buenas tardes —contestó el mercader—. Has vuelto, veo que estás interesado.

—Quisiera examinarlas mejor —dijo el muchacho.

El hombre de la tienda las descolgó y las dejó encima del mostrador para que las examinasen con cuidado y detenimiento. Krahova iba tocando, acariciando y dándole vueltas para observar el grado de deterioro o los posibles agujeros o roturas de costuras que pudiesen tener. Después de haberlas examinado se las pasó una por una

a Stan para que se las probase, cosa que el muchacho se dispuso a hacer de inmediato.

—Ésta te queda muy ajustada, demasiado —comentó Krahova.

—Veo que entendéis, señora —dijo el hombre de la tienda.

—Algo, no mucho —respondió la chica—. Pero sé si me quieren engañar.

—Más lejos de mi intención. Esta le queda mucho mejor —dijo refiriéndose a la segunda que acababa de probarse—, y es muy buena.

—Lo parece —dijo Krahova—, veamos el precio.

—Pero esto es muy incómodo —comentó Stan.

—Tendrás que acostumbrarte —le explicó Krahova—. Al principio cuesta un poco.

—¿Qué te parece Krahova?

—Yo creo que me quedaría con la segunda, es, de las tres, la que mejor te queda. ¿Qué precio tiene? —preguntó la chica al vendedor.

—Seis monedas de oro.

—Es excesivo y lo sabéis —dijo Krahova—. Cuarenta y ocho de plata.

—Imposible señora, muy económico vendéis —empezó el regateo el señor—. Cincuenta y ocho.

—Cincuenta y no damos más.

—No encontraréis nada mejor por aquí. ¿Cincuenta y cinco?

—De acuerdo —respondió satisfecha Krahova mientras le guiñaba el ojo a Stan.

—Pero... —protestó el muchacho—, ¿de plata?

—Claro, acaso piensas que estás comparando una armadura completa.

—De acuerdo.

Stan sacó de su mochila seis monedas de oro con el símbolo de Barintia y las depositó encima del mostrador mientras se ponía la ropa encima de la cota que ya llevaba. El hombre examinó las monedas y le devolvió cinco de plata con los símbolos de Yíldiz, que Krahova identificó de inmediato. Fue Krahova quien recogió las monedas y antes de que Stan hubiese acabado de vestirse, se lo llevó del brazo hacia la calle. Krahova respiró hondo, como si hubiese tomado una decisión y se encaminó hacia la casa del viejo Xilos.

—¿Dónde vamos? —preguntó Stan corriendo tras ella.

—Si quieres volver a la posada, ve. Yo voy a devolver el mapa.

—Pero cómo le explicarás a Xilos que...

—Algo se me ocurrirá. Vete a la posada —prefirió Krahova— y vigila a Jin, para que no haga más de las suyas.

—De acuerdo —aceptó Stan—, luego nos vemos.

Aunque fina, la lluvia iba calando y cuando Krahova estuvo de nuevo frente al nogal seco, estaba completamente empapada. La casa del viejo seguía cerrada y no

parecía que hubiese nadie, pero Krahova estaba tan decidida que llamó a la puerta. Transcurridos unos instantes, cuando se disponía a llamar de nuevo, se oyó ruido tras la puerta y después se abrió ésta, mostrando al viejo Xilos, otra vez.

—Te vas a mojar, pequeña. Entra —la invitó Xilos.

—Ya me he mojado. Gracias de todos modos.

—Por fin vuelves, a pedirme aquello que deseas, ¿no es así? —preguntó enigmático el anciano.

—Venía a devolverte esto, creo que es tuyo —dijo Krahova sacando el mapa de la mochila—. Perdona a Jin, es muy joven todavía...

—¿Acaso crees que no lo sabía? Ella se lo llevó para dártelo a ti. Yo mismo lo dejé a su vista para que se lo llevase.

—Pero... —dijo extrañada la muchacha—, ¿cómo sabéis...?

—Conozco a Sheldon Tálec, pequeña. Y hace un par de días hablé con él, de vosotros. Te tiene en muy buena estima y se siente feliz de que sigas con vida.

—Pero si hay más de tres días de camino hasta Yíldiz...

—Ayer se fue de Cumia, no quiso decirte nada. Ahora tú tienes tus misiones y él, las suyas. Pero va a enviar a alguien para que os ayude.

—¿Alguien? ¿Para que nos ayude? —preguntó Krahova—. No entiendo.

—Tiempo, date tiempo, pequeña. Tórmax, tu amigo, ha abierto los ojos y esta noche os visitará el consejo para pedirnos algo. Recuerda que le debéis la vida a Íbram y a toda la ciudad de Cumia.

—Pero nosotros tenemos que ir tras Landin y el hijo de Tárneas —dijo Krahova.

—Esos asuntos ya no os competen. Otros —y pronunció esa palabra con una entonación diferente para resaltarla— ya se están ocupando de ello. Vosotros habéis hecho lo que habéis podido; y ha sido mucho porque habéis traído información muy útil y habéis acabado con alguno de ellos. Ahora vuestra misión es otra, es el favor que va a pedirnos Cumia.

—¿Y el mapa, no lo queréis?

—Es tuyo. Nadie más que tú —explicó Xilos— desea tanto demostrar que pueden atravesarse las montañas. Lo encontré yo hace mucho tiempo junto a los restos de alguien que debió despeñarse. Posiblemente fueran los restos de Kiliyas Nor, que terminó su vida en el intento. Compruébalo tú misma intentándolo y si es cierto, podrás sacar a tu padre de la cárcel.

—Pero se necesita dinero para...

—¿Y quién va a pagar? —le respondió Xilos—. Recuerda que se acerca la guerra y mientras se lucha, el dinero sólo sirve para hacer armas y comprar mercenarios. Aquí poco podemos hacer, pero en Léstora y en Barintia le plantarán cara a Mármora y Dapur. Nadie te hará caso si les muestras el mapa, debes mostrarles el camino. Además es mejor que esté en tus manos, ya me entiendes.

—Gracias Xilos —dijo Krahova emocionada, dándole un beso en la mejilla.

—Ahora vete con Tórmax y los tuyos. Hay muchos intereses en la corona y el de Cumia no deja de ser uno más. Cuidad de Jin.

—Lo haremos. No te preocupes —prometió antes de irse.

Cuando salió a la calle, las lágrimas de emoción se mezclaban con el agua de lluvia. Se dirigió a la casa de la curación para ver a su amigo Tórmax, pero cuando llegó un soldado le impidió el paso.

—No puedes pasar —dijo el guardia de forma contundente.

—Pero si mi amigo está ahí dentro.

—Mañana —fue la respuesta del soldado.

Krahova se quedó un buen rato en la puerta de la casa de la curación, pero como veía que el soldado no iba a deponer su actitud, se decidió a abandonar el lugar y volver a la posada para comunicar a Jin y a Stan lo que Xilos le había revelado. Debían oír la propuesta del consejo, el anciano le había dicho que era una más, ya decidirían.

Por efecto de la lluvia y el cielo cubierto, cuando Krahova llegó a la posada ya era bastante oscuro. Dentro había unas pocas personas sentadas en las mesas, charlando, pero no vio a ninguno de sus dos compañeros. Inmediatamente se dirigió a su habitación para cambiarse la ropa mojada y no coger un resfriado; después de un rato, en que intentó secarla lo mejor que pudo, volvió a bajar al salón a esperar a sus amigos y cenar con ellos, intentando imaginar lo que debía estar ocurriendo en la casa de la curación con Tórmax.

Largo rato tuvo que esperar Krahova hasta que llegaron sus dos compañeros. El sol ya se había ocultado y el cielo tenía un intenso color rojizo mientras en los cristales de las ventanas de la posada podía oírse el golpeteo de las gotas de lluvia cada vez más intensa, empujada por ráfagas de viento. El tiempo estaba empeorando, pero parecía que no iba a volver a nevar. Krahova ya había pedido la cena y estaba comiendo sola en el salón, pues en la posada ya no estaba alojado nadie más que ellos. El rumor de la guerra había hecho huir a los pocos comerciantes que no eran de Cumia hacia sus ciudades, sobre todo después del encuentro que habían tenido el representante o emisario de Mármora y Cónel Úrgom, miembro del consejo de la ciudad. La guerra asustaba a todos y Cumia, la ciudad libre, era una ciudad vacía de extranjeros e incluso de nativos, excepto Tórmax, Stan y ella misma; Jin, al parecer, podía considerarse de allí.

Casi había acabado de cenar cuando del piso superior bajaron Stan y Jin, riéndose y charlando animadamente. En cuanto vieron a Krahova hacia allí se dirigieron.

—¿Qué os hace tanta gracia? —preguntó Krahova.

—Le contaba anécdotas de Dapur —respondió alegre Jin.

—¿Qué ha dicho Xilos? —preguntó Stan, recordando de pronto de dónde venía

Krahova.

—Tórmax ha despertado —anunció la muchacha—, pero no he podido ir a verlo. No me han dejado entrar en la casa de la curación.

—Bueno, así nos iremos pronto —dijo Stan sin darle importancia al hecho de que no hubiesen permitido a Krahova entrar a ver a Tórmax—. ¿A Mármora?

—No, Stan, ni a Dapur, tampoco.

—¿Adónde? —quiso saber el muchacho.

—No lo sé todavía, pero lejos de Cumia —respondió Krahova.

—¿Pero iremos tras Landin, no? —preguntó Jin.

—No —bajó la cabeza Krahova—, el consejo quiere pedirnos un favor y creo que no nos quedará más remedio que aceptar.

—¿Qué favor? —preguntó extrañado Stan.

—No me preguntéis. No sé nada —respondió Krahova entristecida—. Le debemos la vida a Cumia. Cenad ahora, es posible que esta misma noche nos lo propongan.

Jin y Stan comieron lo que les sirvieron, una cena más bien escasa y ligera, aunque el posadero se excusó diciendo que no le llegaban las provisiones que antes llegaban a la ciudad; comentario que les hizo caer en la cuenta, de nuevo, que la situación no era muy halagüeña y que la guerra podía llegar de pronto, cuando menos se lo esperasen. Comieron en silencio, cada uno pensando en sus cosas y sólo después de comer el posadero se acercó a ellos y se atrevió a hablarles.

—Si me permiten...

—Di —le espetó Krahova—, ¿qué ocurre?

—Verán... tengo que pagar algunas cosas y..., como no sé los días que van a quedarse...

—Quieres que te pagemos hasta esta noche, ¿no es eso? —acabó la frase la muchacha.

—Sí —respondió el posadero más tranquilo.

—No hay problema —respondió Krahova y los demás asintieron con la cabeza.

—Veamos... —calculó el posadero—. Vos, señor, cincuenta y cinco de cobre, la señora, veintisiete y la chica dos de plata.

—No sé cuánto nos vamos a quedar, creo que poco —le comunicó Krahova mientras todos iban poniendo las monedas que se les había pedido sobre la mesa—, pero si decidiésemos quedarnos más tiempo te iríamos pagando al día.

—De acuerdo —respondió el posadero.

Los tres amigos se quedaron sin moverse un buen rato, hasta que finalmente Krahova se levantó.

—Yo voy a dormir un poco.

En ese instante se abrió la puerta de la posada y todos miraron en dirección a la

entrada para ver a Íbram, completamente empapado, entrar rápido en el salón donde estaban. Se sacudió el agua de la copiosa lluvia que caía, levantó la mirada y se dirigió hacia ellos.

—El consejo reclama vuestra presencia.

—¿Ahora? —preguntó Jin.

—Ahora mejor que más tarde —les comunicó con seriedad—. Las tropas de Mármora ya han instalado su primer campamento a menos de media jornada de Cumia. Pronto van a llegar más soldados y entonces salir de la ciudad, sin ser vistos, va a ser muy complicado.

Los tres, sólo con oír esas palabras, se dieron toda la prisa que pudieron. Cogieron sus cosas y esperaron a que el herbolario les diese las instrucciones. Una vez los vio equipados, Íbram les dijo que debían dejar todo en la posada, pues en la sala del consejo debía entrarse desarmado y que allí donde iban no las necesitaban, que ya tendrían tiempo de volver a por ellas.

El hombre les condujo, baja una intensa lluvia y un viento fuerte y frío por las calles de Cumia hasta llegar ante el palacio en el que Stan había estado a su llegada a la ciudad. Entraron dentro de la casa del consejo, pero esta vez no les llevaron a la sala porticada, sino que entraron por otras dependencias hasta llegar a un salón recubierto de madera hasta media altura que hacía más acogedora, y también más cálida, la estancia. En los dos extremos de la sala había unos gruesos y altos candelabros de hierro que iluminaban por completo el lugar. Alrededor de la sala, junto a las paredes, había varias sillas y una gran mesa rectangular en el centro; la mesa era de nogal, ricamente tallada y decorada y se conservaba en muy buen estado. Sobre la mesa había cuatro candelabros más, pequeños, con muchas velas encendidas para dar una mayor y mejor iluminación a lo que se hacía y había encima de la mesa.

Cuando entraron los tres amigos, seguidos de Íbram, les estaban esperando de pie los cinco consejeros con los semblantes serios y preocupados, y sentado en una silla, en un extremo de la mesa, su amigo Tórnax, recuperado pero demasiado débil todavía para levantarse. Los tres corrieron a saludarle y a abrazarlo bajo la atenta mirada de todos los consejeros y la leve sonrisa del herbolario.

—Tomad asiento —dijo Zennia, la principal del consejo.

Cada uno cogió una silla y se sentó alrededor de la mesa de forma que en un extremo, presidiéndola, estaba Zennia y enfrente, opuesto a ella, Íbram Áftad, el herbolario. Al sentarse se dieron cuenta de que encima de la mesa había unos rollos de papel escrito y otros que parecían planos y mapas de la zona.

—Lo que nos reúne aquí a todos ya sabemos que es grave —empezó diciendo la principal del consejo—. Por eso debemos actuar con presteza. Habéis llegado a Cumia en un mal momento, pero no deja de ser un momento óptimo para nosotros. Cuando nos enteramos que Damon Wacla intentaba apoderarse del trono de Hárkad,

evidentemente, decidimos que nosotros íbamos a seguir siendo una ciudad libre. Algunos se marcharon de Cumia en los siguientes días, temiendo lo peor, y no les faltó razón; pero otros decidimos quedarnos y enfrentarnos a lo que el destino nos tenga reservado. Incluso algunos confiaron, y siguen confiando, en nuestra lucha, pero teniendo en cuenta los campamentos militares de Mármora que ya se han establecido en las cercanías de Cumia, os queremos pedir un gran favor.

Los tres compañeros que habían entrado en la sala prestaban el máximo de atención, sin embargo Tórmax parecía saber ya lo que se les iba a pedir, pues parecía bastante tranquilo y despreocupado y parecía no tomar mucho interés.

—Existe un muchacho, de diez años —continuó su discurso Zennia—, que nos iba a ser confiado para su protección, pero no ha llegado todavía a Cumia, pues la presencia de los soldados de Mármora le han hecho temer y se ha desviado a Yíldiz.

—Hemos hecho un cálculo aproximado —intervino Cónel Úrgom, consejero y general del ejército de Cumia—. En caso de que sólo nos asedien, con las provisiones que tenemos en nuestro almacenes, podemos resistir un mes, aproximadamente. Contando siempre que no nos envenenen las aguas del río.

—Por lo que hemos visto —comentó Íbram—, son dados a utilizar venenos. Vosotros sois una prueba.

—Si nos atacan frontalmente —continuó Cónel—, no creo que resistamos más de una semana. Eso contando con que no vamos a recibir ayuda.

—¿Y Yíldiz no puede ayudaros? —preguntó Krahova.

—Cuando caiga Cumia —respondió Cónel— las tropas de Mármora irán hacia el norte, aunque estarán algo mermadas. Eso esperamos. Si Yíldiz se implica ahora, es posible que caigamos las dos ciudades al mismo tiempo. Y eso no sería nada bueno para Barintia.

—Así que, tarde o temprano —explicó Zennia—, Cumia caerá y todo lo que podamos salvar de ella, puede que en el futuro sea indispensable para que vuelva a ser reconstruida como una ciudad libre. Y entre esas cosas está ese muchacho.

—¿Y no se puede quedar en Yíldiz? —preguntó Stan.

—Sería una agonía retrasada para él —respondió Zennia—. Acabaría por ser apresado.

—¿Y quién es el muchacho? —preguntó Krahova.

—Eso lo sabréis en su momento —respondió Zennia.

—Cuantos menos lo sepan, más seguro —dijo Ískam Arien^[49], un consejero delgado y pelirrojo que hasta entonces había permanecido en silencio.

—¿Y cómo podemos ayudaros? —preguntó de nuevo Krahova.

—Hemos pensado —intervino Zennia— que podríais recogerlo en Yíldiz y llevarlo a... Aras.

Tórmax sonrió sentado en su silla, apenas se había movido desde que había

empezado aquella reunión, pero a pesar de permanecer tranquilamente sentado, daba la sensación de que algunas de las preguntas que ahora hacían sus compañeros, él las había hecho antes.

Ahora eran sus compañeros los que, agitados por el deseo del consejo, hablaban entre sí, alzando cada vez más la voz, nerviosos; mientras que Zennia levantaba la mano en señal de calma. La agitación se había apoderado de ellos, el solo nombre de Aras, la ciudad maldita, para ellos era un sacrilegio y aunque Zennia pedía con su voz que hubiese silencio para proseguir, los tres amigos se exclamaban, gesticulaban y los demás miembros del consejo cabeceaban pensando que no había sido muy buena idea confiarles esa misión.

—¡Un poco de calma! —gritó Íbram haciéndose oír por encima de todos—. Un poco de silencio.

—Veamos, amigos —dijo finalmente Zennia después de que todos volviesen a callarse—. ¿Cuál es el problema? Uno a uno, si no os parece mal.

—Pero si lo que queda de esa ciudad son sólo ruinas —dijo Krahova—. ¿Por qué allí?

—Hace ya algunos años —empezó diciendo Íbram— que algunos antiguos habitantes de Aras han vuelto a habitar sus ruinas, pero sólo los de Cumia lo sabemos y lo mantenemos en secreto, porque nos conviene a todos. Los Ármitac —prosiguió— hicieron muy bien su trabajo, pero todo acaba por olvidarse, incluso las prohibiciones. Damon Wacla, estamos convencidos, no sabe nada de esa gente. Es el único refugio que nos queda a muchos. Además, ¿quién maldijo la ciudad convirtiéndola en ruinas y prohibiendo que nadie, bajo la amenaza del castigo y la muerte ejemplar, viviese en la que antaño fue la gran ciudad de Aras?

—Íler Ármitac —respondió Krahova—, el gran rey.

—¿Y hay ahora algún Ármitac en el trono? —preguntó Cónel.

—Yo quiero preguntar una cosa —dijo Stan—. ¿Por qué tenemos que ir nosotros?

—Debéis un favor a la ciudad —contestó Zennia—. Este es el favor que os pedimos.

—En todo caso —prosiguió Stan—, se lo debemos a Íbram.

—Yo soy la ciudad —respondió Íbram—. Da lo mismo a quien se lo devuelvas.

—Además —dijo por primera vez Tórnax— yo ya he aceptado la misión, aunque tenga que ir solo.

—Solo no irás —se apresuró a decir Jin—. Yo voy contigo.

—Y yo —añadió Krahova con rapidez.

—Pero ¿no hay nadie en Cumia que no pueda hacerlo? —insistió Stan—. Me he dado cuenta de que no hay jóvenes en Cumia, ¿acaso les planteasteis lo mismo y huyeron?

—No quiero ver malicia en tus palabras —explicó Zennia—. Todos en Cumia son

necesarios ahora y más me gustaría que os quedaseis aquí a defender la ciudad, porque estoy segura de que sois gente de valor y de experiencia; y eso es precisamente lo que necesitamos. Tú mismo acabas de decirlo, no hay jóvenes en Cumia, porque desaparecieron de la ciudad hace ahora tres meses escasos.

—¿Desaparecieron? —preguntó Krahova.

—Llegaron a Cumia gentes procedentes de Xamin, de Dapur y de Barintia. Iban todos juntos, mercenarios liderados por una mujer joven. Estuvieron cuatro días en la ciudad, siempre detrás de los jóvenes y al quinto día, cuando despertamos, se habían ido. Nuestro jóvenes con ellos.

—¿Y dónde fueron? —preguntó Tórnox cada vez más interesado.

—No lo sabemos —respondió Cónel—. Aunque casualmente, a la semana de haberse ido, el cortejo fúnebre de Íged Ármitac, en el que iba su mujer Jania Desolt y el capitán general de Barintia, Jal Jármush, fueron atacados en una emboscada, relativamente cerca de aquí. Sólo una pudo escapar, ya lo sabéis.

—Dos —dijo Íbram—. Olvidáis la que está en Xamin.

—Estaba —dijo Tórnox—. Murió, aunque dijo cosas interesantes antes de morir.

—¿Y tú cómo puedes saber tanto? —preguntó Ebén Ezer, otro miembro del consejo.

—Es un Némolin —respondió con rapidez Íbram—. Enseñanos la daga.

—¿Un qué? —preguntó Stan.

—Luego te lo explico —dijo Tórnox mientras mostraba la daga ante el consejo—. Hay una tercera muchacha, pero nadie sabe dónde está.

—Si no la ha encontrado nadie, nadie sabe dónde está —argumentó Zennia—, pero si alguien la encontró, ese alguien... Si la encontraron en Dapur o en Mármora ya lo sabrán todo.

—De todas formas el consejo os ayudará —dijo el último de los consejeros que todavía no había hablado, un hombre bajito y muy delgado—. La misión es lo suficientemente delicada como para que vayan dos más con vosotros.

—¿Dos más? —preguntó Tórnox.

—Sí, dos hermanos que conocen la zona —contestó Zennia—, ya que no podéis ir por el camino y deberéis pasar lo más desapercibidos posible. Saldréis de Yíldiz con ellos, os estarán esperando junto al niño y una mujer que va con él. En cuanto podáis os iréis de Cumia.

—¿Quiénes son esos hermanos? —insistió Tórnox.

—Son cazadores de las montañas que abastecen a Cumia de pieles —respondió Milo Vixa^[50], el consejero más bajito de todos—. Conocen toda esa zona y os conducirán hasta Aras por sitio seguro.

—¿Y cómo sabremos que son ellos? —preguntó Krahova.

—Una vez en Yíldiz debéis ir a casa de Sheldon —les comunicó Íbram—. Él está

al corriente de todo.

—¿Y cuando hayamos llegado a Aras, qué hacemos? —preguntó Stan.

—Eso —dijo Zennia bajando la cabeza— depende de vosotros. El favor ya estará pagado y por tanto podréis hacer lo que deseéis. Ahora, si así lo precisáis, os dejaremos solos. Aquí tenéis mapas de la zona para que los consultéis y hacer vuestras anotaciones, para que discutáis cuál es la mejor estrategia y para que nos pidáis aquello que creáis necesitar. Esperamos que podáis marchar de Cumia lo antes posible, pues nos tememos que muy pronto, antes incluso de lo que esperamos, estemos completamente sitiados y entonces la marcha sería muy complicada. Os agradecemos por adelantado lo que vais a hacer y os despedimos con pesar, pero con esperanza. Tal vez nos volvamos a ver todos de nuevo y ya sabéis, cualquier brazo es útil en Cumia, por si decidís volver cuando finalicéis vuestro trabajo. Un último aviso antes de que os marchéis, pues el consejo debe atender otras cuestiones y desde este momento hasta que partáis ya sólo trataréis con Íbram; tened mucho cuidado, puede haber grupos de soldados por todas partes e incluso Damon Wacla puede haber enviado hombres a Aras, ya que podría sospechar algo.

—Lo tendremos —dijo Tórmax—. No debéis preocuparos.

—Suerte —les deseo Zennia mientras se levantaban todos los demás consejeros y desfilaban hacia la puerta de salida—. La vais a necesitar.

Mientras el consejo abandonaba la sala donde habían estado reunidos, todos permanecieron en silencio, pensando. Una vez hubo salido el último de los consejeros y se cerró la puerta, todos empezaron a hablar al mismo tiempo. Íbram, que permanecía sentado, todavía les miraba con una leve sonrisa en el rostro y esperó pacientemente a que pusiesen un poco de orden en la conversación. Solamente entonces, cuando ya se habían calmado los ánimos de las primeras impresiones, se levantó con lentitud y les deseó buenas noches y que lo mejor que podían hacer era irse a descansar y planificarlo todo para al día siguiente. Sin embargo el grupo estaba muy eufórico y prefirieron quedarse en la sala hasta bien entrada la noche.

Cuando salieron de la casa del consejo, la lluvia intensa no había cesado. Todo estaba embarrado y encharcado, cosa que iba a dificultar la finalización de la muralla. Tórmax fue trasladado por sus compañeros a la casa de la curación, que estaba prácticamente al lado y después de acostarle en su cama, se trasladaron a la posada rápidamente.

Durante el camino, los tres convinieron en que Tórmax no parecía recuperado del todo y que sería una verdadera locura que el muchacho cabalgase o viajase en tal estado. Calculaban que no estaría en disposición de viajar, como mínimo, en un par de días y confiaron en que durante ese tiempo las tropas de Mármora no asediasen la ciudad, pues si no deberían marcharse aprovechando la oscuridad de la noche y sin caballos, lo que les llevaría a hacer el viaje hasta Yíldiz en más de una semana y con

la dificultad añadida de llegar a su destino completamente agotados. Debían confiar en la suerte.

Antes de llegar a la posada pudieron ver, a través de la lluvia que caía con fuerte intensidad, como en diferentes puntos de la muralla, había pequeños grupos trabajando, pues era evidente que les corría prisa terminar con la obra aunque no estuviese bien construida.

Aunque tal vez confiaban en que si el enemigo veía la muralla, tardaría más en atacarla. Por fin llegaron a la posada, que estaba cerrada. Llamaron insistentemente a la puerta con fuertes golpes hasta que se encendió una luz y poco después, el mismo posadero abrió la puerta de la calle.

—Vaya, son los muchachos —exclamó—. Pensé que ya no vendrías esta noche.

—Pues aquí estamos —respondió Stan—, a disfrutar de la cama que hemos pagado por adelantado.

—Stan —le reprendió Krahova—. El posadero no tiene la obligación de tener abierta la posada toda la noche. Y más en sus circunstancias. Gracias por dejarnos entrar —le dijo al posadero—. Mañana desayunaremos los tres.

—De acuerdo —dijo el posadero complaciente—. Tendré preparados los desayunos.

Los tres compañeros se desearon un buen descanso mientras cada uno de ellos se metía en su habitación. No todos tardaron lo mismo en dormirse, pero a todos les acompañó la idea de que el encargo que tenían por delante no estaba exento de peligros, aunque de momento se librasen de la guerra directa. Stan se durmió más tranquilo al saber que no iban a Dapur, sino que se alejaban de la gran urbe en la que había vivido siempre. Jin pensó en que iba a conocer Aras, por la que siempre había sentido una atracción especial y Krahova se durmió feliz pensando en que volvía a su ciudad, junto con los suyos, a ver a Sheldon de nuevo y poder contarle a su padre, que estaba preso, de la existencia del mapa que ahora tenía en su mochila. La esperanza de poder salvar a su padre volvía a renacer en ella, aunque también sabía que la guerra, tan cercana, podía poner trabas e impedimentos.

Krahova fue la primera en despertar a la mañana siguiente. Abrió la ventana de su habitación y comprobó que el tiempo no había mejorado, aunque no llovía; sin embargo, el cielo estaba completamente gris y el día parecía en exceso triste y frío. Desde la ventana también pudo ver como trabajaban en la muralla, a pesar de ser una hora temprana. También pudo apreciar una actividad frenética en la calle. Bajó al salón, que estaba completamente vacío, llamó al posadero y le pagó el desayuno y se sentó a esperar a que le sirvieran lo que el posadero hubiese preparado. No fue mucho, pero lo comprendió, vistas las circunstancias, y en cuanto acabó de reponer fuerzas, se dispuso a salir de la posada.

—¿Tengo que preparar comida? —preguntó el posadero.

—No lo sé —respondió la muchacha encogiéndose de hombros sin saber muy bien qué responder—. Aunque creo que deberías preparar comida de viaje para cuatro personas.

—La tendrás a media tarde —prometió el hombre.

La comida de viaje era un buen complemento que muchos comerciantes y viajeros usaban para trasladarse de una ciudad a otra. Aunque no tenía unos ingredientes fijos, más o menos en todos los lugares, la preparaban de la misma forma, esencialmente. Estaba compuesta por tres o cuatro tipos de frutos secos, higos y pasas secas, una especie de obleas de pan, embutido seco y pescado sazonado, secado y ahumado. Eran alimentos que se podían conservar bastante tiempo sin especiales medidas de cuidado y que junto a infusiones de hierbas, carne de caza y lo que se pudiese adquirir fresco en algunas pequeñas granjas que a veces había en el camino, hacían posible que la nutrición no fuese un problema insalvable para los que viajaban.

Una vez en la calle, Krahova se dio cuenta de que tampoco era tanto el frío, sino que el día estaba revuelto más por apariencia que por temperatura. Se dirigió hacia la tienda de Íbram, pero al pasar frente a la puerta de la muralla se dio cuenta, aterrorizada, que la guerra estaba muy próxima. Se quedó estupefacta mirando a campo abierto; en el exterior de la ciudad había un número indeterminado de tiendas plantadas y un movimiento de soldados bastante activo, iban de allí para allá, algunos dando órdenes mientras otros montaban otras tiendas.

Más a lo lejos había caballos y los estandartes del ejército de Mármora ondeando desafiantes en medio de aquella multitud de militares.

—Parecen tan conjuntados... —dijo el sargento que conoció la noche en que llegó a la ciudad y que se había colocado a su lado sin que ella se diese cuenta—. Cualquiera diría que van a la guerra...

—Pero son muchos ya —exclamó Krahova—. ¿Por qué no atacan?

—No saben cuántos ni quiénes somos —respondió el sargento con cierta experiencia—. Además no cubren el perímetro de toda la ciudad, supongo que todavía tienen que llegar más. Primero nos intimidarán con el asedio e intentarán que nos rindamos sin necesidad de entrar en combate, pues si ganan la plaza de este modo, les quedaría la ciudad intacta como base para planear el próximo avance hacia Yíldiz o hacia Barintia.

—Así que para salir de Cumia hay que darse prisa —dijo pensativa.

—Yo diría que quien no haya huido hoy por la puerta norte —se aventuró a decir el oficial— ya no tiene más solución que permanecer en la ciudad, aunque eso no augura un buen futuro.

—Os dejo, debo hacer algunas cosas —dijo la chica con evidente prisa.

Krahova corrió, más que andar, a la tienda del herbolario que encontró abierta.

Entró a toda prisa y allí encontró al joven Berno, el ayudante, que estaba preparando paquetes con montones de raíces, hojas, tallos y flores, revisando recipientes y desechando las hierbas que no ofreciese garantías de su efecto. En cuanto entró Krahova, dejó inmediatamente lo que estaba haciendo y se preparó para atender a la muchacha.

—Hola —dijo con una sonrisa amplia y agradable—. ¿Qué puedo hacer por ti?

—¿No está Íbram?

—Está en la casa de la curación, haciendo preparativos por si hay heridos.

—Gracias —dijo Krahova mientras salía del comercio.

—Pero me dijo —la frenó el muchacho, cogiéndola del brazo— que si veníais, yo os atendiese en su nombre.

—Venía a dos cosas, pero creo que no puedes ayudarme.

—¿Quién sabe? —dijo el muchacho encogiéndose de hombros—, si no me lo decís...

—Necesitamos cuatro caballos para hoy mismo —se decidió a pedir Krahova después de pensarlo unos instantes— y...

—Los caballos están dispuestos —cortó Berno— y ensillados junto a la puerta norte para cuando dispongáis.

—Lo segundo es Tórmax —dijo mientras no salía de su asombro—, me temo que no aguantaría un viaje tal como está.

—¿Cuál es el problema? —preguntó el muchacho.

—¿No existe algo que pueda darle fuerzas para resistir hasta Yíldiz?

—*Settego* —dijo Berno después de meditarlo unos instantes—, pero no es aconsejable y además creo que no tenemos.

—Tendremos que arriesgarnos a lo que la propia naturaleza de Tórmax aguante —concluyó ella—. Gracias por todo.

—Hasta pronto y suerte —le deseó el chico.

Krahova salió de la tienda y al mirar hacia el exterior le pareció que eran más los soldados llegados al asedio, así pues se dio todavía más prisa en llegar a la posada. Cuando entró en el salón Stan y Jin estaban desayunando tranquilamente. La muchacha se acercó a ellos, alterada.

—Acabad pronto. Nos vamos de Cumia.

—¿Cuándo? —preguntó Stan.

—En cuanto estéis listos. Posadero —dijo girándose hacia él—, tened preparado lo que os dije para ya mismo.

—Dadme un rato.

—No —respondió la muchacha—. ¡Ahora!

El posadero se puso inmediatamente al trabajo mientras Krahova le dejaba dos monedas de oro encima del mostrador, un precio muy elevado para lo que iba a

entregarles a cambio.

—Recoged todo vuestro equipo —les ordenó Krahova—. Antes de irnos, tomad la comida de viaje que el posadero está preparando. Yo voy a buscar a Tórmax. Os esperaremos junto a la salida norte. Nos han preparado caballos. No tardéis.

—¿Tórmax puede cabalgar? —preguntó Stan.

—Eso espero —dijo la chica mientras subía por la escalera en busca de sus cosas.

—¿Y esas prisas? —preguntó Stan a Jin.

Stan y Jin siguieron desayunando sin darse ningún tipo de prisa, pues hasta que el posadero no acabase lo que le habían encargado, no iban a dejar la posada. Krahova bajó de las habitaciones al poco rato con todo su equipo a cuestas. Una vez abajo se encaró a sus dos compañeros.

—¿Todavía estáis aquí?

—Bueno... —intentó excusarse Jin.

—Salid fuera y mirad —les apremió Krahova—. Los soldados de Mármora han empezado el asedio. Quien no haya abandonado hoy la ciudad, puede empezar a quitarle valor a su vida.

Capítulo 8

Los hermanos

A pesar de que Tórnox no estaba en condiciones de cabalgar, al caer la tarde, los cuatro compañeros, en sus caballos, salían por la puerta norte de Cumia, dejando atrás una ciudad prácticamente sitiada por los ejércitos de Mármora. Nadie salió a despedirles, ni tan siquiera Íbram, que lo hizo en la casa de la curación cuando sólo estaban Krahova y Tórnox. Todos estaban muy atareados, pues se preparaban para la defensa de su ciudad. Casi nadie se dio cuenta de que se iban, ni tampoco los soldados enemigos que estaban instalando los campamentos. Aprovecharon la caída del sol, cuando la luz ya era escasa y las sombras eran muy alargadas. Salieron por lo que iba a ser una puerta en la muralla, al galope, y acto seguido viraron sus monturas hacia el este, alejándose del camino por el que, en los últimos días, habían circulado las carretas con piedras provenientes de las minas de Yíldiz y se internaron en los bosques cercanos a Cumia. Iniciaron un viaje de más de tres jornadas al abrigo de los árboles y a escondidas de los grupos de soldados de Mármora que pudiesen encontrar por el camino.

Krahova iba abriendo el grupo, puesto que conocía mucho mejor la zona que los otros tres, sin ser una gran experta, pero al fin y al cabo se encaminaban hacia la pequeña ciudad minera que la había visto nacer. Jin cerraba la comitiva, siempre preparada, atenta, por si alguien les seguía; con todos los sentidos alerta por si el peligro les llegaba por la retaguardia.

La primera noche la cabalgaron entera, y aunque la luna estaba creciente, el terreno por el que iban quedaba suficientemente iluminado para no sufrir percances. A medida que avanzaban hacia el norte, el clima era más riguroso y frío, pronto apareció la nieve helada en los claros de los bosques que iban atravesando. Pero no encontraron a nadie, ni rastro de soldados, ni de hogueras que pudiesen interpretarse como sus campamentos. Hasta que a punto de despuntar el alba y creyéndose lo suficientemente lejos de Cumia como para estar más tranquilos, decidieron hacer un alto en el camino, dormir un poco y descansar los caballos. Krahova se internó en un pequeño bosque, muy espeso, de abetos y allí desmontó de su caballo, obligando al resto a pararse.

—Dormiremos un poco aquí. Que descansen los animales —comunicó a sus compañeros mientras sacaba la silla de su caballo—. ¿Cómo te encuentras Tórnox?

—Bien. ¿Acaso no he descansado en Cumia?

—Pero tus heridas y el veneno... —se preocupó Krahova—. Todo es muy reciente.

—Las manos de Íbram son especiales. Me encuentro como nunca.

Jin y Stan hicieron lo propio, desmontando. Jin se ofreció para hacer la primera guardia, a lo que todos accedieron de muy buen grado. Krahova prefirió la segunda. Nadie se apuntó a la siguiente, pues tampoco tenían intención de quedarse más tiempo. A campo abierto podían ser sorprendidos por el ejército, que aunque estuviese ocupado en el asedio o en el ataque de Cumia, era evidente que destacaría grupos para interceptar la ayuda que pudiese llegar de Yíldiz; o incluso para saber de los posibles movimientos de la ciudad minera. Así pues, tendrían que andarse con cuidado y estar preparados para cualquier cosa. Hasta que no llegasen a Yíldiz no podían considerarse relativamente a salvo, siempre que Cumia no hubiese caído el primer día de asedio o ataque y ahora el grueso del ejército avanzase hacia la siguiente plaza, pisándoles los talones.

Pronto quedaron los muchachos dormidos, mientras que Jin se había alejado un poco de donde dormían para tener un ángulo de visión mejor. Al poco de estar vigilando se le acercó Krahova.

—Es mejor hacer las guardias por parejas, ¿no crees?

—Deberías descansar, toda fuerza puede ser necesaria en el momento más inesperado.

—Tal vez tengas razón —dijo Krahova—, ¿pero crees que Tórmax va sobrado de ella?

—Sí —respondió Jin—. Me ha sorprendido que haya aguantado tan bien sobre el caballo toda la noche.

—¿Qué piensas?

—¿Sinceramente? Creo que Íbram le ha dado algo.

—Berno, el ayudante de Íbram —confesó Krahova—, me dijo que había una hierba para hacer que Tórmax aguantase, pero que no era recomendable usarla.

—¿Sabes el nombre? —preguntó Jin interesada.

—*Settego*, creo que dijo.

—Vaya —dijo Jin—, espero que no se la hayan administrado.

—¿Por?

—Al cabo de tres días tiene el efecto contrario, provoca un fuerte bajón.

—Pero ya estaremos en Yíldiz —precisó Krahova—. ¿No se le podría dar otra cosa para contrarrestar el efecto?

—Krahova —dijo Jin—, usar, bueno abusar de las hierbas provoca adicción. Y eso es peor que la enfermedad que alivian o solucionan.

—Tienes razón Jin. Si ocurriese eso con Tórmax, nos podría poner en aprietos. Si le han dado eso no nos quedará más remedio que descansar en Yíldiz.

—Todo se andará.

Krahova se fue hacia el improvisado campamento y se echó bajo la manta sin poder dormirse hasta que Jin fue a pedirle el relevo. No se atisbaba humo si se miraba en dirección a Cumia, por tanto era previsible que aún no hubiese empezado el ataque, lo que les daba un poco de margen de maniobra. Cuando Krahova lo consideró oportuno decidió que ya habían descansado lo suficiente, fue hacia los otros compañeros y les despertó apremiándoles mientras ensillaba de nuevo su caballo.

Al poco rato estaban los cuatro listos para la marcha, el sol estaba muy alto y no podían perder tiempo. De nuevo fue Krahova, guiándose por las montañas que no se alzaban muy lejos, hacia el este, quien les guió hacia Yíldiz. En algún momento tuvieron que quedarse quietos en el interior de alguno de los bosques, pues oyeron jinetes cabalgar a toda prisa por las cercanías. A medida que iban más hacia el norte las zonas arboladas eran mayores, más abundantes y más espesas, lo que les garantizaba una protección mayor en caso de encuentros no deseados.

Hicieron un alto para que los caballos pudiesen descansar de nuevo cuando ya caía la tarde y aprovecharon para comer alguna cosa. Habían dejado los animales junto a unos árboles, atados, y ellos se habían sentado en círculo mientras decidían si se paraban a dormir o cabalgaban durante la noche para recorrer más distancia con la ventaja de no ser vistos.

—Yo creo que lo mejor —decía Stan— es hacer lo que la naturaleza manda. La noche es para dormirla.

—Ya, pero de noche viajamos más tranquilos —intervino Krahova—. Los ojos del enemigo tienen más dificultad para ver.

—Y los nuestros también —advirtió Jin—, no lo olvidéis.

—La verdad es que vamos más lentos —comentó Tórmax—. ¿No sería mejor arriesgarnos un poco más pero ir más rápidos?

—De momento no hemos encontrado a nadie —dijo Stan—. No sé por qué tenemos que encontrarnos con alguien, no seguimos ningún camino.

—Eso es lo que me pregunto yo —sonó una voz tras ellos—. ¿Por qué cuatro jinetes no siguen el camino? ¿Acaso tienen miedo o esconden algo?

Los cuatro se giraron de golpe. Allí, a escasos veinte metros de distancia había un hombre de mediana edad, aspecto fuerte y tez morena. Iba vestido de militar, con el uniforme de Mármora, muy bien pertrechado con espada larga al cinto y una cota de malla gruesa asomando por debajo de las gruesas ropas de abrigo. Calzaba botas altas y resistentes y llevaba un casquete en la cabeza. Por sus insignias era evidente que era un teniente. Tórmax sabía que los tenientes iban siempre acompañados de sargentos y éstos, a su vez, de soldados, por lo que muy probablemente no anduviese solo ese hombre, aunque aparentemente lo estuviese. Los cuatro habían sido sorprendidos por

el militar y la sorpresa les mantuvo inmóviles a la espera de que fuese ese hombre quien hiciese el primer movimiento.

—Eso me pregunto yo —insistió el teniente mirándoles de una forma desafiante y alzando la voz.

—Veréis, todo tiene una explicación —respondió Tórnax mostrándose lo más tranquilo posible—. ¿Estáis solo?

—No me desvíes el tema y contéstame muchacho —empezó a indignarse el militar—. ¿Qué hacéis aquí, quiénes sois y adónde vais?

—Íbamos a Cumia, señor —respondió Jin de improviso—, a luchar.

—¿En qué bando? —preguntó el de Mármora—, aunque es evidente que me responderéis que al lado de la gloriosa Mármora, ¿me equivoco?

—Gloriosa, ilustre y magnífica —apuntó Stan.

—Que bien sabéis cuidar de vuestras vidas —rió a carcajadas el teniente—. Eso significa todo lo contrario, es decir, que huáis de la guerra.

—Jamás nos gustó la guerra —dijo Krahova—. Yo soy de Yíldiz y vuelvo a mi casa, eso es todo.

—¿Y ellos?, porque aspecto de montañeses no tienen.

—Yo soy de Dapur —dijo Stan.

—Entonces de qué tienes miedo. Dapur es aliada de Mármora. ¿Por qué no vuelves a tu casa?

—Basta ya de hablar —dijo Tórnax poniendo su mano en la empuñadura de la espada—. Sólo queremos seguir viaje en paz.

—Ni lo intentes muchacho —le amenazó el hombre—. Tengo siete arcos apuntándote. Si sacas esa espada olvídate de contarlo. Y lo mismo digo para los demás. Creo que hoy es mi día de suerte, voy a capturar los primeros prisioneros de esta batalla, y de la forma más fácil.

Tórnax se había percatado de un detalle, ese hombre hablaba muy fuerte, casi a gritos, como si tuviese la intención de llamar la atención, como si quisiese asegurarse de que le oían perfectamente. Así pues, sólo le quedaba hacer una última prueba antes de tomar una determinación. Se le quedó mirando fijamente a los ojos, mientras sus compañeros se miraban entre sí, asustados por la contrariedad de la situación.

—Ahora nos subiremos a los caballos —ordenó Tórnax a sus compañeros con voz tranquila y clara y sin dejar de mirar al teniente—, y una vez montados, les daréis a las espuelas para salir al galope de este lugar. ¿Entendido?

—Veo muchacho que no has entendido...

—¡Callaos teniente! —le gritó Tórnax agarrando la empuñadura de su espada con más fuerza—. Yo me ocupo de él, ya os alcanzaré.

—No sabes lo que dices, tu vida no vale nada —le respondió el oficial mirándole a los ojos y poniendo su mano también en la empuñadura.

—¡Corred, ahora! —gritó Tórnox a sus compañeros mientras desenvainaba el arma, pues la mano de su enemigo en la empuñadura, le había servido de señal y confirmación.

Al instante, como movidos por un resorte, sus tres compañeros fueron hacia los caballos y montaron, espolearon los caballos y salieron al galope con la poca luz del día que todavía quedaba. Agacharon sus cabezas esperando recibir una lluvia de flechas, sin embargo ningún proyectil fue disparado hacia ellos. Stan fue el primero en salir del lugar, seguido de Krahova y finalmente de Jin. Tórnox ya avanzaba hacia el hombre que sacó su espada con el tiempo justo para parar el primer golpe y dar un paso hacia atrás para no perder el equilibrio.

Tórnox no estaba dispuesto a dejarlo escapar y arremetió de nuevo contra el militar.

—¡Soldados a mí! —gritó el teniente hacia el interior del bosque.

—Maldito mentiroso —murmuró Tórnox, intentando asestarle un golpe de espada mientras el otro iba parándolos todos—. ¿Todos sois iguales en Mármora?

—Debiste haber marchado con tus compañeros, ahora lo tienes todo perdido.

Enzarzados como estaban en la lucha, no se dieron cuenta de que Jin, a caballo, había vuelto al lugar; pero esta vez sin bajar del animal, tensó su arco largo hacia el teniente, sin embargo el disparo era muy peligroso, pues la flecha podía clavarse en su compañero.

Avisarle era peor, pues si Tórnox se veía sorprendido por la voz de Jin, podía quedar al descubierto su defensa. Sin embargo la muchacha no tuvo que esperar demasiado para soltar su flecha, pues de la espesura surgió un soldado de Mármora que seguramente acudía en ayuda de su superior.

Jin sólo tuvo que variar ligeramente el ángulo y antes de que el soldado hubiese avanzado tres pasos en dirección a los dos luchadores, soltó la flecha. El proyectil entró por la boca del estómago del soldado que fue lanzado hacia atrás más de metro y medio mientras emitía un sonido gutural a modo de quejido, antes de caer al suelo sin vida. Jin ya estaba cargando de nuevo otro proyectil, mientras los otros dos seguían enfrascados en su pelea, entrechocando sus espadas. Daba la sensación de que ninguno de los dos se había percatado de lo que acababa de ocurrir, pero esta vez, el nuevo soldado que apareció de la espesura forestal, a unos metros de distancia de donde había aparecido el primero, sí hizo notar su presencia.

—¡Aguantad mi teniente! Ya llegan los otros.

Jin soltó su segunda flecha hacia ese soldado, el proyectil impactó en el muslo izquierdo, perforándolo y saliendo por el otro lado de la extremidad. Fue una herida profunda que hizo que el soldado cayese al suelo desequilibrado y se pusiese a gritar de dolor; mientras intentaba taponar, con sus manos, el agujero de su pierna del que manaba abundante sangre. Jin ya cargaba su tercer proyectil.

Tórmax, impasible a lo que sucedía a su alrededor, descargó la espada con mayor fuerza y cambió el sentido de su hoja para zigzaguear con su arma, sorprendiendo a su oponente que recibió un impacto en el costado izquierdo. El teniente se replegó contra sí mismo, quejándose, y se preparó para parar todos los golpes.

—¡Vámonos de aquí, déjalos! —le gritó Jin apuntando hacia una zona de la espesura que se movía. Pero esta vez, aunque el proyectil fue hacia donde había aparecido un nuevo soldado, unos metros más a la izquierda, aparecía otro militar y este último con un arco medio en las manos. El proyectil de Jin golpeó en el pecho de su oponente, pero no se clavó, posiblemente repelido por alguna cota de cuero rígido, aunque frenó su marcha lo suficiente como para que Tórmax se lanzase a por su caballo.

—¡Matadlos! —ordenó el teniente—. ¡Que no escapen!

Tórmax se lanzó hacia su montura y de un salto se montó, cogiendo las riendas para escapar de allí cuanto antes. Jin tuvo el tiempo suficiente para apoyar su vientre sobre la grupa de su caballo y esquivar una flecha que iba contra ella, que pasó a escasos centímetros por encima suyo. Unos instantes después los dos amigos cabalgaban a galope hacia el norte en busca de sus otros dos compañeros. Por detrás surgían más hombres de la floresta y ayudaban a su teniente y a su compañero herido en la pierna, profiriendo maldiciones sin poder hacer nada para detenerlos.

Tórmax y Jin cabalgaban casi sin luz y las ramas de los árboles les iban golpeando en la cara y en el cuerpo, provocándoles rasguños y pequeñas heridas en el rostro, pero ni tan siquiera se volvieron para ver la escena. No detuvieron sus caballos hasta una buena distancia después, cuando se juntaron con Krahova y Stan que les esperaban, montados, en un pequeño claro. En cuanto llegaron junto a ellos y comprobaron que no estaban heridos, siguieron la marcha hacia Yíldiz y no se detuvieron hasta bien entrada la mañana. Siguieron siempre la ruta que les marcaba Krahova, guiándose por las montañas, pasando por entre los bosques para ocultarse mejor. Cabalgaron en silencio hasta que Krahova detuvo su caballo.

—Descansaremos aquí, ¿os parece? —les dijo la muchacha.

—Bien —asintió Tórmax—. Nos merecemos un descanso y los animales, también.

—¿Cómo sabías que...? —preguntó Stan a su compañero.

—Gritaba —respondió Tórmax sin dejar de acabar la pregunta—. Daba la sensación de que quería que le oyesen. Además, en cuanto vi que él también ponía su mano sobre la espada, entonces estuve seguro. Si hubiesen estado esos arcos apuntándonos, no hubiese sido necesario defenderse con la espada.

—De todas maneras tuvimos suerte —dijo Jin—. Tendremos que extremar las precauciones.

—Tenéis el rostro lleno de rasguños —comentó Krahova.

—Prefiero esto que lo que Jin les hizo a los soldados —dijo Tórmax—. Gracias

por tu ayuda, si no hubiese sido por ti...

—No debes agradecerme nada. De todas formas no eran muy hábiles. Nos fuimos a tiempo.

—Sí —respondió Tórmax—, calculo que, a parte del teniente, habría dos sargentos y, mínimo, ocho soldados. Once en total.

—Demasiados —comentó Jin—. La próxima vez pondré veneno en la punta de mis flechas. Es más efectivo todavía.

—Bueno —dijo Stan cambiando la conversación—, yo haré la primera guardia.

—La primera y la última —respondió Krahova—. Calculo que al atardecer estaremos en Yíldiz.

—Entraremos de noche —propuso Tórmax—. Tú, Krahova, puedes hacerlo con luz de día, eres de allí y nadie se extrañará de verte.

—En casa de Sheldon sólo caben dos —informó la muchacha—. Yo iré a mi casa y alguno de vosotros tendrá que venir conmigo.

—Yo —se adelantó Jin.

—Muy bien —asintió Krahova—. Tú conoces la casa de Sheldon, ¿no Tórmax? Allí nos encontraremos todos. Ahora vamos a descansar un poco. Todavía no hemos llegado a Yíldiz y no sabemos cómo está la ciudad. Podría haber soldados por todas partes.

Todos durmieron menos Stan que se quedó alerta, vigilando, durante el rato que estuvieron descansando merecidamente. El muchacho de Dapur no apreció absolutamente nada que mereciese especial atención. Todo parecía en calma y tranquilo, incluso nadie diría que había empezado una nueva guerra en Hárkad. Desde que Íler Ármitac, el gran rey, había llegado al trono, que no había habido ni luchas ni batallas, pero parecía cosa del destino que si bien la dinastía, el linaje, de los Ármitac había comenzado con una larga guerra, ahora con el supuesto fin de ese mismo linaje también se iniciaba una nueva guerra entre ciudades. De vez en cuando, Stan echaba un vistazo en dirección a donde él creía que se hallaba Cumia, pero no vio señales de humo en el cielo que presagasen que la lucha hubiese comenzado.

El sol empezaba a declinar cuando Stan despertó a Krahova, ésta a su vez despertó a Jin y a Tórmax. Enseguida tuvieron todo preparado y se dispusieron a seguir camino. Krahova les fue guiando como hasta entonces. La nieve se hizo cada vez más presente, pues todavía estaban en invierno y se hallaban muy al norte. Cabalgaron casi sin decir palabra, con ganas de llegar a Yíldiz y descansar, también con ganas de no encontrarse con nadie que les volviese a poner en peligro.

Cuando el sol rojizo empezaba a esconderse por el horizonte, empezó a levantarse un fuerte viento, un viento frío, mordaz. En el interior del bosque en el que se encontraban no parecía que fuese tan fuerte, pues los árboles les parapetaban; sin embargo cuando salieron a campo abierto, pudieron comprobar la fuerza con la que

soplaba. A lo lejos se podían adivinar las luces encendidas de las primeras casas de Yíldiz, aparentemente sin campamentos militares a la vista.

—Quedaos aquí, en el bosque —alzó la voz Krahova para hacerse oír por encima del ulular del viento—. Cuando haya anochecido vais a la casa de Sheldon, yo estaré allí.

—De acuerdo —confirmó Tórmax—. No te preocupes. Hasta luego.

Los tres compañeros vieron como Krahova se alejaba montada en su caballo en dirección a la ciudad. Pronto dejarían de verla, pues el terreno era muy ondulado y muy boscoso.

Viéndola cabalgar, tan cerca de su ciudad, se podía decir que formaba parte del paisaje. Una fuerte ráfaga de viento les hizo cerrar los ojos, pues traía polvillo, y cuando los volvieron a abrir, Krahova ya había desaparecido. Ahora sólo quedaba esperar a que se hiciese de noche para poder llegar a la urbe sin ser vistos, o al menos serlo por el menor número de habitantes.

Entraron todavía más en el bosque, desmontaron y ataron los caballos. Se sentaron contra el tronco de un árbol, estaban en silencio absoluto, comiendo alguna cosa. El viento rugía más que soplaba y de vez en cuando se oía algún aullido de lobo traído por una ráfaga de aire de algún lugar lejano, en las montañas.

Stan sacó su manta del equipo y se arropó en ella, Jin se levantó y se puso a mirar los árboles.

—¿Dónde vas Jin? —preguntó Tórmax.

—A echar un vistazo.

—No te alejes, pronto se hará oscuro.

Enseguida se hizo oscuro, pero el viento se incrementó. Con ese aire iba a resultar complicado cabalgar, posiblemente tendrían que llegar andando. Stan temblaba por el frío y Tórmax, que también había cogido su manta, se movía de un lado a otro para combatirlo. Jin observaba, escuchaba atentamente y parecía no afectarle la baja temperatura. En cuanto volvió, Tórmax dio la orden de levantarse y marcharse hacia la ciudad.

—Tened cuidado —les advirtió—, si el viento continúa tan fuerte, habrá que desmontar.

Al salir del abrigo del bosque, se dieron cuenta de que era impensable montar y que tardarían, por tanto, más del doble de tiempo en llegar.

—Agarrad bien las bridas, que no se escapen —casi gritó Tórmax para hacerse oír—. Seguidme.

Los árboles se doblaban sobre sí mismos por acción del viento y ramas sueltas volaban por doquier. Agacharon la cabeza y, no sin cierta dificultad, empezaron a andar en dirección norte. Los animales estaban inquietos y tenían que ser agarrados con más fuerza. El avance era muy lento y dificultoso. De vez en cuando, Tórmax se

giraba para comprobar que los otros le seguían y procuraba introducirse el máximo posible en el interior de los bosques para que el viento no les frenase tanto. A lo más que temía Tórmax era a la fatiga, pero parecía que resistían bien la embestida. Paso a paso iban avanzando hasta que Tórmax decidió hacer un alto.

—Deberíamos haber llegado ya —dijo cuando los otros llegaron a su altura—. ¿Qué hacemos?

—Seguir —respondió Stan a gritos—, ya falta menos.

—Yo no puedo más —gritó Jin resoplando—. Estoy agotada.

—Procura andar detrás de mí —propuso Tórmax—, pero vamos a atarnos. Será más seguro. Tú irás el último, Stan.

Se ataron cuerdas a la cintura para ir más seguros y al instante reanudaron la marcha. Ahora el avance era todavía más lento y los troncos de los árboles crujían al empuje del aire helado.

Krahova llegó a Yíldiz por el camino que había tomado unos kilómetros antes de llegar a la ciudad. A pesar de que el viento era fuerte, no fue hasta llegar a Yíldiz que no empezó a ponerse complicado para cabalgar. Sin embargo, las primeras construcciones le ofrecían un mayor resguardo y tampoco tuvo mayor problema. Casi no había nadie por la calle, pues los pocos que podían andar fuera de sus casas, con ese viento feroz, se apresuraban a ir a sus hogares con la cabeza baja y la mirada fija en el suelo. Krahova sobrepasó la casa de Sheldon y pudo ver que en el interior había luz, pero decidió irse a su casa antes de volver y hablar con Sheldon.

Cuando llegó frente a su casa, la encontró como esperaba. Era una pequeña cabaña de madera, muy modesta, de una sola planta, en las afueras de la población. Era una casa en la que podían vivir tres personas y Krahova la había dejado cerrada hacía ya un par de semanas y así la encontró. Bajó del caballo y lo dejó atado enfrente de la puerta, entró y encendió una lámpara de aceite para que iluminara la estancia donde se hallaba. Todo seguía igual, silencioso y vacío, con algo más de polvo si cabe de cuando lo había dejado.

En ese momento los recuerdos afloraron en su mente, recordó cuando su padre estaba en casa y trabajaba en la mina, pero cada noche estaba junto a ella para contarle historias y llevarla a la cama. Ahora su padre estaba preso, pues el gobernador de Yíldiz así lo había dispuesto. Ella ahora poseía un mapa que podía ser útil, sobre todo para demostrar al gobernador que su padre estaba encarcelado injustamente. Aunque las noticias de la guerra tan próxima podían hacer que todos los prisioneros fuesen liberados porque se necesitaría cualquier brazo armado para la defensa de la ciudad. Pronto volvió a la realidad y el recuerdo se apagó, dándose cuenta de que todavía le quedaba mucho por hacer.

Empezó a ordenar y a adecentar la casa para que pudieran dormir más personas; al poco llamaron a la puerta. Krahova se sobresaltó, pero enseguida recordó que

Yíldiz era su casa y no corría peligro. Se dirigió a la puerta y preguntó en voz baja y la voz, con tono más suave, de su amigo Sheldon le contestó al otro lado.

—Pasa Sheldon —le dijo abriendo la puerta de par en par—, hace mucho frío.

—Deberías poner el caballo en el establo.

—Iba a hacerlo, pero acabo de llegar.

—No arregles mucho, posiblemente mañana tengáis que marchar de nuevo.

—¿Tan pronto? —preguntó Krahova con pesar.

—La mujer y el niño llegaron esta mañana, pero aquí no se pueden quedar. Hay ojos en cada esquina, se han visto demasiados extranjeros últimamente. Yíldiz ya no es ciudad segura.

—Me asustas, Sheldon —dijo la chica con un escalofrío—. ¿Y los hermanos?

—Deberían haber llegado, pero... ¿Y tus amigos?

—Llegarán dentro de poco, cuando sea oscuro. Para no ser vistos.

—Bien pensado —asintió Sheldon—, hay que tener mucha cautela.

—Nos vemos esta noche en tu casa. Prepara camas.

—Deberán dormir en el establo y en cuanto lleguen los hermanos os tendréis que marchar bien temprano. Estoy corriendo demasiado peligro. Esconde el caballo lo antes posible, en el establo es menos visible.

—De acuerdo, así voy a hacerlo. Hasta luego.

Krahova hizo caso de lo que le había aconsejado su amigo y lo primero que hizo fue salir tras él y llevarse el caballo al establo y después de quitarle la montura y ponerle forraje para que se alimentase, volvió de nuevo a casa con el resto del equipaje. No sabía qué hacer con el mapa, si dejarlo en su casa, escondido, o llevárselo. Finalmente optó por colocarlo en el interior de la mochila. Limpió la casa a toda prisa y se fue a la casa de Sheldon.

El trayecto de un edificio a otro lo hizo a toda prisa, en parte por el frío intensísimo y el viento casi huracanado, pero en parte por el miedo y la desconfianza que le había transmitido su amigo. Cuando llegó ante la casa de Sheldon, lo que más le sorprendió fue que no hubiese caballos delante. Llamó y esperó a que abriesen; al instante se abrió la puerta.

—¿Sola? —preguntó el hombre con extrañeza.

—¿No han llegado? —dijo ella con más asombro y preocupación todavía—. Deberían haberlo hecho.

—Pasa, te presentaré.

Krahova entró con rapidez en el interior de la casa. En el salón, sentados en la mesa, había una mujer de unos cuarenta años, no muy bien vestida. Se podía adivinar que era una sirvienta, por tanto no pertenecía a una familia noble. La mujer no era muy alta y las ropas que usaban eran muy gruesas, para combatir el frío, que disimulaban su extrema delgadez.

Su cara reflejaba la angustia de una huida y de un viaje a toda prisa. A su lado estaba un muchacho, moreno, de unos diez años, también asustado, pero de familia muy noble aunque las ropas parecían estar muy usadas, pero en su pose y en sus gestos podía adivinarse su alta ascendencia. Lo que más llamó la atención a Krahova fueron sus ojos grises, como los de Jin.

—Hola —sonrió Krahova intentando transmitir calma—, soy Krahova.

—Yo me llamo Feiter^[51] —dijo el niño con altivez— y ella se llama Cora^[52].

—Es una amiga —dijo Sheldon refiriéndose a Krahova—, parte del grupo que os llevarán a lugar seguro.

—Hola —saludó Cora con voz cansada.

—Los demás están por llegar —anunció la muchacha—, no creo que tarden.

—¿Cuántos son? —preguntó el niño con un ligero acento de Xamin.

—Cinco más —respondió Sheldon—, eso creo.

—Cenemos mientras —propuso Krahova—, todos saben dónde han de llegar.

—Me parece correcto —respondió Sheldon.

El hombre se fue hacia la cocina mientras la muchacha tomaba asiento en la mesa. La mujer tenía la mirada baja y el niño parecía mirarlo todo con fastidio, como si aquella casa fuese para él una miserable cabaña. Tenía unas manos suaves, sin curtir y a veces se tocaba la ropa con cierta repugnancia, como si le hubiesen obligado a vestir de aquella manera. En un momento determinado Krahova fijó su mirada en él y el niño se la mantuvo desafiante hasta que Sheldon trajo la cena y ya no volvieron a mirarse.

La cena era un guiso humeante, pero un poco pobre. La mujer empezó enseguida, pues parecía estar hambrienta, pero al ver que el niño apartaba el plato, le recriminó indicándole que debía comérselo.

—¿No te gusta esto? —le preguntó el hombre.

—No —respondió con desprecio.

—Me lo comeré yo, si no te importa —le dijo Krahova mientras le cogía el plato—. Está muy rico, Sheldon.

—Deberías comer, Feiter —dijo la mujer.

—Luego, cuando estemos en camino, esto te parecerá un manjar —dijo Krahova.

La mujer le sonrió a Krahova, en parte para disculparse de la actitud del niño y en parte porque comprendía que pronto iban a estar de viaje y el chico aprendería algo más sobre cómo funcionaba la vida.

—¿Y de dónde sois? —preguntó Krahova.

—Somos de Xamin —respondió el muchacho—. Mi padre...

—Su padre es un noble comerciante —interrumpió bruscamente Sheldon.

Krahova se quedó mirando a Sheldon fijamente, no esperaba esa respuesta y ese comportamiento, estaba claro que allí se ocultaba algo y no le gustó nada, pero se

calló el comentario, de momento. Intentaría hablar en privado con su amigo, pues quería recriminarle por qué no la había visitado en Cumia hacía cuatro días escasos.

—Ya deberían estar aquí, empiezo a preocuparme —dijo la chica para romper el silencio tenso que se había creado.

—¿Dónde los dejaste? —preguntó Sheldon.

—En un bosque, hacia el sur.

—¿No os seguía nadie?

—Si lo hubiese hecho alguien, hubiesen ido a por mí, ya que llegué sola.

—El viento les habrá retrasado —le tranquilizó Sheldon.

—Como a los dos hermanos —comentó Krahova.

—Eso —respondió el hombre.

—¿Quiénes son? —quiso saber Krahova.

—Cazadores de las montañas.

—Cazadores de las montañas —repitió el niño con desprecio—. Soldados son lo que necesitamos y no, gentuza incivilizada.

—¡Feiter! —le reprendió Cora.

—Esa gentuza, como tú dices, puede salvarte la vida mañana —le dijo Krahova —, así que ten cuidado con tus comentarios.

En ese instante llamaron a la puerta. Dos golpes secos, fuertes, que hicieron que todos se quedasen callados. Sheldon se levantó para ir a abrir, pero Krahova le hizo una señal con la mano para que se detuviese. La muchacha puso su mano izquierda en la empuñadura de su daga y con la derecha sacó su espada, se puso en una situación ventajosa tras la puerta y con la cabeza indicó a su amigo que ya podía abrir.

Sheldon abrió la puerta alerta, preparado para cualquier cosa, pero al instante relajó sus músculos y acabó de abrirla puerta de par en par. El hombre sonreía abiertamente y de inmediato entró un hombre en la casa que saludó, con un gesto de cabeza, a la mujer y al niño. Sheldon cerró la puerta después de asegurarse de que no quedaba nadie fuera.

El hombre llevaba pieles de oso por encima, guantes y gorro del mismo material; se quitó las ropas de abrigo y las dejó encima de la silla que hacía unos instantes había ocupado Krahova, que permanecía inmóvil, observando, desde su posición. Al quitarse las pieles quedó al descubierto una gruesa camisa para combatir los fríos de las montañas, sin embargo bajo las ropas sonó el ruido metálico de una cota de malla ligera. Llevaba una espada larga en el cinto, con la empuñadura envuelta en tiras de ropa y junto a la silla, de pie, había dejado un arco medio y un carcaj con flechas.

Por la envergadura, debía de medir metro noventa y tenía unas amplias espaldas, su pelo era negro, muy oscuro y lo llevaba bastante corto. Todavía no se había dado cuenta de que Krahova estaba detrás suyo, pero al darse la vuelta, los dos se quedaron

gratamente sorprendidos.

—Señora, no soy ningún maleante para que me apuntéis con vuestra espada —le dijo con voz profunda y bella.

—¡Oh! Perdonadme —contestó torpemente mientras se sonrojaba y guardaba las armas.

—Me llamo Éltor^[53], saludos a todos los de la casa —dijo mirando a cada uno de ellos.

—Esta es Krahova, Cora y Feiter —presentó Sheldon señalando a cada uno al nombrarlo.

Krahova se había quedado como paralizada. Éltor era un hombre realmente atractivo de unos treinta años, con una blanca dentadura y unos ojos grises, de un claro profundo, que atrapaban y envenenaban el corazón con sentimientos confusos. Eran unos ojos muy parecidos a los de Jin, pero para Krahova más perturbadores.

—¿Y tu hermano? —preguntó Sheldon.

—Le dejé las señales pertinentes y convenidas para que viniese aquí o a casa de Íbram.

He venido lo más rápido posible.

—Esperemos que no haya ido a Cumia —se lamentó Krahova.

—¿Por? —preguntó Éltor.

—Están en guerra —le informó el niño—. ¿Por qué te crees que te han avisado?

—¿Cómo en guerra? —preguntó el cazador sin mirar al niño.

—Sí, Éltor, pero eso te lo contamos luego —repuso Sheldon—. Ahora siéntate a cenar, estarás hambriento.

—De acuerdo, pero contadme...

Krahova no podía apartar la mirada de Éltor, se le veía muy curtido. De dónde sería, jamás lo había visto ni había oído hablar de él. Sheldon, a pesar de ser su amigo, tenía muchos secretos. La muchacha se alegró de tener que iniciar la misión con él, era guapo y educado, parecía discreto y muy capaz, modales que no cuadraban con los de un cazador de las montañas. Además llevaba cota de malla y esa espada cubierta... Todo daba mucho que pensar, pero ya tendrían tiempo de irse conociendo, de esto se encargaría ella.

Éltor comió del plato que el niño no había querido probar, mientras le contaban lo de la guerra. El resto de la cena transcurrió en silencio, sólo se oía el viento, rugiendo, fuera de la casa. A medida que iba pasando el tiempo, Krahova fue inquietándose cada vez más por la tardanza de sus compañeros. Sheldon, viendo su preocupación intentó tranquilizarla.

—No creo que tarden mucho.

—¿A quién esperamos? —preguntó Éltor.

—A tres compañeros —respondió Krahova—. Tórmax, Stan y Jin.

—Serán una buena ayuda —precisó Éltor—. El terreno por donde iremos no es un amplio y llano camino.

—Y con soldados rondando por ahí... —apuntó Sheldon.

—Ya deberían haber llegado —volvió a decir Krahova visiblemente nerviosa—. Me temo que les pueda haber pasado algo.

—¿Qué les va a pasar? —le dijo el hombre—. Además van tres. Saben cuidarse.

—Pues por eso —dijo la muchacha.

—Creo que lo mejor es que vayáis a descansar todos —propuso Sheldon—. Yo me quedaré a esperarles.

—Ni hablar —respondió la chica—. Yo también me quedo.

—¿Cuál es mi habitación? —dijo el cazador.

—Nosotros también iremos a descansar —dijo la mujer cogiendo al niño.

Sheldon les indicó sus respectivas habitaciones. Puso el cazador en su propia cama, pues él podría descansar en el salón por una noche. Después de asegurarse de que los invitados no necesitaban nada más, volvió al salón donde le estaba Krahova con el rostro angustiado, esperando ansiosa la llegada de sus compañeros. Iba y venía, paseándose por la sala y jugueteaba con sus dedos, pensativa y atenta a la llegada de sus amigos.

—Déjate de preocupaciones —le dijo el hombre en voz baja.

—Hay muchas cosas que no me has contado. Creía que éramos amigos.

—¿Qué quieres saber?

—¿Quién es Éltor? ¿Y Feiter?

—Éltor es un cazador de la zona y Feiter... cuanto menos sepas mejor.

—Ves, ya empiezas con los misterios.

—Créeme Krahova, lo hago por vuestro bien. Si supieses quién es el niño, tal vez te lo pensarías mejor.

—Prueba a decírmelo. Di mi palabra en Cumia de hacerlo, sea quien sea. Y lo haré igual que mis compañeros.

—No hables por ellos, Krahova. No sabemos nada de nadie.

—Ya lo veo. Creía saber que entre tú y yo había confianza. ¿Y Éltor?

—¿Éltor?

—Sí. ¿Quién es?

—Un cazador de la zona —repitió Sheldon.

—Un cazador de la zona con cota de malla y la empuñadura de una espada oculta con vendas. No deja de ser curioso —dijo la chica enfurecida y con un tono irónico.

—A lo de Éltor no sé qué contestarte. He tratado con él un par de veces, pero no sé nada más. Créeme. Si quieres saber más, ahora tienes la ocasión, puesto que vas a compartir con él una misión. Del niño...

Sheldon no pudo continuar la frase, pues de repente se abrió la puerta de la casa.

Tanto él como la muchacha giraron la cabeza en dirección a la puerta abierta. Con el viento entraron rápidos Stan, Tórnax y Jin, abrigados y con la cara aterida por el frío. Cerró la puerta el último en entrar y empezaron a sacarse la ropa de abrigo que llevaban. Buscaban el calor del fuego que Sheldon tenía encendido. Jin temblaba de arriba abajo y los tres resoplaban de frío. Krahova esperaba que alguno de ellos le diese alguna explicación.

—Vaya viento —exclamó Tórnax—. Creí que no llegábamos. ¿Y los demás?

—Los demás descansan —respondió Sheldon— y vosotros deberíais hacer lo mismo. Mañana debéis partir.

—Un momento —dijo Stan—, necesitamos más tiempo para descansar.

—También lo necesitan en Cumia y mira como están —dijo Sheldon—. No hay más tiempo.

—Pues lo habrá —dijo Tórnax—. No podemos hacer locuras. Con este viento es imposible andar y si mañana sigue, no podremos marcharnos.

—Nadie debe veros en Yíldiz —afirmó Sheldon—. Ahora todos corremos peligro.

—El ejército enemigo está en Cumia —respondió Tórnax—, no en Yíldiz.

—Pero quién sabe dónde estará mañana —dijo Sheldon.

—¿A favor de quién estás Sheldon? —preguntó Krahova—, porque hay cosas que no entiendo.

—¿Qué ocurre aquí Krahova? —preguntó Tórnax a su vez.

—¡Responde! —le inquirió la chica ante la pasividad de Sheldon.

—Que son esas voces —dijo Éltor saliendo de la habitación—. Dejad a Sheldon tranquilo, es un buen hombre que sigue sus órdenes. ¿Qué queréis saber?

—¿Quién es el chico? ¿Quién eres tú? —preguntó Krahova.

—De mí mismo puedo decirte que soy Éltor, cazador, y que según tengo entendido nací en las montañas, al sur de Yíldiz. Somos dos hermanos, Ríbot^[54], el mayor, que tendría que estar aquí conmigo y yo. ¿Qué quieres saber más? —preguntó desafiante.

—¿Y tu espada? —preguntó Krahova.

—No es mi espada, es la de mi hermano. Le fue entregada por mi padre antes de morir. La llevo cubierta porque es una espada muy bella y muy antigua y no quiero que me desaparezca. Tengo que devolvérsela a mi hermano. Ignoro de dónde la sacó mi padre, nunca nos lo dijo.

—Perdona Sheldon por dudar de ti —se excusó Krahova—, pero como estuviste en Cumia y no me dijiste nada...

—Había prisa —dijo el hombre—, perdóname tú a mí.

—Del niño sé menos que vosotros —informó Éltor—, pero tal vez se lo podríamos preguntar a él. Despiértale, Sheldon.

Sheldon Tálec cumplió la demanda del cazador y fue a despertar al niño. Mientras, los demás se observaban mutuamente sin entender muy bien lo que ocurría allí. A Stan y a Tórmax les llamó poderosamente la atención los ojos de Éltor, incluso parecía tener cierta semejanza con Jin. El cazador y Jin se miraban continuamente y se dedicaron una sonrisa que no escapó a los ojos de Krahova. Al instante apareció Sheldon con el niño y lo colocó en medio de la habitación.

—¿Tú quién eres? —le preguntó Krahova.

—¿Para eso me habéis despertado? —respondió el niño.

—Da igual que conteste o no —dijo Tórmax asombrado.

—¿Por? —preguntó Stan.

—Porque es el hijo del duque de Xamin —reveló Tórmax—, le conozco.

Todos se quedaron en silencio, lo que Tórmax acababa de decir les había dejado sin habla.

Sheldon bajó la cabeza y llevó al niño de nuevo a su cama, junto a la mujer que seguía durmiendo ajena a todo. Los demás permanecieron silenciosos en el salón y esperaron a que llegase de nuevo Sheldon.

Antes de que regresara el hombre, Tórmax se fue a la cocina y buscó comida entre los enseres de Sheldon, Krahova se dejó caer en la silla dándole vueltas a lo que acababa de oír, Jin se acomodó junto al fuego y Stan se fue a ayudar a Tórmax. Cuando los dos compañeros volvían de la cocina con comida y se disponían a repartir la cena con Jin, apareció Sheldon.

—No entiendo nada —dijo Krahova—. ¿Qué tiene que ver Xamin con Cumia?

—Cumia se alimenta de Xamin —explicó Sheldon—. La ciudad libre y la ciudad rebelde, ¿entiendes? El duque teme que Damon Wacla pueda presionarle y por tanto pone a su hijo a buen recaudo, pero antes de llegar a Cumia, los soldados de Mármora...

—¿Cumia es buen recaudo? —preguntó Tórmax.

—¿Dónde lo llevarías tú? —le preguntó Sheldon.

—A Aras —respondió Jin—, la ciudad maldita. Damon no buscará jamás allí, si es que ha pretendido alguna vez buscarlo.

—Se ha llevado al hijo de Tárneas Krebb —respondió Sheldon—, uno de los posibles monarcas de Hárkad.

—¿Pero el hijo del duque? —preguntó Krahova.

—Los Málcolm gobernaron sobre Aras hace mucho tiempo —explicó Sheldon— y Damon Wacla debe conocer bien la historia, como debe saber que hubo otras muchas familias que fueron reyes de Aras, pero se creen todas extinguidas.

—¿Y los Ármítac? —preguntó Stan.

—El último estaba en Mármora —respondió Sheldon—, pero de eso hace más de dos meses y Damon es el general de los ejércitos allí. Por tanto...

—Por tanto es de suponer que el Áramitac —dedujo Jin—, ya no exista sobre todo después de lo que pasó con el cortejo fúnebre.

—Pero Zennia nos dijo que Damon no parecía tener nada que ver —comentó Stan.

—No parece —confirmó Sheldon—, pero no lo sabemos con seguridad.

—¿Y en Aras quién hay? —preguntó Krahova.

—Gente que quiere que vuelva el antiguo orden —dijo Sheldon—, es decir, que Aras vuelva a ser lo que fue.

—¿Y volver a dividir a Hárkad en dos? —preguntó Éltor—, ¿a un lado los de Barintia y al otro los de Aras?, ¿y volver a otra guerra?

—A eso no puedo responderte —dijo el hombre—. Tal vez en Aras sí puedan. Bueno, lo mejor será ir a dormir, si mañana no sopla el viento...

—Ya veremos —respondió Tórmax—, ya veremos. De momento vamos a descansar.

Sheldon le pidió a Éltor que acompañase a los otros, pues él quería descansar en su propia casa y en la de Krahova hallaría cama para dormir. Éltor asintió sin poner ninguna objeción y todos quedaron en que, según las condiciones del día siguiente, marcharían o no de Yíldiz.

Además alguien tendría que quedarse en el establo con los caballos. Una vez fuera de la casa cogieron los caballos que traían y Krahova les guió hasta el establo donde ella ya había dejado su caballo. Krahova les informó de que en su casa sólo podía quedarse otro, además de Jin y que, por tanto tenían que quedarse dos en el establo. Tórmax y Stan se ofrecieron voluntarios para vigilar los caballos. Iban todos cabizbajos por efecto del fuerte viento que seguía soplando y se sujetaban las capas y los abrigos, inclinando el cuerpo hacia delante, mientras tiraban con fuerza de los caballos.

Ninguno de ellos se dio cuenta de los dos hombres que, apoyados en una esquina a resguardo del viento, les esperaban. Iban vestidos completamente de negro y parecía que no llevaban ninguna arma encima. Cuando llegaron a su altura, fueron los dos extraños quienes les pusieron alerta.

—Hola Jin —dijo uno de los hombres enfundado en una capa que sólo dejaba entrever sus ojos brillantes—. ¿Te acuerdas de mí?

Jin levantó la mirada y, pese a la oscuridad y a la ropa que llevaba aquel que le había hablado, pareció reconocerle ya que dio un paso atrás y empezó a sacarse el arco largo de su espalda. Sus compañeros se alteraron y todos echaron mano de sus armas.

—No queremos haceros daño —dijo el mismo con una tranquilidad pasmosa—, sólo queremos a Jin, ven con nosotros.

—¡No! —gritó Jin—, no le creáis. No van solos, de esto estoy segura.

—Jin, Jin. Tranquila —le recriminaba el extraño—, si vienes con nosotros nadie sufrirá. ¿No vas a causarles daño a tus amigos, verdad?

—¿Pero dónde están los otros? —preguntaba Krahova mientras miraba en todas direcciones igual que hacían Stan, Tórmax y Éltor.

—No los veréis, pero están —contestó Jin con el arco bajo y una flecha en la cuerda—, así actúan los del Círculo Negro.

—Tensa ese arco y eres carroña —amenazó el extraño—. Los demás ya podéis iros, y de prisa porque puedo cambiar de opinión.

—Pues cámbiala —dijo Éltor sacando su espada y lanzándose sobre el individuo.

—¡A cubierto! —gritó Jin lanzándose al suelo, tapándose la cabeza con las manos.

Todos se tiraron al suelo menos Éltor que ya había iniciado su ataque contra el extraño. Una lluvia de flechas sobrevoló el espacio que hacía un momento habían ocupado Jin y sus compañeros, pero el viento era muy fuerte y las flechas salieron despedidas en dirección azarosa y ninguna dio en el blanco. El compañero del que había sido el portavoz de los extraños cogió su espada que estaba apoyada en la pared de la casa que les resguardaba del viento; el otro, el que había hablado, sólo tuvo tiempo de emitir un grito de angustia cuando la espada de Éltor cayó desde arriba y con un golpe certero se introdujo en su cuerpo por el hombro izquierdo. Éltor sacudió la espada cogiéndola con las dos manos, para que el cuerpo sin vida de su enemigo cayese al suelo como una marioneta y se preparó para el siguiente combate, buscando su próximo enemigo.

Krahova había rodado por el suelo después de lanzarse a cubierto y había encontrado la protección de uno de los caballos. Desde allí y viendo a uno de los hombres en un tejado cercano, cargó su arco sabiendo que el viento podría desviar la flecha. Mientras, Tórmax, intuyendo lo que había ocurrido más que verlo, se levantó con la espada en la mano dispuesto a encaramarse a los tejados y animaba a Jin para que le acompañara.

Jin, por su parte, sin apenas llegar al suelo y de un salto extraordinariamente ágil, ya corría pegada a las casas, para ofrecer un ángulo difícil, hacia el primero que había visto que descendía de una de las azoteas. Jin le esperaba abajo con la daga en la mano y no bien hubo puesto su pie en el suelo, le agarró por detrás y, antes de que se diese cuenta de lo que le estaba ocurriendo, era degollado por la mano experta de Jin que lo dejaba caer al suelo sin aliento.

Krahova tuvo tiempo de apuntar antes de disparar, pues su enemigo no se había dado cuenta de que le estaban observando y no había tomado ninguna protección. Krahova esperó pacientemente a que dejase de soplar el viento, aunque sólo fuese un instante, pero no estaba segura de su disparo. El enemigo, desde su posición también cargó el arco, apuntando a la espalda de Éltor que estaba enfrascado en la lucha con

el compañero del portavoz. Krahova no podía esperar por más tiempo, pues a pesar de que el viento no facilitaba el disparo, debía hacerlo antes que el otro soltase su flecha hacia el cazador; así pues tensó el arco al máximo y soltó la flecha, pero antes de que llegara a su objetivo, el hombre ya había soltado la suya. En algún momento se cruzaron los dos proyectiles, pero de nuevo el viento los desvió lo suficiente para que no fuesen allá donde habían sido enviados.

Krahova dejó el arco y sacó la espada y fue en ayuda de Éltor que acababa de recibir un corte en el brazo izquierdo.

El hombre del tejado se dio cuenta de que había estado desprotegido y como los proyectiles no tenían efecto por culpa del aire, dejó su arco en el suelo y se dispuso a bajar para luchar cuerpo a cuerpo; sin embargo, en el mismo instante en que se levantaba, se encontró de repente con Jin, aparecida de la nada, que le estaba esperando para clavarle la daga en el vientre y con toda la fuerza de sus brazos, sin soltar el arma, tirar hacia arriba en un golpe seco para después alejarse sin mirar tan siquiera atrás, y sin comprobar que su enemigo caía al suelo ya muerto.

Stan y Tórnox habían localizado a otros dos hombres bajando de los tejados y los cuatro luchaban con sus espadas aunque Stan iba perdiendo terreno. Tórnox mantenía a su oponente a raya, maniobrando con su espada, certeramente, parando los golpes y buscando un instante en el que la defensa de su enemigo dejase un hueco.

Éltor se había retirado un instante para que Krahova maniobrase más cómodamente, arremetiendo con fuerza. Pero ese hombre que tenían delante era muy hábil con la espada y la herida que le había causado al cazador era más profunda de lo que se veía en un principio. Jin corría hacia donde estaba Stan para echarle una mano, pues Tórnox estaba descargando con furia sobre la espada de su enemigo, que sólo podía parar los golpes y que tenía la rodilla en el suelo. Jin estudió la situación e inmediatamente después, aprovechando que el contrincante de Stan estaba medio vuelto de espalda, se lanzó sobre él y le clavó la daga a la altura de los riñones. El herido se agachó, presa del dolor, momento que aprovechó Stan para golpear con la hoja de su espada en la cabeza del que tenía delante; quedó aturdido el tiempo suficiente como para que una nueva combinación de los dos compañeros volviese a provocarle nuevas heridas y golpes que le hicieron caer al suelo.

De improviso, el contrincante de Krahova, viendo que Éltor se olvidaba de su herida y que intentaba volver a la pelea, dio media vuelta y salió corriendo. Krahova intentó alcanzarle, pero corría demasiado, por eso cogió la espada y se la lanzó, clavándosele en el cuerpo como una lanza y dejándole sin vida en el suelo, boca abajo. Tórnox terminaba, en ese instante, con la vida del que estaba delante suyo.

—Volverán más —dijo Krahova al darse cuenta de que no quedaban enemigos por batir—, no van a dejar el asunto así. ¿Cómo tienes el brazo? —le preguntó al cazador.

—Bien, no es una herida muy profunda.

—Vamos a casa, le aplicaremos remedios.

—¿Estáis todos bien? —preguntó Tórnax llegando a la altura de los caballos—. ¿Acabasteis con ellos?

—Creemos que sí —dijo Éltor.

—Todos bien —dijo Stan, que en ese momento llegaba con Jin junto a sus compañeros—. Estás herido, Éltor.

—No es nada —respondió el cazador.

—Éstos no eran los mejores —informó Jin—. Enviarán a más.

—Para eso estamos aquí —dijo Tórnax—, para protegerte. Recojamos los cadáveres y saquémoslos de la ciudad.

—¿Quiénes eran? —preguntó Éltor.

—Luego te lo cuento —le dijo Krahova—. Tórnax y Stan, sacadlos de la ciudad vosotros dos. Tú, Jin, lleva los caballos al establo. Luego ven a mi casa.

—¿Cuál es? —preguntó Jin.

—Es aquella casa de la puerta verde —le indicó la muchacha señalándosela—. Yo voy a curar a Éltor.

Stan y Tórnax registraron a los extraños contra los que habían luchado y después se los llevaron a uno de los bosques cercanos para mantenerlos fuera de la vista de los habitantes de Yíldiz. Jin se llevó los caballos hacia el establo que estaba allí al lado.

Cuando Éltor y Krahova llegaron a la casa de ésta, el hombre se tendió en la cama que la chica le señaló y se sacó la ropa de la parte superior del cuerpo para que pudiesen curarle el brazo.

—Ahora pondré estas hierbas en el agua —dijo ella preparando una infusión para hacer un emplaste y aplicarlo sobre la herida de él.

—Te lo agradezco.

Krahova se sentía perturbada por los ojos del hombre que tenía en su habitación. Cuando empezó a aplicarle el remedio, entró Jin, cerrando la puerta tras de sí.

—¿Dónde duermo?

—Tras esa puerta hay una cama —le indicó Krahova—. Cierra la puerta de la casa con el pasador de madera. En el armario hay mantas.

—De acuerdo. Hasta mañana —dijo Jin cerrando con el pasador.

—Hasta mañana —respondieron Éltor y Krahova.

Krahova cerró la puerta de la habitación y continuó aplicándole el ungüento. Eltor miraba con esos ojos profundos que tanto alteraban a la muchacha, que bajó la mirada azorada y continuó con la cura; aunque los dos sabían que la noche iba a ser íntima y confidente.

Capítulo 9

La huída

Golpeaba con fuerza, Sheldon Tálec, la puerta de la casa de Krahova, con la sola intención de que le oyesen los que estaban en la casa. Miraba, nervioso, a un lado y a otro de la calle y sin apenas esperar respuesta, volvía a golpear con más fuerza. Era temprano, pero tampoco mucho. La ciudad ya había empezado su actividad cotidiana, aunque parecía que había más de la acostumbrada. El fuerte viento del día anterior había cesado, aunque soplaba aire aunque con menor intensidad. Sheldon estaba a punto de ir al establo, ya que nadie le abría la puerta, cuando de repente Éltor abrió y salió todavía a medio vestir.

—Hola Sheldon, buenos días. ¿Qué ocurre?

—Debéis marcharos, deprisa —le apremió el hombre.

—Supongo que hoy lo haremos —respondió el cazador—, veo que no sopla mucho viento.

—Han llegado noticias de Cumia —reveló Sheldon—. La ciudad ha caído esta noche.

—Vaya —comentó abatido Éltor.

—Han visto grupos de soldados abandonar Cumia —prosiguió Sheldon— y marchar hacia aquí. Algunos abandonaron el asedio hace día y medio, por tanto mañana llegarán a Yíldiz, si es que no lo hacen esta misma noche. Los alrededores de Yíldiz serán un hervidero de soldados, cuanto antes os marchéis y más lejos estéis cuando lleguen, mejor para todos.

—Me ocupo yo de ponerles en marcha a todos —dijo Éltor con aire pensativo y rostro preocupado—. Tú sólo encárgate de llevar a la mujer y al muchacho al establo. Antes del mediodía nos habremos ido. ¿Qué vas a hacer?

—No lo sé. No sé si irme a Barintia o quedarme —respondió Sheldon abatido.

—Si ves a mi hermano dile que hemos seguido... —empezó diciendo Éltor.

—No. Espera —cortó Sheldon—, no quiero saberlo.

—¿Pero y si tiene que seguirnos?

—Le diré que vaya a Aras por el camino que considere más seguro. Intentaré avisarte de alguna manera para que sepas que he hablado con él.

—De acuerdo. Espero volver a verte —dijo Éltor—, con vida.

—Yo también a ti —respondió Sheldon—. Cuídate, cuídales, sobre todo a Krahova.

—No sufras. Hasta pronto, Sheldon.

El hombre levantó la mano en señal de despedida y se alejó de la casa a toda prisa. El cazador volvió a entrar y al pasar por delante de la habitación de Jin, golpeó la puerta para que se despertase. Luego hizo lo mismo con la puerta de la habitación donde había dormido él con Krahova e inmediatamente después se puso a preparar el desayuno.

Casi al instante apareció Jin en el comedor de la casa.

—Hola —saludó la muchacha.

—Hola —devolvió el saludo Éltor—. Prepara tus cosas, nos vamos antes del mediodía. Podrías avisar a Tórmax y a Stan y decirles que vengan a desayunar.

—Ahora mismo —dijo Jin diligente mientras se volvía a la habitación a preparar su equipo.

—Buenos días —saludó Krahova saliendo de su cuarto con la cara de medio dormida—. ¿Qué ocurre?

—Cumia cayó anoche —le informó Éltor—. Los soldados ya vienen hacia Yíldiz, debemos marchar cuanto antes. Pero primero desayunaremos.

—Tengo que ir a ver a mi padre antes de irme —resolvió de pronto.

—Déjalo, mejor que no sepa que has estado aquí. Además imagina que te retienen por cualquier cosa en los calabozos. Esperemos que los soldados de Mármora no sean muy duros con los prisioneros.

—Tienes razón —dijo Krahova poco convencida—, voy a preparar el equipo. ¿Y los demás?

—Ahora voy a avisarles —dijo Jin saliendo de la habitación—. Hasta ahora.

Éltor dispuso platos sobre la mesa y siguió preparando el desayuno para cuando llegasen todos. Krahova arregló su equipaje y también el del cazador, luego salió al comedor y le echó una mano a Éltor mientras colocaba sillas alrededor de la mesa. Aún no había finalizado la preparación del desayuno cuando llegaron Jin, Tórmax y Stan.

—Hola —les saludó Krahova—. ¿Qué tal habéis dormido?

—Bien —respondió Tórmax—. ¿Así que nos vamos?

—Sheldon me ha informado de que Cumia ha caído —les comunicó Éltor.

—¡No! —exclamó Jin con los ojos llenos de lágrimas.

—Soldados de Mármora ya están viniendo hacia aquí —prosiguió Éltor mientras Krahova intentaba consolar a Jin y los demás estaban abatidos—. Cuanto antes nos vayamos...

—¿Traes caballo, Éltor? —preguntó Tórmax.

—No, y por donde iremos tampoco nos va a resultar muy útil. Pero nos los llevamos.

—Eso nos hará ir lentos —dijo Stan.

—Si alguien nos persigue —comentó Éltor sirviendo la comida en los platos—, cosa que dudo, tendrá las mismas dificultades que nosotros y tampoco le servirá de mucho el caballo.

—¿Por dónde iremos? —preguntó Tórnax.

—Había pensado —explicó el cazador— descender hacia el sur, lo más cerca posible a las montañas, pues tendremos que cruzar dos ríos, el Anei y el Arimán Menor. Prefiero hacerlo lo más cerca de sus fuentes, para que no sea muy difícil atravesarlos. Cuando lleguemos al río Olfe, seguiremos su curso hasta el mar de Arimán. Luego cruzaremos el mar en una barca que tengo a mi disposición, bien oculta y desde la otra orilla seguiremos en dirección sudoeste hasta encontrarnos con el río Íler. Una vez allí seguiremos el antiguo camino que bordeaba ese río hasta Aras. Eso si todo va bien, claro.

—¿Cuántas jornadas nos llevará esto? —preguntó Tórnax.

—He calculado que unas diez o doce.

—¿Y comida? —preguntó Stan.

—Iba a pedirle a Krahova —dijo Éltor—, ya que ella conoce la ciudad, que nos consiguiese comida de viaje para siete personas, para dos semanas.

—No te preocupes —dijo Krahova—, la tendremos aquí antes de irnos.

Comieron con celeridad la comida que Éltor les había preparado. Casi no comentaron nada más. Krahova en cuanto hubo terminado les dijo que se iba a por comida y se marchó dejándolos en su casa. Éltor, que fue el segundo en terminar, les indicó que debían dejar toda la casa ordenada. La herida del día anterior estaba prácticamente sanada por efecto de las hierbas que la muchacha le había aplicado la noche anterior. Jin estaba en un rincón de la sala, comiendo casi con desgana, con la mente lejana, con otras gentes.

Mientras la mañana iba avanzando, todos se preparaban y ultimaban los detalles de su equipo. Cerca del mediodía, Krahova aún no había llegado y todos estaban listos, sentados alrededor de la mesa, esperándola. En cuanto llegase distribuirían la comida, irían a buscar los caballos al establo y abandonarían la ciudad.

—Hay una cosa que no entiendo —intervino Tórnax—. Si este es el hijo del duque de Xamin, eso quiere decir que el duque puede reinar, ¿no?

—Eso dijo Sheldon —corroboró Éltor.

—Pero a mí, Smeg me dijo que a quien hay que apoyar es a Tárneas.

—¿Qué quieres decir con eso? —preguntó Stan a Tórnax que miraba perplejo.

—¿Quién es Smeg? —preguntó Éltor.

—A mí me enviaron a Barintia para recoger información —recapituló Tórnax—. Allí teníamos que ponernos en contacto con amigos y éstos, resulta que, apoyan a Tárneas.

Smeg era uno de esos, digamos, amigos.

—¿Y? —volvió a preguntar Stan.

—Ahora hay que ayudar a Góureith, el duque. Y son los mismos los que nos piden —continuó Tórnax— que estemos con Tárneas. Si los dos pueden reinar, ¿no son competidores?

—Sheldon dijo una cosa importante —intervino Jin—. En Aras hay gente que quiere que vuelva el antiguo orden. Góureith, rey de Aras y Tárneas, de Barintia.

—Pero eso vuelve a dividir el reino en dos —comentó Éltor.

—Claro, y es lo que no entiendo —dijo Tórnax con fastidio—. Cómo una misma organización trabaja para dos reinos distintos que además se enfrentarán.

—¿Y quién te ha dicho que van a enfrentarse? —preguntó Jin—. Pueden hacer un reparto.

—Se enfrentaron hace más de doscientos años, Jin —le aleccionó Tórnax—, ¿por qué no iban a hacerlo ahora?

—Tal vez... —intentó recordar Éltor—. Mi padre me dijo una vez algo que entonces no tenía sentido para mí, pero que ahora...

—¿Qué? —preguntaron todos.

—Aras no quería la guerra —respondió Éltor.

—Entonces por qué asesinó al rey de Barintia —preguntó, con interés, Tórnax—. Todas las ciudades se volvieron contra Aras.

—Decía mi padre que todo fue una estratagema de los Áritac. ¿Por qué al entonces rey de Barintia no le sucedió su hijo, es decir, un Krebb? Íler Áritac era el capitán general de los ejércitos, pero no era el heredero, el rey tenía descendencia. ¿No lo veis muy raro?

—Si hubiesen querido acabar con los Krebb, ¿no lo habrían hecho? —preguntó Tórnax—

Pero los Áritac no lo hicieron y los Krebb todavía existen, precisamente porque los Áritac les protegieron de los de Aras.

—¿Y entonces? —preguntó Jin—. ¿Quién ha asesinado al Áritac, si eran tan buenos?

—Los Krebb, no —respondió Tórnax.

—Pero sí alguien de Barintia —apuntó Stan—, alguien que debía tener sus motivos.

—Los motivos eran una profecía, todo estaba escrito —dijo Tórnax—. Los tres símbolos de poder y todo eso.

—¿Y tú te lo crees? —preguntó Éltor—. ¿Qué tres símbolos? Eso fue una invención. Nada más fácil. Mira, te digo que mañana vas a morir envenenado y yo mismo me encargo de emponzoñar la comida, seguro que acierto.

—¿Qué quieres decirnos con eso Éltor? —preguntó Stan—. Si no hubo mala intención por parte de Aras y todo fue una maniobra de los Áritac, ahora podrían

vivir en paz dos reinos y...

—... y cada uno —completó la frase el cazador— con el rey que le corresponde. Por eso la organización por la que trabajáis ayuda a los dos.

—Trabaja —puntualizó Stan refiriéndose a Tórmax.

—Entonces igual la organización ha acabado con el rey —aventuró Jin.

—No lo sabemos —indicó Éltor—. Ahora estamos metidos todos en el mismo asunto. Cuanto antes lo tengamos claro, mejor.

—No, la organización, no —murmuró Tórmax.

En ese instante se abrió la puerta de la casa y entró Krahova acalorada, como si hubiese venido corriendo. Llevaba la comida de viaje en las manos. Todos se giraron para mirarla como preguntándole por qué había tardado tanto. Dejó los paquetes encima de la mesa y se los quedó mirando mientras recuperaba el aire.

—Fui a ver a mi padre —se justificó—. Hay que largarse de inmediato.

—¿Por qué? —preguntó Éltor.

—Barintia ha enviado soldados a proteger su colonia, temiéndose que ocurriría lo que ha sucedido con Cumia y que Mármora marcharía sobre Yíldiz. Acaban de llegar y están requisando todos los caballos de la ciudad. Si no nos damos prisa, vamos a quedarnos sin ellos. También han llegado las primeras tropas de Mármora y parece que Yíldiz ya no es lugar seguro.

—Vámonos —ordenó Éltor—. Cada uno que coja comida para él. Jin, coge la de la mujer y el niño y vente conmigo. Os esperamos en las últimas casas en dirección sudeste. Venid rápido y sed discretos.

Éltor y Jin fueron los primeros en abandonar la casa, salieron rápidos con movimientos ágiles y aunque era mediodía y el sol brillaba en lo alto de un cielo azul intenso, supieron aprovecharse de la confusión y los movimientos que había en Yíldiz con la llegada de los dos ejércitos. De esquina en esquina, pronto salieron de la ciudad por el sudeste sin que nadie se hubiese fijado en ellos. Una vez fuera se apostaron en un bosquecillo cercano que les permitía observar sin ser vistos. Al poco rato aparecieron Tórmax, llevando dos caballos por las bridas, la mujer y el niño.

Tórmax les iba indicando mientras miraba constantemente hacia atrás. Se oían gritos por las calles de la ciudad, de órdenes confusas. En cuanto rebasaron la última casa, Éltor les hizo señales para que se acercaran. Con rapidez y menor cautela, Tórmax y sus dos acompañantes se dirigieron hacia allí.

Con el tiempo justo de introducirse en el interior del bosquecillo, apareció un grupo de soldados de Mármora, que tomaron posiciones y empezaron a montar sobre el terreno, una especie de parapeto hecho de troncos de madera. Éltor emitió un chasquido de fastidio. La salida de la ciudad por ese punto había quedado inutilizada. Esos soldados eran capaces de disparar a todo el que abandonase Yíldiz y, con más razón, a dos que pretendiesen hacerlo a caballo. Los animales eran muy valiosos en

tiempo de guerra.

Casi al instante aparecieron Stan y Krahova, llevando los caballos de la mano. Parecía que iban con prisa, como si alguien los persiguiese. Éltor, desde su posición privilegiada, les hizo señas, intentando no ser visto por los soldados que estaban a unos doscientos metros a su izquierda. Krahova si vio las señales y avisó inmediatamente a Stan que se disponía a abandonar la protección de las casas y salir a campo abierto. Se volvieron a ocultar entre los edificios para no ser vistos por los soldados enemigos.

Krahova miraba con nerviosismo hacia atrás, hacia la ciudad. Éltor les hizo señales para que soltasen los caballos hacia los soldados, así mientras éstos intentaban atraparlos, sus amigos podrían cruzar el campo con rapidez y salvaguardarse dentro del bosque. Krahova entendió el plan y se lo contó a Stan. Cogieron del caballo todo lo que necesitaban y golpearon a los caballos para que saliesen a toda prisa hacia los soldados.

—¡Mirad, caballos! —gritó uno de los soldados—. ¡Hay que atraparlos!

—Preparad las armas —susurró Éltor a Jin y a Tórmax—. Por lo que pueda ser.

—¡Ahora, corre Stan! —le ordenó Krahova cuando vio que los soldados estaban de espaldas, intentando atraparlos a los caballos.

—¡Eh! ¿Adónde vais? —sonó una voz detrás de Krahova—. ¡Capitán, dos que huyen, aquí!

Krahova y Stan empezaron a correr hacia el bosquecillo, mientras los soldados de Barintia, que los habían descubierto, empezaban la persecución de los dos fugitivos sin percatarse de la presencia de los de Mármora. Éltor miraba asombrado la escena sin atreverse ni a respirar, esperando cualquier desenlace.

—¡Alto, en nombre de Barintia! —gritó el capitán.

—¡Corre Stan, por lo que más quieras! —le apremiaba Krahova ya muy cerca del bosque donde les esperaban sus compañeros.

—¡Disparad! —dijo el capitán de Barintia—. ¡Qué no escapen!

—¡Soldados enemigos! —gritó uno de los de Mármora dándose cuenta de la presencia de los otros que ya llevaban los arcos prestos a disparar.

—¡Atrás! ¡A cubierto! —ordenó el capitán de Barintia apercibiéndose de que habían sido descubiertos por el enemigo—. ¡A las casas!

—Señor —dijo un soldado de Mármora a su capitán—. ¿Seguimos a los fugitivos?

—No —respondió el oficial—, si los perseguían los de Barintia, serán amigos. Procurad que no salga nadie más por este lado de la ciudad. Esta noche llegarán refuerzos.

Éltor sopló aliviado cuando Stan y, tras él, Krahova entraron en el bosque a salvo de todo peligro. La muchacha se abrazó al cazador mientras Tórmax palmeaba la

espalda de Stan, que estaba apoyado en el tronco de un árbol, recobrando el aliento por la carrera que acababa de realizar.

—Por poco —dijo Jin—, pero hemos tenido suerte.

—Esperemos a que anochezca —propuso Éltor—. Los caballos los usaremos para cuando estemos muy cansados.

Se quedaron bajo los árboles frondosos, en silencio, observando como al poco rato empezaban las refriegas en la ciudad y aparecían algunas humaredas, signo evidente de que empezaban los combates y los incendios. Krahova lloraba en silencio por su padre y por su casa y por la ciudad entera, pero Éltor la tenía cogida de la mano e intentaba darle todo su apoyo sólo con su presencia; aunque sabía que aquello que ahora le ocurría a Krahova no había nadie que pudiese calmarlo. Ser el espectador del ataque de aquello que es uno mismo, sin poder hacer nada para evitarlo, era muy duro. La muchacha ansiaba que llegase la oscuridad para abandonar el lugar y olvidarse de lo que estaba viendo, aunque sabía que su mente no lo olvidaría.

Comieron algo y en cuanto empezó a declinar el sol y a hacerse oscuro, sin mediar palabra ninguna, sin que nadie diese ninguna orden, por sí solos se fueron preparando y se pusieron en marcha encabezados por Éltor. Nadie les vio abandonar el escondite, nadie les vio huir de la guerra, pero antes de que Yíldiz desapareciese de su vista, Krahova se quedó un instante vuelta hacia su ciudad, viendo como ardían distintos fuegos en distintos puntos. Pensaba en su padre, en Sheldon, en su casa y una lágrima asomó de nuevo en los tristes ojos de la muchacha.

—Vamos —le dijo dulcemente Jin, cogiéndola de la mano—. El destino de Yíldiz ya no está en nuestras manos. No podemos hacer nada.

Caminaron toda la noche, despacio, pues sin luz el paso se hacía muy complicado. Tropezaban con asiduidad, estaban en una zona muy boscosa y las raíces de los árboles y las ramas iban castigándoles los pies y la cara. Siguieron sin descanso hasta que asomó el primer albor de la madrugada, solamente entonces Éltor les concedió un descanso, que todos aprovecharon para dormir un rato. El cazador se quedó vigilando, observando y planificando la mejor estrategia.

Durmieron hasta que el sol estuvo alto en el cielo, aunque no hacía mucho calor, pues el viento del norte era frío y además, según avanzaba el día, iba cubriéndose de nubes cada vez más oscuras. Éltor había estado explorando los alrededores, asegurándose de que no había nadie. Todo parecía estar en calma. Cuando empezaron a despertar, el cazador ya les había preparado una infusión caliente con la finalidad de que se sintiesen reconfortados. A pesar de haber dormido un poco, todos tenían cara de agotados, sin embargo la de Éltor era un rostro fresco y fuerte, marcado por los arañazos de las ramas que le habían lastimado la noche anterior.

En cuanto hubieron desayunado todos, iniciaron de nuevo la marcha, siguiendo la

vera de las montañas hacia el sudeste. De nuevo el cazador abría la marcha, seguido de Krahova que llevaba las riendas de un caballo con el niño montado en él. Después iba la mujer, a pie, y a su lado Stan, detrás de ellos iba Tórmax, llevando las riendas de otro caballo donde iba todo el equipo y cerrando el grupo, Jin. Todos iban alerta y aunque el segundo caballo iba cargado con todas las mochilas, mantas y comida, las armas las llevaban encima, preparados para cualquier imprevisto.

La marcha no era muy rápida. Éltor los conducía por senderos que parecía conocer sin problemas. Ante un cruce de caminitos que ojos profanos no hubiesen distinguido jamás, Éltor no dudaba ni se paraba a consultar. El terreno era bastante ondulado, pedregoso y lleno de riachuelos que se juntaban unos con otros o morían en pequeños estanques. De vez en cuando se daba la vuelta y avisaba a Krahova de un paso complicado o se paraba para ayudarla a cruzar por un lugar determinado, dándole la mano, y luego seguía, confiando en que los que iban detrás de él hiciesen lo mismo con los otros, hasta que pasase el último. E incluso, en ocasiones en que se adelantaba un poco, después de otear el horizonte, se giraba y los esperaba para cerciorarse de que todos seguían bien.

Krahova, que era la que iba detrás de él, le observaba en todos sus pasos, en todos sus movimientos y cada vez se admiraba más de su seguridad, de sus habilidades, sintiéndose fascinada por ese hombre y por aquellos ojos que seguían perturbándola; sobre todo cuando se giraba y le sonreía, cosa que a ella le parecía que hacía cada vez más a menudo. El niño había empezado quejándose por todo, pero sus protestas eran cada vez más espaciadas en el tiempo, era como si fuese dándose cuenta de que no había otras alternativas.

Stan y la mujer que acompañaba al niño, iban hablando entre ellos cada vez más. Al principio eran conversaciones triviales, sin trascendencia, pero poco a poco, a medida que iban avanzando, profundizaban más y animaban al grupo que les acompañaba. Sin embargo, Tórmax, cada vez más taciturno, se iba separando más del grupo, intercambiando la última posición con Jin, que intentaba darle conversación sin conseguirlo.

Atravesar el Arimán Menor fue una tarea más complicada de lo que había pensado Éltor. Tuvieron que ascender hacia las montañas para poder encontrar un paso adecuado para los caballos, pero aunque uno de los dos animales, se quebró una pierna, teniéndolo que sacrificar para que no sufriese, ninguno de ellos sufrió percance alguno. Todo el equipo que llevaba el caballo fue trasladado al otro animal y a partir de ese momento, el niño, fue consciente de que debía andar todo el día. Dormían por la noche, haciendo turnos de guardia y avanzaban durante el día, descansando para comer cuando el sol estaba muy alto. Hubo dos días en que llovió torrencialmente y tuvieron que andar sin descanso bajo el agua que caía del cielo.

Desde que habían cruzado el Arimán Menor, Éltor ya no les guiaba con tanta

seguridad ni facilidad. A veces, ante un cruce de senderos, consultaba con Krahova, aunque poco a poco fue agrandando el círculo de consultas, hasta que llegó un momento en que todos eran consultados antes de tomar un camino equivocado. A pesar de las consultas, él tomaba siempre las últimas decisiones, pues seguía siendo el mejor preparado para ese terreno.

Cuando llegaron a orillas del río Olfe ya eran un grupo compacto, unido. Llevaban siete días de viaje sin percances, a excepción de haber perdido un caballo, pero el hecho de estar todo el día juntos, les había unido bastante. Llegaron al río por la tarde y decidieron acampar en la ribera poblada de álamos y abedules muy altos. La temperatura era muy agradable aunque todavía era algo fría. A su izquierda seguía levantándose La Muralla, que les acompañaba desde hacía una semana, con sus faldas y cimas nevadas.

—Éste es el Olfe —le comunicó Éltor señalando las aguas del río—. Mañana seguiremos su curso en dirección sudoeste y dentro de un par de días, no creo que más, llegaremos al mar de Arimán.

—Nunca imaginé que todo esto fuera tan bello —comentó Krahova—, tan virgen.

—Casi nadie conoce estos parajes —dijo Éltor—, aunque una vez me llevé una sorpresa.

—¿Una sorpresa? —preguntó Stan—. ¿De qué tipo?

—¿Sabéis quién es Xilos? —preguntó Éltor—. El hombre más anciano de Cumia.

—Sí, le conocemos —respondió Krahova.

—Pues me lo encontré por estos lugares. Y me dijo que estaba de viaje.

—¿De viaje? —preguntó Krahova, sorprendida e interesada—. Si por aquí no hay nada.

—Acostumbraba a hacer eso de vez en cuando —dijo Jin—, luego volvía con hierbas y cosas.

—¿Qué cosas? —preguntó de nuevo Krahova.

—No sé, nunca acostumbraba a mostrarlas —respondió Jin—, además yo era muy pequeña y estaba por otras cosas.

—Por jugar —respondió Éltor, sonriendo.

—¿Os conocíais? —preguntó Krahova.

—Bueno —repuso Éltor—, no creo que te acuerdes de mí. Eras muy pequeña cuando yo iba por Cumia, aunque yo era muy joven también.

—Claro que me acuerdo —afirmó Jin—. Tu hermano siempre se burlaba de mí y tú le regañabas porque yo era más pequeña y tú le decías que no debía abusar de su edad. Tu padre siempre me traía un regalo y hablaba durante horas con Xilos. Eran muy amigos.

—Qué tiempos aquellos —suspiró Éltor.

—¿Y a Yíldiz no ibais? —preguntó Krahova.

—No —respondió Éltor—, empecé a ir hace unos dos años, fue cuando conocí a Sheldon.

—Nunca me habló de ti —dijo Krahova apenada—. Me hubiese gustado conocerte antes.

—Nos conocemos cuando debemos —dijo el cazador mirando a Tórnax que parecía ausente—, ¿no crees, Tórnax?

—Mmm... sí —dijo Tórnax volviendo a la realidad—. También lo creo así. Estoy convencido de ello.

—Aunque a veces no sepamos los motivos hasta más tarde —completó Éltor.

—Al menos sabemos uno —dijo Feiter—. Salvarme la vida a mí y ayudar a mi padre para que Damon Wacla no me encuentre.

—Espero que no sólo sea este —respondió Éltor con seriedad—, sería muy trivial. Vamos a montar el campamento, hoy encenderemos fuego.

La guerra, en el campamento que ahora ocupaban, parecía tan lejana que ni se acordaban de ella, a pesar del comentario que había hecho el niño. Sabían que Cumia había caído y que Yíldiz no correría mejor suerte, aunque Barintia se hubiese adelantado a los proyectos de Damon y hubiese enviado tropas para salvar a su colonia minera; sin embargo Cumia había resistido menos de lo esperado y ambos ejércitos se habían encontrado a la vez en Yíldiz, cosa que había precipitado los enfrentamientos en las mismas calles de la ciudad. Era casi seguro que siete días después, la ciudad minera también hubiese caído, pero ahora Mármora debía de reorganizar sus ejércitos ya que debía trasladar toda su fuerza de ataque hacia el oeste, sin descuidar su retaguardia. Las ciudades vencidas podían reorganizarse de nuevo y eso sería fatal. La zona oeste de Hárkad iba a ser más complicada, pues contaba con Léstora, una ciudad siempre fiel a Barintia desde antiguo con un número considerable de habitantes; Denwas, la isla alejada del continente y por tanto de difícil acceso y la capital, Barintia, que seguro que ofrecería una resistencia feroz.

El grupo ya no pensaba en qué podía haberles sucedido a todos aquellos que conocían y que habían dejado atrás. Nadie hablaba de nada desagradable. Sólo miraban hacia delante y su único objetivo era llegar a Aras. Se suponía que la zona en la que estaban ahora era lo bastante segura, pues la cercanía de la ciudad maldita, en la que Damon Wacla no habría ni pensado, hacía que no hubiese ejércitos en las proximidades. Aunque también cabía la posibilidad de que si Mármora sospechase de Aras, hubiese enviado tropas y que el antiguo camino que pasaba por Aras, ahora fuese transitado por los ejércitos del sur, para hacer llegar a los soldados con mayor rapidez al frente norte, ahorrándose pasar por Dapur. De todo esto era consciente Éltor, pero no quería preocuparles.

El descanso merecido que se concedieron aquella tarde junto al río y el fuego que encendieron para cocinar y calentarse, les reconfortó y les dio ánimos para seguir el

camino.

Éltor aprovechó para cazar un par de liebres y cambiar el sabor de la dieta que venían siguiendo desde que abandonaron Yíldiz. Jin y Tórnax aprovecharon para buscar hierbas de la zona y para renovar aquellas que tenían, pero que perdían sus efectos al secarse en sus mochilas. Stan aprendió a manejar algo mejor el arco, ayudado por Krahova y el niño correteaba por el prado en el que se encontraban, descubriendo cosas que jamás había visto, bajo la atenta vigilancia de la mujer. Por primera vez en muchos días, Cora lo había visto reír y jugar, ahora que no estaba bajo la férrea disciplina de su padre, el duque de Xamin.

En cuanto llegó la noche, la temperatura descendió vertiginosamente, pero ya tenían encendida la hoguera y después de cenar las liebres, el niño y Cora se quedaron profundamente dormidos.

—Yo haré la primera guardia —se ofreció Krahova.

—Yo la segunda —se adelantó Jin a Stan, que pidió la tercera.

—Nada de eso —propuso Éltor. Hoy descansaremos todos. Os quiero bien descansados.

Pronto llegaremos al mar de Arimán. A partir de ahí los caminos pueden estar transitados. No sabemos lo que podemos encontrarnos. No sabemos si habrá soldados en las cercanías de Aras. Una vez crucemos el mar, todos tenemos que estar más alertas que nunca.

Todos estuvieron de acuerdo y hablaron junto a la hoguera, contando cosas de sus infancias y sus recuerdos. Stan, Krahova y Tórnax se rieron al comprobar que casi habían hecho lo mismo y Jin casi no recordaba nada a pesar de ser la que más cercana tenía su infancia.

Cuando le tocó el turno a Éltor dio la sensación de que tenía poco que explicar, tal vez por reserva o por ignorancia. Había muchas lagunas en su pasado que no quedaban nada claras, aunque en algún momento creyó recordar que habían sido tres hermanos, pero no estaba seguro y del tercero no recordaba absolutamente nada.

—Muéstranos tu espada —dijo Jin—. ¿Por qué la llevas siempre oculta?

—Ved —dijo Éltor, desenvolviendo la empuñadura y mostrándosela a sus nuevos compañeros—. Es preciosa, jamás vi cosa igual.

—Es verdad —observó Krahova mirándola y pasándosela a Stan, a su izquierda—. Es maravillosa.

—Por eso la cubro —se justificó Éltor—. Son objetos que levantan codicia. En realidad es de mi hermano, él nunca la quiso y a la mínima oportunidad me la cedió, así me lo hizo saber. Aunque yo pienso devolvérsela algún día.

—Yo he visto esa espada en algún sitio —dijo Tórnax de improviso—, estos relieves..., este trabajo de orfebrería, estas figuras y aquí, justo al final de la empuñadura, había una joya engarzada. Seguro.

—Es verdad —dijo asombrado el cazador—, la joya la quité yo para no dañarla. ¿Pero cómo puedes saber tú esto, dónde la has visto?

—¡Ya recuerdo! —exclamó Tórmax—. La vi dibujada en un libro que tiene el padre de Céndar Némolin, el patriarca de la casa Némolin de Xamin.

—Vaya —comentó Krahova—. ¿Y de qué hablaba ese libro?

—Eso quisiera saber yo —dijo Tórmax—, porque para que salga esa espada dibujada... En cuanto dejemos a estos dos en Aras podemos acercarnos a Xamin y mirarlo.

—Xamin estará muy controlada —dijo Éltor—, o eso me temo. Entrar no va a ser fácil. Muchas preguntas, demasiadas.

—Yo tengo la entrada franca —dijo Tórmax—, podéis esperarme fuera.

—Es una opción —comentó Krahova.

—¿Y no levantará sospechas en tu jefe que quieras mirar ese libro? —preguntó Éltor.

—No, tengo acceso a la biblioteca de la casa, además si lo vi una vez...

—Pero si empiezan a hacerte preguntas... —dijo Éltor—. No sé, tampoco tiene tanta importancia.

—Pero que esté tu espada en ese libro —dijo Stan—, seguro que la mía no está.

Todos se rieron del comentario hecho por Stan, pero la carcajada de Éltor fue más bien una sonrisa pensativa. Dieron la conversación por terminada y se decidieron ir a dormir, todos menos el cazador que no tenía ninguna intención de echarse.

La noche transcurría apacible, la hoguera que Éltor mantenía encendida no sobraba en absoluto y en el firmamento las estrellas titilaban con fuerza. En las montañas se oían los aullidos de los lobos y en las proximidades del campamento se oían el corretear de animales nocturnos. Era una noche magnífica. Con el rumor del río tan cercano y al ver allí a todos sus compañeros durmiendo tan plácidamente, el cazador entró poco a poco en un dulce sopor y hubo un momento en que se quedó dormido aunque un ruido le sobresaltó e inmediatamente se puso en pie. Junto a él estaba Krahova.

—No podía dormir —le dijo la muchacha abrazándole.

—Yo tampoco —le respondió en un susurro.

—Hagamos guardia juntos —propuso Krahova, arrimándose más hacia el cuerpo del hombre.

—Mañana estarás cansada —le dijo mientras le besaba la frente y le olía el pelo—, vete a dormir.

—Se oyen lobos en las montañas.

—Lo tendré en cuenta —le comentó mientras le besaba de nuevo la frente—, por si deciden venir a comernos.

—¿Llegan hasta aquí? —le preguntó Krahova devolviéndole el beso en los labios.

—Nunca los he visto tan abajo, aunque nunca se sabe. Si el alimento escasea arriba, tendrán que buscarlo en algún sitio.

—Me asustas.

—Vete a dormir —le dijo con una sonrisa.

Krahova se acostó junto a los demás y al poco rato se quedó dormida. Éltor, sin embargo, continuó despierto. Aquello que había dicho Tórnox sobre el libro y la espada le tenía intrigado. Ni su padre ni su hermano le habían contado nada del arma y ahora empezaban a despertar las curiosidades de años atrás. De dónde sacó la espada su padre. En cuanto se encontrase con su hermano tenía que preguntárselo y salir de toda duda. Había retrasado todo lo que había podido la marcha, dando incluso pequeños rodeos para que el itinerario seguido no fuese tan directo ni tan difícil, para darle tiempo a su hermano a alcanzarlos, pero no había aparecido, dónde estaría. Tal vez ni había podido hablar con Sheldon, aunque estaba convencido de que su hermano tenía recursos suficientes como para evitar complicaciones y poder contactar con Sheldon. Algo debía haberle pasado o andaba por otros lugares y no había visto las señales como las había visto él.

—Deberías estar más atento —dijo de improviso una voz detrás de él—, ahora los que duermen dependen de ti.

—¿Quién anda ahí? —dijo Éltor girándose de repente y sacando la espada.

—¿Acaso vas a atacar a un pobre anciano?

—¡Xilos! —exclamó en un susurro mientras le abrazaba—. ¿Qué haces aquí?, y andando de noche. ¿Cómo has venido? ¿Adónde vas? Espera, que les despierto.

—No —ordenó el anciano—. Deja que duerman.

—¿No te quedas?

—No, prosigo viaje. Vi la luz de la hoguerilla y me acerqué.

—Vaya sorpresa, Xilos. ¿Adónde vas?

—De viaje, ya sabes —dijo con un rostro sonriente—. Cumia cayó.

—Nos lo dijeron.

—Casi no les dio tiempo a saquear la ciudad. Enseguida recibieron órdenes de lanzarse sobre Yíldiz. Aunque han dejado destacamentos retrasados.

—¿Estáis todos bien? —se interesó Éltor.

—A mí me dejaron marchar porque soy muy viejo y no les sirvo para nada. Pero los que no murieron en la defensa de Cumia, los han hecho esclavos.

—¿Esclavos?

—Mejor que no lo hayas visto. A mí se me revolvía la sangre.

—Maldito Damon... —masculló con rabia—. Pero Yíldiz tenía el apoyo de Barintia. Acabarán por hacerles volver atrás.

—No sé. Ahora ya no hay ciudad libre en Hárkad.

—Por cierto —dijo Éltor—, ¿sabes algo de mi hermano?

—¿Tendría que saberlo? Cuando me marché de Cumia no sabía nada de nadie, excepto de los que vivían en Cumia. ¿Y vosotros dónde vais?

—A Aras —respondió Éltor—, a llevar a ese niño. Es el hijo del duque de Xamin.

—Me alegra mucho oírte decir esto —dijo Xilos con una amplia sonrisa y un brillo en sus pequeños ojos—. Además, acompañado de Jin. Creí que no vería este momento jamás.

—¿Qué quieres decir? —preguntó intrigado Éltor.

—Todo a su tiempo, todo a su tiempo. En Aras obtendréis respuestas. Debo irme. El viaje es largo todavía.

—Pero...

Sin decir nada más, dejando la palabra en la boca del cazador, se alejó del campamento en dirección a las montañas, siguiendo el curso del río. Desapareció en la oscuridad, tal como había aparecido, sin hacer ningún ruido. Éltor se quedó pensativo intentando escudriñar el significado verdadero de lo que Xilos había dicho y preguntándose qué viaje realizaba el viejo, andando de noche y en dirección a La Muralla; seguramente tendría un refugio en algún lugar, viviendo como un cazador, libre de toda obligación, hasta que acabasen sus días.

Cuando amaneció, todos fueron despertando por la luz. El último en despertar fue Éltor que finalmente se había quedado dormido. Todos estaban recogiendo sus cosas. Tórnox estaba ensillando el caballo y le cargaba todo el peso que no llevarían encima. Jin apagaba los últimos rescoldos de la hoguera que había estado encendida toda la noche y Krahova y Stan limpiaban la zona para ofrecer los menores rastros posibles y asegurarse de que no quedaba nada encendido. El niño y la mujer se aseaban con la fría agua del río.

El día parecía bastante apagado, las nubes finas del oeste iban cubriendo el cielo y a lo lejos podían verse otras de más oscuras y compactas. Para los entendidos como Éltor y Tórnox, sabían que aquello presagiaba lluvia y bajas temperaturas, a lo sumo en dos días. En cuanto estuvieron todos listos siguieron el mismo orden de marcha de días anteriores y Éltor encabezó la comitiva siguiendo el curso del río, dejándolo a su izquierda. A veces tenían que alejarse de la orilla, pues el terreno no era muy practicable, pero siempre que podían, el cazador les volvía a conducir lo más cerca posible del curso de agua, para no perder el camino. Todos iban en silencio, sabían que el descanso se había acabado y que ahora debían afrontar el tramo final hasta Aras con la mayor celeridad posible, pero era ahora cuando podían surgir las mayores dificultades, pues podían encontrarse con soldados de Mármora.

Éltor no les había dicho absolutamente nada del encuentro con el anciano, la noche anterior, tampoco creyó que fuese decisivo para ellos. Además la guerra, ahora lejana no debía preocuparles y lo que había dicho Xilos sobre Cumia ya lo sabían; pero seguía rondándole la cabeza la afirmación que había hecho sobre lo de ir a Aras

acompañado de Jin. No se atrevía a preguntárselo a la muchacha, al menos delante de todos y además intuía que ella tampoco tenía respuestas.

A mediodía hicieron un alto en el camino para ingerir alimentos. El cielo estaba bastante cargado y la temperatura, por efecto del viento, estaba bajando considerablemente. El nuevo descanso les vino bien a todos.

—Tenemos que darnos prisa —les recordó Éltor—. Pronto lloverá y no es conveniente para nosotros. Os recuerdo que tenemos que cruzar el mar de Arimán en una barca.

—¿Falta mucho? —preguntó el niño.

—Mañana llegaremos al mar interior —explicó el cazador—, luego tendremos que seguir su orilla un día más hasta llegar a la barca, si todavía esta ahí.

—¿Cómo que si todavía esta ahí? —preguntó Tórmax—. ¿No lo sabes seguro?

—Sólo conocemos su paradero mi hermano y yo —dijo Éltor.

—¿Entonces cuál es el problema? —insistió Tórmax—. ¿Por qué no iba a estar?

—No sé dónde está mi hermano, ¿y si la ha usado él? Entonces estará al otro lado del mar.

—¿Y qué solución hay?, siempre que se dé el caso —preguntó Stan.

—¿Sabéis nadar? —les preguntó el cazador—. Y del caballo hay que olvidarse. Es imposible que pueda cruzar, incluso si estuviera la barca.

—Yo no sé —reconoció Cora.

—Yo tampoco —dijo Stan algo avergonzado.

—No hay problema —les tranquilizó Éltor—, sólo tenéis que dejaros llevar. Entre los que sabemos lo haremos, ¿verdad?

—Sin problema —asintió Tórmax.

—Y la travesía a nado, ¿es muy larga? —preguntó Jin.

—Un poco —respondió Éltor—, pero ahora no debe preocuparos esto. Es casi seguro que estará la barca. Vamos, démonos prisa, empiezan a caer gotas.

Efectivamente, empezaba a llover y el viento empezaba a ser frío. Se pusieron inmediatamente en marcha y con la cabeza gacha y bien recogidos en sus capas, pues la lluvia era intensa, fueron siguiendo camino hasta la noche.

Éltor no tuvo que esforzarse mucho para hallar el sitio donde acampar, pues el terreno era muy homogéneo. Además el suelo estaba completamente mojado por la lluvia que no había cesado. Era una lluvia fina que iba calando a medida que caía sobre ellos. Todos tenían cara de cansados y les daba lo mismo dormir en un sitio que en otro, lo único que querían era dormir y marcharse de allí cuanto antes para llegar a Aras y dormir bajo cubierto. La proximidad del mar interior hacía que el clima fuese húmedo y juntamente con la lluvia, aunque no hiciese excesivamente frío, éste se les hubiese metido en los huesos y tiritaban.

No pudieron encender una hoguera como en la noche anterior, pues todo estaba

muy mojado, con lo que la sensación de frío era todavía mayor. Éltor decidió que sin hoguera y cayendo lo que estaba cayendo, sería muy difícil que alguien andase por allí y pudiese descubrirles, por tanto no iban a hacer guardia.

Toda la noche estuvo lloviendo con la misma intensidad. Cuando amaneció, una mirada al cielo fue suficiente para darse cuenta de que seguiría lloviendo todo el día, como mínimo. Se levantaron con prisa, con ganas de llegar a lugar seco y resguardado. Feiter tosía mucho y Cora, poniéndole la mano en la frente, le dijo a los demás que el niño tenía fiebre. Jin comentó que debían encontrar un huresán, del que les hizo una descripción para que les resultase más fácil hallarlo. Luego debían de administrarlo para que el muchacho mejorase.

Seguían camino mucho más atentos, buscando la hierba que Jin les había descrito y a media mañana apareció ante ellos el mar interior de Arimán. Éltor se detuvo y esperó a que todos llegasen a su altura.

—Este es el mar de Arimán —dijo a los demás señalando la gran extensión de agua que tenían delante—. Un mar enorme de agua dulce, con sus oscuras aguas. Alimentado por tres ríos: el Olfe, el Arimán y el río Perdido. De él surge uno de los tres ríos, más caudaloso si cabe: el Arimán que desemboca en la capital, Barintia. Ahora sólo necesitamos cruzarlo y el camino hacia Aras no tendrá ninguna dificultad geográfica. Del mar, Kilias Nor, el cartógrafo real, dijo en una ocasión que era el pozo del reino de Hárkad. Es un mar traicionero y con lluvia, más peligroso todavía.

Todos se quedaron mirando unos instantes las oscuras aguas del mar de agua dulce que hasta entonces había estado oculto a sus ojos. Pronto se dieron cuenta de que Éltor ya se alejaba. Les había cautivado su color, su movimiento, las ondas producidas por las gotas de lluvia y su soledad, allí en medio de la Gran Llanura de Hárkad.

Enseguida alcanzaron al cazador que les siguió conduciendo por terreno semipantanosos. El avance se hizo más lento, pues muchas veces había que dar la vuelta porque el itinerario no se veía nada claro. Casi al final de la mañana, el terreno se hizo más sólido y aprovecharon para hacer una parada. Estaban calados completamente. Éltor les aconsejó que se quitasen las botas porque podían tener sanguijuelas.

Solamente con pensarlo se estremecieron todos, pero haciendo caso de lo que Éltor les había aconsejado, cada uno de ellos se fue sacando el calzado y subiéndose los pantalones. Allí aparecieron las sanguijuelas. Éltor les echaba sal que llevaba en una bolsita de cuero para tales ocasiones y al cabo de unos instantes, con los dedos, tiraba de ellas con facilidad; luego aplicaba una hierba desinfectante llamada norde. Al rato estaban todos liberados de las molestas sanguijuelas, pero el niño no parecía haber mejorado de su fiebre, sino que después de haber andado por los pantanos, estaba mucho peor. Buscar la hierba que había dicho Jin era bastante difícil en ese

terreno, pero ahora que parecía que se volvía menos embarrado, tal vez podrían encontrarla.

Siguieron camino, siempre bordeando el mar interior en dirección sudoeste, ahora ya mucho más rápidos, pero sin dejar de llover; hasta que llegaron a un paraje donde afloraban grandes rocas de granito, allí el cazador se detuvo. Miró en varias direcciones como orientándose y finalmente se dirigió hacia un lugar concreto.

—Quedaos aquí. Descansad. Tú, Tórnox, ven conmigo.

Se apoyaron en las rocas de granito que estaban completamente empapadas y Tórnox le siguió con paso acelerado. Unos doscientos metros más allá se pararon.

—¡Mierda! No está la barca.

—¿Cómo que no está? —preguntó Tórnox buscando por todos lados.

—Fíjate, la dejamos aquí —dijo señalando hierba aplastada bajo unos matojos bajos.

—¿Entonces?

—Mi hermano se habrá adelantado.

—Pero si no sabía dónde íbamos —respondió Tórnox—. La hierba no está muy aplastada, como mínimo aquí no ha habido embarcación en dos semanas. Si se la ha llevado tu hermano, desde luego no fue para seguirnos a nosotros.

—¿Qué ocurre? —dijo Jin que llegaba en esos momentos donde estaban los dos muchachos—. ¿Problemas?

—No tenemos barca —respondió Éltor—, pero no tendremos problemas. Esta noche nos quedaremos a este lado y mañana cruzaremos a nado.

—Vaya —dijo Jin—, ya es mala suerte.

Volvieron los tres al improvisado campamento y les comunicaron a los demás cuáles eran lo planes. No pusieron muy buena cara, pero no les quedaban más opciones. Esa noche tampoco hicieron guardia, estaban demasiado cansados y necesitaban reponerse para el día siguiente.

Despertaron muy temprano, pero apenas podían ver dónde se hallaban. Había dejado de llover, pero había una niebla especialmente densa que no daba visibilidad a más de un metro de distancia. Éltor les animó para la empresa que iban a realizar. Lo primero que hizo Éltor fue liberar al caballo y cogió todo aquello que necesitaban y luego empezó a quitarse la ropa para quedarse con lo mínimo, mientras que la que se quitaba, la iba poniendo en un fardo atado con una cuerda. Los demás seguían sus consejos y hacían lo mismo. Feiter temblaba de fiebre.

—Stan —le llamó Éltor—, tú vendrás conmigo. No te muevas y no pasará nada.

—Yo llevaré a Cora —dijo Tórnox.

Se metieron en el agua que estaba helada, todos resoplaron al notar el frío contacto, pero fueron entrando.

—Seguidme —les indicó Éltor que empezó a nadar boca arriba mientras con una

mano sujetaba a Stan que iba dando impulso con los pies tal como le había enseñado el cazador—. Yo os llevaré hasta la otra orilla.

Tardaron bastante. La niebla fue disipándose por el camino. Salió un tímido sol que no lograba calentar el ambiente, pero al menos les permitía ver hacia qué punto exacto de la otra orilla se dirigían sin que hubiese peligro de perderse. Durante el trayecto a nado, Jin tuvo que ocuparse del niño que casi no avanzaba y tenía los ojos enrojecidos por la intensa fiebre.

Cuando salieron del agua era casi mediodía. Lo primero que hizo Éltor fue buscar leña para encender un fuego y secarse, pidió ayuda a Stan y a Tórnox y al cabo de poco rato ya tenían un buen fuego para calentarse y secar las ropas. A Feiter lo cubrieron con las primera ropas que se secaron mientras los otros se calentaban junto a la hoguera. Estaban exhaustos por el esfuerzo hecho, pero estaban al otro lado del mar y sin apenas percances.

A medida que fueron secándose las ropas de cada uno, y se fueron vistiendo, se dispusieron a comer algo, aunque Jin buscaba la hierba para Feiter. El niño estaba muy bien tapado y junto al fuego, pero tiritaba y deliraba. Éltor se alejó un instante después de comprobar que todos estaban bien, más o menos, y se fue a buscar la embarcación. Al rato volvió.

—La barca está en su sitio —informó el cazador—, intacta.

—Así pues, la debió usar tu hermano —dijo Krahova.

—Eso parece. No sé dónde habrá ido.

—¿Y qué hacemos con el muchacho? —preguntó Stan—. No se tiene en pie.

—Tendremos que improvisar algo —dijo Éltor.

—Esperaremos a ver si Jin encuentra lo que busca —dijo Cora esperanzada.

—Aunque lo encuentre, no podemos esperar a que haga efecto —dijo Éltor—, deberíamos estar ya en Aras; seguramente nos estarán esperando impacientes.

—Tampoco podíamos ir más rápido —observó Tórnox.

—Podíamos —dijo Éltor—, retrasé el paso para dar tiempo a mi hermano a que nos alcanzase. Si hubiese sabido que no iba a llegar, habríamos acelerado el ritmo.

—Entonces... —empezó Krahova—, avisad a Jin. Que deje de buscar.

—Llevaremos al niño por turnos entre Stan, Tórnox y yo —propuso Éltor previsor—. Lo ataremos a nuestra espalda.

—De acuerdo —asintieron los dos.

Avisaron a Jin para que dejara de buscar la planta, se repartieron los bultos, mochilas y equipajes y Tórnox se colgó al muchacho en la espalda. Éltor lo amarró bien con una cuerda y se dispusieron a avanzar después de apagar la hoguera que habían encendido y dejar el menor número de rastros posibles.

De nuevo Éltor encabezaba la expedición, conduciéndoles por campo abierto en dirección sudoeste hacia el antiguo camino que unía Aras con Yíldiz y con Cumia,

que corría paralelo al río Íler y que antiguamente había servido para unir la, ahora, ciudad maldita, entonces en su máximo esplendor, con Barintia, la otra ciudad de Hárkad con la que se disputaba la supremacía antes de la Gran Guerra.

El trayecto era muy apacible, el sol fue brillando con más intensidad a medida que avanzaban hacia su destino. La temperatura se fue suavizando a cada paso avanzado hacia el sur. No parecía haber peligro, era como si Mármora se hubiese olvidado de ese pedazo de tierra. Pararon para comer y dormir, pero ahora de nuevo hacían guardias; y se relevaron en el transporte del muchacho que no parecía mejorar y al que le costaba respirar cada vez más. A pesar de todo, Éltor imprimió una rapidez a sus piernas, para ganar tiempo y llegar lo antes posible, que iba acabando con la poca resistencia que les quedaba.

La noche antes de lo que tenían previsto llegar, estaban todos sentados junto a una pequeña hoguera que habían encendido, menos el niño que dormía plácidamente, bien abrigado.

—¿Qué nos vamos a encontrar en Aras? —preguntó Krahova.

—Me temo que nada —respondió Stan desanimado—. Todos sabemos que Aras es una ciudad olvidada.

—Te equivocas —repuso Éltor—. ¿Alguien ha estado allí alguna vez?

—No —respondieron todos tímidamente.

—Es una ciudad en ruinas, ciertamente Stan —explicó Éltor—, pero vive gente. Algunos años después de la Gran Guerra, algunos volvieron a habitarla. El rey estaba demasiado ocupado para esas menudencias, además se supieron mantener bien ocultos, sin levantar sospechas. Consiguieron su objetivo: que se olvidasen de ellos. Han sobrevivido gracias a la caza y a un comercio secreto con Cumia, que siempre les fue fiel. Yo estuve hace ya algunos años con mi padre y mi hermano. No sé qué asuntos tenía mi padre con esa gente, pero quiso que fuésemos los dos con él y nos mostró la ciudad con orgullo, satisfecho de que volviese a estar habitada.

—Pero los que viven allí, ¿cómo se esconden? —preguntó Tórmax.

—Viven en los subterráneos de los palacios que fueron saqueados por las tropas de Íler Áramitac —continuó Éltor—. No tienen casi nada, excepto la esperanza de ver a la ciudad resurgir de sus ruinas, supongo. Me dijo Xilos...

—¿Xilos? —preguntó Krahova.

—Sí, Xilos. Estuvo conmigo ya hace algunos días, mientras dormíais. Me dijo que no os lo dijese. Respete su deseo.

—Pero Éltor... —protestaron los otros, menos Krahova.

—¿Qué te dijo? —preguntó la muchacha de Yíldiz cada vez más interesada.

—Que en Aras hallaríamos respuestas. Ya veremos —dijo Éltor—, ya veremos...

Todos se quedaron en silencio, con la mirada perdida, pensando e imaginando la ciudad maldita. Poco a poco el sueño les fue venciendo y fueron quedándose

dormidos. Todos menos Éltor que seguía dándole vueltas a lo que el anciano le había comentado. Aquella noche todos soñaron con Aras, cada uno la imaginó a su manera, tal como la entendía, tal como había oído hablar de ella en leyendas, historias y cuentos de niños.

Despertaron ya muy avanzado el día. Feiter parecía estar mejor, no tenía fiebre ni dificultad en respirar. Se levantaron, comieron algo y se pusieron en camino. Ahora el niño, aunque ayudado, podía avanzar por su propio pie. Pasado el mediodía, cuando ya avanzaba la tarde, Éltor que encabezaba la marcha junto con Krahova, se detuvo y tal como iban llegando los demás a su altura, les hizo pararse mientras con la mirada les señalaba a la lejanía. Y allí, a unos pocos kilómetros, se podía ver la silueta de lo que seguramente era Aras.

A pesar del tiempo, del estado ruinoso y de lo que les habían contado de malo sobre la ciudad, ésta tenía todavía el poder de fascinar sobre aquellos que ahora la contemplaban.

Estaban absortos. Era tan soberbia, tan blanca, tan magnífica. Los fuegos enemigos, incluso la rabia con la que había sido destruida por Íler Ármítac, el gran rey, no habían podido hacer mella en su imagen. Apenas se atrevían a avanzar hacia la urbe, una mezcla de miedo y leyenda les oprimía el corazón con la sola visión de sus murallas medio derruidas y de hierbas creciendo por doquier, dándole un aspecto salvaje. Ni tan siquiera podían llegar a imaginarla cómo hubiese sido en pleno apogeo. Pero de lo que sí estaban seguros era de que debió ser la ciudad más hermosa que jamás hubo sobre Hárkad y que su destrucción fue un acto irracional y vengativo, cosa que no decía nada bueno de los Ármítac.

Superado este primer instante, una nueva fuerza les animó a entrar en Aras, la ciudad maldita, y quebrantar todas las leyes en un claro desafío moral a sus creencias, que habían sido impuestas durante el largo reinado, ahora extinto, de los Ármítac.

Capítulo 10

Las ruinas de Aras

Aras fue considerada durante mucho tiempo la ciudad más hermosa de la Gran Llanura de Hárkad. Según los cronistas e historiadores, era la ciudad más antigua y también fue la más poblada en su tiempo con más de medio millón de habitantes, cifra que jamás había conseguido, ni tan siquiera aproximar, ninguna otra ciudad de Hárkad.

Bañada por el río con el mismo nombre que la ciudad, gozaba de un clima muy benigno con inviernos cortos, pero muy fríos y unos veranos suaves. Las temperaturas no eran excesivamente extremas y tenía un clima seco. Aras siempre había optado por la monarquía desde muy al principio y una vez estuvo sola, gobernándose a sí misma y otras formó parte de alianzas y confederaciones. Pero siempre tuvo una ciudad rival y desde muy atrás en el tiempo, esa enemistad entre Aras y Barintia fue creciendo.

La ciudad tenía multitud de palacios, casas nobles y grandes mansiones construidas en piedra y en mármol, lo que hacía que muchos la conociesen como la ciudad blanca. Tenía jardines, zonas de recreo, grandes plazas, paseos, amaban sus habitantes el arte y la cultura. En toda la llanura era conocida y visitadísima su gran biblioteca y todos los artistas y pensadores tenían cabida en Aras donde eran bienvenidos y acogidos por la ciudad.

Disponía el rey de un ejército casi personal que velaba por la ciudad y por la familia real, eran los llamados Mercenarios Rojos o Jinetes Rojos, que llevaban una armadura de ese color. Eran bravos guerreros, muy bien entrenados, hábiles con sus armas y a caballo, eficaces y leales, que servían a Aras tan bien que la hacían prácticamente inexpugnable.

A pesar de la enemistad entre las dos principales ciudades de la llanura, reinaba un equilibrio del que se aprovechaban el resto y crecieron el comercio, el intercambio y las relaciones entre ellas. Pero esta situación finalizó cuando después de una reunión secreta entre el rey de Aras, Prásant Kero VIII y el monarca de Barintia, Fóneas Krebb^[55], se declararon la guerra mutuamente. Aras se quedó sola y todas las demás ciudades apoyaron a Barintia y a su nuevo rey Íler Áritac, que trabajó mucho para conseguir que las demás ciudades se implicasen a costa de ciertas concesiones, como pago por la ayuda recibida. La Gran Guerra, como se conoció al enfrentamiento, duró tres largos años. Durante todo este tiempo, Aras fue una ciudad

asediada pero muy bien defendida por los fieles Jinetes Rojos, que mantuvieron a raya a las tropas enemigas; hasta que, tal como había previsto el propio Íler, los Jinetes traicionaron a su rey y abrieron las puertas de la ciudad para que el grueso del ejército pudiese entrar en ella.

Las barbaridades que se cometieron no pueden narrarse, pero Íler se apropió de todas las riquezas y fueron enviadas a Mármora; entre esas riquezas estaban la gran mayoría de los libros de la biblioteca. La ciudad fue saqueada, quemada y destrozada. A la mayoría de sus habitantes se les ajustició el mismo día de la caída de Aras y los que no fueron asesinados, fueron vendidos como esclavos. Íler cambió el nombre del río que bañaba la ciudad y le puso su propio nombre. Prohibió que nadie, jamás, pudiese volver a habitar esa tierra, bajo pena de muerte. El nuevo rey pagó los servicios prestados a cada una de las ciudades y las sometió a todas bajo su poder, creando lo que se conoció como el Gran Reino de Hárkad. La paz se mantuvo durante muchos años.

Los Mercenarios Rojos fueron acusados de traición por el propio rey y fueron ajusticiados todos sin excepción en la que sería la nueva capital, Barintia. Todo rastro de Aras fue sistemáticamente borrado y en las mentes de los habitantes de Hárkad, el solo sonido de ese nombre iba ligado a la idea de maldición y miedo. A partir de ese momento, Aras fue llamada la ciudad maldita.

Con los años, se fue olvidando a Aras, casi nadie se acordaba de ella y las hierbas fueron cubriendo el lugar que antaño fue ocupado por los palacios y las casas nobles. Kiliás Nor, el cartógrafo real no hizo más que una breve referencia a la ciudad en todas sus obras escritas y su opinión siempre se vio influenciada más por la leyenda y la mano del rey, que por la realidad. Dejó escrito: *«Aras, la que fue la maravilla, creció en orgullo, en soberbia y alimentó traidores que la llevaron a la ruina y al olvido; pues ahora sus tierras están malditas y en ellasno habitan sino fieras y alimañas horribles»*.

—Antes de entrar en la ciudad —dijo Tórmax deteniéndose—. Le doy vueltas a una cosa y sigo sin entenderla.

—¿Qué cosa? —preguntó Éltor girándose hacia el muchacho rubio—. ¿Qué ocurre ahora?

—Según nos comentaron en Cumia —comentó Tórmax—, este niño salió de Xamin para ir a la ciudad de Cumia, ¿no es así?

—Nadie nos dijo que saliese de Xamin —dijo Krahova—. Eso lo imaginamos nosotros porque nos dijiste que era el hijo del duque. ¿Adónde quieres llegar Tórmax?

—Pues eso, que salen de Xamin sólo ellos dos, van a Cumia. No pueden entrar porque la ciudad ya está asediada y se van a Yíldiz en lugar de ir a Aras por su propio pie.

—Llevábamos en Yíldiz más de un mes —contestó Cora—. Fuimos llevados por

gente de confianza de Xamin. El duque, no creo ni que sepa que habita gente en Aras.

—Vaya —expresó Jin—. Nos han engañado.

—No creo que os hayan engañado —dijo Cora—, sólo que no os han dicho toda la verdad. Tal vez no confiaron en vosotros lo suficiente para deciros todo.

—O que les caímos como anillo al dedo —dijo Stan—. ¿Quién se atrevería a hacer una locura como la que hemos hecho?

—¿Y confiarnos al hijo del duque? —preguntó Éltor mirándoles a todos—. No se hubiesen arriesgado.

—Yo haría lo que fuese por Sheldon y por Yíldiz —dijo Krahova.

—Y yo por Xamin —dijo Tórmax.

—Y nosotros por Cumia —dijo Jin—. ¿No, Éltor?

—Así que hemos sido utilizados —dijo Stan.

—¿Y ahora qué haremos? —preguntó Jin.

—De momento entrar en Aras —propuso Éltor—. Xilos dijo que encontraríamos respuestas en Aras, tal vez obtengamos un camino nuevo a seguir.

Entraron en Aras por lo que había sido la puerta norte. Hacía un día soleado, pero el aire era fresco. La ruina que admiraban no había podido ocultar la belleza de lo que un día fue esa gran urbe. Por doquier había restos de columnas, capiteles, estatuas, jardines salvajes que hacía mucho tiempo que no se cuidaban, restos de paredes que habían sido derribadas.

Algunas casas todavía permanecían en pie, sin tejados, pero lo que más llamaba la atención era el silencio absoluto que reinaba. Les resultaba tremendamente extraño que en medio de una ciudad, como en la que estaban, no hubiese el bullicio de otras grandes ciudades en las que habían estado.

Seguir el trazado de las calles, a veces se hacía difícil, pues las piedras que el tiempo y el abandono habían hecho caer, impedían el paso y tenían que dar un rodeo por detrás de la edificación, con el consiguiente peligro de derrumbe. Tenían que ir despacio, con mucho tiento, sin tocar absolutamente nada. Iban mirando hacia arriba y hacia todos los lados, atentos, con lo que a veces tropezaban con cascotes de piedra o pedazos de mármol. De vez en cuando algunos pájaros salían volando de sus nidos por proximidad del grupo o por qué ellos tropezaban y las aves se llevaban un buen susto. A medida que iban avanzando por dentro de Aras, estaban más convencidos de que allí no habitaba nadie.

Intentaron mantenerse lo más alejados del río, pues sabían que la humedad de la corriente de agua, seguramente había deteriorado más, si cabe, las paredes de los edificios cercanos y eso tenía más peligro todavía. Por fin llegaron a lo que parecía una pequeña plaza, todavía podía verse en el suelo el mármol blanco que la había cubierto en forma de grandes losas; pero ahora estaba agrietado por la vegetación y medio cubierto de hierbas y tierra. Por el tipo de suelo, Éltor interpretó que

seguramente se hallarían en la zona central de la ciudad o muy cercanos a ella, la zona más importante de Aras. Los edificios que rodeaban el espacio donde estaban no daban ninguna pista, ya que habían sufrido mucho deterioro y prácticamente sólo había la segunda hilada de piedras, de los muros, en pie.

—Vamos a descansar aquí —dijo Éltor—. Si nos esperaban vendrán a saludarnos y si no...

—¿Qué ocurrirá si no nos esperaban? —preguntó Stan.

—Sólo pueden ocurrir dos cosas —respondió el cazador—, o vendrán a apresarnos o no vendrán.

—Y si no vienen... —dijo Krahova—, ¿nos llevamos al niño?

—O se lo devolvemos al duque —dijo Jin con actitud jocosa.

—Lo mejor sería dejarlos aquí —comentó Éltor—. A nosotros nos dijeron que los lleváramos a Aras y eso hemos hecho.

—Yo me quedaré con ellos —afirmó Tórnax con rotundidad—. Le debo obediencia al duque de Xamin. No olvidéis que yo soy de allí y una daga Némolin me acredita.

—Como quieras, Tórnax —le dijo Éltor—, yo partiré mañana mismo si aquí no ha venido nadie. Debo buscar a mi hermano.

—Lo entiendo Éltor —dijo cabizbajo Tórnax—. Y los demás, ¿qué haréis?

—Yo seguiré contigo —dijo Jin.

—Yo me marcharé a buscar un paso entre las montañas, para poder cruzarlas —dijo Krahova—. Tengo que hallarlo, si existe.

—Yo iré contigo, Krahova —se apresuró a decir Stan.

—¿Un paso para cruzar las montañas? —preguntó incrédulo Éltor—. Estás loca, nadie lo ha conseguido jamás. No existe tal paso.

—Tal vez no tenían el mapa que yo tengo —respondió Krahova mientras se sacaba el mapa de la mochila y se lo mostraba a Éltor.

—Si esto es cierto... —dijo el cazador observando las líneas y los dibujos del mapa—, yo, te acompaño.

—No esperaba menos de ti —dijo la muchacha sonriéndole—. Sabía que no podrías resistirte.

—¿Cuándo vendrán a buscarnos? —preguntó de repente Feiter.

—Calla, no lo sabemos —le respondió Cora.

—Paz a los viajeros que osan adentrarse en las ruinas de Aras —dijo un anciano de largo pelo blanco que salió de detrás de unas piedras—. Tranquilos, no temáis.

Todos se sorprendieron, nadie esperaba que detrás de aquellas piedras pudiese haber alguien. No sabían el tiempo que llevaba espíándoles, pero lo que sí era cierto es que ahora estaban completamente seguros de que alguien habitaba en Aras. Pero dónde lo hacían si todo estaba en ruinas. La sorpresa fue mayor cuando de repente se

vieron rodeados por un grupo de quince individuos que, con arcos tensos y flecha presta a ser disparada, salieron igualmente de detrás de sus escondites. Ellos también sacaron sus armas para defenderse, los tres hombres sus espadas, Krahova y Jin, sus arcos y Feiter, la daga.

El anciano que les había hablado levantó su mano izquierda para indicar a los suyos que no cometiesen ningún error por precipitarse y se acercó lentamente al grupo. Llevaba una túnica de lana bastante gruesa, pero también bastante maltrecha y envejecida. Aparentemente iba sin armas y su rostro, curtido, expresaba una sabiduría considerable. Además de su larga cabellera blanca, destacaban sus ojos profundos de color verde oscuro, bajo sus pobladas cejas, también albas.

—No hay peligro —repitió el anciano con una voz melodiosa y tranquila—. Todos somos amigos aquí. Deberíamos guardar las armas. Son los de fuera los que están en guerra, no nosotros.

—Guardemos las armas pues —propuso Éltor y todos lo hicieron.

—Así está mejor —dijo el anciano—. Debe de haber pasado mucho tiempo, porque me suena tu cara, pero no me acuerdo de tu nombre, ojos grises.

—Éltor —dijo con orgullo y la cabeza bien alta.

—Vaya, eres el hijo de Jansen^[56] y veo que vas con otros que tienen el mismo color de ojos que tú —dijo sorprendido el hombre—. ¿No me recuerdas? Soy Róstor, Róstor Lúam^[57]. Ven y dame un abrazo.

—¡Róstor! —exclamó alegre Éltor mientras se lanzaba a los brazos del anciano y se fundían en un sincero abrazo—. ¡Cuánto tiempo! Éstos son mis amigos. Deja que te los presente.

—Estaré encantado de conocerles —dijo inclinando la cabeza.

—Éste es Tórnax —empezó las presentaciones Éltor, mientras los iba señalando a medida que decía sus nombres y ellos inclinaban la cabeza a modo de saludo—, de Xamin, servidor de la casa de los Némolin. Krahova, de Yíldiz, amiga de Sheldon Tálec. Stan, de Dapur. Jin, la de los ojos grises, de Cumia, criada por el viejo Xilos. Feiter, primogénito del duque de Xamin, también de ojos grises, y Cora, su cuidadora.

—¡Qué bien! —dijo Róstor alegrándose—, pero vamos dentro, hay que hablar de muchas cosas. Seguidme.

Róstor abría la marcha hacia la zona este de la ciudad. De los quince individuos armados con arcos cortos, sólo dos siguieron al grupo, el resto se perdió entre las ruinas. El anciano se dirigía con paso seguro y decidido hacia un lugar muy concreto de la ciudad. Daba la sensación de que el camino lo hacía casi de memoria, sin pararse a pensar qué dirección tomar cuando una pared caída o la vegetación impedían el paso por donde iban. De vez en cuando se giraba como para asegurarse de que todos le seguían y de que no tenían ninguna dificultad en seguir detrás de él.

Cuando tenía que esperarles por alguna circunstancia, siempre lo hacía con una amplia sonrisa que dejaba ver una dentadura ya gastada. Sin embargo no mostró ninguna preocupación al oír toser al niño, cosa que le obligaba a pararse mientras Cora lo sujetaba para que en medio del ataque de tos no cayese al suelo.

Al rato llegaron frente a lo que había sido una casa noble que sólo conservaba la planta baja. Róstor se detuvo enfrente de lo que era ahora un dintel de una entrada en la que no había puerta y esperó a que todos llegasen junto a él. Cuando todos estuvieron juntos, se metió hacia el interior de la casa.

—Tened cuidado —les avisó—. No toquéis nada. No os apoyéis.

Una vez dentro de una de las salas, se agachó y cogió una antorcha del suelo y le prendió fuego con un yesquero. Inmediatamente la lumbre prendió y encendió otra antorcha con la primera. Una la dio a uno de los dos hombres de Aras que iban con él, que se situó detrás de todos y el anciano se quedó con la otra, ya que encabezaba el grupo. La luz de las antorchas mostró unas paredes policromadas con frescos que estaban muy deteriorados por el paso del tiempo. Eran escenas que mostraban danzas tradicionales y cantos, y aún a pesar del deterioro, podía apreciarse en ellas la finura de sus trazos y la excelente calidad de ese trabajo. Róstor se encaminó, con la antorcha alzada, hacia un rincón de la sala donde había, disimulada, una entrada con unos escalones que descendían.

Empezaron a bajar por las escaleras de piedra, por un pasillo muy estrecho por el que pasaba uno solo. Las paredes habían estado encaladas, pero ahora estaban completamente desconchadas. La escalera descendía un buen tramo, tal vez casi diez metros; finalmente llegaron a una habitación más espaciosa con toneles y barricas, alojados en un banco corrido de la pared. Sin lugar a dudas, aquello había sido la bodega de la casa. Una de las paredes había desaparecido y se había excavado un túnel en la piedra que se adentraba varios metros. Este túnel era más ancho y, cada cierta distancia, habían colocado un tronco de madera que hacía de soporte para que no se hundiese el techo. Siguieron por ese pasillo siempre guiados por Róstor y en absoluto silencio, observando atentos todo lo que veían. Solamente se oía de vez en cuando la tos de Feiter y las pisadas del grupo.

Después de haber cruzado algunas estancias que se abrían a ambos lados del pasillo, llegaron a una gran sala con una mesa en el centro pero sin sillas. Aquí, de nuevo, las paredes dejaban de ser excavadas en la roca y estaban encaladas y pintadas con cenefas decorativas. El suelo era de mármol gris y a ambos lados de la sala se abrían dos umbrales perfectamente conservados. Alrededor de esta sala había sujeta-antorchas en la pared con antorchas encendidas.

—Este es el subterráneo de la biblioteca de Aras —explicó Róstor—, bueno una parte. La que quedó inaccesible cuando en el asedio se hundió una parte del edificio superior. Aquí quedaron muchas cosas selladas, incluso cadáveres de aquellos que en

ese momento seguían con sus estudios aquí. Abrir el pasillo por el que hemos venido, nos llevó mucho esfuerzo y mucho tiempo, pero hemos conseguido adecuar esto para poder vivir aquí.

—¿Cuántos sois? —preguntó Tórmax interesado.

—No llegamos a mil, pero vamos creciendo cada día. Ahora os llevarán a vuestros aposentos para que descanséis. Os darán cena y podréis dormir. Mañana os volveremos a traer aquí y hablaremos de muchas cosas. Creíamos que no llegabais.

—¿Por qué no íbamos a hacerlo? —preguntó Éltor.

—Desde hace varios días sólo hacen que pasar tropas hacia el norte. Rodean la ciudad y evitan entrar, pero enseguida vuelven al camino, una vez rebasada la ciudad. No sabíamos quiénes veníais y por dónde lo haríais. Pero hace un día que os estábamos siguiendo. Desde el momento en que me informaron los vigilantes del exterior, supe que erais quienes estábamos esperando.

—No nos hemos dado ni cuenta —dijo Jin.

—Es que son muy buenos —les informó Róstor—. Han aprendido desde que están aquí.

—¿Desde que están? —preguntó Krahova—. ¿Acaso no son de aquí?

—Esa respuesta te la daré mañana. Lo verás por ti misma. Ahora id a descansar.

Les condujeron a través de estancias y pronto los separaron de Cora y Feiter, que fueron llevados hacia otro lugar, no sin antes despedirse y agradecerles a los del grupo, la ayuda prestada al llevarlos a Aras. Les mostraron sus habitaciones, muy modestas pero confortables. Éltor y Krahova ocuparon una, Stan y Tórmax la otra y Jin se acomodó en una sola. Les indicaron que no debían abandonar las estancias y que si deseaban algo sólo tenían que pedirlo y se les traería. Al poco rato todos ellos estaban profundamente dormidos.

Les despertaron cuando iban a servirles la cena. No era muy abundante, pero si era una cena sabrosa y con mucho alimento. Además era comida caliente y eso era de agradecer después de la comida de viaje que habían estado tomando todos esos días atrás. Cuando terminaron de cenar se reunieron en la habitación de Jin para charlar sobre los proyectos que tenían cada uno y los que podían tener en común.

—Hola —saludó una joven que entró donde estaban—. No he podido esperar a veros hasta mañana.

Todos se giraron con curiosidad para observarla. Tenía una edad cercana a los treinta años, tal vez algo más joven. Era de constitución atlética y fuerte. Su mirada era salvaje, apasionada, convencida de sus ideas, entregada. Sus ojos negros como la noche tenían una luz extraña y su pelo también negro tenía una longitud muy corta. Llevaba pantalones y botas y una camisa por encima, pero debajo asomaba una cota de malla ligera. Su gesto era desafiante, muy dinámico. Era muy espontánea en sus formas y en su lenguaje. Aparentemente no llevaba armas.

—No te recuerdo —dijo Éltor levantándose e inclinando la cabeza a forma de saludo—. ¿Debería?

—No creo —respondió ella—. ¿Quién eres?

—Me llamo Éltor, conozco a Róstor desde hace varios años.

—Yo apenas llevo cinco meses aquí —dijo de repente—, casi no conozco a nadie. Pero bueno, yo venía a ver a los que han sido engañados.

—¿Engañados? —preguntó Stan levantándose—. ¿Por quién?

—Pero..., ¿ya sabéis quién es ese niño que habéis traído?

—Claro que lo sabemos —dijo Tórmax ofendido—. Es Feiter Málcolm, hijo de Góureith Málcolm, señor y duque de Xamin.

—¿Y para qué lo traéis a Aras?

—Para que no caiga en manos de Damon Wacla y su padre pueda maniobrar sin que puedan tenerle atado de manos. Aras es una ciudad amiga de Xamin, ¿no? —expuso Tórmax.

—Ja, ja, ja —rió la muchacha—. No sabéis nada. ¿Sabe el duque que su hijo está aquí?

—No lo sé —respondió Tórmax—, supongo.

—Aunque cuando lo sepa, decidirá que está mejor aquí que con Damon Wacla —sonrió la chica—. Pero ¿por qué tendría que caer en manos de Damon?, ¿qué interés puede tener el niño para él?

—Vaya, eres tú la que no sabe nada —le increpó Tórmax—. Pues igual que hicieron con el hijo de Tárneas Krebb.

—¿Qué hicieron con el hijo de Tárneas Krebb? —preguntó poniéndose seria de repente—. Jafer^[58], entra a escuchar esto.

Entró en la habitación un hombre alto, de metro ochenta con el pelo rojizo y los ojos verde oscuro, muy fuerte, vestido igual que la muchacha, pero con una espada larga al cinto.

Cuando entró inclinó la cabeza y se quedó aguardando junta a la que le acababa de llamar.

—Lo secuestraron para impedir, seguramente, que Tárneas pueda reclamar el trono de Barintia —dijo Tórmax—, o al menos eso nos dijo Féllow Kur, capitán de la guardia de la capital.

—¡Maldita sea! —exclamó la muchacha—. No sabíamos nada de esto. No nos llegan las noticias. ¿Estuvisteis con Féllow, qué tal está?

—Y a todo esto —interrumpió Éltor—, ¿y tú quién eres?

—Muy bien juega sus cartas —dijo ella ignorando por completo a Éltor—, ese bastardo de Damon nos la ha jugado. Pero Góureith no debe temer nada de eso, él no puede reclamar ningún poder, excepto el de Xamin.

—¿Por qué? —preguntó Krahova—. Eso no fue lo que nos dijeron. Ni en Cumia

ni en Yíldiz.

—¿Pero con quién habéis tratado? —les preguntó ella—. No, no me respondáis, ya os lo digo yo. Con Íbram Áftad y con Sheldon Tálec, ¿no?

—Asombroso —exclamó Jin—, esta mujer tiene poderes adivinatorios.

—No pequeña, estaba claro. Estos que os he dicho trabajan para Céndar Némolin que es un... vamos a dejarlo en sirviente del duque y sólo se mueven por sus intereses. Debieron llevarlo a Yíldiz, pero ante la amenaza de la guerra, no se atrevieron a dejarlo en Barintia, porque allí no tienen suficiente confianza y decidieron llevarlo a Aras. Saben que aquí no le haremos daño y Damon no podrá encontrarle, de momento.

—No entiendo nada —dijo Tórnax—. ¿Puedes explicarte mejor? Y nos dices también quién eres.

—Tendremos que presentarnos —dijo resignada la muchacha—. Jafer...

—Mi nombre es Jafer Hyans —dijo el hombre pelirrojo que acompañaba a la muchacha— y soy descendiente del capitán general del ejército de Aras en el momento en que fue traicionada por los Mercenarios Rojos, durante la Gran Guerra.

—Yo me llamo Alda, Alda Lekin —se presentó la muchacha mientras todos abrían sus ojos con sorpresa mayúscula, excepto Éltor que sonreía al ver que finalmente se presentaba ante todos—, de Barintia, hija de uno de los nobles de la capital, justiciero de Hárkad; fue quien acabó con la vida de Íged Ármitac, el último de su linaje. Y yo quien comandó la emboscada al cortejo fúnebre encabezado por la reina consorte Jania Desolt.

—Último no —precisó Tórnax—. ¿Y el príncipe Émel?

—Hacia allí nos encaminamos después de acabar con Jania —reveló Jafer—, pero Mármora no nos recibió con los brazos abiertos, precisamente. Al niño no lo encontramos en su casa, y de nosotros, perdimos la vida seis intentando localizarlo.

—Si no lo tiene Damon —dijo Alda—, está ya muerto. Que viene a ser lo mismo.

—Y lo de que el duque no puede reclamar el trono... —insistió Tórnax.

—Los Málcolm fueron expulsados de Aras hace mucho tiempo —explicó Jafer—. Tienen prohibido volver para gobernar, así que esta maniobra no le servirá de nada al duque. Tal vez se cree que ya nadie se acuerda del pasado.

—¿Entonces quién tiene derecho? —preguntó Tórnax.

—Vamos a suponer que las cosas volvieran al momento anterior a la Gran Guerra —dijo Jafer intentando ser lo más claro posible—. Olvidémonos de Barintia, por ahora, y centrémonos en Aras. Gobernaba Kero VIII, por tanto sus descendientes serían los legítimos herederos, pero Íler Ármitac se preocupó de no dejar ni uno con vida; por tanto, siguiendo las leyes de Hárkad, iremos atrás en el tiempo. Nos encontramos a Fajel Huyuk, pero éste murió sin descendencia.

—Vaya panorama —comentó Jin—. ¿Quién sigue?

—Pues siguen los Málcolm —prosiguió Jafer mientras todos escuchaban con máxima atención—, pero ya sabéis lo que ocurre con ellos, por tanto hay que descartarlos y seguir hacia atrás y llegamos a los Cennion.

—¿Y qué ocurre con los Cennion? —preguntó intrigado Éltor.

—Sabemos que había descendientes en el momento en que Aras cayó, pero no sabemos dónde están y si vive alguno de ellos —afirmó Jafer con una mirada triste y desesperanzada.

—¿Y no podéis seguir hacia atrás? —preguntó Stan.

—Hacia atrás vuelven los mismos nombres y más allá se pierde toda noticia de quién gobernó Aras —respondió Jafer abatido.

—¿Y si existe alguno, sabe algo de esto? —volvió a preguntar Stan—. ¿Saben que aquí hay gente?

—Solamente sabemos que tienen que poseer dos de los tres objetos de poder.

—¿Qué objetos? —preguntó Jin.

—¿Los de la profecía? —preguntó Krahova.

—¿Cuál? —preguntó a su vez Tórmax.

—Dadle un respiro —dijo Éltor—, prosigue.

—Según nos cuentan los antepasados, los reyes de Aras poseían tres objetos de poder: un cetro, una espada y una corona. Estos tres objetos les daban el derecho a gobernar y eran entregados en una ceremonia cuando el nuevo rey era coronado. El cetro fue encontrado por Róstor hace algunos años mientras buscábamos por las ruinas, pero la espada y la corona no han aparecido jamás. Suponemos que las tienen los Cennion, que debieron llevárselas en la confusión del asalto final a Aras, sabiendo como sabían que el rey Kero VIII y su descendencia habían sido asesinados y que ellos eran los herederos legítimos. Seguramente el cetro no pudieron llevárselo.

Todos escuchaban fascinados la historia que les contaba Jafer sobre el pasado de Aras. Ahora sabían mucho más de la historia de esa gran ciudad, incluso de lo que seguramente jamás supieron los Ármitac, o incluso los grandes señores de Hárkad. Imaginaban, cada uno a su manera los prodigios y la vida cotidiana que hubo en Aras cuando fue una ciudad floreciente y próspera y todos llegaban a la misma pregunta, por qué tuvo que haber una guerra que lo destruyese todo. Entonces supieron que la codicia y el poder corrompen a los seres humanos.

—¿Y lo de Barintia? —preguntó de repente Stan—. ¿Quién es el heredero legal?

—Desde luego los Ármitac, no —respondió Alda—, por eso hicimos lo que hicimos, para restablecer los reinos tal como estaban antes de la Gran Guerra.

—Pero eso tiene un peligro —dijo Stan—. Volverán a luchar.

—¿Sabéis cómo llegó Íler al poder? —les preguntó Alda mirándoles a cada uno directamente a los ojos—. ¿Sabéis cómo consiguió que las demás ciudades se le uniesen para ir en contra de Aras? ¿Sabéis qué les hizo a las familias nobles de

Barintia?

Todos callaron y bajaron su mirada.

—Yo os lo contaré —dijo Alda con rabia en su voz—. ¿No es alguno de vosotros de Xamin?

—Yo —respondió Tórmax.

—¿Qué concedió a Xamin?

—El derecho a tener sus propios soldados y a quedarse un porcentaje de la explotación de las minas de piedras preciosas y maderas nobles de los Montes de Xamin —respondió Tórmax de memoria.

—Bien —aprobó Alda—. ¿No venía alguno de Dapur?

—Yo —dijo Stan.

—¿Qué regaló a Dapur? —prosiguió Alda.

—El derecho a cobrar por la circulación de mercancías.

—Exacto —exclamó Alda—. Y a otras ciudades también les dio cosas. Pero a Barintia nada. Se suponía que tenían que ser fieles y leales sólo por el hecho de ser de ahí, de la capital nueva —proseguía la muchacha con resentimiento en sus palabras—; y eso dolió mucho a los barintianos.

—Pero ese no es motivo suficiente para... —opinó Éltor.

—Kero VIII y Fóneas Krebb se reunieron —intervino Jafer de nuevo—. A esa reunión sólo asistieron ellos dos, nadie más. Y se supone que Fóneas les contó a los suyos cuál había sido el resultado de esa reunión, como lo hizo Prásant Kero con los suyos. El rey de Aras les contó que habría paz, que no iban a enfrentarse, que colaborarían las dos ciudades...

—¿Y cómo sabemos que eso es cierto? —preguntó Krahova—. Igual vuestras crónicas mienten.

—Entonces cómo se explica lo que ocurrió —le desafió el pelirrojo a responder—. Aquella misma noche, Fóneas murió. No vamos a presuponer nada, de momento; pudo ser una muerte natural. Pero Íler Ármitac, el capitán general de Barintia, no lo olvidemos, se fue a la ciudad para anunciar dos cosas que iban a cambiar el curso de la historia. Una, que Fóneas había sido asesinado a traición por los de Aras, lo que equivalía a una declaración de guerra y dos, que él había sido nombrado heredero de la corona.

—¿Y por qué no? —insistió Krahova.

—Fóneas tenía descendencia y a ellos correspondía hacerse cargo del trono. Por suerte no todos en Barintia eran tan ciegos y se pudo salvar a los herederos —contó Alda—, pero eran tan pocos que tuvieron que esperar muchos años para acabar con el impostor y sacar del trono a quien no le correspondía. Íler no perdió el tiempo y se dedicó a lanzar a los cuatro vientos, la noticia de que los de Aras eran unos traidores y a comprar a las otras ciudades para poder acabar con la ciudad blanca.

—¿Pero qué necesidad tenía de comprarlas? —preguntó Krahova sin acabar de comprender—. ¿No había quedado clara la traición?

—No debieron de tenerlo tan claro las restantes ciudades —respondió Alda—, cuando tuvo que comprarlas.

—¿Y los de Aras, ante tal situación, no hicieron nada para volver a poner todo en su justo lugar? —preguntó Tórmax mirando a Alda con fascinación, sintiendo que algo incómodo se alojaba en su corazón, que le hizo ponerse nervioso de repente—. ¿No intentaron...?

—Aras no quiso comprar a nadie —respondió orgulloso Jafer—. La verdad triunfa siempre, tarde o temprano. Los Ármítac fueron muy severos con Hárkad, y la gente estaba descontenta con ellos. Si no cómo se explica que, prácticamente, en el momento de caer Íged, Damon Wacla ya haya reclamado el trono o incluso Góureith Málcolm ya tenga pretensiones. Si estuvieran aquí los Cennion, organizarían a Aras de nuevo, se unirían los leales de cada ciudad, que seguro que los hay y pondrían a cada uno en su sitio.

—Para eso —dijo Tórmax—, hay que recuperar al hijo de Tárneas Krebb que sólo puede estar en dos sitios: en Dapur o en Mármora. Porque empiezo a temer que en Cumia también nos engañaron diciéndonos que ya había quien se ocupaba del asunto.

—¿Y qué pensáis hacer sobre este asunto? —les preguntó Jafer.

—Por mi parte, volver a intentarlo —respondió Tórmax—. Ahora veo claro lo que me dijo Smeg en Barintia. Le debo a los Némolin todo lo que sé, pero ha llegado el momento de decidir sobre lo que es justo y me inclino por los Krebb.

—Yo iré contigo —respondió Jin.

—Yo debo buscar a mi hermano —confesó Éltor—, si eso me lleva hacia donde vayáis vosotros, entonces estaré a vuestro lado.

—En Mármora no os resultará fácil entrar —dijo Alda—. Tened cuidado.

—Yo iré con vosotros a Mármora —dijo Stan—, si allí vais, porque en Dapur no puedo entrar.

—Ni yo —dijo Jin.

—Intentaremos ayudaros en todo —dijo Jafer—. Recuperar al hijo de Tárneas es fundamental. Nosotros podemos ir a Dapur si nos dais la información precisa.

—¿Y tú, Krahova, qué decides? —preguntó Éltor.

—Por un lado quiero ayudar a mi padre —dijo con los ojos llorosos—, pero tal vez ya esté muerto. Todo esto que nos cuentan no es más que el interés de otros que no son los de Cumia o Barintia, como me dijo Xilos.

—Nadie obliga a nada —observó Alda.

—Iré contigo Éltor —afirmó Krahova—, ahora mis intereses están contigo.

—Es hora de descansar —les comunicó Alda—. Mañana tenemos reunión con Róstor.

—Espera... —dijo Tórmax—, quisiera hablar contigo un momento, Alda.

—Tú dirás.

—A solas, si es posible —dijo el muchacho enrojeciendo.

—Es posible —concedió Alda con una sonrisa—. Ven conmigo.

A Jin no le pareció muy bien la idea de que Tórmax se fuese con Alda y con un gesto enfadado los echó a todos de su habitación y cerró la puerta de un fuerte golpe. Krahova sonrió y después se quedó mirando a Éltor, que la cogió de la mano y dulcemente se fueron hacia su habitación. Stan se quedó de pie mirando a un lado y a otro, no tenía nada de sueño y decidió investigar por su cuenta. Decidió tomar el mismo camino que hacía unos instantes habían seguido Tórmax, Jafer y Alda.

Dejó atrás los aposentos que les habían reservado y siguió por el pasillo hasta hallar otra sala enorme decorada con nuevos frescos, dibujos y pinturas que mostraban escenas de ocio y diversión. De esta sala partían seis pasillos, incluyendo por el que acababa de llegar, todos iguales. En las paredes de la sala, la pintura estaba desconchada. Se oían voces por alguno de los pasillos, pero no sabía hacia dónde ir, pues tenía miedo de perderse y no hallar luego el camino de regreso. Estuvo mirando más detenidamente los dibujos a la luz de las antorchas que colgaban de los soportes de hierro que había en la pared. Encima de los soportes, en el techo, unas manchas negras de humo mostraban que las antorchas habían estado encendidas, una tras otra, mucho tiempo. Finalmente se decidió por un pasillo, al final de cual se vislumbraba una luz más intensa. El pasillo que siguió ahora tenía puertas cerradas a ambos lados, pero no se escuchaba nada. Siguió con cautela hasta llegar a la siguiente sala.

Esta nueva sala también tenía antorchas encendidas, más que en las otras salas donde había estado. La sala no estaba decorada ya que tenía las paredes con estantes repletos de libros y pergaminos. Stan jamás había visto tantos libros juntos. Parecían estar desordenados. Sabía leer, Wylan Kedir le había enseñado y por eso, con cuidado, empezó a mirar los títulos de las obras del primer estante.

—¿Buscas algo en particular? —le asustó la voz de un muchacho.

—Perdona, no quise... —intentó disculparse mientras se giraba hacia él.

—No pasa nada, estaba haciendo la ronda y te vi ahí. ¿Tú no eres uno de los que ha llegado hoy?

—Sí. No tenía sueño y decidí echar un vistazo.

—Nadie te va a prohibir que mires. Aquí sois bienvenidos.

—¿Róstor es vuestro cabecilla?

—Es el más anciano de nosotros. Ahora somos pocos, pero vendrán más cuando llegue nuestro verdadero señor. El nuevo rey.

—¿El nuevo rey? —preguntó asombrado Stan.

—Sí, el que devolverá a Aras su poder y su prestigio —afirmó el muchacho con pasión—. El que lleva consigo los símbolos del poder. Él levantará a todos los

partidarios de Aras en armas y se enfrentará a...

—¿A quién? —le interrumpió Stan—, porque a los de Barintia ya los tenéis aquí.

—Al enemigo —dijo el muchacho con una evidencia pasmosa.

—¿Y si no viene el nuevo rey? ¿Habéis pensado en esa posibilidad?

Se hizo el silencio. El muchacho se quedó mirando a Stan como si acabase de decir algo increíble. No sabía qué contestar. Estuvo un rato mirándole, intentando articular alguna respuesta sin hallarla, sin que acudiera a su boca. No estaba preparado para esa pregunta.

—Seguro que vendrá —le dijo Stan intentando animar—. Seguro.

Stan le dio una palmada en el hombro y se fue por donde había venido para volver a su habitación a descansar. Se daba cuenta de que en Aras, sus pocos habitantes escondidos también tenían sus ilusiones y se les hacía difícil, muy difícil, asumir que no pudiesen llegar a convertirse en realidad.

Al llegar a las habitaciones y pasar por delante de la que ocupaban Krahova y Éltor, creyó oír unas risas apagadas. Sin embargo en la de Jin no parecía oírse nada. No parecía haberle sentado muy bien a la chica que Tórnox se fuese con Alda, pero era muy joven y ya se le pasaría. Cuando entró en la suya se llevó una sorpresa, pues Tórnox estaba durmiendo en la otra cama, no esperaba encontrarle allí, había supuesto que no regresaría hasta la mañana siguiente. Sonrió y se echó, enseguida se quedó dormido pensando en lo interesante que podía ser la reunión del día siguiente.

Cuando Stan despertó, se encontró que su compañero de habitación ya había desayunado y estaba sentado en el borde de la cama esperando que él dejase de dormir. Stan le saludó, pero Tórnox estaba como ausente. Stan se lavó la cara en la jofaina que había a los pies de la cama y después desayunó lo que quedaba en la bandeja de madera que alguien debía haberles llevado. Se vistió en silencio y cuando terminó se sentó a los pies de su cama y esperó.

Al poco rato se abrió la puerta y una muchachita joven les dijo que les estaban esperando. Los dos se levantaron y en silencio abandonaron la habitación. Fuera estaban sus otros tres compañeros. Éltor y Krahova hacían muy buena cara, pero Jin tenía un aspecto que mostraba haber pasado una mala noche y no haber dormido casi nada. Siguieron a la muchachita que les había ido a buscar hasta llegar a la primera sala que habían visto la tarde anterior, la que tenía la mesa en el centro. Allí estaba Róstor esperándoles, con una amplia sonrisa, junto a Jafer y a Alda y dos hombres más. Se dispusieron alrededor de la mesa, de pie, de forma que en los extremos de la mesa quedaron el anciano y Jin.

—Supongo que habéis dormido bien —les dijo Róstor con amabilidad—. Lo que nos trae aquí es el ansia de conocimiento de lo que ocurre o ha ocurrido en Hárkad últimamente. Aquí nos llegan pocas noticias y las que han traído los que llegaron ayer no han sido muy halagüeñas.

—¿Qué queréis saber más? —preguntó Éltor—. Aquello que no se os haya contestado y esté en nuestro conocimiento, os lo diremos.

—Sabemos que Damon Wacla, capitán general de los ejércitos de Mármora, inició una reorganización del poder —empezó diciendo Róstor.

—O sea, que se ha autoproclamado rey —dijo Jafer más práctico—. Y que atacó Cumia, que cayó, y Yíldiz, de la que huisteis.

—Exacto —dijo Krahova—, pero Barintia envió tropas a Yíldiz para protegerla, aunque no sabemos...

—... qué ha podido suceder —continuó Éltor cuando se le quebró la voz a Krahova.

—¿Y del hijo de Tárneas? —preguntó Alda—, ¿quién puede contarme algo?

—Landin Kedir lo secuestró —dijo Jin—, el propio hombre de confianza de Tárneas, acompañado de varios hombres de Mármora, aunque no todos estén vivos para contarlos.

—¿Pero Landin no es de Barintia? —quiso saber Alda—. Habrán vuelto a Barintia con el niño.

—No —respondió con firmeza Stan—. Mi amo, mi señor en Dapur se llama Wylan Kedir y, según nos dijo Féllow Kur, podrían ser hermanos. Por tanto, creemos que se fueron a Dapur y de allí a Mármora, a Damon Wacla.

—Interesante —murmuró Róstor.

—Desconozco la existencia de ese tal Wylan —dijo Alda—, pero ya no me extraña nada.

—¿Y Tárneas? —preguntó Tórnax—, ¿no puede hacer nada?

—Demasiado hace —le dijo Alda—. Creo que está en Denwas, reorganizando las defensas.

—Creo que estará en Barintia —dijo Krahova mirando a Tórnax con sorpresa por la pregunta que acababa de hacer— dijo Féllow que había recibido una carta donde le ponía sobre aviso de Landin y que él mismo iba hacia Barintia, pero llegó tarde.

—Y ese Wylan, ¿quién es? —preguntó Alda.

—Yo os explicaré todo cuanto queráis y necesitéis saber —dijo Stan solícito—. Os puedo dibujar su casa de memoria y daros datos sobre él que nadie sabe. Pero yo quiero haceros una pregunta a los de Aras.

—Dime, muchacho —le instó Róstor—, ¿qué quieres saber?

—Ayer por la noche, antes de acostarme, hablé con un muchacho, que muy exaltado, muy apasionado, me contó que esperáis al nuevo rey de Aras. Pero yo le pregunté algo que no supo responderme.

—¿Qué? —preguntó a su vez el anciano—, ¿qué le preguntaste?

—¿Y si no viene ese rey?

—Él tiene la espada y la corona —dijo Róstor— y sabe que sin el cetro no es

nada. Se lo habrán contado así y vendrá a buscar el cetro porque sabe que esta aquí.

—¿Y si no lo sabe? —insistió Stan.

—¿Qué pretendes Stan con tanta insistencia? —le preguntó Krahova—. Son sus leyendas, qué te importan a ti. Déjales que crean, si les sirve.

—No son leyendas —afirmó Jafer muy molesto—. Es la verdad de Aras.

—No nos peleemos —dijo Éltor—, debemos estar unidos frente a Damon. Él es el verdadero enemigo.

—Traed el cetro —ordenó Róstor con autoridad—. Traedlo, os voy a mostrar nuestras leyendas a los dos, Krahova y Stan.

Se hizo un silencio tenso en la sala. Todos estaban incómodos por las palabras de Krahova y las preguntas de Stan. Tórnox sonreía mientras su mente viajaba lejos de donde estaban.

Éltor estaba visiblemente molesto con Krahova, pero prefirió no decirle nada y Jin les observaba a todos con atención, empezando a poner a cada uno en su justo puesto. Jafer y Róstor también estaban enfadados, y lo mostraban con una seriedad en sus rostros; y Alda cabeceaba como no dando crédito a lo que acababa de ver.

Uno de los dos hombres que, de Aras, había en la sala, se había ido a buscar el cetro y al poco rato llegó con el objeto envuelto en una tela de terciopelo. Con solemnidad y cuidado casi ritual lo dejó encima de la mesa, delante del anciano de pelo blanco y enseguida volvió a ocupar su lugar alrededor de la mesa.

—Éste es uno de los objetos de poder —dijo Róstor mirándoles fijamente a todos, ralentizando su discurso, su anunciamento; saboreando las palabras con convicción y solemnidad—. El cetro de Aras, construido en los albores de la ciudad blanca. Tiene engarzada una piedra que brillará con toda su intensidad cuando los otros dos objetos estén junto al cetro. ¡Mirad! —ordenó desenvolviéndolo y dejándolo a la vista de todos.

—¡La piedra brilla! —gritó Jafer maravillado—. ¡La piedra brilla!

Todos se quedaron estupefactos, mirando el objeto que estaba encima del terciopelo. Efectivamente, la piedra que tenía engarzada, una amatista, brillaba con una leve intensidad, como si tuviese una luz tenue dentro, en su interior. Los relieves, las figuras y el material del cetro eran vagamente familiares a casi todos los componentes del grupo, excepto a Éltor, que le resultaban muy conocidos y, por ello, empezó a ponerse lívido mientras se agarraba al borde de la mesa para no caerse.

—¿Qué te ocurre Éltor? —le preguntó Krahova, dándose cuenta de la palidez de su rostro—. ¿Qué te pasa?

—El cetro... —balbuceaba Éltor—, el cetro...

—¿Qué? —preguntó Krahova con impaciencia mientras todos estaban pendientes de él.

—Es como mi espada —dijo al fin y cayó sin sentido al suelo.

Krahova y Tórmax se lanzaron a por Éltor para impedir que se diese con la cabeza en el suelo en su caída inconsciente. Stan, por su parte, ayudó a Jafer a sujetar a Róstor que, lívido, también tenía dificultades para mantener el equilibrio. Alda daba órdenes a los dos hombres para que fuesen a buscar algún sanador de la ciudad para que los dos afectados pudiesen recobrase cuanto antes. Pero los gritos de Jafer sobre el brillo de la amatista habían resonado por todos los pasillos subterráneos de la ciudad, y enseguida empezaron a aparecer ciudadanos. Jin intentaba que todos mantuviesen la calma, pero el leve brillo de la piedra no hacía más que exaltar los ánimos de los que estaban presentes.

—¡Cubre el cetro, Alda! —gritó Jin desde el otro extremo de la mesa—. ¡Cúbrelo!

Alda siguió las instrucciones de Jin y cubrió el cetro con su paño de terciopelo y por un momento pareció que se recobraba la calma, pero los que allí habían acudido comentaban, y eran muchos, y pronto empezaron a oírse palabras que hablaban del regreso del rey.

Éltor había sido depositado con sumo cuidado en el suelo y era atendido por Krahova y Tórmax, aunque no recobraba el sentido. Tórmax empezó a impacientarse ante la tardanza del sanador. El anciano había ido recuperando el color poco a poco, pero estaba como aturdido, superado por el momento, aunque una leve sonrisa aparecía ya en su cara. Al instante llegó un hombre de unos cincuenta años que se iba abriendo paso entre los numerosos curiosos de Aras que estaban allí.

—Atended a ese hombre, Kaleni^[59] —le indicaron, señalándole a Éltor tendido en el suelo—, rápido.

—Habéis tardado mucho —protestó Tórmax—, daos prisa.

—Hay demasiada gente aquí —indicó Kaleni, el sanador—. Llévalo a su aposento.

—¡Todos a sus ocupaciones! —ordenó Jafer—. Róstor ya os informará a todos cuando las cosas estén más claras.

Cada uno empezó a desfilar a regañadientes. Muchos habían esperado toda la vida ese momento y no querían perderlo, pero las órdenes de Jafer les hicieron desistir y, con impaciencia, se fueron a sus trabajos, esperando ser convocados lo antes posible.

Stan, Tórmax y el propio Jafer, con ayuda de Alda y Krahova, llevaron a Éltor a su cama y allí lo dejaron. Róstor era atendido por Jin y Kaleni, pero enseguida el anciano se encontró mucho mejor. El sanador lo dejó en manos de Jin y se encaminó a atender al cazador.

—Todos fuera —ordenó Kaleni a los demás—, yo me ocupo de él.

Todos salieron, aunque no sin protestas, y el sanador con una complaciente sonrisa cerró la puerta tras el último, dejándolos a todos fuera, esperando con impaciencia. Róstor, ayudado por Jin, se reunió con los que esperaban, llevando

consigo el cetro, envuelto en el terciopelo.

—¿Qué explicación tiene todo esto, Róstor? —preguntó Jafer, confundido.

—No lo sé —dijo el anciano—, deberíamos hablar con él. Si la espada que él tiene es la que debería acompañar al cetro, eso significa que es un descendiente de los Cennion y, por tanto, tiene el derecho legítimo de reclamar el trono. Pero...

—¿Pero qué? —preguntó ansiosa Krahova.

—Falta la corona —dijo Jafer dejando caer las palabras allí en medio—, y sin corona... no puede haber rey.

—Pero él dijo que tiene un hermano —apuntó Jin de repente—, y dice que mayor que él. De hecho la espada se la prestó su hermano y ahora no sabe por dónde andará. Tal vez su hermano es también quien posee la corona.

—No nos precipitemos —dijo Jafer—, ¿dónde está la espada? Primero tenemos que asegurarnos de que es la espada verdadera.

Casi al instante salió Kaleni de la habitación y todos se quedaron mirándole como interrogándole, sin articular ninguna pregunta. Todos querían saber.

—Está bien —les tranquilizó el sanador—, ha recobrado el sentido, pero está muy agotado. Deberíais dejarle descansar, ha sido una emoción muy grande para él. Tal vez por la tarde esté mejor.

—Entraré yo solo —se adelantó Jafer a todos ellos, colocándose al lado de Kaleni.

—Debo hablar con él. Alda...

—Dime —respondió la chica—, ¿qué quieres de mí?

—Que no entre nadie.

—Pero, yo... —protestó Krahova.

—No —negó con autoridad Jafer—. Es importante para Aras y para Hárkad. Espero estar entre amigos y no verme obligado a actuar de otra forma.

Con rapidez y agilidad se introdujo en la habitación, dejándoles a todos con la boca abierta, casi sin tiempo a reaccionar. Alda se colocó delante de la puerta para impedir que nadie pasase y les miró a todos con aire desafiante, como instándoles a abandonar aquel lugar hasta que fuesen avisados de nuevo. Y así todos lo entendieron, menos Tórnax que se quedó al lado de la chica que ni siquiera se dignó a mirarle a la cara.

Jafer miró la habitación, la conocía de sobra: dos camas y una jarra con agua junto a una jofaina, todo ello encima de una pequeña mesa para el aseo personal de los que allí descansasen. Había en el suelo, en un rincón, dos mochilas, un par de arcos apoyados en la pared y Éltor encima de una de las dos camas, sentado y cabizbajo. En la cama de enfrente, encima, había una espada larga envainada y con el pomo cubierto por trapos y vendas viejas, que impedían ver la forma de la empuñadura. Éltor ni siquiera levantó la cabeza.

—Ya me lo advirtió Xilos —dijo el cazador en un hilo de voz casi inaudible—, pero quién iba a saberlo.

—¿Qué te dijo Xilos? —le preguntó Jafer acercándose a él.

—Me dijo que encontraría respuestas.

—¿Y las has encontrado?

—No lo sé, ahora tengo más preguntas que antes.

—¿Me muestras tu espada? Tal vez eso pueda responder alguna de tus preguntas.

—No es mi espada —respondió Éltor airado y levantando la cabeza, mostrando unos ojos enrojecidos—. Ahí la tienes.

—A ti te la confiaron, tengo entendido.

—Deberías hablar con mi hermano, si lo es. Porque ya no estoy seguro de nada. Él es el hombre a quien buscáis y no a mí.

—Tú has sido quien ha llegado con el arma, no tu hermano —dijo Jafer mientras desenvolvía los trapos de la empuñadura para dejarla al descubierto—. El destino es caprichoso a veces.

—¿Y la corona?, porque yo no la tengo.

—Ese es otro asunto, ahora nos incumbe el arma.

Jafer tenía el arma completamente al descubierto en su mano, la sopesó, la observó detenidamente. La rozó con la punta de sus dedos, notando el frío y noble metal con que había sido fabricada. Después la volvió a dejar sobre la cama.

—Es magnífica, sin duda —expresó Jafer con admiración—, pero no es la espada, le falta la piedra.

—La piedra está en mi mochila, la saqué yo porque me parecía demasiado atrayente.

Jafer fue hacia la mochila de Éltor y vació el contenido en el suelo. No le hizo falta preguntar nada, pues del interior de una bolsa de cuero salía un leve fulgor morado. Abrió la bolsita y en su mano sostuvo la amatista, que al igual que la del cetro, parecía tener en su interior una luz.

—No hay duda —afirmó Jafer.

—Dijo Tórmax que había visto la espada en un libro —recordó en voz alta—, en casa de Fándar Némolin.

—¡Maldita sea! —exclamó Jafer—, eso significa que el *Libro de los Reyes* está entero y que lo poseen los partidarios de Góureith Málcolm. Y seguro que Damon Wacla no sabe nada de esto. El duque de Xamin debe de estar buscando los tres objetos, debe sospechar dónde está uno, el cetro, pero no debe saber nada de los otros dos.

—A no ser... —empezó diciendo Éltor—, que ya tenga la corona.

—¿Tórmax es de confianza? —preguntó de repente Jafer—. Podría ayudarnos.

—No lo sé. Ni siquiera sé quién soy yo.

—A mi entender —le comunicó Jafer— eres Éltor Cennion, descendiente de un linaje real de Aras y mientras tu hermano no aparezca, tú eres el llamado a ser rey.

—¡No! —se negó rebelde Éltor—. Mi padre no fue nunca un rey, ni tan siquiera llevaba esta espada. No sé cuándo se la dio a mi hermano y mi hermano no quiso decirme nada cuando me la dio a mí.

—¿Y no sabes dónde está?

—Tal vez llegue aquí pronto o tal vez esté en manos del duque o quién sabe dónde anda.

—Si no hay otra novedad, tendrás que aceptarlo, Éltor.

—Déjate de tonterías. Hay que salvar al hijo de Tárneas y que reine él solo si quiere.

—No puede ser rey de Aras —le contestó Jafer—, nadie lo aceptaría.

—Pues dejad que Aras quede en el olvido y que reine sobre lo que ahora está entero.

—No tendré en cuenta lo que has dicho. Estás alterado y lo entiendo.

—Xilos me hizo un comentario, Jafer, que sigo sin comprender.

—¿Cuál fue ese comentario?

—Dijo: «creí que no vería este momento jamás. Tú, acompañado de Jin, en Aras».

—Sí, la verdad es que me he estado fijando en ella desde que llegasteis —confesó Jafer—. ¿No la habías visto antes?

—Sí, cuando era muy pequeña, en Cumia —recordó Éltor—, mi padre, si era el mío, visitaba con frecuencia la ciudad de Cumia. Íbamos con él, mi hermano y yo y siempre visitábamos al viejo Xilos. Mi padre conversaba largas horas con él mientras nosotros jugábamos en la calle. Recuerdo que siempre le llevaba un obsequio, un detalle a Jin.

—¿No sabes si erais más?

—¿Qué insinúas? —preguntó el cazador mirándole a los ojos.

—Creo que deberíamos hablar con Xilos, sabe más de lo que cuenta.

—Xilos abandonó Cumia y se dirigía a las montañas, puede estar en cualquier sitio —dijo Éltor abatido.

—De momento vamos a dejar las cosas como están —determinó Jafer—, pero referente a la espada, no puedo ocultar la verdad. Anunciaremos que la espada ha sido traída y que deberás marcharte para volver con la corona. De ti depende volver si lo deseas o no, tal vez si encuentras a tu hermano, todo se aclare. Pero lo encuentres o no, vuelvas o no lo hagas, quiero pedirte un favor.

—Dime, Jafer.

—Bueno, en realidad son dos favores. Cuida de Jin y no dejes que nadie, absolutamente nadie, se apodere de la espada.

—Eso sí puedo prometértelo. Buscaré a mi hermano. Seguro que él sabe dónde hallar la corona y volver con su espada a reclamar lo que por derecho le corresponde. Ahora quisiera descansar. Diles que no entre nadie, por favor.

—¿Ni siquiera Krahova? —preguntó Jafer.

—Sobre todo. Ya tendré tiempo de conversar con ella.

Dramatis personae

[1] NIALI —Anciana curandera de la corte de Íged Ámitac que profetiza el fin del linaje. <<

[2] ÍGED ÁRMITAC — 3er rey del 4º linaje de Barintia, señor de Mármora, Léstora y Yíldiz en 1446. Según la profecía, el último rey de su linaje. <<

[3] JALEN ÁRMITAC — Rey de Hárkad, padre de Íged. <<

[4] ÍLLOW KUR — Capitán de la guardia de Barintia, encargado de la custodia del príncipe Íged. Acaba con la vida de la vieja Niali y por ello es encarcelado. <<

[5] NAWLA ÁRMITAC — Hermana de Íged, desaparecida en Dapur. <<

[6] ÉMEL ÁRMITAC — Hijo de Íged y de Jania Desolt, destinado a sucederle en el trono. <<

[7] JANIA DESOLT — Reina consorte, esposa de Íged y madre de Émel. <<

[8] CÉLED LEKIN — Noble de Barintia, posible aspirante al trono, asesino de Íged. <<

[9] JAL JÁRMUSH — Capitán general del ejército de Barintia, asesinado durante el cortejo fúnebre de Íged. <<

[10] ALDA LEKIN — Nieta de Niali, hijastra de Céled Lekin, cabecilla de los atacantes al cortejo fúnebre de Íged. <<

[11] ÍLER ÁRMITAC — Primer rey de su linaje, unificador de toda la Gran Llanura en un solo reino único. <<

[12] KILIAS NOR — Cartógrafo real en tiempos de Íler Ármitac, el gran rey. <<

[13] STAN — Joven de Dapur, ladronzuelo al servicio de Wylan Kedir. <<

[14] WYLAN KEDIR — Consejero de Dapur, representante del distrito de los joyeros.

<<

[15] AOSELES RÍBOX — Consejero de Dapur, jefe del Círculo Rojo, representante del distrito de los ladrones. <<

[16] DÍVILO — Amigo de Stan, poseedor de un rubí que entrega a Stan. <<

[17] KURNO PRÉNIAN — Comerciante de telas de Dapur, jefe de Dívilo. <<

[18] MAE — Dueña de la Posada del Norte, en Dapur. <<

[19] SMEG — Apodado el enano, por su baja estatura, dueño de la posada homónima en Barintia. <<

[20] FLÁMBOR — Herrero de Dapur. <<

[21] LICUR — Comerciante de vinos de Barintia, acompaña a Stan a la capital. <<

[22] NORA — Propietaria de la Posada del Templo en Barintia, madre de Fende. <<

[23] FÁNDAR NÉMOLIN — Anciano jefe del clan, una de las familias más ricas de Xamin. <<

[24] CÉNDAR NÉMOLIN — Hijo de Fándar, sucesor del clan, jefe de TórnaX. <<

[25] TÓRNAX — Joven empleado de la familia Némolin. <<

[26] CINTYA — Una de las 3 jóvenes que escapan del asalto al cortejo fúnebre de Íged.

<<

[27] GÓUREITH MÁLCOLM — Duque de Xamin, padre de Feiter. <<

[28] SHELDON TÁLEC — Propietario de una mina en Yíldiz, contacto de los Némolin y amigo de Krahova. <<

[29] KRAHOVA — Muchacha de Yıldız, amiga de Sheldon e hija de un minero apresado. <<

[30] LANDIN KEDIR — Capataz de la casa de los Krebb en Barintia, hermano de Wylan. <<

[31] FÉLLOW KUR — Capitán de la guardia en Barintia, hijo de Íllow. <<

[32] LÉYRON JÁRMUSH — Capitán general de Barintia, hermano del asesinado Jal. <<

[33] FOLVIUS — Herbolario de Barintia. <<

[34] SCIO LOB — Consejero de Dapur, propietario del rubí en poder de Stan. <<

[35] JIN — Muchacha del Círculo Negro que persigue a Stan por el rubí. <<

[36] FENDE — Hijo de la posadera Nora y de Tárneas Krebb, noble de Barintia. <<

[37] TÁRNEAS KREBB — Heredero de la casa Krebb, una de las más ricas y nobles de Barintia. Posible aspirante al trono. <<

[38] CRIMA — Esposa de Smeg el enano. <<

[39] DAMON WACLA — Capitán general del ejército en Mármora, golpista aspirante al trono. <<

[40] PRÍCET — Compañero de Jin, joven miembro del Círculo Negro. <<

[41] ÍBRAM ÁFTAD — Herbolario y consejero de Cumia. <<

[42] BERNO — Ayudante de Íbram. <<

[43] ZENNIA ÉRENON — Principal del consejo de Cumia, dueña de la escuela de guerreros. <<

[44] EBÉN EZER — Miembro del consejo de Cumia. <<

[45] PRÁSANT KERO o KERO VIII — Rey de Aras en el momento de la Gran Guerra. <<

[46] ÉRLIK — Dueño de la Posada del Oeste en Cumia. <<

[47] XILOS — Anciano de Cumia. <<

[48] CÓNEL ÚRGOM — Consejero y general de Cumia. <<

[49] ÍSKAM ARIEN — Consejero de Cumia.<<

[50] MILO VIXA — Consejero de Cumia.<<

[51] FEITER MÁLCOLM — Hijo del duque de Xamin, llevado de Yildiz a Aras.<<

[52] CORA — Mujer al cuidado de Feiter.<<

[53] ÉL TOR — Cazador de la zona de Cumia, hermano menor de Ríbot.<<

[54] RÍBOT — Cazador de la zona de Cumia, hermano mayor de Éltor.<<

[55] FÓNEAS KREBB — Rey de Barintia antes de la Gran Guerra, antepasado de Tárneas.<<

[56] JANSEN — Padre de Éltor y Ríbot.<<

[57] RÓSTOR LÚAM — Anciano cabecilla de Aras.<<

[58] JAFER HYANS — Capitán general de Aras, amigo de Alda Lekin.<<

[59] KALENI — Sanador de Aras.<<



Jaume Castejón Martí (12 de Diciembre de 1964 - Hoy) nació en el barrio de Gràcia, en la ciudad de Barcelona. Es licenciado en Psicología, especialidad Psicología de la Educación, por la Universidad Autónoma de Barcelona y licenciado en Geografía e Historia, con la especialidad de Prehistoria, Historia Antigua y Arqueología, por la Universidad de Barcelona.

Además de sus actividades laborales, ha sido consejero de redacción en un revista local y presidente de una asociación teatral, a la vez que actor. Actualmente reside en Salamanca.

Empezó a escribir desde muy temprano y desde entonces ha publicado un poemario y las tres novelas que forman la trilogía Leyendas de la Ciudad Blanca.